MASCULINO - FEMENINO

Cuestiones psicoanalíticas contemporáneas

ALCIRA MARIAM ALIZADE
MARLENE SILVEIRA ARAÚJO
MAURO GUS
(COMPS.)





LUMEN

COWAP (Comité Mujeres y Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Internacional) ha realizado, desde 1999 hasta la fecha, cuatro Diálogos Intergeneracionales en el Área Latinoamericana.
Estos Diálogos son encuentros de trabajo donde se investigan y discuten cuestiones acerca de la sexualidad, el género, la masculinidad, la feminidad, la maternidad-paternidad y los vínculos entre hombres y mujeres.

Publicados por la editorial Lumen, ofrecen el testimonio del pensamiento psicoanalítico actual en lo que concierne a la técnica, a la producción de teorías y a los territorios de intersección entre el psicoanálisis y disciplinas afines tales como la sociología, la literatura y la filosofía.

Un **V Diálogo**, objeto de una futura publicación, tendrá lugar en octubre de 2004 en la ciudad de Buenos Aires, centrado en la problemática de la violencia sexual y su incidencia en la construcción de la subjetividad.

Masculino-femenino. Cuestiones psicoanalíticas contemporáneas, libro que hoy nos convoca, sucedió en la ciudad de Porto Alegre, Brasil, en mayo del año 2002. Fue el tercero de los Diálogos y, en estas páginas, se hace presente.

En tapa: pintura de **Clara Pechansky**.

40

Alcira Mariam Alizade
Marlene Silveira Araújo
Mauro Gus (comps.)

MASCULINO-FEMENINO (cuestiones psicoanalíticas contemporáneas)

Grupo Editorial Lumen
Buenos Aires - México

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Masculino-femenino : cuestiones psicoanalíticas contemporáneas / compilado por Alcira Mariam Alizade, Marlene Silveira Araújo y Mauro Gus. – 1ª ed. – Buenos Aires : Lumen, 2004.
192 p. ; 22x15 cm. (Psicología)

ISBN 987-00-0421-0

1. Psicoanálisis I. Alizade, Alcira Mariam.
CDD 150.195
19/3/04

Esta publicación comprende trabajos presentados en el III Diálogo Latinoamericano Intergeneracional entre Hombres y Mujeres celebrado en mayo 2002 en Brasil, en la ciudad de Porto Alegre, auspiciado por la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) a través de su Comité Mujeres y Psicoanálisis (COWAP).

Grupo Editorial Lumen
Viamonte 1674, (C1055ABF) Buenos Aires, República Argentina
4373-1414 (líneas rotativas) • Fax (54-11) 4375-0453
E-mail: editorial@lumen.com.ar
http://www.lumen.com.ar

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Índice

Palabras para un libro

Cuando en mayo de 1999 fui convocada para participar del Primer Diálogo Intergeneracional en Buenos Aires, no imaginé el rumbo que nuestro grupo tomaría ni cuáles serían sus proyecciones.

En esa ocasión tuve el privilegio de expresar algunas palabras sobre el tema femenino: un desafío para el futuro. En la actualidad, lo que antes era futuro se transformó en presente, y el desafío continúa.

Al principio, hubo una cierta incomodidad con los llamados peyorativamente "temas femeninos", como conversaciones de mujeres. Las mujeres tuvimos que superar los fantasmas de la homosexualidad y del feminismo. Los hombres y las mujeres tuvimos que vencer las resistencias entre los géneros para que las diferencias se pudieran entender, superar y aceptar. Evolucionamos hacia lo que pasamos a denominar Diálogo Intergeneracional entre Analistas, hombres y mujeres. Los hombres y mujeres analistas necesitan difundir el psicoanálisis desde los consultorios y establecer una interfaz entre el psicoanálisis, la cultura y otras disciplinas.

Los Diálogos pretendían expresar los escenarios de las mujeres latinoamericanas. Y, más tarde, el escenario de lo masculino y de lo femenino. De este modo, fuimos desplegando el I, II, III y IV Diálogos consecutivamente.

Fue con esa disposición para el trabajo, cuya espina dorsal es Mariam Alizade con su espíritu emprendedor y contagioso, como acepté coordinar el III Diálogo Intergeneracional entre Hombres y Mujeres de América Latina.

La invitación de Mariam me enorgulleció y me motivó; el desafío estaba ratificado. Con el apoyo de mi sociedad, la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, y a través del entonces presidente Paulo Fonseca y su dirección, formé un equipo constituido por colegas, altamente competentes, que inmediatamente estuvieron dispuestos a trabajar y comprendieron la importancia de este evento.

Tuvimos el privilegio de contar con la participación de la siempre renovada pintora Clara Pechansky, quien diseñó, especialmente para el Diálogo, un grabado que ilustró el material de divulgación. Nadie mejor que Clarita podía representar la presencia de la mujer profesional en ejercicio, presente en los diversos diálogos nacionales e internacionales que se desarrollan en la sociedad.

Un agradecimiento especial a los amigos Mauro e Ida Gus, Cláudio y Marisa Eizirik, colegas, compañeros, presentes desde el primer mo-

mento no sólo en la organización de los aspectos formales del Diálogo, sino, sobre todo, en la selección de los nombres de los numerosos profesionales latinoamericanos que asistieron y nos acompañaron.

El programa del III Diálogo contempló el contexto histórico-cultural de lo masculino y lo femenino. Dividimos los temas en tres ejes principales: *las diferencias de género en el trabajo y en la escucha analítica; generación y género; desarrollo y conflictos; y familias típicas y atípicas.*

Contamos con temas libres, trabajos de investigación y la participación de gran número de profesionales y estudiantes de varias áreas de actuación, que demuestran que solamente a través del diálogo construiremos el camino del conocimiento de los avances científicos y técnicos capaces de perfeccionar nuestro saber y hacer.

Este libro es la coronación de esta jornada de trabajo, que esperamos que continúe inspirando y estimulando a todos los que trabajan con el psicoanálisis y con la comunidad.

Marlene Silveira Araújo

Presentación

Los trabajos que componen este libro fueron presentados y discutidos en el marco del III Diálogo Latinoamericano Intergeneracional entre Hombres y Mujeres efectuado en la ciudad de Porto Alegre, en el mes de mayo de 2002.

Estos encuentros de actualización e intercambio científico se vienen realizando desde 1999 con la dirección y la promoción del Comité Mujeres y Psicoanálisis (COWAP) de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

Hombre, mujer, masculinidad, feminidad, forman el fundamento de estos ensayos, en los cuales se abren debates sobre cuestiones contemporáneas, tales como: las nuevas manifestaciones de la sexualidad, la transferencia y el género, el contexto social y su incidencia en la escucha analítica, los cambios en la estructura familiar.

Saludo con este libro a los dedicados organizadores del Diálogo y a sus participantes. Espero que este texto sea de utilidad para los futuros lectores en sus propias investigaciones, a la luz de los nuevos aportes que aquí se presentan.

Mariam Alizade
Presidente de COWAP

El contexto social en lo masculino y lo femenino

Blanca Montevechio

La cultura occidental tiene una larga tradición androcéntrica que ha mantenido su influencia hasta nuestros días. Ya Platón afirmó que la mujer carecía del alma intelectual, alojada en la cabeza, y del alma propia del valor, del arrojo, ubicada en el pecho. Ella estaba limitada al alma concupiscible de los bajos placeres, propia de los sujetos de valor inferior en la sociedad. El útero que dominaba a la mujer era un demonio dentro de otro demonio, poseído por el deseo de hacer niños.

Para Aristóteles, las mujeres carecían de la capacidad de hacer evaluaciones de carácter teórico y de orden moral, porque sólo estaban dotadas de un alma emocional. Por su parte, para los egipcios, las enfermedades de los varones tenían causas externas y las de las mujeres se debían a las migraciones del útero, que se movía según su voluntad, creencia que pasó a los griegos.

Para Kant, las cualidades masculinas son la abstracción, la capacidad de universalización, la racionalidad; las femeninas son la conversación agradable, la pulcritud, la preocupación por los seres cercanos y, por lo tanto, no responden al imperativo categórico de los principios morales, que requiere la abstracción de los aspectos particulares.

I

Posteriormente el despliegue de Europa como fuerza universal es portadora de una idea de humanidad cuyo rasgo distintivo es la homogeneidad, la razón y la igualdad de los hombres ante la ley. El pensamiento occidental tiende a manejarse con oposiciones binarias y categorizaciones duales estáticas y ahistóricas donde las particularidades se borran; cuando hay un modelo universal que rige la identidad, todo aquello que difiere de él se convierte en desigualdad y es sancionado como careciente. En la dualidad femenino-masculino, se verifica el encumbramiento de este último término, que promueve el papel protagónico del hombre como agente económico y cultural de la socie-

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

dad. Los rasgos humanos inherentes a los roles adjudicados y asumidos por el hombre pasaron a constituirse en modelo general, y de esta premisa surgieron enunciados y teorías sancionadas más adelante por la autoridad de la ciencia constituida.

Pero la subjetividad y la identidad de género se plasman en cada caso particular acorde con el trabajo de determinación y significación pautado por la sociedad dadora de sentido y mediado por la familia. La diferencia de los modos de representar, significar y practicar la condición masculina o femenina en las diversas sociedades y culturas se radicaliza cuando ya no se trata sólo de los modos de representar la masculinidad y la feminidad sino de instituirlas. La sexualidad es una construcción social cultural variable según la época, y las disciplinas científicas racionalizan la relación de poderes, de dominación de un sexo sobre el otro (Lewcowicz, 1997).

II

En épocas anteriores a la Ilustración, el fundamento del conocimiento, el garante de la unidad, era lo dado, sea la naturaleza, el mundo de las ideas, las esencias o Dios. Con la Revolución Francesa, el hombre comenzó a pensar por sí mismo a partir del ejercicio de la razón y enunció leyes fundadas en la misma subjetividad. Para el sujeto moderno, la experiencia responde a una ley, sin quedar "contaminada" en la relación con lo diverso, sin que su identidad se altere. Recién en las últimas décadas, el pensamiento científico y filosófico de Occidente llegó a concebir los instrumentos conceptuales que le permitieron salir del totalitarismo del modelo hegemónico del ser humano universal e incluir otros paradigmas.

El "hombre universal" fue una ilusión de raigambre etnocéntrica, y el reconocimiento de las particularidades culturales referidas al campo de las etnias, religiones, lenguas y género movilizó una ampliación de la racionalidad.

Con la dialéctica hegeliana, comienza el tema de la diversidad, de la diferencia; ya no se considera al sujeto como algo dado, sino como algo que deviene en la cultura y se constituye en un proceso. Se introducen así el movimiento, el tiempo, la historia y el cambio, y se toma conciencia del ser humano como sujeto con una identidad social y cultural. Pero el otro no es aún el otro, aquel con lo cual me tengo que ver, sino que pasa a ser constitutivo de la identidad del sí mismo (Cullen, 2000). La nueva concepción tampoco incluía la historia de la vida cotidiana, de la familia, de los niños, la problemática de los afectos y de los vínculos humanos, es decir, todo aquello inherente al rol asignado por

la sociedad a la mujer y considerado su ámbito natural, constitutivo de su identidad.

Recién en las últimas décadas, se instala en la cultura el debate acerca de la diferencia, que inaugura la posibilidad de dirigir una mirada crítica hacia los estereotipos que proporcionaban el fundamento de las conductas aprobadas socialmente. Nietzsche y Freud se anticiparon cuando, al iniciar la ruptura con los valores vigentes, produjeron un viraje en el pensamiento que permitió tomar en cuenta la diferencia.

Freud se mueve entre el paradigma positivista, neurológico, y el hermenéutico y, desde este último, tiene como perspectiva librar el discurso de la rigidez del único sentido. La salida del dominio totalitarista de la razón instrumental permite la apertura del modelo unitario del ser humano y la posibilidad de reconocer la alteridad. Dejan de estar vigente el patrón único, tomado como modelo universal, y el dogma del principio de identidad; y se aceptan modalidades diversas y con diferente grado de complejidad, con iguales derechos a ser respetadas por igual. A partir de este cambio, se contó con instrumentos para una revisión crítica del paradigma androcéntrico, y el lugar de la mujer en la sociedad pudo entonces ser interpretado dentro del juego de las fuerzas puestas al servicio de la conservación del poder desde la ideología dominante. El descentramiento de la mirada permitió detectar la atribución de significados a cada género a partir del modelo masculino como patrón que regía a la humanidad y se develó la manipulación que significó este recurso a los fines de la sujeción de la mujer.

En *Tótem y tabú*, Freud (1913) utiliza el modelo de la horda primitiva gobernada por un macho despótico cuyos hijos se rebelan y lo matan para tener acceso a las hembras, a las que luego renuncian para evitar la rivalidad fratricida. Así, el pacto social y la producción cultural se sustentarían en la libido homosexual masculina sublimada, la interdicción del incesto y la exogamia con intercambio de mujeres como objetos eróticos, pero no como sujetos deseantes. Se trata de un relato acerca del proceso de domesticación de la mujer en la cultura fálica. Para Engels, con la agricultura y la ganadería los varones vieron aumentar su poder económico e implantaron la monogamia y la familia patrilineal, lo que aseguró la legitimidad de la descendencia y la transmisión de los bienes a los hijos. Subordinaron a las mujeres mediante la dependencia económica y la restricción de la sexualidad.

Sin embargo, en la familia medieval y, más tarde, en la familia extensa campesina, basada en la propiedad productora de bienes y en la reproducción, si bien el padre concentraba el poder, las labores de las mujeres eran valoradas, pues formaban parte de la unidad de producción.

Con la Revolución Industrial, al expandirse la producción extradoméstica, sólo la actividad productiva del hombre que salía a trabajar fue reconocida como trabajo. En la mentalidad burguesa, la familia es considerada tradicionalmente la célula fundamental de la sociedad, y la mujer el centro de la familia y el hogar, mientras que en el campo social es un ser dependiente, sin representatividad civil.

En la nueva familia nuclear con pocos hijos, la mujer quedó aislada en un hogar cada vez más reducido y se gestó el *ideal maternal*, constitutivo, obligado de aquí en adelante, de la identidad femenina, que incluía la represión de la sexualidad fuera de lo inherente a la maternidad. Las tareas domésticas, la crianza de los niños y el cuidado de los otros constituyeron su "medio natural", y este rol prescrito, internalizado en la subjetividad femenina, quedó naturalizado e invisible.

En este período, la ideología androcéntrica tradicional recurrió al aval de fundamentaciones cientificistas para la prescripción del rol femenino y la construcción del estereotipo femenino. El reclamo de los derechos de la mujer en el campo social quedó significado como una muestra de rechazo del lugar que *naturalmente* le corresponde en la sociedad, expresión de los componentes fálicos de su personalidad.

La modernidad ha hecho de la racionalización el principio de su organización y significó una verdadera mutación cultural concomitante con cambios en la estructuración psíquica. Una de las paradojas de la modernidad es la exclusión de la mujer de los derechos "universales".

La sociedad burguesa, en tanto imagen de la vida social montada sobre la familia, ha sufrido a lo largo del siglo XX una crisis fundamental, en coincidencia con una formidable revolución tecnológica (Romero, 1996) y la influencia de las dos guerras mundiales.

En la Primera Guerra Mundial, se recurrió a la mujer para reemplazar al hombre en la producción industrial, y esta experiencia le abrió un mundo de nuevas posibilidades de intercambio social. En la posguerra comienza lo que se ha dado en llamar la "liberación de la mujer" y aparece un ideal femenino revolucionario e inédito, un nuevo arquetipo.

Con el apogeo del capitalismo industrial se exaltaron los ideales del individualismo y la búsqueda de realización personal y, para alcanzar estos objetivos, se requirió el desarrollo de actitudes de autoafirmación, competitividad, agresividad en la toma de decisiones.

Estos valores del individualismo no son, sin embargo, compatibles con el rol femenino vigente de madre y esposa, referidos al orden afectivo, al cuidado del otro, la compasión y la piedad. A pesar de la mayor apertura del campo laboral a la mujer, ella se encontró en dificultades para compatibilizar su papel tradicional en el hogar con su inclusión en un medio con una cultura androcéntrica. Ese ámbito altamente competitivo ha sido organizado por el hombre para cumplir con el nivel de exigencia acorde con las circunstancias, contando con el continente provisto por la mujer para cubrir las necesidades vitales y emocionales de él y de los hijos.

Investigaciones de carácter "científico", destinadas a evaluar el pensamiento racional universal y el sentido moral en cada género, pueden arribar a resultados erróneos cuando no se toman en cuenta las diferencias y se parte como referente obligado del modelo único.

Investigaciones con grupos de varones y de niñas indicaron que era menos probable que ellas alcanzaran la "etapa superior" del razonamiento moral, la capacidad de razonar en términos formales sobre las metas universales como la justicia y la igualdad, tal como lo expresa Kohlberg (citado por Benjamin, 1996). Este autor compartía con Piaget la idea de que sólo hay un camino para llegar del origen a la meta, que es una sola y es universal. Si alguien argumenta de manera diferente acerca de un problema planteado, se debe a que es más primitivo moralmente, y todo aquello que difiere en la evaluación de valores abstractos significa que se encuentra en un grado previo más primitivo, menos desarrollado.

Gilligan (citada por Benjamin, 1996) sostiene que esta moral es unilateral y específicamente refleja el punto de vista masculino. En sus propias investigaciones, demuestra que las mujeres progresan hacia niveles altos de juicio universal, pero que sus valores son otros, como la actitud cuidadora, la responsabilidad, la no violencia, y prefieren un estilo de pensamiento más contextual y concreto, que ve el sí mismo en relación con los otros. Considera que la concepción de Kohlberg se basa en una idea del superyó tendiente a la valoración de carácter abstracto, formal. También Simmel observó que se les atribuye a las mujeres el hecho de carecer de sentido jurídico y manifestar rechazo por las normas. Pero agrega que este sentimiento es una oposición al derecho masculino que se presenta como absoluto.

Estas adjudicaciones de roles a cada género a través de la historia indujeron cambios en el psiquismo humano. El "aparato psíquico" discriminado y autónomo de la segunda tópica freudiana se modeló acorde con las necesidades de la producción fabril para hacer al hombre más apto y eficiente en el campo laboral. No sólo los roles de género se diferenciaron más rígidamente en ese período, sino que se profundizó la escisión mente-cuerpo, con un desarrollo marcado del área mente regida por la razón instrumental, lo que constituyó el modelo del "hombre máquina". Esto y su alejamiento del hogar en las largas horas de trabajo fuera de casa significaron para el hombre el empobrecimiento del registro de los afectos en lo concerniente a los vínculos familiares y a la expresión de emociones y sentimientos.

La polarización de los roles de género condicionó una marcada dificultad en los vínculos de pareja porque cada uno de sus miembros se maneja con códigos diferentes que, si bien pueden ser complementarios, no son fácilmente compatibles a lo largo de la convivencia.

La sobrevaloración social del rol masculino —que incluía el manejo del poder político y económico— exigió normas rígidas de carácter corporativo para defender la pureza de rasgos investidos con tan alto valor narcisista. De allí la fuerte sanción social respecto de la homosexualidad masculina y de los rasgos femeninos en el hombre. El decrecimiento de esta presión dio lugar, como formación reactiva, a la exhibición de travestidos con actitudes desafiantes, a desfiles callejeros, a producciones teatrales y cinematográficas donde se hace una apología de esas prácticas.

En algunas de estas expresiones, se percibe un matiz reivindicativo y el deseo omnipotente de adquirir los caracteres del sexo opuesto sin renunciar a las ventajas del biológico. Estaríamos ante la encarnación del mito del hermafrodito de Platón.

El hombre ha tenido que realizar esfuerzos para mantenerse fiel al rol prescrito y últimamente se ha visto aliviado de la exigencia de estar provisto de un carácter fuerte y protector, sin temor a nada. La dificultad de alcanzar esos ideales sume al hombre en sentimientos de fracaso, que a menudo compensa con la sobreactuación del rol masculino tradicional que adquiere matices de violencia doméstica.

De esta manera, es posible pensar que "el malestar en la cultura" no radica sólo en un posible conflicto naturaleza-cultura, pues no existe naturaleza humana previa a la cultura, ya que el advenimiento del ser humano está condicionado por el desarrollo neurológico que sólo se puede completar mediante los estímulos de la cultura, lo que constituye una segunda naturaleza.

Deseo y represión se constituyen, al mismo tiempo, a través de un proceso mutuo de expresión humana estructurado en contextos culturales específicos. Los impulsos libidinosos no son algo ya formado y sujeto luego a la represión, sino que el deseo reprimido es el resultado de procesos específicos de identificación e interacción entre seres humanos, donde los impulsos inconscientes penetran en nuestras relaciones con los otros (Elliot, 1955).

El malestar se genera por razones inherentes a tensiones radicadas dentro de la adjudicación de sentidos muy rígidos a los roles de género en el seno de la cultura misma. Esta adjudicación de roles excluyentes a cada uno de los géneros —que han sido naturalizados e internalizados— implica la represión compulsiva de ciertas conductas y actitudes en las personas de cada sexo, no aceptadas por el imaginario social porque son consideradas naturales del género opuesto. La constitución de estereotipos sociales de género, transmitidos preferentemente por padres, maestros y todos aquellos a cargo de la educación de niños y jóvenes, ha causado sufrimientos por la discriminación y la marginación que acarrea a quienes transgreden sus estrictos límites.

La salida de la modernidad trae aparejadas una pérdida de rigidez de los roles de género y la posibilidad de que los territorios previamente establecidos para cada uno de ellos se hagan permeables y flexibles. Al mismo tiempo, la tajante división entre la vida privada relegada a las mujeres y la vida pública a los hombres se está desdibujando. Cada persona, independientemente de los roles adjudicados previamente a su género por la sociedad, puede elegir con más amplitud en función de su vocación y sus deseos, sin exponerse a la marginalidad.

Bibliografía

Benjamin, J. (1996): *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y problemas de la dominación*, Buenos Aires, Paidós.

Bornay, E. (1995): *Las hijas de Lilith*, Madrid, Cátedra.

Cullen, C. (2000): *Diversidad, diferencia, alteridad en torno al problema del sujeto*, Ateneo Interdisciplinario.

Elliott, A. (1995): *Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*, Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1924): "El problema económico del masoquismo", S. R., t. XIII.

Freud, S. (1933): "Nuevas aportaciones al psicoanálisis", "La femineidad", S. R., t. XVII.

Kaës, R. (1991): *El pacto denegatorio en los conjuntos transubjetivos*, Buenos Aires, Amorrortu.

Kimbrell, A. (1995): *The Masculine Mystique. The Politics of Masculinity*, Nueva York, Ballantine.

Lewkowicz, I. (1997): "El género en perspectiva histórica", *Psicoanálisis. Revista de ApdeBA*, vol. XIX, N.° 3.

Maffia, D. (2003): *Éticas y feminismos*, Seminario Interdisciplinario.

Montevechio, B. (1991): "El segundo sexo en el tercer mundo", en *La identidad negativa*, Buenos Aires, Kargieman.

Montevechio, B. (1997): "Las hijas de Lilith. Entre el estereotipo y las teorías logofalocéntricas", *Psicoanálisis. Revista de ApdeBA*, vol. XIX, N.° 3 1997.

Montevechio, B. (2000): "La mujer en la sociedad burguesa", en A. M. Alizade (comp.): *Escenarios femeninos*, Buenos Aires, Lumen.

Simmel, G. (1946): *Cultura femenina y otros ensayos*, Buenos Aires, Espasa Calpe.

Contexto histórico cultural de lo masculino y de lo femenino

*Cláudio Laks Eizirik**

Desde la leyenda bíblica de Adán y Eva, pasando por todos los períodos y las formas de la civilización, las cuestiones vinculadas al género, o a lo que constituye lo masculino y lo femenino, discurren sobre las relaciones humanas, estructuran interacciones sociales, surgen de los intentos y de las manifestaciones de cada persona, y desempeñan un papel central en la trama de afectos, fantasías y comportamientos que cada uno adopta al verse, sentirse y expresarse como hombre y mujer.

Según Octavio Paz (1993), no es extraño que la filosofía del amor, el sentimiento que más une, separa o perturba las relaciones entre lo masculino y lo femenino, haya surgido primero en Grecia. Allí la filosofía se liberó de la religión. Así como los profetas hebreos criticaron la sociedad basándose en la religión, los pensadores griegos criticaron a los dioses basándose en la razón. Tampoco es extraño verificar que el primer filósofo del amor, Platón, haya sido también un poeta, pues la historia de la poesía está ligada a la del amor. La influencia de Platón aún perdura, especialmente su idea del alma. Una de sus grandes obras, *El banquete*, consiste en varios discursos o elogios sobre el amor, pronunciados por siete participantes en el ágape.

Aristófanes recurre al mito del andrógino original para explicar el misterio de la atracción universal que uno siente por el otro. Según ese mito, antes de todo, existían tres sexos: el masculino, el femenino y el andrógino (compuesto este último por seres dobles). Los andróginos eran fuertes, inteligentes y amenazaban a los dioses. Para someterlos, Zeus decidió dividirlos. Desde entonces, las mitades separadas andan buscando su mitad complementaria. De acuerdo con Paz, el mito del andrógino no solamente es profundo, sino que despierta en nosotros otras resonancias: también somos seres incompletos, y el deseo amoroso es una perpetua sed de completud. Así, sin el otro o sin la otra, no seré yo mismo. Tanto este mito como el de Eva son metáforas poéticas que, a pesar de ser parciales, ayudan a iluminar un aspecto central de la relación entre lo masculino y lo femenino.

Sin embargo, la parte central de *El banquete* está en el discurso de

* Miembro titular y analista didacta de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre.

Sócrates, cuando relata la conversación que mantuvo con la sabia sacerdotisa Diotimia de Mantinea, que trata de revelarle los misterios del amor. Según ella, Eros no es un dios ni un hombre; es un demonio, un espíritu que vive entre los dioses y los mortales. Lo define la preposición "entre": en el medio de una cosa y otra. Su misión es comunicar y unir a los seres vivos. Tal vez por eso se lo confunda con el viento y se lo represente con alas. Es hijo de la Pobreza y de la Abundancia, y eso explica su naturaleza de intermediario: comunica la luz con la sombra, el mundo sensible con las ideas. Como hijo de la Pobreza, busca la riqueza. Como hijo de la Abundancia, distribuye los bienes. Es el deseoso que pide, el deseado que da.

Por el momento, consideremos solamente estos dos aspectos: la cuestión de la incompletud y el aspecto de Eros caracterizado por la preposición "entre". Ellos nos pueden ayudar a reflexionar sobre las sucesivas incomprensiones, disputas, dominaciones y sometimientos, acercamientos amorosos y alejamientos odiosos que han caracterizado los contextos históricos y culturales de lo masculino y de lo femenino.

Se acostumbra visualizar la feminidad y la masculinidad como calidad, o naturaleza, o estado del sexo masculino y femenino (*Webster's*, 1976). Desde la perspectiva psicoanalítica, esos términos designan una constelación de rasgos característicos de cada sexo, incluidos la anatomía, la apariencia, la identidad de género, los papeles de género, la preferencia por objetos sexuales y el comportamiento social culturalmente determinado. En los últimos años, se establecieron tres diferencias psicológicas entre los sexos: la identidad de género nuclear, o sea, el sentimiento de pertenecer a uno o a otro de los sexos; el comportamiento sexual, manifiesto o disfrazado, y los atributos y comportamientos no sexuales culturalmente determinados e institucionalizados, como la apariencia física, las ropas, las modales, etc.

Los conceptos psicoanalíticos de masculinidad y feminidad se refieren a un sistema complejo de creencias que cada persona desarrolla en relación con la anatomía y las diferencias anatómicas. A ellas se le suman las fantasías inconscientes que llevan a cada individuo a formar un sentido personal de masculinidad o feminidad, que concuerda o no con su sexo biológico. Hay, además, un reconocimiento general de que las influencias culturales contribuyen poderosamente. Lo masculino y lo femenino no son modelos absolutos. Varían de una cultura a otra, así como de una época a otra, dentro de una misma cultura (Moore y Fine, 1990; Stoller, 1976, 1985; McDougall, 1995; Tyson, 1996).

Al considerar todos esos aspectos, se pueden formular varias cuestiones: ¿Qué son hoy la masculinidad y la feminidad? ¿Cuán próximos o distantes estamos de las descripciones elaboradas por Freud a lo largo de sus innumerables contribuciones a la comprensión de esos con-

ceptos? ¿Esas designaciones son aún útiles o justificables teóricamente, o se constituyen en estereotipos esencialmente culturales (Tyson, 1996)? Ya en 1905, el propio Freud alertaba sobre el hecho de que los conceptos de masculino y femenino, cuyo significado parece tan poco ambiguo para las personas en general, están entre los más confusos que la ciencia debe abordar. Esta confusión permanece, a pesar de nuestra creciente comprensión a lo largo de los primeros cien años del psicoanálisis; pero a la confusión hoy debemos sumarle la tendencia actual a una progresiva ambigüedad.

Barale (1996) llamó la atención sobre esta tendencia contemporánea en que los géneros se borronean, entran en turbulencia y hay una problemática definición de la sexualidad normal, y cuestionó, incluso, si existe una teoría general del desenvolvimiento sexual en el psicoanálisis actual, además de destacar los cambios en los patrones morales y la creciente visibilidad cultural de comportamientos sexuales usualmente descriptos como perversiones. En esta misma línea de preocupaciones, Ahumada (1997) sugiere que las patologías actuales de gratificación inmediata muestran una creciente ambigüedad, lo que lleva al cuestionamiento de la propia idea de patología y, más intensamente, de psicopatología sexual. Así, en la "normalidad" actual, la ambigüedad y los estilos alternativos de vida pueden ser (o llegar a ser) considerados como ideas sociales.

Como se percibe, ahí están ejemplificados algunos de los temas más importantes para los pensadores posmodernos: la complejidad, la crítica a las meta-narrativas, los problemas del poder, la existencia y el derecho a las diferencias, y la expresión de esos derechos por parte de minorías específicas (Eizirik, 1998a).

Estamos, por lo tanto, distantes del modelo propuesto por Freud, en el que el sexo masculino consistía en lo típico, la norma, a partir de la cual se desarrollaba la otra parte, la sexualidad femenina, que se fundaba en la falta, en lo ausente, en la envidia del pene y todas las supuestas consecuencias de inferioridad y fragilidad físicas y emocionales. La tendencia actual, a partir de los estudios de Person y Ovesey (*apud* Kernberg, 1995), es considerar que la identidad de género nuclear es tanto masculina como femenina desde el principio.

Acompañando todo el movimiento social que produjo un creciente cambio de los papeles y de la presencia de la mujer en la escena contemporánea, se desarrolló una amplia literatura sobre el género, producida tanto por las feministas como por las conversaciones teórico-clínicas entre el feminismo, el psicoanálisis y la posmodernidad (Flax, 1990; Tubert, 1996). Después de las violentas críticas feministas de los años sesenta a la teoría psicoanalítica, la tendencia actual es el uso de conceptos psicoanalíticos para entender temas como la dominación y

la maternidad. Dos de los resultados de ese movimiento intelectual y de esa presencia social son el establecimiento de centros universitarios sobre estudios femeninos y una creciente masa de trabajos sobre el género, que en los últimos años fueron producidos también por psicoanalistas. Una de las áreas de estudio actual se ocupa de la influencia del género del paciente y del analista en el proceso analítico (Kernberg, 1998). Hay una tendencia predominante en reconocer que el género, así como el ciclo vital de ambos participantes de la pareja analista-paciente, desempeña un papel importante en el proceso (Eizirik, 1995).

La evolución de los conceptos de masculinidad y feminidad fue estudiada por Breen (1993), que describió lo que denomina "el enigma de los géneros", destacando su creciente complejidad y llamando la atención sobre la silenciosa revolución en la comprensión de los hombres, así como sobre el predominio de trabajos sobre lo femenino, la sexualidad femenina, el género femenino, el papel social de la mujer, etc. Avanzando en esa constatación, pienso que la expresión "continente negro", empleada por Freud (1926) para caracterizar la sexualidad femenina, "se aplicaría mejor al enigma y al *unheimlich* que nos desafía cuando nos deparamos con las constelaciones que constituyen ambos géneros y su variaciones actuales" (Eizirik, 1997).

El cuadro actual de la masculinidad podría sintetizarse, de forma algo brutal, en la pregunta formulada por Badinter (1993): "¿Qué es un hombre que no manda?" Con esto quiere significar el cambio en los papeles sociales, la mayor presencia de las mujeres, el cuestionamiento a las normas tradicionales de división de tareas, una postura femenina más activa en todos los sentidos, que estaría produciendo un estado de perplejidad y malestar entre los hombres, con repercusiones en sus mundos internos y en su comportamiento familiar y social.

"Un día soñé que la ilusión de ser hombre bastaría", afirmó Gilberto Gil en una de sus composiciones, para después destacar que "mi porción mujer, que hasta entonces se había resguardado, es la mejor porción que tengo en mí y que me hace vivir".

Esta declaración contrasta dramáticamente con la conducta masculina codificada por Rudyard Kipling en su poema *Si* y que, a pesar (o debido) a su fuerte sabor a colonialismo inglés, se pegó en las paredes de las habitaciones de varias generaciones de adolescentes. "Si" fuera capaz de enfrentar todas las situaciones difíciles que se presentaran a lo largo de la vida, el resultado sería: "Tuya es la Tierra, con todo lo que existe en el mundo y, lo que aún es más, eres un hombre, hijo mío."

Una cierta perplejidad o malestar masculino puede llevar a reacciones opuestas: reafirmar la supremacía e imponer la dominación (que puede provocar desde expresiones groseras de autoritarismo hasta manifestaciones sutiles de control, tan frecuentemente observadas en

las relaciones conyugales, donde vuelan identificaciones proyectivas de lado a lado y la pareja adopta sucesiva o alternativamente los supuestos básicos de los grupos descriptos por Bion) o adoptar una posición pasiva y sumisa, aceptando la dominación femenina, alabando las virtudes y reconociendo exagerada y relativamente los siglos del injusto mando masculino.

Así como el desarrollo de la masculinidad se procesa a través de relaciones emocionalmente significativas, el actual dilema masculino sólo podrá encontrar posibilidades de resolución a través de relaciones que impliquen un cambio. La perplejidad que se observa en muchos de los hombres contemporáneos y un cierto culto posmoderno a la ambigüedad y a la indiferenciación, sumado a la culpa por la dominación masculina en los siglos precedentes, han conducido, con alguna frecuencia, a una de las dos posturas masculinas mencionadas anteriormente. Ambas privan a sus portadores de algunas virtudes masculinas legítimas, que provienen de la sana identificación con los padres y otras figuras emocionalmente significativas, como el coraje, la firmeza, el orgullo, la capacidad de amar sin dominar ni someterse, así como también la sensibilidad y la capacidad de reconocer la dependencia emocional y la necesidad afectiva de su pareja.

Así, en diferentes contextos históricos y culturales, la lección de Platón sobre la incompletud básica y la visión de Eros como la de quien está *entre*, quien une, nos permite entender que las distorsiones groseras y la radicalización de posiciones aparentemente irreconciliables entre hombres y mujeres son expresiones de defensa contra esa constatación básica, la que alude a seres incompletos al amparo de un Eros que promueva las relaciones.

Como nos dice Octavio Paz (1993, p. 196): "El amor no vence a la muerte: es una apuesta contra el tiempo y sus accidentes... En un trecho famoso, Freud se refiere al sentimiento oceánico, ese sentirse envuelto y movido por la totalidad de la existencia... Al nacer, fuimos arrancados de la totalidad; en el amor, todos sentimos volver a la totalidad original... Reconciliación con la totalidad que es mundo... El tiempo del amor no es grande ni pequeño: es la percepción instantánea de todos los tiempos en uno solo, de todas las vidas en un instante... Ese instante es el reverso y el complemento del sentimiento oceánico... Somos el teatro del abrazo de los opuestos y de su disolución, resueltos en una sola nota que no es de afirmación ni de negación y sí de aceptación. ¿Qué ve la pareja, en el tiempo de un parpadeo? La identidad de la aparición y desaparición, la verdad del cuerpo y del no cuerpo, la visión de la presencia que se disuelve en un esplendor: vivacidad pura, el ritmo del tiempo."

Bibliografía

Ahumada, J. (1997): "Crisis de la cultura y crisis del psicoanálisis", *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*, vol. 23, N.° 2 (1998).

Badinter, E. (1993): *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza.

Barale, F. (1996): "¿De verdad se está quemando París? (Angustias de incertidumbre y caos normal del amor)", *Revista de Psicoanálisis*, vol. 53, N.° 3 (1996).

Breen, D. (ed.) (1993): *The Gender Conundrum*, Londres y Nueva York, Routledge.

Eizirik, C. L. (1995): "Masculinity, femininity and analytic relationship: countertransferential issues", en Alcorta Garza, A. (ed.): *Psicoanálisis en América latina: teoría y técnica*, Monterrey, Federación Psicoanalítica de América Latina-Asociación Psicoanalítica Internacional.

Eizirik, C. L. (1997): *From the dark continent to the multiple faces of Eros: a reflection on psychoanalysis and some postmodern challenges*, panel de discusión del 40.° Congreso Internacional de Psicoanálisis, Barcelona.

Eizirik, C. L. (1998a): "Masculinidade e feminilidade na virada do milênio: uma breve reflexão psicanalítica", *Revista de Psicanálise da SPPA*, vol. V, N.° 2: 165-171.

Eizirik, C. L. (1998b): "Violência social e relação analítica ou 'Central do Brasil'", *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, vol. II, N.° 1.

Flax, J. (1990): *Psicoanálisis y feminismo: pensamientos fragmentarios*, Madrid, Cátedra.

Freud, S.: *Three Essays on Sexuality*, *SE*, vol. 7.

Freud, S. (1926): "The question of lay analysis", *SE*, vol. 20.

Kernberg, O. (1995): *Relaciones amorosas: normalidad y patología*, Buenos Aires, Paidós.

Kernberg, O. (1998): "Influencia del género del psicoanalista y paciente en la relación psicoanalítica", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 48, N.° 3 (2000).

McDougall, J. (1995): *Las mil y una caras de Eros; la sexualidad humana en busca de soluciones*, Buenos Aires, Paidós.

Moore, B. y Fine, B. (1990): *Términos y conceptos psicoanalíticos*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Paz, O. (1993): *A dupla amor e erotismo chama*, San Pablo, Siciliano.

Stoller, R. (1976): "Primary femininity", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 24: 59-78.

Stoller, R. (1985): *Presentations of Gender*, New Haven, Yale University Press.

Tubert, S. (1996): "Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo", en Burin, M. y Bleichmar, E. (comps.), *Género, psicoanálisis, subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.

Tyson, P. (1996): "Sexualidad, femineidad y psicoanálisis contemporáneo", *Revista de Psicoanálisis*, vol. 53, N.° 3.

Webster's Third New International Dictionary (1976): Chicago, G. & C. Merriam.

Analista: ¿quién eres?
(sexo y género en el trabajo y en la escucha analítica)

*Alcira Mariam Alizade**

Escenarios analíticos. Ficciones y autenticidad

La pregunta "¿analista, quién eres?" abarca diferentes planos. El verbo "ser" alude, en primer término, a la persona del analista, su ser *in toto* en su identidad, y singulares vicisitudes históricas y transgeneracionales. Ese ser está ligado a su identidad humana y personalidad, más allá del sexo, la edad y el género.

La interpelación sexual y de género no puede obviar el lugar sin sexo de una persona adulta posicionada en el lugar del analista, así como tampoco podrá obviar los momentos transferenciales cuando caen sobre el analista proyecciones fuera del registro de la corporeidad y el analista se transforma en un lugar, un *infans*, un objeto inanimado o muerto.

La multiplicidad de objetos parciales que potencialmente pueden ser proyectados sobre el analista produce una descomposición caleidoscópica. Partes, rasgos, forman parte de un espectro de alternativas en danza en el trabajo de análisis. El analista puede ser pensado como una persona-*collage*, una figura combinada.

Como en una obra teatral de múltiples escenarios, el analista representa montajes diversos en los cuales le son adjudicados roles, fantasías, deseos en el marco transferencial-contratransferencial de la sesión.

La neutralidad analítica invita al analista a ocupar una posición de espejo reflejante. Se trata de una ubicación técnica paradójica, pues al mismo tiempo él es exigido a interpretar las imágenes especulares cambiantes e incluso a participar de la ficción en el lapso de una sesión, de un instante. Es partícipe del escenario montado y, sin actuar, actúa el papel adjudicado, a fin de develar el cúmulo de afectos y fantasías encarnados en esa figuración.

La sesión puede transcurrir en un perfecto "como si", y súbitamente irrumpe en el otro la inesperada transformación objetal inconsciente que se manifiesta en un repentino rechazo, un afecto de vergüenza, una rabia incontenible, una idea perturbadora. El personaje-fantasma emergente ha de ser interrogado.

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Las diversas ficciones proyectivas e introyectivas interactúan junto con una transferencia inédita, a saber, la transferencia sobre el analista como ser auténtico y nuevo. En la medida en que la perturbación psiconeurótica cede en intensidad y el trabajo elaborativo progresa, el vínculo humano analista-paciente colabora en la feliz resolución de la experiencia emocional correctora (Pichon Rivière, 1971).

Hecha esta introducción a la complejidad del campo interactivo analítico, habré de centrarme en las cuestiones atinentes a sexo y a género.

Sexo y género. Del lado del analista

La alquimia del trabajo analítico es por demás compleja —imposible, decía Freud en 1937— como para ejercer una excesiva rigurosidad respecto de cómo debe ser un analista en lo que concierne a su identidad sexual y sus elecciones de objeto. Fácilmente se puede caer preso en las redes del prejuicio y de las convenciones, cuando no del chisme o de sentimientos negativos de rivalidad y envidia.

Una cosa es indiscutible: la persona del analista sólo tiene dos opciones en lo real de su sexo: ser varón o ser mujer.

El analista tiene sexo, tiene identidad de género, tiene una función analítica, tiene elecciones de objeto sexual. Además, posee ideología, creencia. Detrás de la pregunta "¿quién eres?", formulada desde la demanda inconsciente del paciente, se perfila un fundamental "¿quién soy para mi paciente?", formulado por el propio analista en los sucesivos momentos del tratamiento.

La proyección y puesta en acto de un fragmento de recuerdo vivencial impacta sobre el analista y lo viste por un instante con rasgos ajenos. La respuesta del analista está limitada por su *quantum* de movilidad psíquica en lo que concierne a asumir una bisexualidad lúdica, sin que por ello vacile su identidad de género.

Las posiciones femenina, femenina-maternal, masculina y paterna son encarnaciones pasajeras de roles de género, de representaciones y de afectos. Comprenden conductas y roles de género que reciben las órdenes o la presión social de la época y dictaminan matices diversos en la definición de femineidad y masculinidad.

Así como M. Klein habló de posicion depresiva y paranoide, desde la sexualidad hablamos de posición femenina y posición maternal, de posición masculina o viril y de posición paterna.

Es importante consignar el papel de las fantasías en las relaciones de objeto. Freud señalaba la aparición de un conflicto preedípico femenino en una relación marital heterosexual (1931). Sobre el marido se proyectan la figura y los conflictos con el personaje de la madre. La alteridad del marido se borra para dejar paso a otro yo que envuelve y distorsiona el vínculo.

En su célebre texto literario *Sodoma y Gomorra*, Marcel Proust describe con infinita lucidez los códigos de las relaciones objetales en función no del sexo manifiesto, sino de la fantasía adosada. Un hombre bisexual, con predominio homosexual, casado, no sentirá celos si su pareja homosexual se relaciona fugazmente con una mujer, pero sí, en cambio, si esta mujer se declara a su vez homosexual y se presta a la fantasía de ejercer el lugar de varón. Esta compleja dinámica sortea las leyes de la realidad e inaugura fantasmáticas representaciones acerca de quién es quién. Este mundo de fantasía se actualiza en la relación analista-paciente.

Al estudiar la femineidad del analista en su trabajo, Chasseguet-Smirguel (1983) privilegia lo que denomina la *disposición a la maternidad* en analistas tanto varones como mujeres. Para ella, esta disposición a la maternidad estaría directamente relacionada con la disposición a una escucha receptiva y la transmisión de inconsciente a inconsciente (p. 261). A su entender, la femineidad-maternidad es lo "que permitiría al analista aceptar esa larga gestación que es la cura analítica" (p. 266).

Los analistas experimentados no sólo poseen flexibilidad genérica, sino que a la regresión del paciente responden con una cierta autorregresión que les permite, como en el modelo freudiano del capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900), hacer un camino regrediente, facilitador de la percepción del inconsciente del paciente. En función de una feminización originaria para ambos sexos, en las profundidades del trabajo de análisis, analista y paciente se reencuentran en espacios regresivos feminizantes. Reencontramos en este punto el concepto de *rêverie* materna enunciado por Bion.

La tendencia al rehusamiento a la femineidad denunciada por Freud, al conceptualizar la roca viva de hombres y mujeres (1937), que trabajé a la luz de un caso clínico (Alizade, 1994), debe perder intensidad a lo largo del psicoanálisis individual del analista, a fin de permitir la emergencia de una genuina eficacia.

En forma simplificada, se puede enunciar que la posición maternal alude a una recepción enorme, una redondez contenedora; la posición femenina, a una suave aceptación de la castración; la posición masculina, al corte (fin de análisis) y a la discriminación; y la posición fálica, al ejercicio de la ley y del poder omnipotente.

En el nivel de la técnica, es posible equiparar la escucha con lo fe-

menino y la interpretación con lo masculino. La posición femenino-maternal estaría en el centro de la escucha en la que podemos nombrar algunos elementos: la espera, la posposición, la paciencia, la comprensión empática, la percatación de los contenidos preverbales, los estados de silencio. La escucha requiere funciones de recepción, atención flotante, relajada entrega receptiva en estado de flotación.

La interpretación, en líneas generales, entra, penetra, busca hacerse un lugar en el inconsciente, provocar un *insight* transformador. Es fácilmente equiparable a lo masculino. El deseo del analista irrumpe en un giro interpretativo nuevo que busca activamente un efecto analítico. Quizá era en ese sentido que Freud decía que la libido era masculina, en tanto energía puesta al servicio de un deseo vital en busca de una realización activa.

Una lectura más profunda muestra cómo una interpretación movilizadora, penetrante, que toca el inconsciente del paciente, puede evocar un vínculo materno, y cómo el silencio y el trabajo de atención flotante pueden tornarse activos.

El juego de los sexos y los géneros en el campo analítico enriquece la óptica de la transferencia erótica (Freud, 1913) y el amor de transferencia. El analista ejercita su movilidad de género y, cuando la transferencia erótica se convierte en resistencia, puede recurrir a esta plasticidad objetal sexual para interpretar y desprenderse de la realidad de su sexo y de su persona. Recreará ficciones en el marco de la exigencia de realidad del paciente que se resiste a toda interpretación en el ámbito del "como si".

Cuando una analista mujer ocupa una transferencia paterna, queremos significar que sobre su persona, más allá de su sexo y género, el paciente ubica, en un momento determinado y de forma más o menos laxa o intensa, una catexis perteneciente a un fragmento de su historia con un personaje altamente significativo del sexo opuesto.

El analista no se convierte en padre ni madre, hermano, exnovio, etc. No cambia de sexo, no cambia de lugar. Pero sí ocupa, como en un teatro, el rol asignado. Recibe un *golpe de proyección* en dirección a una función y a un sexo-género. En este punto, interviene el sexo-psíquico de la fantasía. El analista se *des-genera* o *des-sexa* en forma temporaria e invisible. La asunción del género transferencial requiere por parte del analista:

1. *capacidad lúdica;*
2. *flexibilidad psíquica, amplia tolerancia contratransferencial;*
3. *capacidad de transexualidad operativa;*
4. *metamorfosis momentáneas: ser otro, tener otra edad, ser un muerto, ser un objeto inanimado.*

El analista pierde transitoriamente su género y vivencia *flashes* de femineidad, de masculinidad o de ambigüedad. Es asimismo solicitado, en ciertos tiempos del tratamiento, en una suerte de asexualidad, cuando se juega la resolución de conflictos vinculados primordialmente con la supervivencia psíquica, con lo arcaico presexual, con vivencias de vacío fuera del campo de la sexualidad. Humano presexual que se resignificará, en gran medida, en tiempos posteriores del desarrollo.

El analista requiere en su trabajo una cierta flexibilidad para, a su vez, identificarse con ese varón o esa mujer imaginaria. El firme sostén en su identidad nuclear le permitirá trasponer el umbral de su identidad de género propiamente dicha y ejercer en algunos momentos del análisis una cierta *transexualidad trófica operativa*. Habrá de pensarse, expresarse e interpretar como si perteneciera al otro sexo. No siempre es fácil llevar a cabo estos movimientos en la identidad sexual. A Freud le costaba recibir las transferencias maternas o transferencias femeninas, y no podía desposeerse del propio género.

Al trabajar el edipo negativo de un paciente del mismo sexo, todo analista se aproxima a sus propios componentes homosexuales, que debe haber elaborado y asumido en su propio análisis. La *flexibilidad genérica* y la *transexualidad trófica operativa* juegan un rol relevante en los momentos de reacción transferencial negativa. Le permiten sustraerse a su mismidad, correrse del lugar directo de analista para mostrar —distancia adecuada mediante— al otro o la otra escena hacia donde se dirigen la resistencia y la hostilidad de su paciente.

No debemos dejar de considerar la clínica evolutiva y las múltiples variantes, según se trate de análisis de niños, adolescentes, adultos o ancianos. Cada período muestra metamorfosis corporales y psíquicas con las consiguientes reacomodaciones de vivencias y experiencias.

Perturbaciones del género del analista

Una condición fundamental que se exige a todo profesional de la salud es una salud suficiente que le permita conducir a buen puerto un tratamiento. La instalación de un núcleo de piedra (Alizade, 1992), concepto que indica la instalación de un centro de gravedad del psiquismo, lugar de refugio y sostén, asegura un *quantum* de armonía y pacificación interior necesarias para el bienestar mental del analista.

Las perturbaciones de género del analista pueden ser de orden primario o secundario. La identidad nuclear del analista debe concordar con su sexo real. En las circunstancias contemporáneas, es imposible pensar en una persona transexual que funcione como psicoanalista. La desmentida del propio sexo y la deficitaria organización identitaria nuclear impiden el acceso a una organización mental suficientemente saludable. Estos trastornos severos en la identidad nuclear, así como las problemáticas psicológicas de los intersexuales, alteran el funcionamiento psíquico en tal medida que lo inhabilitan para recorrer el largo camino de estudio y dedicación imprescindible como paso previo antes de acceder al lugar de analista. En el caso de los intersexuales, la perturbación biológica no se acompaña siempre de trastornos psicológicos invalidantes.

Respecto de la identidad propiamente dicha, se deben distinguir las flexibilidades en el juego transferencial-contratransferencial, anteriormente mencionadas, de los trastornos personales del analista que obstaculizan la tarea terapéutica. Una excesiva rigidez de género, el temor a la feminización o la masculinización, la feminización excesiva del varón analista, la virilidad de la analista mujer, la represión de representaciones o afectos de orden homosexual, entre otros factores, forman parte de la lista —en parte, inevitable y común, en cierta medida, a todo analista— de problemáticas emergentes.

El tema de la elección de objeto sexual por parte del analista es controversial y polémico. ¿Puede un analista homosexual llevar a buen puerto un analisis? ¿Y un analista con muy poco interés por la sexualidad (*quantum* de libido)? No detallaré las discusiones al respecto, pero sí podemos afirmar que el debate no está cerrado y que en la exploración analítica de pacientes y analistas homosexuales podremos encontrar elementos válidos para sustentar una u otra posición, libres de prejuicios y en aras del progreso de nuestra disciplina.

La elección de analista por parte del paciente

Es variable la importancia del sexo del analista en un tratamiento. Salvo en casos de niños o adolescentes con necesidad de identificación con una persona del mismo sexo (siempre y cuando esta persona ejerza una función analítica idónea y no posea perturbaciones en su identidad sexual), en todo análisis se recrean vínculos bisexuales. La elección de analista suele transcurrir en mayor medida por carriles relativos a ideales y afinidades que permitan el establecimiento de un vínculo que por el conjunto sexual al que esa persona pertenece. No obstante, numerosos son los casos en que los pacientes manifiestan en su demanda inicial una fantasía relativa al sexo del analista. Los fantasmas originarios (exclusión, castración, escena primaria y retorno al vientre materno) inciden junto con las experiencias infantiles y las vicisitudes del preedipo y del complejo de Edipo. El género de la demanda inicial debe distinguirse de las complejidades sexo-género que sur-

girán inevitablemente a lo largo de un proceso profundo de análisis. El nivel imaginario depositado en el sexo del analista al elegirlo se insertará en una cadena de simbolizaciones posteriores y perderá, entonces, el peso de lo real de ese sexo.

Las fantasías ligadas a los recuerdos, a las series complementarias y a las complejidades vinculares crean en ocasiones una ilusión de fusión mimética con las propiedades psíquicas del analista o con sus propiedades de género.

Tanto el padre protector como la madre nutricia aluden a un espacio psicotopológico de refugio. Si la disposición a la maternidad engloba mágicamente al paciente en una envoltura de sostén amoroso, la disposición a la paternidad también lo protege en su dimensión contenedora, limitante y legislativa. En este punto, los géneros se cruzan y se observa la *funcionalidad bigenérica del analista*. El analista, en tanto albergue psíquico, está demandado más allá de su sexo, en un lugar de apoyo, de punto de anclaje desde donde puedan iniciarse los procesos de asociación libre e interpretación transformadora. El nivel imaginario de proyección debe poder dar paso a un trabajo de simbolización y elaboración independiente del género del analista. La identidad sexual del paciente y sus tendencias a la elección de objeto inciden con gran frecuencia en la elección de analista. Hoy día, analistas homosexuales son elegidos por pacientes también homosexuales, con la intención de evitar el prejuicio sexista y con la fantasía de lograr un mayor espacio empático de comprensión.

Dice una paciente: "Nunca me voy a analizar con un hombre, pues mi padre era muy violento." Debido a una lógica equivocada, la paciente generalizaba el aspecto amedrentador y lo proyectaba en "todos los hombres". La representación de género había sido deformada por experiencias traumáticas.

Otra paciente expresa en su primera entrevista: "Vengo a verla porque me dijeron que puede curar la melancolía femenina." Esta paciente buscaba en la persona de una analista mujer la fuerza vital necesaria para arrancarla de su fijación a una madre psicotizante y profundamente amada. En su fantasía, sólo una mujer analista podía librarla de los efectos negativos de la identificación materna y ofrecerle en cambio una identificación nueva reparadora.

El sexo, como la edad, los orígenes y los intereses del analista forman parte de un todo que se ofrece para iniciar el intercambio transferencial. La importancia del sexo es, pues, relativa, y en un análisis integral probablemente poco importe el sexo del analista, como sostiene H. Meyers (1994).

El analista, al jugar y disfrazarse, sabe que está jugando un "juego serio" inmerso en fantasías y deseos libidinales.

Viñeta clínica

Ilustraré, con cortos fragmentos de sesión, algunas de las ideas expuestas. Me interesa mostrar algunas alternativas interpretativas desde el juego de los sexos y de los géneros.

Horacio es un adulto joven que consulta por profundos episodios depresivos y experiencias de marginación social. Sus relaciones afectivas fracasan una y otra vez.

En estos cortos fragmentos de sesión reconstruidos, se observan sus ansiedades depresivas y paranoides, así como sus vivencias infantiles de desamparo y exclusión.

P.: —Siento que estoy empantanado, como si manejara un camión en el barro y giraran las ruedas en falso una y otra vez. El otro día esa imagen se me presentó vívidamente... Mi padre era una bestia, jugábamos al futbol con él y mis hermanos, pero a mí me dejaba de lado o me decía que era mariquita porque no me gustaba jugar a la pelota. Yo entraba en la casa y la ayudaba a mamá en la limpieza, y así me sentía más tranquilo. Me sentí siempre distinto, lloraba mucho.

A.: —¿Habrás tenido un padre falso que no te ayudó a salir del barro? Y hoy esperas que yo funcione como un padre verdadero que te haga salir del pantano. Un padre que no sea bestia y te permita jugar tus propios juegos placenteros.

En otra oportunidad expresa:

P.: —Estuve con Hugo ayer, le dije: "*Che loca*, ¿qué te pensás, que vas a hacer lo que te parece? Dejate de joder", nosotros nos decimos así.

A.: —Nosotros somos mujeres y nada tenemos que ver con el hostil mundo de los hombres.

P.: —¿Sabés una cosa? Mi viejo era una basura, la trataba mal a mamá; a mi hermano sí lo quería, pero a mí ni bola.

A.: —Y que yo sea mujer te tranquiliza porque no pertenezco al bando de los hombres.

P.: —Cuando ando por la calle, me miran como bicho raro [aclaro que Horacio usa una vestimenta llamativa, es muy corpulento y vive pendiente de la gente para detectar si lo miran] y yo me pregunto: ¿qué ven?

A. ¿Ven a un hombre, a una mujer, a un hombre-mujer, a una mujer-hombre, a un bicho raro? Te preguntás quién sos y, por sobre todo, si tenés derecho a vivir [Horacio tiene ideas de suicidio y ansiedades psicóticas] tal como sos. También te preguntás cómo te veo yo...

Síntesis y conclusiones

A través del caso clínico, se observa el juego de personajes de ambos sexos proyectados en la analista y la problemática de Horacio en tanto ser humano con derecho a la vida psíquica.

El sexo y el género son abordados en el texto tanto del lado del paciente como del analista, y en la interacción vincular en el marco de las sesiones analíticas.

Las perturbaciones del género del analista constituyen un tema de actualidad, así como los límites desde donde se piensa la patología de género. La capacidad lúdica del analista, su disposición a metamorfosearse en hombre y en mujer, en objeto parcial, en participar de escenarios fantasmáticos diversos sorteando inhibiciones y mandatos superyoicos constituyen funciones operativas fundamentales que el analista adquiere gracias a su praxis y a su constante análisis y autoanálisis.

Espero en esta conferencia haber despertado inquietudes y abierto puertas para continuar pensando en el complejo tema del sexo y el género del analista y del paciente en el trabajo clínico.

Bibliografía

Alizade, A. M. (1992): *La sensualidad femenina*, Buenos Aires, Amorrortu.
Alizade, A. M. (1994): "El hombre y su roca viva: el rehusamiento a la femineidad", en Moisés Lemlij (ed.): *Mujeres por mujeres*, Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
Alizade, A. M. (2000): "Consideraciones para enmarcar el estudio de los sexos y los géneros", trabajo presentado en el Congreso de Gramado, en el marco de FEPAL, septiembre. Publicado en portugués en: A. M. Alizade (comp.): *Cenários femininos*, San Pablo, Imago.
Chasseguet-Smirguel, J. (1983): "La femineidad del psicoanalista en el ejercicio de su trabajo", *Revista de Psicoanálisis*, XL, 2.
Freud, S. (1900): *La interpretación de los sueños*, O. C., BN, t. I.
Freud, S. (1913): "Sobre el amor de transferencia", O. C., BN, t. II.
Freud, S (1931): "La sexualidad femenina", O. C., BN, t. III.
Freud,S. (1937): "Análisis terminable e interminable", O. C., BN, t. III.
Meyers, H. (1994): "El trabajo analítico por y con mujeres. Complejidad y reto", en Moisés Lemlij (ed.): *Mujeres por mujeres*, Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
Morin, E. (1990): *Introduction à la pensée complexe*, París, ESF.
Pichon Rivière, E. (1971): clase dictada en la primera escuela de Psicología Social.
Proust, M.(1921): *Sodome et Gomorrhe*, en *En busca del tiempo perdido*, París, Gallimard, tomos X y XI.

La identidad de género y su influencia en el proceso psicoanalítico: una experiencia de investigación en SPPA*

*Marlene Silveira Araújo***
*Ana Margareth Bassols***
*Jair Escobar***
*Jussara S. Dal Zot***

Introducción

El presente artículo es el resultado del estudio que está siendo desarrollado en la SPPA (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre) por un grupo de investigación sobre identidad de género y su influencia en el proceso psicoanalítico. Los autores vienen realizando, desde 1991, trabajos sobre el tema (Araújo y otros, 1991).

Es sabido que los cambios de carácter general en el psicoanálisis abrieron nuevas perspectivas en relación con la persona del analista y su participación en el proceso analítico, principalmente en cuanto a la conceptualización de la transferencia y la contratransferencia, y su importancia en la técnica. En décadas anteriores, predominaba entre los psicoanalistas la idea de que el género del analista no influía en el proceso analítico y que la transferencia, por definición, tiene poca relación con la realidad de los atributos del analista.

A través de estos estudios, se observó que existen innumerables variables del paciente y del analista que influyen en el proceso analítico, y el género es una de ellas. Así, en cada caso, el ambiente, el carácter y la dinámica son diferentes. También con relación al terapeuta las variables difieren, dependiendo de su carácter, antecedentes personales, experiencia previa, formación y estilo. Algunos autores creen que el género del terapeuta afecta el curso del tratamiento en la secuencia, la intensidad y en lo inevitable de ciertos paradigmas transferenciales (Meyers, 1994; Lester, 1990).

La influencia del género en la transferencia/contratransferencia parece existir para algunos autores. Hubo, empero, muchas divergencias

* Trabajo de investigación sobre identidad de género.
** Miembros de SPPA (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre).

en la discusión de uno de los trabajos de los autores presentados en el Congreso Brasileño de Psicoanálisis de 1996 (Araújo y otros, 1996a). Así, nuevos estudios se hacen necesarios para realizar afirmaciones con validez científica. Según Gabbard (1999), las investigaciones en psicoanálisis parecen formular preguntas simples y obvias, pero que requieren un arduo trabajo metodológico para ser respondidas. Agrega, sin embargo, que el deber del investigador es probar hipótesis que estén claramente definidas.

Objetivos

Dentro de los alcances de esta investigación y de la etapa alcanzada en la actualidad, los autores se cuestionaron, a partir de la práctica clínica, sobre el papel que desempeña su identidad de género en el trabajo con sus pacientes, hombres y mujeres en las situaciones peculiares de cada par (analista-analizado). A partir de un caso clínico, en el que se presenta un par, analista mujer/paciente mujer, los autores infirieron una serie de vicisitudes, potencialmente presentes en la interacción transferencia/contra/transferencia (Araújo y otros, 1996a). Surgió en el grupo de investigación la curiosidad por estudiar la posición teórico-clínica de los componentes de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, respecto de la influencia del género en el proceso analítico, ya que ésta es una cuestión polémica que actualmente ha despertado interés en las sociedades psicoanalíticas de otros países.

Así, este trabajo tiene como objetivo hacer un relevamiento, a través de una investigación de campo, sobre lo que piensan los integrantes de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre respecto de la influencia de la identidad de género del analista en el proceso analítico.

Metodología

El método adoptado en la investigación fue el cuantitativo-cualitativo, con prioridad en los aspectos cualitativos. El abordaje cualitativo fue considerado por Fonagy (1999) como el de mayor aceptación en la mayoría de las universidades. No entra en conflicto con los preceptos epistemológicos de la investigación psicoanalítica tradicional y, además, constituye otra forma de aproximación en el avance del conocimiento.

Como meta de trabajo, se elaboró, inicialmente, un instrumento de investigación que fue aplicado como proyecto piloto a algunos de los componentes de la SPPA. Ese instrumento consistió en el relato de un caso clínico de uno de los componentes del grupo, con sesiones dialogadas cuyos elementos contemplaban las cuestiones relativas a la influencia de la identidad de género en el proceso analítico. El material fue sometido a evaluación y respondido por tres miembros didactas y un miembro asociado de la SPPA, de los cuales 3 eran de sexo masculino y 1 de sexo femenino. Fueron escogidos siguiendo el criterio de sus experiencias clínicas y tiempo de actividad profesional (más de 10 años de práctica psicoanalítica). Con este procedimiento se probó la validez del instrumento, a fin de poder aplicarlo a los demás componentes de la SPPA (Araújo y otros, 1996a). Uno de los hallazgos relevantes fue la constatación de la discordancia de ideas entre los investigados en el proyecto piloto, en lo concerniente a la influencia de la identidad de género en el proceso analítico. Una vez validado el instrumento, con las debidas correcciones sugeridas, fue enviado a todos los componentes de la SPPA, con el objetivo de conocer el pensamiento actual de los componentes de la institución con respecto al tema.

Fueron enviados, en enero de 1998, 145 cuestionarios para un grupo que constituía, en su época, el universo de profesionales afiliados a la SPPA, sin contar a los autores de este trabajo (4) y a los participantes del proyecto piloto (4).

En términos de categorías, el grupo que recibió el instrumento de investigación estaba formado por:

a) Candidatos: 96.
b) Miembros asociados: 27.
c) Miembros efectivos: 22.

En relación con el sexo, los grupos estaban compuestos por:

a) Candidatos: 72 % de sexo femenino,
28 % de sexo masculino.
b) Miembros asociados: 41 % de sexo femenino,
59 % de sexo masculino.
c) Miembros efectivos: 4 % de sexo femenino,
96 % de sexo masculino.

Entre la entrega de los cuestionarios a través del correo y el inicio del retorno de las respuestas, transcurrieron seis meses, período durante el cual fueron enviadas tres comunicaciones con el objeto de estimular a los colegas a responder.

Resultados cuantitativos

A) En cuanto al perfil de la muestra:

Del total de los 145 colegas a los que se les envió el material de investigación, 23 cuestionarios fueron respondidos (15,8 % del total).

Las categorías en que se dividen los componentes de la SPPA que respondieron al material son:

a) Candidatos: 17 (17,7 % de la categoría).
b) Miembros asociados: 1 (3,7 % de la categoría).
c) Miembros efectivos: 5 (22,7 % de la categoría).

En cuanto al sexo:

a) Femenino: 14 (16,6 % del total de mujeres del grupo investigado).
b) Masculino: 8 (11,5 % del total de hombres investigados).
c) No identificado: 1.

En cuanto a la edad, el grupo que respondió se concentró, en mayor número (15), en la franja que va de los 43 a los 54 años de edad (65,2 %).

En cuanto a la formación previa de los que respondieron, 10 son psicólogos (43,3 %) y 13 son médicos (56,6 %).

Perfil de la muestra

El dato inicial más relevante fue el bajo índice de respuestas obtenidas (15,8 %) a pesar del incentivo y del tiempo dado a los colegas de la SPPA para responder. Siendo éste un estudio de base cualitativa, este bajo índice no invalida el estudio de la regularidad del fenómeno, pero sugiere que existieron dificultades para responder a la investigación. Se observó, a partir de las respuestas, que hubo mayor interés en el tema y en la investigación de parte de los colegas de mayor edad, de 43 años para arriba. Del grupo que respondió, aunque en números sea semejante la proporción entre psicólogos y médicos psiquiatras, cabe recordar que el grupo de psicólogos entre la población de la SPPA es bastante menor (24 %). Siguiendo esta misma línea, proporcionalmente, hubo un mayor índice de respuestas de parte del grupo femenino (14 de 77, o sea 18 %), en relación con el masculino (8 de 78 o sea 10 %). ¿Podría sostenerse la hipótesis de que este grupo, con más edad y, por lo tanto, más experimentado, compuesto en su mayoría por mujeres, estaría más inclinado al cuestionamiento, y quizá también al cambio de paradigmas? Otra hipótesis respecto de la escasa respuesta por parte de los candidatos es que, debido a su menor conocimiento, evitarían asumir posiciones que exigieran una definición mayor, tanto teórica como técnica.

Resultados cualitativos (análisis de las preguntas)

Preguntas:

A. *¿A partir de este material, cuál es, a su entender, el conflicto central de esta paciente?*

Hubo un predominio de respuestas (78,2 %) que consideró que el establecimiento de la identidad femenina era el conflicto central de la paciente. Esto parece indicar que el grupo se definió claramente respecto de esta cuestión. La casi unanimidad de respuestas sugiere que existe un referencial teórico común y consistente en el grupo.

B. *¿Qué datos (del caso) caracterizan el par "paciente mujer y analista mujer"?*

También hubo concordancia en las características citadas del par analista-analizanda, en las que se destacaron los aspectos de comparación y competencia que estarían facilitados por el hecho de que la analista sea mujer. Otros aspectos citados fueron las ansiedades homosexuales y la transferencia erótica. Esta respuesta, del mismo modo que la anterior, corrobora la idea de una base teórica común.

C *¿Estos datos serían diferentes en un par diferente?*

La mayoría del grupo que respondió a esta cuestión (60 %), piensa que en el caso presentado el género del analista y de la paciente influenció en las características de la relación establecida. Al verificar el origen de las respuestas, vimos que 71 % de los que respondieron afirmativamente son mujeres. Esto permitiría sugerir que el género del analista ha influido en la respuesta. Es de destacar, sin embargo, que el resto de la muestra respondió a esta pregunta afirmando que no existe influencia del género en el caso presentado.

D. *En caso de ser afirmativa su respuesta anterior, justifíquela.*

A pesar de que, en su mayoría, las respuestas fueron afirmativas, al justificar las ideas los investigados revelaban ambigüedades del tipo *"Creo que sí... pero no..., depende de cada análisis"*, *"Pienso que sí, pero es independiente de que el analista sea hombre o mujer"*. Comparando las respuestas a la cuestión C, correlacionadas con la D, se constató la presencia de contradicciones. Hasta la respuesta C, los investigados evidenciaban claridad y convicciones teóricas más uniformes. A partir de la cuestión D, cuando se hizo necesario adoptar una posición frente a la influencia del género, los interrogados se mostraron ambivalentes.

E. *¿El hecho de que la analista fuese mujer habría estimulado la actitud fóbica de la paciente? Justifique la respuesta.*

En relación con la cuestión E, solamente el 30 % cree que el hecho de que la analista fuese mujer estimuló la actitud fóbica del paciente, mientras que el 52 % respondió que no. A pesar de ser relevante la contradicción en relación con la cuestión C, donde el 60 % respondió afirmativamente, llama la atención que haya existido confusión en las respuestas debido a la no discriminación entre el fenómeno clínico (fobia) y el fenómeno investigado (el género). La pregunta estaba dirigida a la existencia o no de fobia, dejando de lado la cuestión de género.

F. *¿Qué es lo que debería estar presente en el caso, para poder explorar mejor la cuestión del género de la analista y de la paciente en el proceso analítico?*

Las respuestas a esta cuestión fueron inconclusas, y sugirieron una formulación inadecuada de la pregunta, porque ésta parte del presupuesto de que la identidad de género influencia, lo que demuestra una tendenciosidad del investigador.

G. *¿Qué piensa de la influencia de la identidad de género en el proceso analítico?*

Se observa una reedición del porcentaje de respuestas coincidentes con la influencia del género semejante a la respuesta C. La peculiaridad de esta respuesta es que, dentro de este grupo aparentemente coincidente, encontramos varios sujetos (5, o el 22 %) que dicen sí, pero agregan un grado de relatividad que anularía la respuesta positiva. Ejemplo: *"Indudablemente sí, pero depende de cada análisis"*, *"Parece que sí... pero no tengo conocimiento teórico para afirmar eso"*, etc. Evaluando las respuestas desde esta óptica, se podría inferir la ambivalencia en relación con el fenómeno estudiado. Sumadas a aquellas que efectivamente fueron clasificadas como ambivalentes, por ejemplo: *"No se debe estar ni a favor ni en contra"*, *"Influencia en la forma en que la transferencia será escenificada, pero no en la esencia"*. Un número significativo (9,39 %) de respuestas revela la controversia que este tema despierta. Muestran la ambivalencia y la poca claridad de los analistas en su posición.

Consideraciones finales

El trabajo de investigación en psicoanálisis se enfrenta con el problema de conciliar la observación clínica con la investigación. Existe un interjuego constante entre subjetividad y objetividad, que no siempre permite claridad suficiente para establecer afirmaciones concluyentes

respecto del fenómeno observado. En el presente trabajo, se valorizó el estudio de casos que, según Wallerstein (Kachele y Holzer, 1993), a pesar de ser persuasivo, tiene algunas limitaciones científicas reales y conocidas.

Esta investigación trajo resultados que podrían ser definidos como de carácter general y de carácter específico. En sentido general, lo que más llamó la atención de los autores fue el pequeño número de respuestas al instrumento de investigación, de parte de la comunidad psicoanalítica de la SPPA (sólo el 16 %). Eso permitió que se tejieran algunas hipótesis al respecto. La primera hipótesis planteó el desinterés por la investigación, que podría estar asociado con la poca familiaridad de los componentes de la SPPA con investigaciones de psicoanálisis y con la idea compartida de que el estudio de género y su influencia en el proceso analítico poco contribuía a posibles alteraciones en el trabajo clínico. Por otro lado, el propio accionar de los investigadores, para estimular y persuadir de forma convincente a interesarse en el tema investigado, puede no haber sido suficiente.

Además, el tiempo y la atención requeridos para responder al material de investigación pueden haber sido excesivos. De ese modo, la respuesta que a los autores les hubiera gustado dar a las preguntas de este trabajo, infelizmente, no pudo llevarse a cabo. Esto concuerda con la observación de Gabbard (1999), en una reciente entrevista sobre psicoanálisis e investigación, cuando dice que los psicoanalistas no se interesan por las investigaciones que, generalmente, les parecen superficiales y sumamente simples en relación con la clínica.

En relación con los datos de carácter específico, que serían las respuestas obtenidas, llama la atención la intensa ambivalencia en las respuestas a las cuestiones C y G, lo que nos lleva a pensar que la figura real del analista y su género siguen siendo temas polémicos. Inferimos que el cambio de paradigma dentro de una comunidad con bases teóricas tan bien definidas no es una tarea tan simple y genera conflicto. Hasta finales de los años ochenta, curiosamente, el reglamento del Instituto de la SPPA exigía que el primer paciente de supervisión oficial fuera del mismo sexo del candidato. Tal exigencia partía del principio de que sería más fácil para el candidato en formación lidiar con un paciente de su mismo género. Este criterio parecía dejar implícito que había una diferencia relacionada, probablemente, con las vicisitudes surgidas en el proceso analítico, provenientes de la relación de transferencia/contratransfrencia y la figura real del analista. Sería interesante considerar cómo el reglamento se basó en una observación empírica que, de cierta manera, se orientaba a estas diferencias y que, durante años, nunca fue cuestionada. Se suma a eso que, recientemente, algunas bases teóricas sobre la identidad de género del niño y de la

niña vienen siendo cuestionandas. Hoy es sabido que el niño y la niña recorren, desde el inicio, caminos diferentes en la constitución de su identidad de género, lo que condiciona, por lo tanto, procesos personales propios. Lester (1990) relata que "en los últimos años, el interés teórico se focalizó en la bisexualidad psíquica y, nuevamente, parece no haber existido consenso en cuanto al significado de ese término". La identidad sexual es única, puede ser confusa, tener ciertas ambigüedades, pero no es bisexual, afirman Almeida y Lerner (1999).

En estos momentos, se acepta cada vez más que la influencia del observador interfiere en el fenómeno observado y que es necesario establecer el límite de la relación entre el mundo interno y el mundo externo, así como la dicotomía que contrapone uno al otro. Discriminar la fantasía inconsciente de la figura real del analista parece ser sumamente importante.

Este trabajo evidenció que éste es aún un asunto polémico. No hay intención de buscar un consenso, sino de sensibilizar a los psicoanalistas sobre la necesidad de cuestionar los paradigmas vigentes, tanto en relación con su teoría como con la técnica psicoanalítica, en función de los nuevos conocimientos que surgen constantemente en el psicoanálisis. Los autores están de acuerdo con Jiménez (1999), cuando dice que la investigación en psicoanálisis no constituye una amenaza al método clínico, sino que, por el contrario, le ofrece nuevos y más sólidos fundamentos.*

Bibliografía

Almeida, R. H. y Lerner, R. B. (1999): "Identidade de gênero: sua importância na prática analítica. Uma visão teórica", *Revista Bras. Psicanal.*, vol. 33, N.° 3.

Araújo, M.; Bassols, A. M.; Escobar, J., y Dal Zot, J. S. (1991): *Contribuições ao estudo de identidade de gênero no processo analítico*, trabajo presentado en el Congreso Brasileño de Psicoanálisis, San Pablo.

Araújo, M.; Bassols, A. M.; Escobar, J., y Dal Zot, J. S. (1996a): "Sexualidade e prática psicanalítica, identidade de gênero e sua influência no processo psicanalítico", *Rev. Bras. Psicanal.*, vol. 30, N.° 4.

Araújo, M.; Bassols, A. M.; Escobar, J., y Dal Zot, J. S. (1996b): "Influência da identidade de gênero no processo analítico: uma reflexão", *Revista de Psicanálise da SPPA*, vol. III, N.° 2.

* Agradecemos a la profesora Marilu Medeiros, doctora en Educación, por las oportunas sugerencias respecto a la metodología de este trabajo.

Fonagy, P. (1999): "Diálogo. Las implicaciones de la neurociencia, la psicología y la 'revolución cognitiva' contemporáneas para el psicoanálisis", *Newsletter IPA*, vol. 8, N.° 2.

Gabbard, G. (1999): "Psicoanálisis e investigación: ¿futuro o ilusión?", *Newsletter IPA*, vol. 8, N.° 2.

Jiménez, J. P. (1999): "Investigación empírica y práctica clínica: ¿son realidades mutuamente excluyentes?", *Boletín Informativo FEPAL*, 1.

Kachele, H. y Holzer, M. (1993): "Conceitos e perspectivas da avaliação da terapia psicanalítica", *Revista de Psicanálise da SPPA*, vol. 1, N.° 1.

Lester, E. (1990): "Problemas de género e identidad en el proceso analítico", *Libro Anual de Psicoanálisis*.

Meyers, H. (1994): "El trabajo analítico por y con mujeres: complejidad y reto", en Moisés Lemlij (ed.), *Mujeres por mujeres*, Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.

Modelos culturales en el conflicto intrapsíquico

*Samuel Arbiser**

El tema que nos convoca, el contexto histórico-cultural de masculino y femenino, es tributario de diversas disciplinas científicas, especialmente aquellas que abordan las problemáticas de las relaciones humanas en el nivel colectivo. Asimismo, el psicoanálisis también se ocupa de tales problemáticas, aunque desde lo singular de cada sujeto, a partir de sus padecimientos personales. No obstante, si se toman razonables resguardos epistemológicos, no pueden ocultarse las posibles relaciones entre el nivel colectivo y el singular, como lo planteé en un trabajo previo (Arbiser, 2003). Ahí afirmé, utilizando reconocida terminología freudiana, que el "infortunio ordinario" (Freud, 1895) en el nivel individual era la porción que a cada uno de nosotros le correspondía del "malestar en la cultura" (Freud, 1930) en el nivel colectivo. De este modo, pretendo plantear que el contexto histórico-cultural de masculino y femenino tiene su expresión en la subjetividad de las personas, y que su diversidad y contradicciones pueden emerger en los consultorios en forma de conflictos intrapsíquicos.

Por consiguiente, con el foco puesto en esta temática, trataré de hacer un recorte de la evolución de un proceso psicoanalítico, en el cual las desventuras matrimoniales de una paciente permiten hacer una reflexión acerca de las cambiantes concepciones histórico-culturales del rol de la mujer. Y, consecuentemente, de la relación entre la mujer y el hombre en el imaginario socio-cultural, habida cuenta de que los adjetivos *femenino* y *masculino* califican, en ese nivel, conductas y actitudes atribuibles a la mujer y al hombre respectivamente. No se espere, entonces, de este recorte un típico historial psicoanalítico.

Hace ya casi una década que la paciente, a la que llamaré Nora,** terminó su tratamiento analítico de nueve años de duración. Lo había iniciado a mediados de los años ochenta, cuando tenía 33 años. Su motivación manifiesta giraba en torno de su deseo de separarse de su ma-

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

** El nombre elegido es el del personaje de Ibsen de *Casa de muñecas*, que cien años atrás retrató la problemática de este historial.

rido y casarse con un hombre —también casado— con quien mantenía una relación extramatrimonial desde hacía un tiempo. Despreciaba y desvalorizaba a su marido, y declaraba su vida matrimonial decisivamente insatisfactoria. Pero también se sentía muy disconforme consigo misma: se reprochaba el hecho de haber tenido "amantes" desde los primeros años posteriores a su casamiento; reproche que se acentuaba cuando recordaba sus abortos, el descuido de sus hijos y sus varias cirugías estéticas. Se había casado a los 18 años con un joven de una familia adinerada de su colectividad. Desde muy pequeña, y al amparo de su reconocida belleza, tanto sus padres como ella habían ambicionado ese casamiento "ventajoso". Sin embargo, nunca se había sentido enamorada de aquel joven, que aparecía en ese ámbito consensuadamente como el "gran candidato".

Al poco tiempo de transcurridos los primeros tramos del tratamiento, se le desbarata el proyecto que lo había motivado: se decepciona de su antes idealizado amante y se propone apoyarse en el análisis para "curarse" de su afición por los amantes y "normalizar" así su vida matrimonial y familiar. Ella creía y quería adivinar que ése era el proyecto curativo de su analista. Para ello, hacía ingentes esfuerzos para rescatar alguna aptitud atractiva de su marido o se resignaba a reconocer "que el amor no era lo que ella había soñado". Si bien para ese entonces me adjudicaba en la transferencia ese rol normalizador, en el inicio el análisis se le representaba como una nueva aventura clandestina, en tanto que en sueños el consultorio parecía superponerse en las imágenes oníricas con un cuarto de hotel de citas, y se mostraba, como con un nuevo amante, exageradamente entusiasmada con mis interpretaciones. De todos modos, en el entorno familiar y social de la paciente, su matrimonio era considerado feliz y envidiable. Su marido y ella poseían todos los bienes materiales emblemáticos correspondientes a su pertenencia de clase media ascendente: el piso en un barrio elegante, la casa en un *country club*, un auto importado de determinada marca, viajes al exterior, entre otros. En contraste con esta visión idílica que de ellos tenía el mencionado entorno, describía su vida íntima como un suplicio. Nora sustentaba la desvalorización de su marido —profesional universitario— en el disgusto de verlo en una relación subalterna en los negocios familiares, que éste asumía, según ella, no sólo por comodidad, sino en forma acrítica. A lo que se le agregaba una ostensible subordinación y dependencia emocional a esta dominante familia de origen. Pero, por sobre todas las dificultades, entre ellos mantenían en la vida cotidiana personal códigos de valores muy diferentes que hacían engorroso cualquier intercambio comunicacional. Ella lo veía a él pueril e incapaz de pensamiento propio y sensibilidad. Describía sus diálogos con él como "pulseadas" en las que ella era ha-

bitualmente vencida; más por la fuerza o la extorsión que por la racionalidad. Su vida sexual era totalmente insatisfactoria y representaba para Nora una esforzada concesión y marcado displacer. Pero lo que resultaba más curioso de esta descripción era el tema del manejo despótico y discrecional de la economía hogareña por parte del marido. Éste retenía y postergaba indebidamente los pagos correspondientes a los gastos de los consumos hogareños habituales y delegaba en mi paciente todas las responsabilidades de enfrentar a los acreedores. Parecía una ironía del destino que la ambición de casarse con un "rico" la llevara a vivir privaciones en lo cotidiano que ella nunca había experimentado en su hogar de origen; a saber: debía intervenir en forma suplicante ante él para obtener el dinero para los menudos gastos semanales de sus hijos. En síntesis, al analista se le presentaba un panorama bastante contradictorio respecto de las actitudes de la paciente en su vida matrimonial. Por una parte, eran manifiestos la desvalorización y el desprecio que profesaba por su marido; pero, por la otra, llamaba la atención no sólo su pasiva aceptación del manejo despótico del sexo y la economía familiar, sino también que vivía aterrada por la constante amenaza extorsiva de ser abandonada. Recordaba como justificación, en este sentido, el machacado relato de su sufrida madre amenazada por su padre de abandonarlos cuando se atrevía a reprocharle su descarada infidelidad. De todas maneras, lo cierto era que la amenaza de abandono había operado a lo largo del tiempo en Nora con toda eficacia hasta que, como se verá más adelante, la paciente, sin proponérselo, con serenidad y franco alivio, le facilitó su partida. En el ínterin, se habían esclarecido en el análisis aspectos concretos y sorprendentes de toda la trama matrimonial. Entre otros, el hecho de que la paciente, en la mayor parte de su vida conyugal, había trabajado, y era la que aportaba el grueso del dinero para el sostén del presupuesto familiar. Pero no sólo eso: había iniciado una carrera universitaria al poco tiempo de haberse casado, se había recibido e iniciado una exitosa trayectoria en el ejercicio de su profesión que, siempre en forma progresiva y sobre la base de su solvencia y (excesiva) responsabilidad, le había reportado un lugar destacado en su trabajo. Esta actitud solvente y responsable se observaba asimismo en la seriedad y la perseverancia con que llevaba a cabo la tarea psicoanalítica. Desde los primeros tramos del proceso analítico, eran evidentes para el analista estos aspectos positivos de la paciente, que pasaban inadvertidos para ella y que, al ser explicitados, sólo conseguían una aceptación intelectual o la creencia de haber logrado una mirada indulgente y halagadora de su analista. Parecía resistirse obstinadamente a identificarse y aceptarse como una persona sensible, responsable y dedicada afectuosamente a sus hijos y a los seres queridos. Se veía a sí misma en su vertiente manifiesta como una

persona frívola, superficial, interesada en los emblemas del estatus y vulnerable a las aventuras sexuales clandestinas, en su secreta esperanza de hallar el amor verdadero. Se hacía cada vez más claro, para el analista, que ella se había identificado con un rol que una parte del entorno de su familia política le había adjudicado: el de la típica muchacha "pobre" que, gracias a su belleza y "inescrupulosos" recursos, había logrado usurpar un lugar entre los "ricos", y lo usufructuaba en forma abusiva. Esta identificación me explicaba algo que me había llamado, en su momento, poderosamente la atención: según su relato, en ocasión de una fiesta familiar, ella escuchó, sin ser advertida, una conversación en la que una cuñada suya aludía a ella calificándola de "putita", sin que ella reaccionara ante el insulto. Para ella, aunque ofensivo, no era un insulto, sino una versión de su persona que ella misma, por otra parte, resignadamente compartía.

A partir de todos estos datos, se presentaba a la visión del analista la configuración del conflicto en su sistema de identificaciones. Este conflicto parecía expresarse en términos del choque entre dos concepciones culturales de mujer a partir de la relación esposa/esposo en la relación matrimonial: el de la mujer "tradicional" por una parte y el de la mujer "emancipada" (figura 1 y 2)* por la otra, para llamarlas de alguna manera.



Figura 1



Figura 2

* Maitena, en *La Nación*, de Buenos Aires.

La primera, tomada del modelo de su propia madre, en el cual la mujer, sin acceso a una educación similar al hombre y, por consiguiente, sin chances para competir en forma equitativa en el campo laboral, centra su destino en la esperanza de un casamiento que le provea los medios de subsistencia, su inserción y su aceptación social. La priorización y la perentoriedad de alcanzar este objetivo posponen en mayor o menor medida todo aquel bagaje de anhelos personales ajenos a ese objetivo. Este modelo de organización cultural condiciona a la mujer a quedar subordinada al hombre; y su suerte psíquica dependerá de las cualidades personales del hombre que la elija, en el mejor de los casos, y/o de sus recursos legítimos o artimañas adaptativas. Este modelo, expuesto así en forma muy esquemática, admite obviamente variantes y matices dependientes de las primeras series complementarias, materias más del psicoanalista que del estudioso de la psicología colectiva. Mi paciente, pues, se había identificado con la variante frívola y transgresora ofertada por su entorno social cercano, condicionada por sus propios determinantes infantiles. Sin embargo, detrás de esta fachada, de tanta "liviandad" aparente, no podía ocultar un persistente sufrimiento. En el lenguaje de Fenichel, diría que, a despecho de su esforzada "egosintonía" se filtraba una intensa "egodistonía", que motorizaba el vector motivacional de su análisis que, a la postre, permitió la emergencia de la parte desestimada de su personalidad.

Como ya se ha mencionado, su comportamiento con el encuadre era de una ejemplar corrección; su agudeza y su comprometida dedicación con la tarea analítica eran notables. Del mismo modo, era responsable y eficaz en su trabajo; y, contra su propia opinión culposa, la atención de sus hijos era dedicada y aceptable. En este orden de cosas, este caso le presentaba al analista el desafío paradójico de tener que confrontar a la paciente con sus aspectos humanamente virtuosos y coincidentes con sus anhelos éticos más entrañables, es decir, con los aspectos más saludables, aunque desestimados, de su ideal del yo. Es sabido que lo habitual en la práctica analítica es, por el contrario, descubrir los aspectos inaceptables y reñidos con la conciencia ética. Esto representaba un problema técnico adicional: ¿cómo recuperar para su sistema de identificaciones sus aspectos meritorios, soslayando la posible sospecha de haber sucumbido a sus encantos femeninos? O, en otros términos,¿cómo hacer para que las interpretaciones en ese sentido no se conviertan en elogios encubiertos? Pero, además, se requería una constante precaución ante la posibilidad que su "buena conducta" analítica no se instalara como una adaptación forzada al analista. Una vez resueltos estos escollos, en forma paulatina, la paciente fue aceptando más su otra imagen, rescatada de la mencionada desestimación. Esta imagen que, en forma algo imprecisa, antes he calificado como "emancipada", respondía a un diferente modelo de mujer presente en el imaginario social de las últimas décadas, de la mano del acceso de las mujeres a un manejo más autónomo de su sexualidad, gracias al perfeccionamiento de los métodos anticonceptivos y el acceso más igualitario al campo académico y laboral antes vedado. En este modelo de "emancipada", la mujer, al acceder al desarrollo de sus aptitudes y talentos, y al poder asegurarse la subsistencia por sus medios, adquiere mayor libertad de elección de su pareja y evita, así, por lo menos un factor real de poder que la lleva a vivir a su merced. Además, al centrar su equilibrio narcisista en la confirmación de sus aptitudes y logros, puede desprenderse de otros suministros narcisistas derivados de su estatus matrimonial o social que podrían exponerla eventualmente a una dependencia extorsiva. Se insiste en que estas constelaciones socioculturales no explican por sí mismas la psicopatología de la paciente, sino que configuran las condiciones que favorecen o dificultan la activación de los sistemas identificatorios adquiridos a lo largo del desarrollo psicosexual, o sea de sus primeras series complementarias.

Mi paciente, a medida que fue reconociendo y recuperando estos aspectos de su personalidad más afines con sus sentimientos, mejoró francamente su crónico sufrimiento subjetivo, y recibió cada vez con menos miedo las amenazas de abandono por parte de su marido. Tal es así que en una ocasión ella misma lo ayudó a empacar, asombrada de haber perdido tal miedo. De este modo, y dentro de esta nueva tónica, se sucedieron varios episodios de abandono y retorno hasta que, en un momento dado, ella decidió una separación definitiva, pese a que el marido le imploró retornar y prometió una capitulación incondicional de su rol despótico y hegemónico. Aunque Nora terminara reconociéndole, ya sin esfuerzo, algunos méritos y se hubieran moderado los roles de poder, ella no pudo, sin embargo, revertir el rechazo visceral que siempre sintió por él. Decidió, por consiguiente, confirmar su separación, a pesar de todas las ventajas prácticas y sociales que le hubiera otorgado el mantener su matrimonio. A partir de las consecuencias familiares y sociales de esta decisión de mi paciente, me surgió la necesidad de escribir esta crónica y compartir, de este modo, las impresiones derivadas del caso. Enfatizo la decisión de la paciente, en tanto todo su entorno familiar y social, hostilmente contrario a tal decisión, la atribuyó a la influencia abusiva del analista. El padre de la paciente, un sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, amenazó telefónicamente con matarme y apareció una tarde en la puerta del edificio de mi vivienda. En realidad, la decisión de Nora me tomó a mí mismo por sorpresa, en tanto esperaba que, con sus evidentes cambios, lograría también mejorar y recomponer la relación matrimonial.

Preveía —equivocadamente— que su nuevo equilibrio narcisista, es decir, su mayor autosatisfacción, la liberaría de su mirada hipercrítica y desvalorizadora del marido. No puedo negar que, a pesar de mis casi cuatro décadas de practicar y aplicar la regla de abstinencia y neutralidad, ésa era mi expectativa, basada en la experiencia clínica y, además, muy probablemente, en mis preferencias por un *happy end*. A mi entender, mi expectativa no era, como al principio de su análisis, normalizadora, dado que dichos cambios en su personalidad modificaban totalmente el campo. A partir de la separación, pronto comprendí que la paciente, con tal costosa decisión, se afirmaba a sí misma y se diferenciaba tanto de su entorno familiar y social como de mi mencionada expectativa y mi no del todo reconocida preferencia. Sin embargo, por otra parte, a través de mis silencios o interpretaciones, siempre me sustraje a la propuesta implícita de considerarla una víctima de un marido villano y considerarme su contraparte salvadora; una situación nada infrecuente en los casos donde el conflicto matrimonial ocupa un primer plano de un análisis.

Pero el punto que pretendo resaltar de estas reacciones familiares y sociales es el hecho de que para todo ese grupo era inconcebible que fuera precisamente una mujer quien decidiera dejar el matrimonio. Coincidentemente, en el círculo de amistades menos cercano, más aferrado al modelo de mujer tradicional, al enterarse de la separación daban por sentado que "tu marido te dejó"; y provocaba perplejidad y descreimiento enterarse de la verdad. En cambio, en el más cercano, sus hijos la culpaban como victimaria, y le reclamaban airadamente la pérdida de su "paraíso" material. También los padres de Nora, marcadamente presentes e influyentes en forma superlativa, la presionaron de todas formas para torcer su voluntad, y llegaron a estrechar más intensamente la relación de protección y alianza con el exmarido, a quien consideraban la víctima.

La reflexión sobre estas reacciones de su entorno social me motivó la pregunta acerca de los dinamismos de esta reacción, lo que me llevó a una incursión somera y no erudita en la psicología colectiva. De ahí tuve la noción acerca de los vertiginosos cambios históricos que se habían dado en el pensamiento cultural de nuestro tiempo, que se presentaban en la actividad cotidiana de nuestra práctica y que, en realidad, no podían ser de otro modo, en tanto los hechos clínicos del psicoanálisis están referidos a las "condiciones y peripecias de la vida" (Freud, 1895) y éstas no pueden disociarse del contexto histórico-cultural. David Liberman (1970, p. 75) postula que el tratamiento analítico tiene lugar en un contexto de tres niveles de inclusión creciente: la *situación analítica*, el *encuadre psicoanalítico* y el *contexto lingüístico*. Este autor caracteriza la situación analítica como aquella "que abarca el conjunto de sucesos inherentes al momento por el que atraviesa la humanidad, el país, la ciudad, la zona de la misma donde el psicoanalista lleva a cabo el tratamiento". En el "momento por el que atraviesa la humanidad", no podemos excluir los pensamientos colectivos de cada época histórica, y esto conforma el contexto histórico-cultural.

Llegué a la conclusión de que los cambios producidos en las últimas décadas permitieron acceder a la mujer a posiciones antes vedadas y, consecuentemente, contribuyeron a cambios importantes en su subjetividad y en las diversas formas en que su subjetividad se expresa en la intersubjetividad. Pero estos cambios entran en conflicto con el pensamiento colectivo del entorno, en tanto que la evolución histórica de la cultura no es monolítica. Una cosa es la cultura en un nivel general y otra cosa son los contextos culturales particulares, divergencia promotora de conflictos. No le ocurre lo mismo a una mujer en un país escandinavo que a una mujer musulmana de Asia o África actual, sólo para ejemplificar con modelos generales polares.

Volviendo a Nora, diría que la oferta cultural de su entorno la confinaba a desenvolver y a manifestar sólo una parte de las disposiciones etiológicas de sus series complementarias, consiguientemente egosintónicas con su propio "*self* social", aunque intensamente egodistónicas con el "*self* íntimo" de su sensibilidad y sus valores ético-estéticos. Esta constelación psicoambiental provocaba la obstinada "resistencia al cambio", en tanto significaba no sólo enfrentar sus propias resistencias intrapsíquicas a abandonar una vida plena de emblemas valorados por ella, sino que debía enfrentar concretamente al propio entorno familiar y social tal como se había hecho ostensible. De este modo, sus resistencias intrapsíquicas se potenciaban en las resistencias ambientales en sintonía con las propias. Sólo el casi imperceptible sufrimiento de su *self* íntimo le permitió rescatar la otra parte de sus disposiciones, más afín a sus convicciones, que se había desarrollado calladamente a la sombra de su *self* socialmente adaptado. Esta parte rescatada fue favorecida no sólo por el análisis, sino por la evolución cultural del lugar socioeconómico de la mujer de nuestro tiempo en el nivel general. O, dicho con mayor precisión, el análisis contó con los nuevos contextos histórico-culturales que potenciaron la parte desestimada de sus disposiciones identificatorias. De esta forma, se hace manifiesto un conflicto entre el nivel más general de la evolución cultural y las realizaciones culturales en el nivel particular; y el mismo conflicto se reflejó en el conflicto intrapsíquico de mi paciente. Tampoco la estructura superyó-ideal del yo es monolítica y está en constante y fluida interdependencia con el contexto histórico-cultural.

Para finalizar, insistiría, en atención al tema general convocante, en que la relación femenino-masculino en el contexto histórico-cultural

contiene una infinidad de aristas; y que, para esta ocasión, yo he elegido sólo una de las posibles: aquélla accesible para el practicante de la clínica psicoanalítica que se aventura a acceder a una reflexión de un nivel más general de la vida humana.

Resumen

Atendiendo a razonables resguardos epistemológicos, se pretende plantear que el contexto histórico-cultural puede tener su expresión en la subjetividad de las personas; y que sus problemáticas generales se pueden visualizar en el nivel individual en la práctica clínica de los consultorios psicoanalíticos como conflictos intrapsíquicos. Se sigue una afirmación de un trabajo previo en el que sostengo, en el lenguaje freudiano, que el "infortunio ordinario" es la porción que a cada uno de nosotros le toca del inevitable "malestar en la cultura". También se apoya en la postulación de David Liberman acerca de la "situación analítica" que define como el contexto general, donde tiene lugar el tratamiento analítico.

A través del relato de un caso clínico singular, recortado para resaltar la temática dominante de las desventuras matrimoniales de una paciente, se intenta relacionar el contexto histórico-cultural masculino y femenino con el conflicto intrapsíquico. En este caso, los modelos culturales de la mujer "tradicional" y la mujer "emancipada" se intrincan con los sistemas identificatorios intrapsíquicos, mediados por el entorno socio-cultural próximo. Este entorno próximo condiciona la activación de las distintas disposiciones de las primeras series complementarias. De este modo, el superyó-ideal del yo muestra, por una parte, su heterogeneidad y, por la otra, su constante interdependencia con el contexto ambiental. En el caso de esta paciente, más que interdependencia, se trataba de una dependencia pasiva ante un entorno que la obligaba a desempeñar un rol no totalmente acorde con su sentir íntimo, fuente de su sufrimiento (egodistonía).

Por consiguiente, se diferencian las culturas particulares de la marcha o tendencia general de la cultura. Si bien esta última, al concierto del avance de las técnicas anticonceptivas (que permiten a la mujer contemporánea adueñarse como sujeto de su sexualidad) y del acceso crecientemente igualitario a la capacitación y al mercado del trabajo (que hizo cambiar drásticamente su lugar en el imaginario social), se advierte, sin embargo, un marcado rezago en el pensamiento colectivo implícito de las culturas particulares.

Bibliografía

Arbiser, S. (2003): "Psiquis y cultura", *Psicoanálisis. Revista de Apdeba*, en prensa.

Freud, S. (1895): *Estudios sobre histeria. Psicoterapia de la histeria*, O. C., Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Freud, S. (1930): *El malestar en la Cultura*, O. C., Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Liberman, D. (1970): *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*, Buenos Aires, Galerna.

Género y proceso analítico

*Teresa Rocha Leite Haudenschild**

Introducción

La idea de reunir un grupo de investigación para "escuchar" lo que pasa en la clínica según el género del analista y del paciente surgió a partir de conversaciones con Florence Guignard** en agosto de 1999, quien nos alentó a iniciar el proceso, lo cual hicimos 3 meses después.

Constitución del grupo

El grupo se inició dentro de una situación institucional, como seminario electivo del Instituto de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, "Escuchando la escucha analítica", en octubre de 1999. Sus coordinadores eran Teresa Rocha Leite Haudenschild, analista didacta de la SBPSP, y Milton Della Nina, miembro titular de la SBPS. Los participantes del grupo eran: cuatro mujeres (Daniela Sitzer, Eunice Nishikawa, Maria Thereza de Barros França, Sonia Maria Camargo Marchini) y cuatro hombres (Estevam Vaz de Lima, José Carlos Veras de Migueli, Haroldo Pedreira y Orlando Hardt Jr.). Es importante señalar que dos de ellos eran miembros asociados y los otros estaban terminando su formación (actualmente son seis los miembros asociados). Tomamos este recaudo debido a que en nuestra sociedad los candidatos que están empezando su formación muchas veces están también empezando su análisis (éste no es el caso de la SPP). Queríamos garantizar una constante entre los integrantes del grupo: que tuvieran un análisis y una elaboración edípica suficientes como para tener una escucha analítica que no estuviera sobrecargada por lo "infantil" (Guignard, 1996).

Es interesante señalar que cada elemento del grupo es, al mismo

* Analista didacta y analista de niños y adolescentes de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo.

** A quien quisiera agradecer su participación atenta en todos los momentos de la elaboración de este relato. También quisiera agradecer a los participantes del grupo y a Milton Della Nina, que como psicoanalista grupal colaboró y acompañó paso a paso la evolución de nuestro grupo.

tiempo, sujeto y objeto de investigación, y utiliza su experiencia analítica fuera del contexto clínico.

Objetivo inicial

El objetivo inicialmente propuesto fue investigar la diferencia de escucha analítica según el género de los analistas y de los pacientes, a través de las formulaciones de los analistas.

Pensamos (Stoller, 1968) que hay factores tanto sexuales (biológicos, innatos) como genéricos (relativos a conductas y características estimuladas socialmente según el sexo de la persona por la familia o la cultura) en la formación de la identidad de género. Así, cuando denominamos "hombre" (H) o "mujer" (M) al analista o al paciente, estamos teniendo en cuenta estos dos factores.

Metodología

En un primer momento, cada participante del grupo, con excepción de los coordinadores, presentó material clínico, hasta que todas las combinaciones posibles de pares analíticos fueran contempladas: analista H-paciente M, analista H-paciente H; analista M-paciente H y analista M-paciente M.

El analista presentaba el material clínico y cada participante del grupo, que denominamos "analista virtual", iba escribiendo sus comentarios (para evitar la influencia de los comentarios de algún participante sobre los otros). Estos comentarios eran leídos posteriormente, cuando el grupo decidía parar en algún momento de la presentación, como en un seminario clínico.

Después de esta rueda de presentaciones y comentarios, grabada y transcripta, el grupo se encuentra para una segunda rueda en la que se hace una discusión sobre el material de la primera, previamente leído por todos.

En este tiempo de trabajo se realiza una observación atenta de lo sucedido, momento en el que algunas constantes pueden ser determinadas. En esta presentación vamos a enfocar sólo las que se refieren a las figuras edípicas de los pacientes, en el nivel pregenital y genital.

Quisiera agregar que los participantes fueron orientados en el sentido de presentar material de un proceso analítico en el que sus pacientes estuvieran funcionando en un nivel predominantemente neurótico.

Diferencias en la escucha y en las formulaciones del analista según el género

A partir del registro de las presentaciones del material clínico de 2 pares de AH y PM, y de las asociaciones libres surgidas en los AH y AM virtuales del grupo,* nos dimos cuenta de que:

Los AH tienden, en un primer momento, a "escuchar" el discurso de la PM en un nivel más primitivo, mientras que las AMv y también algunos AHv (aunque en cantidad mucho menor) tienden, desde el principio, a escuchar el discurso de la PM en un nivel genital, sexualizado.

Partiendo del registro de las presentaciones clínicas y de los comentarios del grupo sobre el material presentado por 2 pares de AM y PH, constatamos que:

Las AM "escuchan" a sus pacientes primero en un nivel de identificaciones primarias (maternas), mientras que los AHv "escuchan" el mismo discurso del PH ya en un nivel sexualizado.

Es interesante señalar que en ambos casos (AH-PM y AM-PH), en el momento en que un elemento del grupo "escucha" el discurso del paciente como sexualizado, todos los elementos del grupo pasan a "escucharlo" también de esta forma, independientemente de ser AH o AM: es como si el grupo funcionara como una caja de resonancia en la que la escucha del material presentado es ampliada en innumerables direcciones.

Observaciones a partir del material presentado

A. Cuando el género del analista coincide con el del objeto interno del discurso del paciente: PM habla del padre al AH o PH habla de la madre a la AM.

En la **transferencia, es la pasión edípica infantil del P**, tanto positiva como negativa, la que está siendo enfocada, aunque no resulte evidente.

En la contratransferencia, el analista puede funcionar:

a. en identificación proyectiva con el paciente (para comprender o compartir su deseo);

b. a partir de sus identificaciones introyectivas posedípicas con el genitor del mismo género del objeto interno del discurso del P.

*AH = analista hombre; AM = analista mujer; PH = paciente hombre; PM = paciente mujer; Ahv = analista hombre virtual; Amv = analista mujer virtual.

Casos

Caso 1. AH-PM (H)
AH presenta material de PM en relación con la figura masculina

El AH presenta material de una PM que empieza la sesión diciendo *haber soñado que su sobrina, después de haber ido a una fiesta, "estaba tirada en la calle, con un agujero en el corazón".*

El AH interpreta que la PM tiene miedo de que él no retribuya con interés el sentimiento que ella tiene por él. (Agrega, dirigiéndose al grupo, que acaba de escribir un trabajo sobre ella y siente que en este período está desinvistiendo su interés por esta paciente y que tal vez ella esté captando esta situación.)

La PM continúa: "Pobre la chica del sueño: una parte del corazón estaba vacía, la parte que no conseguía mantener el sentimiento... Lo que yo estoy diciendo es serio, ¡preste atención! Quería tanto abrazar a alguien, sentir cariño..."

Cuando un Ahv del grupo dice que lo que la chica de la calle quería era un abrazo de un hombre, el AH cuenta que la paciente, después de haber ido por primera vez a un baile, sintió algo extraño cuando volvía en auto con un muchacho y esto la llevó a apretar el acelerador, y acabó chocando contra un árbol y lastimándose la cabeza.

Transferencialmente: la pasión edípica positiva de la paciente aparece claramente.

Contratransferencialmente:

a. El analista hombre AH, en identificación proyectiva con la PM, despoja de sentido los sentimientos referidos a él, que brotan del corazón de la PM. Podría, por ejemplo, haber interpretado los elementos pregenitales (de desvalorización, de abandono, etc.) y su dinámica con sentimientos genitales.

b. A partir de sus identificaciones introyectivas posedípicas con el padre, como un padre de otra generación recibiendo los investimientos de la PM en él, un Ahv del grupo consigue oír y dar sentido a los deseos edípicos de la PM que, a partir de ese momento, pueden también ser escuchados por el AH.

El AH, durante toda la sesión presentada, enfoca sus interpretaciones en la necesidad de dar continencia primaria a la PM.

Caso 2. AM-PH (M)
AM presenta al grupo material de PH que habla sobre la madre

La AM acaba de volver de vacaciones.

El PH dice que su madre es invasora, exuberante, y acentúa el hecho de que es italiana (como la AM) y que lo llena de comida. *La analista le dice que él puede sentir gratitud por lo que recibe de ella (por primera vez el paciente pagó en el día que correspondía) siempre que no tenga que comer tanto...* (Y agrega, dirigiéndose al grupo, que el PH tenía dificultad para introyectar lo que ella le decía, aunque últimamente estaba "alimentándose" bien psíquicamente.)

El PH dice también que está siendo más agresivo con los hombres "narcisistas" y "aprovechadores", y está poniéndoles límites.

Contratransferencialmente:

a. La AM, en identificación proyectiva con el PH, interpreta los investimientos del PH en ella, como dirigidos a la madre nutricia, no sexualizada.

b. A partir de sus propias identificaciones posedípicas con la propia madre, la AM propone un nuevo modelo de madre: que no dé al paciente tanta comida, en forma incesante. Dirigiéndose al grupo, la AM enfatiza la capacidad actual del PH de no dejarse invadir por lo oral primario, sin fin. Se refiere también a la capacidad del paciente de asumir el análisis, respetando la fecha de pago de los honorarios fijada por la analista (madre que pone límites, que tiene un padre posedípico internalizado).

Pero la rabia (que expresa la pasión y la rivalidad edípicas del PH) porque la AM se fue de vacaciones y permaneció tanto tiempo con hombres "aprovechadores", sin límites, no fue abordada por la analista.

Sin embargo, la AM no deja de enfocar el hecho de que el PH puede estar sintiéndose menos presionado por un "padre autoritario" internalizado, que lo sofocaba. Enfoca la relación del hijo con el padre, pero no la relación del hijo con la madre sexualizada que se va de vacaciones con su hombre "aprovechador". **No son abordadas en la transferencia: ni la pasión edípica infantil ni la rivalidad con el padre.**

B. Cuando el género del analista no coincide con el género del objeto interno del discurso del paciente: PM habla de la madre al AH o PH habla del padre a la AM.

Transferencialmente, la **rivalidad edípica** del paciente con el objeto interno de su discurso constituye el foco central.

Contratransferencialmente, el analista:

a. Se identifica proyectivamente con el género del "objeto del objeto interno", del P. En el caso del AH, con el padre (el objeto de la madre interna); en el caso de la AM, con la madre (el objeto del padre interno).

b. Se ubica a partir de sus identificaciones introyectivas posedípicas, complementariamente al género que no es el suyo (género del objeto interno del discurso del P).

Caso 3. **AH-PM (M)**
AH presenta material de PM hablando de la madre

AH presenta al grupo un material en el que la PM *cuenta que la madre no tenía espacio para ella en su mente, pero tenía un espacio enorme para el hermano primogénito. Dice que le gustaría que la madre la valorizara como sentía que la madre de una amiga la valorizaba. Cuenta también que el padre la trataba como a una princesita y trataba a la madre como a una empleada doméstica.*

Transferencialmente, la paciente M habla de rivalidad edípica con la madre.

Contratransferencialmente:

a. El AH, en identificación proyectiva con el padre, le da a la PM un espacio de "hija apreciada" por él (ya que ella dice que no lo es por la madre) y escucha predominantemente las necesidades de cuidados primarios de la PM, ciego a la seducción en la que puede estar enredado.

Casi al final de la presentación, a partir del material traído por la PM en el que ella relata haber visto una película de Tarzán, una AMv del grupo se acuerda de que Tarzán había criado a la mona Chita y que ésta, en una versión antigua de la película, una vez que la dejaban afuera de la cabaña donde Tarzán estaba con Jane, tiraba piedras en la ventana.

En este momento, el AH dice que sentía muchas veces que la PM lo provocaba, pero él creía que las transferencias primarias sobre él eran las principales.

b. En cuanto a la contratransferencia, a partir de la identificación introyectiva posedípica complementaria con la madre (genitora del mismo género que el del objeto interno del discurso de la P), el AH tendría que funcionar como una madre que pone límites a la PM, no como una madre primaria: una madre que tiene otros hijos y forma una pareja con su marido. El AH lo hace, pero dirige sus interpretaciones más ha-

cia la envidia de la PM de los hermanos (tanto propios como analíticos), que a los celos que la paciente tiene de la madre con el padre. El AH también elogia la posición protectora que asume el marido de la PM, aunque en detrimento de la relación sexualizada (que no está en vigor en la pareja).

Por ejemplo, no es abordada la cuestión de la rabia de la PM al darse cuenta de que el AH no va a corresponder sus deseos sexuales, manteniendo la diferencia de las generaciones y su casamiento con otra M, con la que la paciente rivalizaría.

La rivalidad con la madre edípica no es abordada en la transferencia.

CASO 4. **AM-PH (H)**
AM presenta material de PH en que él habla de la figura paterna

La AM, recién llegada de unas vacaciones imprevistas, presenta un material de un PH que le dice que también va a salir de vacaciones al día siguiente.

El PH comenta su dificultad de hacer el amor con la novia la víspera de la partida de ella para otra ciudad, aunque acabó consiguiéndolo... Dice, después, que durante las vacaciones de la AM encontró a un antiguo mecánico albino, al que apreciaba mucho, casado con una mujer también albina. Este mecánico había cambiado de profesión: era diariero en otra ciudad, donde el PH lo fue a buscar. Y cuenta que, cuando se encontraron, le empezó a hablar del puesto de diarios, con el mismo entusiasmo con el que antes hablaba de los autos: dónde ponía las revistas para vender mejor, cómo hacía para que no le robaran a pesar de que él no veía bien...

La AM interpreta el sentimiento de abandono del PH como el de un niño pequeño dejado por la madre y que se siente sin fuerzas, se siente "una porquería". Entonces, él busca un padre que lo cuide durante la ausencia de la madre y que le enseñe cómo hacer las cosas.

Contratransferencialmente:
En un primer momento, la AM se identifica proyectivamente **(a)** con la madre del PH al decirle que él la quiere sólo para él, pero no le habla de la rabia que él siente porque ella lo dejó para irse con su hombre. Y, de la misma forma en que ella lo dejó y sólo le avisó la víspera de su partida, ahora es él quien, de repente, le dice que va a dejarla.

En un segundo momento, la AM, identificada introyectivamente con el padre, le habla a PH del "padre que cuida" **(b)**.

De lo que ella no habla es de la "pareja albina" ni del "padre albino" que hace la vista gorda o que "no ve bien", al que el hijo quiere robarle las revistas. El padre rival sexualizado, compañero de la madre

sexualizada, no es abordado ("albino", sin color, podría estar representando como "sin sexualidad").

La rivalidad edípica con el padre no es enfocada en la transferencia.

Conclusiones provisorias

Teniendo en cuenta que el trabajo analítico tiene que promover el crecimiento del espacio psíquico tanto del paciente como del analista, y considerando que los pasos esenciales de este crecimiento son el reconocimiento de la escena primaria y de la sexualidad materna, tendríamos que preguntarnos en qué medida las posiciones asumidas por el analista pueden servir de defensas o, por el contrario, de pasos que promuevan este reconocimiento.

En nuestro trabajo en grupo, constatamos que:

1. La posición del AH y de la AM como objetos de transferencia primarios, en relación con las transferencias eróticas de la PM o del PH respectivamente, puede ayudar, en un primer momento, a contener la situación erótica. Pero, si ésta no es claramente abordada en un segundo momento, puede haber una fuga inconsciente hacia la seudomadurez, lo cual impide el crecimiento del espacio psíquico tanto del paciente como del analista. La defensa (de ambos) sería contra los deseos incestuosos infantiles que, si son constatados y elaborados, van a permitir continuar el proceso analítico pero, en caso contrario, pueden provocar una transferencia negativa velada y/o un *impasse* analítico.

2. Las AMv del grupo (principalmente, las analistas de niños) tienen más facilidad para detectar la transferencia erótica directa, en un segundo momento, grupal, de la escucha analítica (aunque que en un primer momento tiendan, como los AH, a no escuchar el discurso del paciente como sexualizado).

Las AMv, al identificarse con las PM (cuyo material es presentado por AH), o al identificarse con las AM (que presentan material de PH), recurren a la dinámica transferencial existente entre maternal primario y femenino primario, e interpretan tanto la dependencia y la impotencia infantil, como la erotización (que podría ser también una reacción defensiva a las primeras).

3. Los AHv, al identificarse con los PH (presentados por AM) o con los objetos internos H (traídos por PM a los AH), tienden a defender las figuras masculinas. Cuando, en el relato de un material, un AH relata críticas de la PM al padre o a él mismo, uno o más AHv del grupo cuestionan las críticas.

4. Cuando alguien del grupo —generalmente, en un momento que

no es al principio de la presentación— consigue escuchar el material del paciente como sexualizado (independientemente de ser AH o AM), aparecen varias interpretaciones del material que resaltan la sexualidad o la dinámica entre lo que es preedípico y lo que es posedípico.

5. Creemos que nuestro grupo, además de contribuir a la investigación, muestra la eficacia de una "tercera escucha grupal"* de un material, con el objetivo de ampliar la escucha analítica de cada uno de los participantes del grupo.

El grupo, como ya dijimos, funciona como una "caja de resonancia" de la escucha del inconsciente del paciente, promueve la ampliación de la escucha del inconsciente de cada participante del grupo, y demuestra, así, que es un instrumento privilegiado en la formación de analistas clínicos.

Un grupo de investigación dentro del instituto

Además de estar participando en un proyecto ya existente y, por lo tanto, de tener la oportunidad de comunicarnos e intercambiar experiencias, pienso que nuestro proyecto es interesante porque:

1. Reúne investigación clínica e investigación empírica.
2. Es reaplicable (dentro de las condiciones propias de cada instituto).
3. Considera la "escucha" analítica tanto del analista-presentador como de los analistas- participantes del grupo (participantes sensibles a la escucha y a la observación intra-psíquica específica del psicoanálisis).
4. Posibilita la observación de "hechos clínicos" a partir de registros de trabajo de un grupo.

Estos hechos pueden haber sido ya detectados por otros grupos de trabajo y, entonces, pueden ser un objetivo de investigación, como el hecho de la incidencia inicial de interpretaciones en el nivel de identificaciones primarias en los pares AH-PM y AM-PH.

Por otro lado, esos datos pueden surgir a partir del trabajo del grupo (presentación y discusión, registro y reflexión atenta), al ampliar el campo de la investigación empírica, a partir de la clínica y de la seriedad con que se encara.

5. Promueve la confianza en el psicoanálisis, sin temer que nuevos descubrimientos puedan modificar ciertas teorías: ¿la propia historia de estas teorías no es una sucesión de agregados?

*Esta denominación, que nos pareció muy acertada, fue un aporte de Eunice Nishigawa.

6. Ofrece a los analistas resultados que puedan ser utilizados en la clínica, reflexiones sobre la clínica y creación de nuevas teorías clínicas.*

Bibliografía

Guignard, F. (1996): "A contratransferência do analista de adultos à luz da transferência da criança em análise", en *O infantil ao vivo*, Río de Janeiro, Imago, 1997.

Guignard, F. (2000): "L'interprétation du sexuel dans la cure analytique de l'enfant", en *Quaderni de psicoterapia infantile*, Roma, Borla.

Stoller, R. (1968): *Sex and Gender*, Nueva York, Science House.

* Agradezco a Haroldo Pedreira la revisión de este texto, a Daniela Sitzer por sus sugestiones, y a todos los participantes del grupo por su atenta y constante colaboración.

Escucha del efecto del género en el paciente psicoanalítico

*Doris Berlin**

La escucha de género en psicoanálisis se refiere al marco teórico y a la formación que tiene el analista en relación con los problemas que suscita el género del paciente.

Mi interés en este trabajo gira alrededor de cómo entiende el analista el efecto del género y si acaso tener la identificación del género del paciente, de algún modo, facilita su comprensión; y, si es así, a través de qué mecanismos psíquicos estaría explicada, sobre todo, la escucha del género opuesto, que sería la más enigmática de explicar. Dentro de lo que he estudiado, he hallado cuatro explicaciones, no excluyentes entre sí, que cooperan con la escucha de género: la bisexualidad freudiana, y luego la de Jessica Benjamin acerca de las identificaciones cruzadas con los padres del mismo sexo, que viene a ser una versión más moderna de la anterior. Esta autora, al igual que Chodorow en sus últimos escritos, concibe la identidad de género menos en forma dicotómica y cada vez más dentro de un continuo de masculinidades y femineidades.

La tercera idea se relaciona con factores conscientes del analista, conocimientos filosóficos y sociológicos, y con la idea de que en la sociedad patriarcal los géneros se ordenan de manera jerárquica. Estos factores, además de ampliar la visión del otro, lo sensibilizan hacia la particular relación que el sujeto tiene con el género, sea de aceptación, opresión o contradicción. Así, por este factor, la escucha de género aparece desligada del género concreto del paciente y del analista; si no, se trataría del estudio de la relación del paciente con su propio género.

La cuarta idea se fundamenta en que la identidad tiene aspectos no sexuales (Alizade, 1992 y 2001). Toma su origen en algunos planteamientos de Freud en *El yo y el ello*, cuando plantea la identificación con ambos padres antes del Edipo, como ideales y como objetos de amor no excluyentes el uno del otro. Esta fase constituiría la base de una identidad humana previa a la sexual, plataforma para un sentimiento de comunión entre ambos sexos. La idea de un núcleo de identidad no sexual es controversial para las teorías de género, que proponen que la

* Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

identidad es siempre sexual desde el inicio. Sin embargo, ésta me parece una idea importante para seguir investigando.

Propongo considerar que la escucha de género es parte de una visión del inconsciente que está enmarcada dentro de la segunda tópica y no en la primera, puesto que excede la visión de inconsciente como baúl de deseos reprimidos, e incluye, además de dichos deseos, el efecto de las creencias inconscientes, los conflictos entre ideas que el paciente tiene de sí mismo y de los demás, con diversos ideales, la relación del sujeto con su cuerpo y el fruto de la intersubjetividad. En el inconsciente de la segunda tópica freudiana, como lo han planteado autores como Ogden y Dio-Bleichmar, el sujeto está dialécticamente constituido y aparece justo en ese borde entre el yo y el otro, el inconsciente y sus defensas. Si algunos analistas conciben el género como una metáfora de ropaje exterior o mascarada, para este enfoque el hombre y su máscara están en una relación indisoluble.

La escucha de género en psicoanálisis integra el conocimiento sobre los procesos sociales con la respuesta particular del sujeto. Por una parte, lo social define la pertenencia al mismo género como el compartir expectativas e ideales acerca de los comportamientos sexual y social, los cuales constituyen una suerte de lazos mutuos entre las personas de ese mismo género. Lazos de pertenencia que permiten cohesión, a la vez que delimitan y restringen al sujeto. La inclusión dentro de un género determinado, así como el compartir otros factores como el nivel socioeconómico, el estado civil de las mujeres, la edad, la presencia o no de hijos, etc., constituyen lazos con los demás que, si bien no explican toda la particularidad del sujeto, forman una marca que el sujeto difícilmente puede evadir. El psicoanálisis estudia y trata la formación de la subjetividad a partir de la respuesta del sujeto a los mandatos de género.

A fin de sintetizar, podríamos decir que en psicoanálisis interesa cuál es el matiz particular de masculinidad o feminidad que el sujeto asume en su vida sexual, independientemente de su sexo o de las experiencias de socialización compartida, mientras que el psicoanálisis con enfoque de género enfatiza la respuesta particular que cada sujeto produce, a partir de los ideales transmitidos desde la cultura.

Dentro de este enfoque, la interpretación tiende a sacar el problema de lo íntimo y considerar el ámbito grupal, de manera que es posible ver el problema más allá de lo intrapsíquico y no sólo como efecto de neurosis personal. Esta arista de la interpretación, una de las tantas aristas que tiene el análisis, actúa a la manera de un enfoque de terapia de grupo y produce un efecto de apoyo dentro del análisis, en tanto las causas no son sólo motivos propios, sino compartidos.

El género, como parte de la identidad, sufre las mismas vicisitudes

históricas que ella. Al igual que se habla de un cambio de subjetividad como producto de los macrocontextos, es decir, el paso gradual de subjetividades originadas dentro de estados delimitados a subjetividades de mercado, fragmentadas y de naturaleza fluida (Grupo Doce, 2001), así también se dice del género, en tanto hay una tendencia a identidades con dilución de la diferencia de los sexos. (Kachinovsky, 2002). Estaríamos en un punto intermedio donde versiones posmodernas de variabilidad genérica se observarían junto con antiguas problemáticas no superadas del todo.

El enfoque de género se ha enriquecido teóricamente desde dentro y desde fuera del psicoanálisis. Dentro del mismo psicoanálisis, el esfuerzo se ha realizado a partir de la crítica hacia las primeras ideas de Freud sobre la masculinidad primaria de la mujer: es decir, la explicación de la diferencia como deficiencia. A partir de su órgano sexual ya supuestamente castrado, la mujer se percibe con una deficiencia en el superyó, con un problema en la sublimación, erradicada de la cultura y confinada al orden de la reproducción. La mujer sería un hombre castrado cuya única salida saludable se definiría en términos del uso de su potencial reproductivo. Los aportes producidos a lo largo de la historia del psicoanálisis constituyen un intento de abrir el abanico de explicaciones que vienen a sustituir la idea de la masculinidad primaria y, así, ofrecer una variedad de respuestas a la construcción de la subjetividad femenina. Éstas van desde analizar el efecto de caracteres netamente fisiológicos particularmente femeninos (como la menstruación, tratada en el trabajo reciente de Alizade sobre la ensangrentada diferencia), hasta características psicológicas particulares de la mujer, relacionales, cognitivas (estudiadas por Chodorow y psicólogas norteamericanas). Incluso abren el horizonte explicativo de lo intrapsíquico a lo intergeneracional, al tomar en cuenta la historia de más de dos generaciones, en cuanto a la formación de rasgos de identificación (Lartigue, 2001). Dentro del enfoque de género, se destaca que la sexualidad no está determinada por los caracteres sexuales anatómicos, sino por el efecto psicosocial de pertenecer a un género u otro, que es indisoluble de la práctica de la sexualidad y de la relación del sujeto con su fantasía sexual. Es decir, a partir de un cuerpo real, los padres adscriben un rol binario dentro del cual el sujeto se debe de ubicar: masculino o femenino. Sin embargo, el vocabulario del psicoanálisis es ejemplo de que la respuesta del sujeto está lejos de adaptarse a este binarismo del lenguaje. Por ejemplo: figura combinada, Edipo positivo y negativo, identificaciones cruzadas, etc.

Como plantea Benjamin, el psicoanálisis feminista no ve la consecución de la diferencia sexual como logro, si esto se hace a expensas del rechazo de lo semejante. Se refiere al rechazo de la madre o de la

mujer que hace el varón para alcanzar la masculinidad. Un desarrollo de género adecuado contendría tanto la adjudicación de elementos distintos al sujeto como la posibilidad de identificarse y de no rechazar aquello que es parecido a uno. Así se podría explicar la gran diversidad de masculinidades y femineidades, que se opone a una polaridad masculino-femenino. La variedad en las distintas modalidades de masculinidad y femineidad estaría dada en el enfoque de Dio-Bleichmar por el término de *ideal de género* y en el de Benjamin por el de *identificaciones cruzadas*, conceptos que relativizan la noción freudiana del Edipo.

Quiero comentar aquí brevemente el caso de un paciente varón que comenté hace tiempo en un grupo de supervisión entre colegas. Éste es un señor de alrededor de 40 años, un ejecutivo de alto nivel, exitoso en su trabajo, que consulta por un problema con su esposa, con quien tiene una buena relación sexual, a raíz de su vinculación con una amante joven muy hermosa, sobre la cual se pregunta si ha comenzado a involucrarse emocionalmente. Plantea que a lo largo del matrimonio ha tenido relaciones ocasionales, meramente sexuales, que no le causaron ningún conflicto. Demanda del análisis una ayuda para poder conservar las dos relaciones, que no desea perder; al fin de cuentas, los varones no tienen por qué perder la oportunidad de gozar de una mujer bella que la vida les coloca en el camino. Agrega otros datos, como por ejemplo que ha sido ocasionalmente impotente. Me cuenta que durante su niñez tenía la fuerte sospecha de que la madre le era infiel al padre con su mejor amigo, y recuerda haberla juzgado duramente en la niñez. En el área de trabajo, quiere aceptar ofertas provocativas que implican mínimas situaciones de riesgo legal, pero teme caer preso. Pide no tener miedo y poder asumir más riesgos en el trabajo y con otras mujeres.

Este caso se podría analizar tomando nociones clásicas de Freud, como la escisión entre aspectos de ternura y eróticos, la degradación de la vida amorosa, la presencia de identificaciones cruzadas, etc. Me llamó la atención lo que dijo un compañero varón, excelente analista que carece de la óptica de género. Dijo que el paciente tenía una problemática de insuficiencia en una personalidad histérica, que sentía su pene muy chiquito, poco potente, y que se sentía más identificado con una mujer que con un varón. Ignoró el tema de la infidelidad. La salida a su problemática, entonces, radicaba en la exploración analítica del sentimiento de insuficiencia.

Otras personas lo entendimos de modo distinto. Vimos el conflicto entre un ideal fálico prevalente, de gozar de todas las mujeres, que entra en contacto con una ética de consideración y de cuidado. La salida de la situación de insuficiencia se veía a través del trabajo del ideal fálico de potencia infinita y la colisión que se produce con aspectos éti-

cos de consideración que, frecuentemente, se asocian a lo femenino. Sin embargo, estos aspectos podrían caracterizar también a los hombres, en un orden que no fuera fálico. Desde esa óptica, adquieren importancia la infidelidad y la consecuente culpa.

Este ejemplo sobre el manejo de un caso de impotencia demuestra el enriquecimiento de la visión clínica que produce el aporte de género, el cual permite ver matices dentro de la identidad de género. Por ejemplo, es posible concebir a un hombre que tenga una dificultad en el modelo convencional de masculinidad, sin necesidad de pensarlo como una mujer.

En un trabajo previo (Berlin, 2001), planteé que la experiencia clínica permitía trazar que la mayor parte de la patología femenina se ordenaba del lado del déficit. La mujer, como consecuencia de su identificación femenino-maternal, se halla abocada a facilitar el crecimiento de otros, lo cual produce frecuentemente fallas en el registro de sí misma. También se observaba que la clínica de la mujer se podía organizar alrededor del conflicto, pero hoy en día, tomando en cuenta el planteamiento de Leticia Glocer acerca de lo femenino y lo complejo, pienso que la noción de género debe tomarse como experiencias que marcan, que funcionan a modo de sello y que producen efectos distintos, que habría que analizar en cada caso particular: un déficit en la estructuración del *self*, mascarada social para encubrir otros conflictos, que incluso puede no originar mayor padecimiento. Es decir: utilizaríamos la palabra "género" como una matriz matemática a partir de la cual surgirían distintas proposiciones que tomarían un peso distinto en cada caso.

Para sintetizar este punto sobre la escucha del efecto del género en el paciente, propongo una fórmula inclusiva o abarcativa compuesta por la bisexualidad, las identificaciones cruzadas y la educación del analista, e insisto en la necesidad de investigar más el peso de los factores no sexuales de la identidad.

Escucha de género en la visión de la pareja

Utilizo el término "visión de pareja", en lugar de tratamiento, para enfatizar que la óptica de género proporciona una comprensión acerca de ella, la cual puede incorporarse a tratamientos individuales, resolver determinados atolladeros sin tener que plantearse necesariamente el tratamiento de la pareja. La teorización de género resulta de gran ayuda en el abordaje de la pareja por los siguientes motivos: permite abordar los conflictos en relación con el poder y facilita analizar los acuerdos inconscientes entre los miembros de la pareja que permiten

sostener patrones de género patológicos, así como resolver el *impasse* que se produce cuando los miembros de la pareja se tratan cual doble especular, sin considerar la diferencia de género.

A través de la óptica de género, se hace interesante ver a las parejas, aunque no necesariamente para un tratamiento: puede ser sólo para algunas sesiones, que permitan detectar cómo se ensamblan y se mantienen a través de patologías complementarias.

Muchas de las quejas de las parejas, sobre todo en los inicios del matrimonio, giran alrededor de expectativas no satisfechas hacia el cónyuge que se percibe como doble especular. La interpretación acerca de la presencia del otro de la realidad, como alguien distinto del paciente, o la sencilla información de que los géneros tienen distintas maneras de responder resultan de tanta utilidad que hacen suponer que los individuos frecuentemente carecen de información.

Esa interpretación acerca de la existencia de un otro real fuera del narcisismo del paciente es lo que permite la construcción de una verdadera pareja, facilita formular peticiones realistas y abandonar aquellas que no lo son.

Se ha hablado de que dentro del psicoanálisis clásico hay pocas herramientas para entender los problemas intersubjetivos, aquellos que no sean producto de la represión pulsional. Sin embargo, Freud, al hablar del temor a la fusión con la madre, por el temor de castración, está aportando elementos parciales para entender por qué la masculinidad se constituye a partir de un anhelo de poder. Asimismo, la teoría freudiana provee cierta explicación a lo que sucede en el ámbito de la mujer, es decir, explica la situación paradójica en que la mujer se halla ante los hombres, al no poder asumir plenamente su deseo sexual a riesgo de ser devaluada, lo cual la lleva a buscar ser objeto de amor y desechar el poder. De acuerdo con Benjamin, en las parejas la polarización de roles entre el hombre y la mujer haría síntoma.

Desde el punto de vista intersubjetivo, el uso del poder en la pareja se ha planteado como el implemento de prácticas terroristas que producen en el cónyuge el temor de ser abandonado por el otro o de ser invadido (Miller, 1995). Como consecuencia del énfasis en la autonomía dentro de la crianza del varón, éste es más susceptible a la angustia de ser invadido, mientras que la mujer, a su vez, sería afectada por el temor a ser abandonada.

Límites de la escucha de género

El psicoanálisis de un sujeto va más allá de la escucha e intervención en cuanto a dificultades del género; por lo tanto, un analista po-

dría correr el riesgo de cerrarse dentro del enfoque de género y descuidar otros aspectos, lo que limitaría el espectro del análisis.

Contaré una pequeña viñeta para ilustrar este punto. K., de 24 años, es la única paciente mujer de un grupo familiar de tres hermanos. Ella es soltera, trabaja como psicopedagoga, sus hermanos son médico uno e ingeniero el otro, exitosos y casados ambos. Consulta por bulimia, porque sus padres la acusan de que no tiene novio y todos la llaman "burra", porque no ha conseguido pareja y dado que es el estigma que le ha quedado desde que repitió de grado a lo largo de su escolaridad. Además de la escasa valoración que recibe por parte de los padres, se siente discriminada en relación con sus hermanos, en cuanto al apoyo material para proseguir los estudios y la sobrecarga de requerimientos de ayuda por parte de los padres, quienes no les solicitan a sus hermanos ni contribuciones económicas ni ayuda de ningún tipo. En mi abordaje terapéutico, hay un primer tiempo en que intervengo diciendo que parte de la discriminación que experimenta corresponde a los valores de su medio cultural, tanto en cuanto a las profesiones como a la vida en pareja. En un segundo tiempo del tratamiento, la invito a pensar sobre la forma como incorpora palabras o alimentos, sin ningún tipo de barrera crítica. También le hago ver cuáles son los ideales que determinan gran parte de su visión del mundo y también causan su posicionamiento en un lugar disminuido ante su familia. La idealización del amor familiar y la dedicación a los demás vienen a ser valores que le dan cohesión pero, a la vez, permiten que el juicio familiar penetre en ella de manera acrítica. Traigo esta viñeta para explicar que se puede reconocer el peso de los factores culturales (realidad) sin perder el objetivo analítico, que sería comprender, en este caso por ejemplo, cuáles son los rasgos que lo hacen más vulnerable ante el efecto del otro de la cultura.

Bibliografía

Alizade, A. M. (1992): *La sensualidad femenina*, Buenos Aires, Amorrortu.

Alizade, A. M. (2001): *El universo fluidifical femenino y sus consecuencias psíquicas*, trabajo presentado en COWAP-APDEBA, Buenos Aires, junio.

Benjamin, J. (1966): *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós.

Benjamin, J. (1995): "Sameness and difference: Toward an 'over inclusive model of gender development'", *Psychoanalytic Inquiry*, vol. 15, pp. 125-142.

Berlin, D. (2001): "Los vínculos en la mujer. Observaciones dentro y fuera del espacio clínico", *Trópicos*, año IX, vol. 2.

Bonino, L. (2000): *Nuevas masculinidades*, Madrid, Icaria.

Dio-Bleichmar, E. (1997): *La sexualidad femenina*, Barcelona, Paidós.

Glocer, L. de F. (2001): *Lo femenino y el pensamiento complejo*, Buenos Aires, Lugar Editorial.

Grupo Doce (2001): *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Gráficas México.

Kachinovsky, C. (2002): *Masculino-femenino en el contexto histórico cultural*, trabajo presentado en el III Diálogo Latinoamericano Intergeneracional entre Hombres y Mujeres de COWAP, IPA, Porto Alegre.

Lartigue, T. B. (2001): "La patología *borderline* durante el embarazo. Evidencias clínicas y de investigación en Ciudad de México", *Trópicos*, año IX, vol. 2.

Miller, V. M. (1995): *Intimate Terrorism: The Crisis of Love in An Age of Desillusion*, Nueva York, Norton.

La masculinidad: ¿construcción social o acontecimiento natural?

*Renata Aleotti**

La masculinidad es un área de estudios de mucha riqueza y complejidad, que requiere gran reflexión. El tema sólo puede ser abordado en toda su complejidad para no correr el riesgo de una simplificación.

No se puede hablar sobre los hombres y la masculinidad desde afuera de un contexto socio-cultural, sin tomar en cuenta la economía, la religión, las políticas educativas y de salud, la raza, la dinámica inconsciente del individuo y otras tantas variables.

La masculinidad, de acuerdo con como es vivida en las diferentes culturas, no es un hecho en sí mismo, sino algo que se construye y adquiere a lo largo del tiempo. Cada sociedad tiene sus propias expectativas sobre lo que se espera de un hombre, e influye en cada momento de su vida el rumbo de esa adquisición. En cada época de la historia, el bebé de sexo masculino ha tenido que recorrer un largo trayecto para completar la formación de su identidad.

1. Algunas influencias culturales

El primer aspecto que vamos a discutir es cómo llegamos a adquirir el modelo masculino que tenemos en la actualidad, donde el macho de la especie es visto como el dominador y la hembra como la dominada. A pesar de todos los cambios que se han dado en los últimos años, esta visión aún impera como algo natural. El arbitrio cultural es transformado en natural (Bourdieu, 1999, p. 8).

Bourdieu considera, a partir de estudios realizados en una sociedad histórica específica (la de los berberes de Cabilia), que mantenemos actualmente algunos aspectos parciales de la visión falo-narcisística y de la cosmología androcéntrica de nuestros antepasados, que sobreviven fragmentados en nuestras estructuras cognitivas y en nuestras estructuras sociales. Esta vivencia, tan fuertemente impregnada, se reproduce de generación en generación.

* Candidata del Instituto de Psicoanálisis Durval Marcondes, de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo.

En la sociedad cabilia, la mujer tiene un papel poco importante, y se les atribuye a los hombres toda la fuerza y el poder. Los niños son separados de sus madres entre los siete y los diez años, y se los somete a rituales orientados a retirar de ellos todo lo que pueda existir de femenino. A partir de esa edad, viven entre los hombres. La felación con otros hombres no casados es una práctica usual, pues ellos creen que del semen proviene la fuerza necesaria para ser hombres. La mujer sólo es depositaria de esta fuerza. Las prácticas homosexuales están prohibidas, pero la felación no es vista como una distorsión del comportamiento. Al contrario, solamente a través del contacto con otros hombres el niño adquirirá su masculinidad. El niño no verá más a su madre hasta casarse, para no correr el riesgo de quedar aprisionado en una femineidad que le impida afirmarse como un hombre de verdad. La visión androcéntrica se impone como neutra y no existe la necesidad de enunciarla en discursos que busquen legitimarla (ib., p. 18). Podemos pensar que la ausencia de enunciados y de significados para determinados actos exacerba la obediencia a patrones de comportamiento considerados como una realidad biológica y no como tradiciones culturales.

La diferencia biológica entre los cuerpos masculinos y femeninos puede ser mirada como una justificación natural de la diferencia socialmente construida entre los géneros y, principalmente, de la división social del trabajo. La naturaleza receptiva de la mujer fue históricamente considerada señal de debilidad y de inferioridad. Por otro lado, la naturaleza activa del hombre, representada por su cuerpo y por sus movimientos en el acto sexual, le permitió el derecho de elegirse como el dominador, pues el cuerpo, como construcción social, está cargado de significados antropológicos y cosmológicos. Por eso el pene concentra en él todas las fantasías colectivas de potencia fecundadora.

El significado atribuido al pene, en su papel de fertilizador que carga la fuerza creativa y el poder, y en su actividad intrusiva que le asegura la imagen de la posición dominante, se transfiere a las relaciones sociales, dando un fundamento objetivo a las teorías que mantienen, de algún modo, las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

En el papel de dominador, el hombre tiene que probar su virilidad de diversas maneras. Es una tarea constante que lo acompaña toda su vida. La virilidad, en su amplio sentido, es lo que le apareja honor y reconocimiento.

En su aspecto intrusivo, la virilidad también está asociada con la agresividad. De ese modo, ser hombre es ser agresivo, no tener sentimientos o, por lo menos, ser lo bastante hombre como para no demostrarlos. Hay una repulsión por todo lo que lo podría "afeminar". Para la construcción de este hombre viril, hay que excluir todo lo que pue-

da ser visto como característica del otro sexo. Hay una lucha constante, entonces, para negar y rechazar las vivencias emocionales, de modo que se entabla una batalla contra la propia naturaleza del hombre. La cultura contribuye en este esfuerzo con su trabajo de socialización, en tanto el hombre no tiene alternativas para reconocerse diferente de lo que ya está instituido culturalmente.

A su vez, "los dominados aplican categorías construidas desde el punto de vista de los dominantes en las relaciones de dominación, haciéndolas ver como naturales. Lo que puede llevar a una especie de auto-desvalorización, o hasta de auto-desprecio sistemático" (ib. p. 46). Se valoriza a quien detenta el poder, a quien está en el papel de dominador.

La transformación de este proceso no pasa por la conciencia y por la voluntad, pues estos conceptos están profundamente entrañados en la psiquis de todos, hombres y mujeres, perpetuando el modelo de dominador y dominado, de potente e impotente, de fuerte y débil. Es un proceso largo que sólo puede producirse con transformaciones radicales de las "condiciones sociales de producción de las tendencias que llevan a los dominados a adoptar, sobre sí mismos, el propio punto de vista de los dominantes" (ib., p. 54).

Desde que el niño nace, es el blanco de una gran inversión de expectativas sociales. El ideal que lo rige pasa a ser volverse un hombre verdadero y, cuando falla en este proceso, se exacerban sus sentimientos superyoicos de deber y de culpa. Hay una tensión permanente que impone al hombre el deber de afirmar en todo momento su virilidad. Esa tensión le genera miedo y angustia, sentimientos que de cierta manera están asociados con lo femenino. El niño es embargado por un sentimiento de vulnerabilidad, que muchas veces lo lleva a reaccionar, por lo que se vuelca a actividades violentas, deportivas o no, que le permiten probar su masculinidad. La virilidad debe ser probada ante los otros hombres, como forma de excluir totalmente lo femenino que tanto miedo genera.

Hasta pocos siglos atrás, violencia y hombre eran casi sinónimos. La función masculina estaba amarrada a conquistas, y las guerras formaban parte de lo cotidiano. Había una demarcación clara del lugar ocupado por el hombre y del correspondiente a la mujer.

Con la industrialización, muchas cosas cambiaron y la representación masculina sufrió transformaciones. Las características antes cuestionadas comienzan a ser reformuladas en función de los movimientos femeninos. Pero, a pesar de todo lo que se ha dicho sobre lo que se espera de este nuevo hombre, la subjetividad masculina todavía está construida sobre la virilidad física, en donde ganar dinero, tener poder sobre los otros y triunfar en lo competitivo es lo que determina los ideales sociales masculinos. Lo biológico y lo cultural se confunden durante el proceso de socialización masculina, e impiden poder hacer cualquier tipo de reflexión sobre el significado de ser hombre.

Es importante considerar que los cambios lanzaron al hombre a un universo desconocido, donde las facilidades de lo cotidiano y los modos de producción exigen de ellos actitudes y hábitos diferentes de los de épocas anteriores. La agresividad física necesaria en otros tiempos para la supervivencia ya no es tan importante en un momento en el que se valorizan el pensamiento y la creatividad. Eso coloca al hombre en un universo que tiene características femeninas, pues la agresividad exigida anteriormente no es más un atributo importante en la construcción de su historia.

Pero la solución de este *impasse* provocado por las modificaciones sociales no se produce por una "femeninización" del hombre. Quiero decir con esto que el hombre, en contacto con sus afectos y emociones, comienza a tener reacciones que le son propias. Las diferencias van a continuar existiendo. El viaje para el interior de los hombres nunca podrá tener las características de interiorización del mundo interno, como se produce en las mujeres.

2. Visiones del psicoanálisis

Para Freud, el sexo masculino es la forma original y natural, y hasta la pubertad existe un monismo sexual fálico para los dos sexos. Mientras que describe a la mujer como un continente negro, sus teorías son más claras cuando se aplican a los hombres. Pero, paradójicamente, el estudio de la sexualidad masculina está marcado por la escasez de publicaciones específicas. La comprensión de la masculinidad de los hombres sólo comenzó a ser debatida posteriormente a las investigaciones sobre la femineidad.

Diversos autores que se dedicaron al estudio de la femineidad, entre los que se puede citar a Janine Chasserget-Smirgel, escribieron que el *llegar* a ser masculino es mucho más complejo que el femenino. Esto sucede porque la fase pasiva inicial del niño en su relación con la madre puede ser difícil de superar y lo mantiene fijado en un nivel preedípico. La dificultad reside en que el niño precisa, en su fase edípica, mudar el carácter de su relación con la madre, de una succión oral-receptiva para una relación de objeto de naturaleza genital, donde lo que se destaca es la descarga y la penetración agresiva y activa (Breen, 1998).

En los últimos 30 años, se ha discutido la vulnerabilidad del niño en la construcción de su identidad masculina, debido al hecho de estar involucrado inicialmente con su madre. El papel del padre también se resalta, pues la relación positiva del niño con él facilita el proceso de desidentificacción de la madre. El papel del padre es visto como fundamental para el funcionamiento psíquico, ya que es el padre el que introduce la realidad entre madre e hijo.

Robert Stoller (1982), un autor clásico en su área, defiende la idea de que la identidad de género que el individuo adopta se construye a partir del sexo atribuido por los padres. Esta conclusión es fruto de sus investigaciones, durante muchos años, con niños hermafroditas. Para él, los aspectos importantes del carácter se fijan muy tempranamente, y de manera permanente, por imposición del ambiente humano circundante. La actitud de la madre para con su hijo pesa mucho en el desarrollo de su masculinidad. El niño debe poder separarse de la femineidad de la madre y verla como un objeto diferente de él, desearla y entrar así en el conflicto edípico. Este proceso de "volverse masculino está en riesgo desde el día de su nacimiento; su masculinidad, aún no creada, corre peligro por la primitiva, profunda y primaria unidad con la madre" (Stoller, 1982, p. 296).

De acuerdo con esta hipótesis sobre la construcción de la masculinidad, es muy grande la presión que existe sobre el niño para que no se deje llevar por acciones, fantasías y emociones que podrían colocar en duda su virilidad. El miedo a la homosexualidad puede indicar una amenaza al sentimiento de identidad, un miedo a la pérdida del yo. Los problemas que amenazan el sentimiento de virilidad no generan un hombre femenino, como indicarían algunas fantasías, y sí un hombre desesperado porque no consigue mantenerse dentro del ideal que le fue transmitido desde su nacimiento. Ellos pierden su eje y se encuentran en una situación donde no vislumbran ninguna salida.

El psicoanálisis es sensible a las dificultades que el individuo enfrenta en esta lucha entre sus emociones, las cuales son percibidas como algo que debe evitarse, y la imagen de hombre que se le atribuye. Se lo plantea como una posibilidad de ayuda para que el hombre pueda aproximarse a sus emociones sin "femininizarse", es decir, manteniendo sus sentimientos como recursos para vivir de forma armónica los aspectos que le son propios.

Tanto el psicoanálisis como las teorías que hablan de los aspectos sociales de la construcción de la masculinidad, están de acuerdo en la importancia que tiene este tema para entender las dinámicas masculinas inherentes a las diferentes culturas. También refuerzan la idea de que cualquier modificación en este terreno sólo puede darse a partir de las propias emociones y vivencias, de las experiencias que tiene el individuo, hombre o mujer, sobre su inserción en la sociedad en la que vive y las expectativas que pesan sobre él.

Bibliografía

Bourdieu, P. (1999): *A dominação masculina*, Río de Janeiro, Bertrand.
Breen, D. (org.) (1998): *O enigma dos sexos: perspectivas psicanalíticas contemporâneas da feminilidade e da masculinidade*, Río de Janeiro, Imago.
Stoller, R. (1982): *A experiência transexual*, Río de Janeiro, Imago.

Dana Breen

La relación tardía madre-hija en la actualidad

*Graciela Bouza de Suaya**

La relación temprana madre-hija constituye, sin duda, la matriz sobre la que se desarrollarán relaciones ulteriores con el cortejo de conflictos correspondientes. Sufre a lo largo de la vida sucesivos desequilibrios y reestructuraciones según ciertos momentos críticos (pubertad, adolescencia, maternidad, menopausia, etc.).

En contraposición, la relación tardía madre-hija, relación entre dos mujeres, ambas adultas, una en la senescencia y la otra en la madurez, cobra una significación especial por cuanto en ella no sólo se reactualizan los conflictos pasados, sino también las angustias del envejecimiento y del deterioro. Esto permite, cuando es transitada adecuadamente, la elaboración del duelo tanto por el objeto como por el envejecimiento, el deterioro y la muerte del propio cuerpo.

El objetivo de esta comunicación es pensar acerca de algunos de los factores que influyen en dicha relación.

Ese lapso que media entre la crisis media de la vida y el pasaje a la tercera edad suele estar acompañado de múltiples angustias referidas al propio proceso de envejecer. La forma de elaborarlas va a depender principalmente de la estructura psicopatológica que se tenga, de cómo se construyó la subjetividad de esa mujer en la que van a incidir variados factores socioculturales, filosóficos, religiosos, etc.

A partir de un caso clínico, voy a referirme a algunos de los conflictos que se les plantean hoy a las mujeres en esas circunstancias. Analizaré aspectos atinentes a la diferencia generacional, a los cambios sociales y culturales acaecidos en los últimos cuarenta años, al cambiante rol de la mujer, a los rasgos de personalidad y a la estructura psicopatológica individual.

El concepto de género nos será de utilidad entendiendo por tal la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian y distinguen a hombres de mujeres.**

* *Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (ghsuaya@adinet.com.uy).*

** *En 1955, John Money propone el término de gender role para describir el conjunto de conductas atribuidas a hombres y mujeres. Robert Stoller establece claramente la diferencia conceptual entre sexo y género a partir de sus estudios en niños que por malformaciones anatómicas recibieron una incorrecta asignación de sexo al nacer y fueron educados de acuerdo con un sexo que no*

Más que tener una base biológica natural e invariable, obedecen a construcciones sociales que asignan características culturales y psicológicas diferenciadas a cada género. Por otra parte, el género no aparece en forma pura, sino entrelazado a aspectos individuales como raza, religión, historia familiar, educación, nivel socioeconómico, etc.

Tales diferencias son el producto de un largo proceso de construcción histórico-social que genera, además, desigualdades y jerarquías entre los géneros. Así, el estudio de las relaciones de poder entre ellos se ha centrado en la predominancia del poder de los afectos en la mujer, y en el poder racional y económico en el género masculino, a la vez que en las implicancias que tal ejercicio tiene en la construcción de la subjetividad.

Como señala Rappoport de Aisemberg (2000), "la sexualidad está en la base de los modelos teóricos psicoanalíticos, mientras que el género viene de otro campo. Se origina en la gramática, pasa a la medicina y a la psiquiatría, extendiéndose luego a las ciencias sociales, lo que ha dado lugar a una rica y extensa literatura como así también a grandes debates y polémicas".

La relación entre psicoanálisis y estudios de género ha sido compleja y por momentos conflictiva, aunque en los últimos años el entrecruzamiento teórico entre ambos ha permitido un increíble enriquecimiento en la comprensión de la construcción de la subjetividad femenina.

Desde el lado del psicoanálisis, la construcción de dicha relación estaría ligada a la envidia fálica, al narcisismo de la mujer, a sus identificaciones, principalmente con la madre, mediante el ideal maternal a través del sistema superyó-ideal del yo, a la resolución del complejo de Edipo, etc. (Freud, 1901, 1914, 1917, 1931, 1933). Los estudios de género critican estas hipótesis señalando su carácter esencialista, individualista y ahistórico (Burin, 1996).

Las estructuras de poder que durante la sociedad patriarcal asignaron a la mujer el rol doméstico de esposa y de madre también actuaron inconscientemente en las investigaciones psicoanalíticas.

Como señala Alizade (2000), el excesivo hincapié en la envidia del pene en la mujer obturó posibles investigaciones que desmintieran o complementaran los estudios que demostraban la importancia de la vagina y la vulva en el psiquismo de la niña (Horney, 1922, 1933; Klein, 1932; Jones, 1935).

"La mujer, tiene en su haber enorme riqueza fluidifical: leche, flujo, sangre, y una latente potencialidad gestante. Está sujeta a ciclos y a rit-

era el suyo. El sexo constituye un hecho biológico, mientras el género tiene relación con los significados que cada sociedad le atribuye a tal hecho.

mos. Este amplio ámbito de mujer genera complejidades psicofísicas en la cual se entremezclan cuestiones de sexo y de género, costumbres culturales y conformaciones psicobiológicas" (Alizade, 2000).

Caso clínico

Mariana, de 53 años, es una mujer muy elegante y atractiva, una empresaria exitosa que parece mucho menor de lo que es, fruto de los permanentes cuidados y de las múltiples cirugías plásticas que se ha hecho realizar en su cuerpo.

Tres veces divorciada, tiene de su primer matrimonio una hija de 35 años, a su vez casada y con dos hijas casi adolescentes; y de su segundo matrimonio, un hijo, soltero, de 32 años.

Su madre, de 73 años, es viuda y tampoco representa la edad que tiene: parece unos diez años menos, aunque esto en ella es algo natural.

La relación entre ambas es muy conflictiva. Según Mariana, la madre no tolera que ella sea tan exitosa laboralmente ni con los hombres. Se enferma cada vez que se entera de que va a pasar un fin de semana con alguien o que está por hacer un viaje. "Me envidia a Juan, ella quisiera que fuera su amante y no el mío"; "Vive diciéndome que cuándo me voy a tranquilizar, que es hora de que me llame a retiro, que ya basta de hombres, que si sigo así no sólo mi hija va a parecer mayor que yo, cosa que ya lo parece, sino que mis nietas también lo van a parecer"; "Ella querría que yo fuera vieja igual que ella, que llevara su vida de viuda y mártir".

Mariana ha tenido varios análisis, al parecer, por repetidos episodios depresivos, dificultades matrimoniales, múltiples infidelidades, y por la mala relación con su madre.

Actualmente, lleva dos años de análisis y el motivo de consulta estuvo vinculado nuevamente a los conflictos con la madre. Poco antes de que ella me consultara, su madre había enfermado de un trastorno digestivo que parecía banal, pero que durante un período repercutió marcadamente sobre su aspecto físico y la hizo mostrarse como una anciana, al perder el aspecto juvenil y cuidado que habitualmente tenía.

Mariana hubiera querido huir: "Es siniestro lo que me pasa"; "No puedo ver a esa mujer vieja, arrugada, no puedo hacerme cargo, no puedo cuidarla, no es que no la quiera ni que no me dé lástima, pero es horrible verla; saldría corriendo y no volvería más... hasta que me avisaran que se murió"; "Tampoco puedo dejarles el fardo a mis hijos".

Lo siniestro es el encuentro con ese espejo que es la madre y que le devuelve una imagen que la horroriza, de la que no puede hacerse cargo porque es ella dentro de unos años y de la que huye a través de

múltiples actuaciones sexuales. El análisis de los aspectos narcisistas en juego la angustia sobremanera, piensa mucho en la muerte, con temor, tanto en la propia como en la de su madre y, en ocasiones, en la de sus hijos o nietas.

El análisis de los miedos permitió desplegar la agresividad latente que se ocultaba tras ellos, sobre todo en relación con la madre. "Hay momentos que quisiera que se muriera de una vez porque no aguanto esta incertidumbre de no saber qué va a pasar, cómo va a ser, terminar con esta espera que es una tortura para mí."

Morirse ella identificada melancólicamente con esa madre moribunda para ella, pero que no lo está en absoluto, o matarla de una vez para terminar con la incertidumbre de algo que, en realidad, es una certeza: su madre, ella, todos vamos a morir.

Consideraré tres aspectos a partir de este caso y en relación con la mujer: la crisis de la edad media de la vida, la relación de la mujer y la belleza, y la relación de la mujer y la sexualidad. Se podrían haber considerado otros, como la relación con el trabajo, la maternidad, la abuelidad, etc., pero exceden las condiciones requeridas.

La edad media de la vida o el inicio de la declinación

El escenario donde se despliegan estas relaciones ha ido cambiando notablemente a lo largo del tiempo, y con él, el tipo de vínculos que se da en la relación tardía madre-hija. Verdadera etapa de crisis, en muchos aspectos opuesta a la de la adolescencia. Como señala Médici (1993), "hay algunos signos afines entre la crisis de la adolescencia y la de la madurez; los más conocidos son la duda y el dolor que significa existir; la gran diferencia entre ambas edades radica en el tiempo vivido y en el tiempo a vivir".

Varios autores han señalado que las crisis vitales constituyen un estado de ruptura con un equilibrio anterior, acompañadas de una sensación subjetiva de sufrimiento, y se producen en situaciones de cambio o transición (Chodorow, 1984; Burin, 1988; López, 1988, Débold, Wilson y Malavé, 1994).

Los estudios psicoanalíticos clásicos referidos a la mujer en la edad media de la vida* ponían el acento en la pérdida de la capacidad reproductora y en la inamovilidad psíquica que determinaba que las mujeres no pudieran seguir desarrollando su subjetividad.

* Se entiende por tal un amplio período comprendido aproximadamente entre los 35 y los 55 años, aunque no hay hechos demarcatorios precisos ni para su inicio ni para su declinación.

El desarrollo en la vida adulta y, especialmente, en la vejez no era tenido en cuenta hasta hace pocos años, puesto que se consideraba que terminaba en la adolescencia o en los primeros años de la juventud, cuando se alcanzaba el máximo en el ciclo evolutivo. Hoy se considera que las transformaciones en la vida adulta siguen múltiples direcciones y son causadas por diversos factores. Serían las circunstancias que afectaron a cada corte generacional las mayores determinantes de cambios, junto con los factores biológicos (López, 1988; Burin, 1988).*

Son los llamados "cambios de la mitad de la vida, que podríamos sintetizar en:

a) Desde punto de vista biológico, hay una modificación hormonal propia de la menopausia y del climaterio, con una disminución estrogénica que puede influir sobre las relaciones sexuales. Los cambios corporales modifican la imagen corporal. Se esboza o se desarrolla un deterioro físico más o menos evidente, pero que anticipa la declinación final. En nuestra sociedad, el aspecto juvenil es un valor preponderante, de modo que la imagen corporal pasa a ser motivo de conflicto.

b) Se agregan los cambios psicológicos que implican múltiples duelos: por la función reproductiva, por la amenaza de pérdida del atractivo sexual, etc. Se toma conciencia de la finitud de la vida y de la proximidad de la muerte como una realidad personal. Es una etapa de balances de lo realizado o no, de cotejo de los ideales y las ambiciones juveniles con lo alcanzado o no. El tiempo, las diferentes edades y el sentido de la vida cobran significados diferentes de los que tenían hasta entonces. Es una etapa de duelos, "un tiempo de confluencia de situaciones de pérdida" (Acevedo de Mendilaharzu, 1985), ya que hay un enfrentamiento de la inevitable incompletud y de la finitud.

Los factores biológicos y psicológicos no son inalterables y se deben inscribir en un contexto socio-histórico y cultural.

A su vez, envejecer implica una pérdida de recursos (económicos, físicos, pues disminuyen las fuerzas, las resistencias, el atractivo físico, el prestigio social). Se produce una inversión de roles. Los padres pasan a depender, en mayor o menor grado, de los hijos, situación conflictiva para ellos, a quienes, a su vez, les cuesta renunciar al rol de tales.

Para Neugarten (1975), se es adulto cuando se comprende que el curso de la propia vida es similar al de la vida de los otros y que hay puntos decisivos a lo largo de ella que son inevitables. Habría una anticipación y una aceptación de la secuencia inexorable de los hechos

* Ejemplo de lo primero sería el ser una generación que vivió la época de los años sesenta con la liberación de la genitalidad, determinada por la aparición de la píldora anticonceptiva, y ejemplo de los factores biológicos sería la menopausia.

que le ocurren a una persona al crecer, envejecer y morir. La dinámica de transición desde la madurez a la vejez lleva a la jerarquización de los procesos de adaptación, si se considera que los sucesos esperables de la vida no deben de por sí ser causa de crisis. Constituyen, sí, cambios en el sentido de la identidad, marcadores de nuevos roles que determinan nuevas adaptaciones. Su hipótesis es que, en tanto puedan ser anticipados el duelo que implican y su resolución, se logrará sin que se interrumpa el sentido de continuidad del ciclo vital.

En cambio, para Jacques (1965), hay una crisis de la edad media de la vida que implica una reelaboración de la depresión infantil con un *insight* maduro de la muerte y de los impulsos hostiles.

Benedek y Rubinstein (1945) consideran el climaterio como no necesariamente conflictivo, puesto que no le quita a la mujer lo adquirido durante su maduración ni a través de los vínculos afectivos y, por el contrario, puede ser factor de liberación de energías que antes estaban ligadas a lo erótico y que ahora pueden facilitarle una relación menos conflictiva con el entorno social.

En cambio, para Deutsch (1947), son inevitables los trastornos psíquicos de la mujer menopáusica, y su magnitud estaría determinada por la estructuración psíquica temprana y por los conflictos infantiles.

Langer (1951) considera excepcional un climaterio sin conflictos, y un requisito imprescindible para una menor conflictividad que la mujer no quede frustrada en sus "instintos maternales", los que luego serán sublimados en el trabajo.*

Etapa de riesgos señalados tanto por el discurso médico (osteoporosis, trastornos cardíacos, consumo abusivo de fármacos, etc.) como por el discurso analítico (duelos patológicos frente a la inadecuada elaboración de las pérdidas, resignificación de la relación hostil con la madre, repetición de conflictos propios de la pubertad, trastornos del carácter, etc.).

La mujer, el cuerpo y la belleza

El cuerpo entero sostiene en Mariana el núcleo de su identidad femenina y de su narcisismo, y el enfrentamiento con su deterioro es absolutamente intolerable. Sus infidelidades, tanto durante sus matrimonios como en sus otras relaciones, son formas de reasegurarse como objeto deseado, de confirmarse en su integridad corporal.

* El concepto de instinto maternal es muy cuestionado por los estudios de género, ya que está muy vinculado al rol preestablecido para la mujer por la sociedad patriarcal.

En la mujer, se ha considerado la apariencia del cuerpo como su máximo sostén narcisista. La preocupación por la belleza y la estética corporal son emblemáticas y constituyen por su importancia el equivalente del genital del varón (Dio-Bleichmar, 1998).

Las expectativas en relación con la belleza y el valor que se le concede no son equivalentes en el hombre y en la mujer. Una mujer nunca es demasiado bella: cuanto más lo es, más femenina parece; en cambio, la imagen de la virilidad no se halla relacionada con la belleza en el hombre.

Sin embargo, no siempre fue así esto históricamente. Tampoco todas las sociedades pusieron la hermosura femenina, al establecer una jerarquía estética de los géneros, en una posición en donde lo femenino ocupase el rango superior (Lipovetsky, 1999).

En las sociedades llamadas primitivas, una verdadera mujer sólo llega a serlo tras haber procreado, y ésta es la diferencia entre ambos géneros. Cuando la condición de mujer se identifica con la fecundidad, la belleza no aparece como una propiedad distintiva de la mujer.*

Para que la belleza femenina fuese jerarquizada, fue preciso que surgiera la división social entre clases ricas y pobres, clases nobles y laboriosas. En las diferentes culturas, los códigos o los artificios que marcan un rango social superior revelan los nexos que unen el culto de la belleza femenina y los valores aristocráticos. Con la aparición del Estado y de las clases sociales, el reconocimiento social de la belleza femenina toma un nuevo rumbo.

Entre los griegos, la admiración hacia la perfección física del hombre es más frecuente que en relación con las mujeres, lo cual se explica, en parte, por la cultura pederástica; mientras que la belleza femenina aparece asociada a características negativas que hacen de la mujer una trampa maléfica, un ser pérfido y nefasto.**

También la tradición judeo-cristiana cuestiona la belleza femenina, que aparece asociada al pecado (Eva), la trampa, la mentira, el engaño (Sarah, Salomé, Judith). El recelo y la hostilidad relacionados con la belleza femenina se prolongaron durante toda la Edad Media y algo más.***

* Tal el caso de la Venus de Willendorf, considerada como símbolo de fecundidad con su esteatopigia, sus senos hipertrofiados y flácidos, su vientre y pelvis enormes y su aspecto globular, que subrayan las partes del cuerpo femenino implicadas en la perpetuación de la especie. En ella, no se expresa en lo más mínimo una idolatría estética de la mujer.
** Se evidencia en el arte desde la poesía a la escultura; los desnudos femeninos son tardíos y escasos hasta Praxíteles, mientras que en la época arcaica eran numerosas las estatuas de atletas hombres desnudos.
*** El arte medieval no busca suscitar la admiración del cuerpo femenino seductor, sino que inculca el miedo a la belleza de la mujer. El Diablo es representado a menudo como una bella joven.

Recién en el Renacimiento la mujer pasa a ser la personificación suprema de la belleza.* El humanismo renacentista le da una nueva significación en franca ruptura con la diabolización medieval. Se libera de su asociación con el pecado y pasa a ser el verdadero signo de la belleza interior, espejo de una perfección moral y espiritual.** Adquiere una dimensión metafísica que había perdido con santo Tomás de Aquino, es manifestación de sabiduría y recupera su condición de medio para elevarse hacia Dios. De este ennoblecimiento divino de la belleza sensible, surge la consagración del bello sexo. Se trata de una reinterpretación religiosa basada en la voluntad de abolir el límite entre lo sagrado y lo profano (Lipovetsky, 1999).

Mientras que en el arte griego se homenajea la belleza del cuerpo masculino por sobre la del cuerpo femenino, en el Renacimiento se invierte esa tendencia.

Hasta el siglo XVIII, la belleza física no es separada de las virtudes morales; en la concepción moderna, la hermosura pasa a ser una característica estrictamente física, desligada de todo valor moral, y posee un valor estético y sexual en sí misma.

Este proceso conducirá, a partir de la década del sesenta del siglo XX, a una mayor valoración de la belleza masculina, con una tendencia al igualamiento de los dos géneros en cuanto al valor concedido a la apariencia física.

A lo largo de la historia, se ha producido la emancipación de la dimensión estética con respecto a la dimensión moral, pero este fenómeno tendría una importancia secundaria comparada con lo que ocurrió en el Renacimiento, de valoración y dignificación social de la belleza femenina.

La mujer y la sexualidad

El estudio de la sexualidad, del amor y del erotismo en las sociedades modernas muestra una profunda transformación que se manifiesta en la modificación de la conducta de ambos sexos.

Mariana y su madre pertenecen a dos momentos muy diferentes.

* Para que fuese considerado el bello sexo, fue necesario no sólo que la hermosura femenina adquiriese una nueva significación positiva, sino también que el propio arte persiguiera una finalidad distinta de la de expresar el sentir de la Iglesia.
** Es reflejo de un mundo ideal que acerca la imagen de Venus a la de María y que se evidencia, por ejemplo, en el "Nacimiento de Venus", de Botticelli. A partir del siglo XV, por influencia de la cultura griega, el Renacimiento redescubre los encantos de Venus, que se expresan ampliamente en las artes plásticas (Georgeone, Tiziano, Bellini, Tintoretto, etc.).

La primera es consecuencia de la liberación sexual de los años sesenta y setenta, resultado de la aparición de la píldora anticonceptiva que, por primera vez en la historia, da a la mujer el dominio sobre la posibilidad de embarazarse o no, y separa el placer sexual de la reproducción.

La segunda está más cercana a la moral victoriana, al predominio de la represión y a la concepción de la mujer como esposa y madre, propia de la sociedad patriarcal.

"La puesta en crisis de los sentidos tradicionales sobre los roles de género femenino también implicó una puesta en crisis de la subjetividad femenina que habían estado construyendo las mujeres hasta entonces" (Burin, 1996). Así como la histeria fue a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, la enfermedad paradigmática femenina asociada con la condición de represión sexual de la mujer hoy lo es la depresión (Meler, 1996a).

La modernidad ofrecía a las mujeres garantías de salud mental, en tanto se cumpliesen exitosamente los roles de género maternos, conyugales y domésticos. Ese proyecto estaría finalizando.

Giddens (1992) llama *sexualidad plástica* a una sexualidad descentrada, liberada de las necesidades de la reproducción, y la considera crucial para la emancipación de la mujer, al estar implícita tanto en la pura relación como en la reivindicación del placer sexual por parte de las mujeres.

Tiene sus orígenes en la tendencia iniciada a finales del siglo XVIII a limitar estrictamente el número familiar, pero se desarrolla posteriormente, a partir de la década del sesenta, como resultado de la difusión de la moderna contracepción y de las nuevas tecnologías reproductivas. Libera la sexualidad de la hegemonía fálica y del desmedido predominio de la experiencia sexual masculina. Puede quedar moldeada como un rasgo de la personalidad y se une intrínsecamente con la identidad.

Los ideales del amor romántico, propios de la madre de Mariana, tienden a fragmentarse frente a la presión de la emancipación sexual femenina.

Como señala Giddens, el amor romántico presupone que se puede establecer un lazo emocional duradero con el otro. Tendría un doble impacto sobre la situación de las mujeres porque: a) ha contribuido a poner a la mujer "en su sitio", que es la casa; y b) puede ser visto como un compromiso activo y radical contra el machismo de la sociedad moderna.

El amor romántico depende de la identificación proyectiva del amor-pasión, que significa que las personas que se desean como compañeras de pareja se sienten atraídas y luego se ligan mutuamente. La proyección crea un sentimiento de plenitud con el otro, sin duda reforzado por las diferencias establecidas entre masculinidad y femineidad, definida cada una en términos de antítesis. Los rasgos del otro se conocen por intuición.

Opuesto al anterior, el amor confluente implica un abrirse uno a otro: es un amor contingente, activo y, por consiguiente, choca con las expresiones de "para siempre", "solo y único", propias del primero.

El amor más confluente tiene mayor posibilidad de convertirse en amor consolidado, por cuanto más retrocede el valor del hallazgo de una "persona especial" y más cuenta la "relación especial". A diferencia del amor romántico, con su enorme carga de idealización del objeto y del vínculo, implica una cierta desidealización de ellos.

La sociedad de las separaciones y de los divorcios aparece como un efecto de la emergencia del amor confluente, más que como una causa.

En la actualidad, como señala Montevechio (2000), en el centro de la sociedad habría dos movimientos culturales opuestos. El más vigoroso trata de dar hegemonía a la producción y el consumo, y el feminismo que dentro de él se desarrolla identifica modernidad con racionalización y reivindica la igualdad de los géneros sin cuestionar la cultura masculina. El otro apoya la subjetivación y, dentro de él, el movimiento de las mujeres que ha reivindicado su identidad biocultural y el reconocimiento de su deseo. Se trata de mujeres que luchan por la subjetivación con la prevalencia de valores afectivos, estéticos y de solidaridad (Touraine, 1994).

A modo de conclusión

Múltiples consideraciones podrían hacerse respecto de Mariana, su estructura narcisista, sus identificaciones y desidentificaciones en el curso de este análisis, el penoso trabajo de duelo en relación con su madre y consigo misma, la dificultad de renunciar a esa imagen perfecta de sí misma, siempre joven, eterna, por siempre deseable.

El trabajo en la transferencia, las regresiones y las oscilaciones parecerían acercarla a comprender, por momentos, que envejecer no es sólo sufrimiento y pérdida, que también se puede gozar, crear y amar con serenidad y sabiduría, así como disfrutar de una libertad y disponibilidad de sí misma sin nostalgia, tristeza o amargura por lo que se fue, por lo que ya no es ni volverá a ser.

Su madre, en vez de un espejo persecutorio, tendría que volverse un referente, al cual parecerse por momentos y en otros diferenciarse. Pienso que el monto de hostilidad tan grande de Mariana hacia su ma-

dre no le ha permitido hacer un uso diferenciador de la agresividad. Nada puedo decir de la madre, salvo a través de las palabras de Mariana, quien está, últimamente, cambiando su manera de verla.

En cuanto a mí, su analista, mujer en la cincuentena e hija de una madre octogenaria, ha sido una experiencia altamente removedora y enriquecedora. Llevada por el tema de este panel, he puesto, quizás, más el acento en el telón de fondo sobre el que se da la relación tardía madre-hija que en el caso en sí.

Incorporar conceptos de los estudios de género, de la sociología y la antropología amplió mi comprensión del caso.

Los profundos cambios acaecidos en las relaciones entre hombres y mujeres, en las relaciones entre las generaciones y en la sexualidad durante el pasado siglo, no pueden dejar de influir en la construcción de la subjetividad femenina.

Para esta generación, que hoy ronda la edad media de la vida, no ha sido fácil procesarlos, por cuanto se ha visto sin modelos identificatorios estables, ha tenido que construir los propios, que no son los de sus padres ni tampoco los de sus hijos. La confrontación generacional que tan profundamente estudió Kancyper (1997) se sigue dando más allá de la adolescencia.

En mi visión, se vuelve a reactivar en lo que he llamado la relación tardía madre-hija. El trabajo de duelo que implica es doble: duelo por la pérdida de los padres juveniles y duelo por sí misma. Se asemeja en esto a la relación adolescente pero, mientras la adolescente tiene un mundo de promesas por delante, la mujer madura se enfrenta a pérdidas y a límites infranqueables. De la elaboración de esos duelos y de la aceptación y el manejo de esos límites, dependerá la calidad de vida de sus últimos años.

Bibliografía

Acevedo de Mendilaharzu, S. (1985): "A propósito de la depresiones en la edad media de la vida", *Rev. de Psiquiatría del Uruguay*.

Alizade, M. (2000): "El final del complejo de Edipo en la mujer (de la duplicación a la individuación)", en *Foros temáticos* (http//www.psicomundo-.com/foros).

Benedek, T. y Rubinstein, B. (1945): *El ciclo sexual de la mujer*, Buenos Aires, Biblioteca Psicoanalítica.

Burin, M. (1996): *Psicoanálisis y género: 20 años después. Entre la esperanza y el desencanto*, Buenos Aires, Foro de Actualización sobre Psicoanálisis y Género.

Burin, M. (1998): "La mediana edad: ¿crisis o transición?", en *Género y familia*.

Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad, Buenos Aires, Paidós.

Chodorow, N. (1984): *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa.

Débold, E; Wilson, M., y Malavé, I. (1994): *La resolución en las relaciones madre-hija*, Barcelona, Paidós.

Dio-Bleichmar, E. (1998): *La sexualidad femenina de la niña a la mujer*, Buenos Aires, Paidós.

Deutsch, H. (1947): *La psicología de la mujer*, Buenos Aires, Losada.

Freud, S. (1901): "Fragmento de un caso de histeria", *O. C.*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo", *O. C.*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Freud, S. (1917): "Duelo y melancolía", *O. C.*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Freud, S.(1924): "El sepultamiento del complejo de Edipo", *O. C.*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Freud, S. (1931): "La sexualidad femenina", *O. C.*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Freud, S. (1933): "La femineidad", *O. C.*, t. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Giddens, A. (1992): *Las transformaciones de la intimidad*, Madrid, Cátedra, 2000.

Horney, K. (1922): "Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer", en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza. 1977.

Horney, K. (1933): "La negación de la vagina. Una aportación al problema de las ansiedades genitales específicas de la mujer", en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1977.

Irigaray, L. (1994): "El cuerpo a cuerpo con la madre", en *Debate feminista*, México, Folio.

Jacques, E. (1965): "La muerte y la crisis de la mitad de la vida", *Revista de Psicoanálisis*, t. IV, 1966.

Jones, E. (1935): "Early female sexuality", *Int. J. Psychoanal.*, 16.

Kancyper, L. (1997): *La confrontación generacional*, Buenos Aires, Paidós, (Hay nueva edición en Lumen.)

Klein, M. (1932): "Efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña", en *El psicoanálisis de niños*, Buenos Aires, Paidós-Hormé, 1974.

Langer, M. (1951): *Maternidad y sexo*, Buenos Aires, Paidós, 1964.

Lipovetsky, G. (1999): *La tercera mujer*, Barcelona, Anagrama.

López, F. (1988): "Identidad sexual y de género en la vida adulta y vejez", en J. Fernández, *Estudios sobre sexo y género*, Madrid, Pirámide.

Médici de Steiner, C. (1993): "La temporalidad en la situación analítica", Trabajo presentado en el XV Simposio y Congreso Interno "El par transferencia-contratransferencia", Buenos Aires, AP.deBA.

Meler, I. (1996a): "Estados depresivos en pacientes mujeres", *Revista Subjetividad y Cultura*, México.

Meler, I. (1996b): "Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnera-

bles", en *Psicoanálisis, estudios feministas y género*, Buenos Aires.
Montevechio, B. (2000): "La condicion femenina en la sociedad burguesa", en A. M. Alizade (comp.): *Escenarios femeninos. Diálogos y controversias*, Buenos Aires, Lumen.
Rappoport de Aisemberg, E. (2000): "Reflexiones acerca de la teoría y clínica de y sobre las mujeres", en A. M. Alizade (comp.): *Escenarios femeninos. Diálogos y controversias*, Buenos Aires, Lumen.
Stoller, R. (1968): *Sex and Gender*, Nueva York, J. Aronson.
Touraine, A. (1994): *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Antígona, heredera de Edipo La ley de la naturaleza

*Cesar Augusto Antunes**
*Augusta Heller***

Freud recurrió al mito de Edipo para establecer una metáfora sobre los conflictos que vive el individuo a lo largo de su proceso de desarrollo.

Muchos de los críticos dicen que ésa es una teoría marcadamente masculina. Es cierto que nadie puede ir más allá de sus propios límites, y Freud, a pesar de su genialidad, era un hombre.

La validez de una teoría precisa ir más allá de los límites de su creador, debe poseer una validez que no se circunscriba a las características del observador y que adquiera una cierta particularidad, propia del fenómeno observado. De esta manera, intentaremos pensar cómo sería ese mito si la creadora hubiera sido una mujer. ¿Cuál podría ser el mito, desde el punto de vista femenino, que simbolizase el conflicto de las relaciones entre padres e hijos?

En la mitología griega, generadora de una cultura occidental aún vigente, existen numerosas figuras de mujeres, entre las cuales se destaca la de Antígona.

Antígona, hija de Edipo y de Yocasta, acompaña a su padre al exilio, sirviendo de guía y protectora al hombre ciego, condenado a un destino errante. Después de la muerte del padre, retorna a Tebas, reciente escenario de una lucha fratricida que culmina con la muerte de sus dos hermanos. Creonte, hermano de Yocasta, elevado nuevamente a supremo mandatario de Tebas, establece un decreto que prohíbe que Polinices, hermano de Antígona, sea enterrado. Su argumento para adoptar esa medida era que Polinices había traicionado a los tebanos, al haber luchado contra la ciudad. El decreto decía que quien no cumpliese esa ley sería condenado a muerte. Antígona, oponiéndose al edicto de Creonte, realiza las ceremonias fúnebres y sepulta al hermano. Tiene conciencia de que por proceder de ese modo le corresponde la muerte. Antígona es detenida y llevada a la presencia de Creonte, ante el cual no niega tener conocimiento de la prohibición.

* Miembro asociado de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre.
** Egresada del Instituto de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre.

CREONTE:
¿Y te atreviste a desobedecer las leyes?
ANTÍGONA
Como no era Zeus quien me las había promulgado;
ni tampoco Justicia, la compañera de los dioses infernales,
ha impuesto esas leyes a los hombres;
ni creí yo que tus decretos tuvieran fuerza
para borrar e invalidar las leyes divinas,
de manera que un mortal pudiese quebrantarlas.
Pues no son de hoy ni de ayer,
sino que siempre han estado en vigor
y nadie sabe cuándo aparecieron.
Por esto no debía yo, por temor al castigo de ningún hombre,
violarlas para exponerme a sufrir el castigo de los dioses.
[...] Y si ahora te parece que soy necia por lo que he hecho,
puedo decir que de necia soy acusada por un necio.

Al ser cuestionada por Creonte, no se acobarda por ser la única en oponerse a la prohibición, y responde:

"No hay vergüenza alguna en compadecernos
de quienes nacieron de las entrañas de donde procedemos."

Antígona es defensora de una ley superior, la *ley de la naturaleza*. No de una naturaleza animal, donde corre libre ese primer hijo de lo biológico, el Instinto, y sí de la ley que impulsa al hombre hacia una irremediable humanidad, la Pulsión.

Pensamos, entonces, en un desarrollo de una teoría donde lo femenino y lo masculino se presentan como una dicotomía del ser, más que como una antinomia. Y a estas últimas las llamamos antinómicas porque lo que realmente se discute son las ideologías sexuales: hay tantas teorías que hablan de la envidia del pene (falocentrismo), como teorías que hablan de la envidia de úteros repletos de bebés.

Si pudiésemos tomar distancia de esta trampa de los géneros sexuales, podríamos pensar que una fuente de estas divergencias teóricas reposa en lo que los descubrimientos psicoanalíticos apuntaron inicialmente: el origen bisexual del ser. Así, la defensa de una u otra teoría serviría para encubrir la angustia del sujeto por algo a lo que él se resiste a sujetarse, las diferencias, especialmente las diferencias entre los sexos. Si psíquicamente somos bisexuales, biológicamente somos hombre y mujer. Y es sobre esta diferencia entre el sujeto psíquico y el sujeto biológico donde reposan los principales conflictos teóricos. Por eso, una teoría o contribución teórica que procure ser femenina y

no feminista, masculina sin ser machista, podría ayudar más a las ciencias y menos a las pasiones.

Si al hombre le cabe la tarea de establecer las leyes, la *ley del padre*, que establece la prohibición del incesto bajo pena de castración, a la mujer le cabe ser portadora de esta tarea, en tanto *poder transmisor*. No es solamente la responsable de la proliferación de la especie, la generadora del ser, sino también quien da a luz a los hombres y a las leyes.

Por ser la que genera, es también la que recuerda el fin, pues sólo ella sabe del fin por ser autora del inicio.

El origen

En su correspondencia con Fliess, Freud afirma (en el Manuscrito M) que el elemento genuinamente reprimido es el femenino. Esta idea se basa en el hecho de que tanto para las mujeres como para los hombres la primera relación de objeto está en la relación con la madre. De este encuentro surge la pulsión.

Freud, en "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), define la pulsión como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia del trabajo que se le impone a lo anímico, producto de su relación con lo corporal.

A través de la primera relación de objeto, se funda y se pone en marcha el aparato psíquico del sujeto. La madre, responsable por este encuentro entre la pulsión y el objeto, será la introductora de una ley. Ley que está orientada a poner límites al principio de realidad, la fuerza de las necesidades vitales. A ésta la llamaremos la *ley de la naturaleza*.

A partir de esa primordial relación, el sujeto se humaniza. Sin embargo, para que se complete su ingreso a la cultura, será necesario que en esa díada sea introducido un tercero, el padre, que va a permitir pasar de una relación endogámica (la *ley de la naturaleza*) a una relación exogámica (la *ley de la cultura*).

Freud demuestra, en sus conceptos sobre el desarrollo psicosexual, que el individuo atraviesa las fases que se caracterizan por la parcialidad de las pulsiones, oral y anal, y que se someterán a una última adquisición, la fase fálica. Le atribuye ese nombre porque, al ingresar en esa fase, la criatura no conoce aún nada más que una clase de genitales, los masculinos. El no conocer otros prueba su inexistencia. Pensamos que es relevante llamar la atención sobre el hecho de que Freud denomina a esta última como la *fase fálica*, y no *peniana*, y que llamarla así no sería una mera cuestión de estilo.

De ese modo, esa última fase no es, realmente, de propiedad de na-

die, ya que ni la niña ni el niño poseen un falo. En verdad, no poseen *el falo*.

Existen, entonces, los órganos anatómicos, y existe el falo, éste sí marcadamente simbólico.

Freud recuerda: "El significado del complejo de castración sólo puede ser correctamente apreciado si se considera también su origen en la fase de primacía fálica" (1923b).

De esta manera, define la irremediable conexión entre *falo* y *castración*.

Correspondería indicar que Freud utiliza, en un mismo texto, las palabras "pene" y "falo". Sin embargo, no deberíamos considerarlo ingenuo o acusarlo de no haber planteado o corregido conceptos. Nos corresponde buscar en sus escritos el porqué del empleo de palabras diferentes.

En la infancia, el niño cree que no hay diferencias entre el hombre y la mujer; para él las mujeres poseen un pene más chico o escondido.

Freud (1923b) dice que, para el niño, "[las] mujeres a quien él respeta, como su madre, retienen el pene por largo tiempo. Para él, ser mujer aún no es sinónimo de no tener pene".

Solamente más tarde, con el ingreso a la fase fálica y bajo la amenaza de castracion, comienza a percibir las diferencias anatómicas, a pesar de las cuales mantiene la fantasía anterior de la existencia de un falo en la mujer. En ese momento, ve a la madre como una madre fálica.

Cree que, si algunas mujeres perdieron el falo, fue como castigo por actos inadmisibles, similares a los suyos. El recelo de un castigo análogo lo hace retroceder en su amor incestuoso por la madre.

La niña, al contrario, percibe que no posee un pene y quiere tenerlo. De esta forma, en su comportamiento tiende a buscar ese objeto que cree perdido.

Para Freud, lo biológico sirve de base de lo psíquico —se refiere a la facilitación somática—, y el concepto anatómico "pene" sustenta el concepto psíquico "falo". Por este motivo, al poseedor del pene le es atribuida una cualidad: la de ser el portador del falo.

Solamente en la pubertad se presentará la polaridad entre lo masculino y lo femenino, a pesar de que durante la infancia tales disposiciones ya son conocidas.

Una de las primeras contribuciones del psicoanálisis fue la percepción del amor devoto del niño por uno de sus progenitores y el odio sin restricciones por el otro. A ese fenómeno Freud lo llamó "complejo de Edipo", y sabemos que lo postuló a partir de un sueño que tuvo con su propia madre. Comprendió que las relaciones libidinales con los padres eran el centro y el resultado del desarrollo de la sexualidad infantil, y reconoció en este complejo el núcleo de las neurosis.

¿Y si el primer pensador de esta ciencia hubiese sido una mujer?

Podría tener sus sueños y fantasías centrados en la figura paterna. Aun así, no habría podido construir una teoría apoyada en la complejidad de la relación triangular entre padres e hijos. ¿Quién sabe? Tal vez, por identificación, habría buscado en la figura de Antígona la metáfora para explicar los conflictos de sus primitivas relaciones de objeto.

Éste, nuestro Freud femenino, habría percibido que el punto culminante tendría lugar durante la etapa fálica del desarrollo psicosexual, cuando acontece el reconocimiento de las diferencias anatómicas entre los sexos y las consecuencias psíquicas provenientes de ese proceso.

Mientras la amenaza de castración hace que el niño desista del amor de la madre y así sepulte su complejo edípico, en la niña la percepción de que las mujeres no poseen pene promueve una desilusión en el amor dirigido a su madre y un redireccionamiento del deseo de su padre. El deseo de llegar a tener un pene hace que la niña entre en el mismo complejo. Una de las principales consecuencias recaerá en el principio de que ya nunca más podrá cuestionar las diferencias.

"La vagina es ahora valorizada como lugar de abrigo para el pene; ingresa en la herencia del útero" (Freud, 1923b).

La castración simbólica marca la presencia de una interdicción. Representa una doble interdicción: al hijo le prohíbe el deseo por la madre, y a la madre le prohíbe la reincorporación del hijo.

En Lévi-Strauss (1969), encontramos que la prohibición del incesto expresa el pasaje del hecho natural de lo consanguíneo al hecho cultural de la alianza: "El papel primordial de la cultura es asegurar la existencia del grupo como grupo y, por consiguiente, sustituir en este dominio, como en todos los demás, el azar por la organización. La prohibición del incesto constituye una cierta forma, y hasta formas muy diversas, de intervención. Pero antes que cualquier otra cosa, ella es intervención, más exactamente, ella es La Intervención."

En *Tótem y tabú* (1913), Freud afirma que la ley existe para defender al individuo de las demandas pulsionales. No tiene sentido que sea prohibido y castigado por la ley lo que la misma naturaleza prohíbe y castiga. A partir de esto, puede suponerse que los delitos prohibidos por la ley son aquellos que muchos hombres cometerían si se dejasen llevar por sus inclinaciones naturales.

"Si no hubiese existido una inclinación natural de esa índole, tampoco se producirían esos delitos; y si esos delitos no hubieran sido cometidos, ¿para qué haría falta prohibirlos?"

Por eso, concluye en que una pasión libidinal dirige al individuo hacia el acto sexual, independientemente de los lazos consanguíneos.

La ley de prohibición del incesto reprime este impulso. Esta hipótesis se fundamenta en el conocimiento que tienen los hombres civilizados respecto de que la satisfacción de estas pulsiones perjudicaría a la sociedad.

En esto se interpone la ley paterna, ya que los primeros impulsos sexuales del ser humano son, por regla general, de naturaleza incestuosa.

Esos impulsos reprimidos desempeñan, como fuerzas pulsionales a lo largo de la vida del individuo, un papel que no se puede subestimar. Por lo tanto, la internalización de esas leyes marcará el ingreso del ser en la cultura y quedará registrada en el psiquismo humano como una instancia moral que se llama "superyó".

"El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por influencia de la autoridad, de la doctrina religiosa, de la enseñanza o de la lectura), más riguroso llegará después el imperio del superyó como consciencia moral, tal vez también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el ego" (Freud, 1923a, p. 36).

En *Tótem y tabú*, Freud relaciona el mandamiento "no matarás" con el edicto de Edipo, cuando la *horda paterna* es posteriormente sustituida por el clan de los hermanos, que se reasegura a través del lazo de sangre; podemos pensar que este lazo que los une resulta más intenso por ser de la sangre del padre asesinado, que de los lazos consanguíneos de parentesco.

A partir de ese momento, la sociedad pasa a compartir la culpa por el crimen común practicado, lo que se expresa a través de los arrepentimientos, de la conciencia de culpa y de la religiosidad. La moral pasa a formar parte de las necesidades objetivas de una sociedad más evolucionada que se aculturó a través de las expiaciones exigidas por la conciencia de culpa.

"En el Complejo de Edipo se conjugan los comienzos de la religión, ética, sociedad y arte, en armonía con la comprobación del psicoanálisis de que este complejo constituye el núcleo de todas las neurosis, hasta donde haya sido posible penetrar nuestro entendimiento" (Freud, 1913).

En relación con el rumbo que toma la sexualidad femenina, Freud afirma que la diferencia morfológica tiene que expresarse en las diversidades del desarrollo psíquico. El destino anatómico lleva a la mujer a aceptar la castración como un hecho consumado.

En *Sobre la sexualidad femenina* (1931), Freud señala que la intensa dependencia de la mujer en relación con su padre no es sino la heredera de una intensa relación con la madre. El endoso de los vínculos afectivos del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva a la femineidad.

En la conferencia "La femineidad", rescata la repercusión psíquica de la femineidad y de la masculinidad, que va más allá de la anatomía. Escribe: "El psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir lo que es la mujer —una tarea de solución casi imposible para él— sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir de la niña de disposición bisexual" (Freud, 1933, p. 108).

En ese artículo, Freud expresa que no se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase de vinculación con la madre preedípica: lo que inicialmente atribuía al padre como objeto seductor, lo va a atribuir a la madre. Postula la fantasía de seducción preedípica de la niña a la madre. Por ser ella la que provee los primeros cuidados, es la que provoca los primeros placeres, lo que nos lleva a considerarla como la primera seductora.

"La identificación madre de la mujer permite discernir dos niveles: el preedípico, que consiste en la vinculación tierna con la madre a la que toma por arquetipo, y el posterior, derivado del complejo de Edipo, que quiere eliminar a la madre y substituirla junto con el padre" (ib., p. 124).

El interior de la mujer es fuente de una curiosidad poderosa e inquietante, pero también culpabilizadora; el horror de la castración remite, también, al horror al abismo, común a ambos sexos.

¿Por qué no mujer?

Prosiguiendo, entonces, con nuestra tarea inicial de buscar el mito femenino, de modo de articular el conocido con nuestra propuesta inicial, pensamos que le corresponde a la mujer, Antígona, como representante de esta tarea, defender las leyes de la naturaleza. Naturaleza que condena al ser al primado de la pulsión, nunca más al contacto con lo instintivo, para siempre en una lucha constante entre la necesidad y el deseo.

A ella le corresponderá cumplir la interdicción paterna que está por encima de la ley de los hombres; sostiene que el funeral de Polinices es un acto justo, a pesar de prohibido: justo por naturaleza, naturaleza que le es transmitida por la madre.

"No hay vergüenza alguna en compadecernos
de quienes nacieron de las entrañas de donde procedemos."

La autonomía de Antígona atraviesa la confusión que representó su existencia, al plantear trágicamente la cuestión de la proximidad entre la vida y la muerte, así como la que existe entre la ley y el incesto.

Como dice Patrick Guyomard (1996):

"Sin la postulación de algo más allá —el principio del placer—, la castración se identifica con la realización del destino, y Antígona corre el riesgo de tornarse quien, al marchar por autonomía a una muerte voluntaria, mejor asume su castración, o sea el incesto familiar."

¿Quién mejor que Antígona para ser la representante mayor y única heredera de Edipo?

A través de su muerte, no solamente reconoce la ley del padre, sino que también reconoce la castración, los límites y lo finito de quien debería haberse constituido en su propia madre, Yocasta. A ella permanece vinculada y por ella defiende la ley de la naturaleza. Asume la castración, red compleja que, por ella y a través de ella, va al encuentro de otro destino. Yocasta es la mujer sometida al deseo masculino, acepta los edictos reales (de realeza/realidad). Antígona es el ser que no se somete, quien establece una interdicción frente al edicto real. Deja de estar sometida al deseo y pasa a ser una mujer, la verdadera poseedora del deseo.

La ley de la naturaleza está, entonces, representada por los deseos de la madre, atravesada por la ley del padre.

Antígona, al defender de modo tan vehemente los derechos del hermano, está, en realidad, defendiendo los derechos del padre, pues no podemos olvidar que Edipo, antes de ser su padre, es su hermano. Defendiendo al hermano, defiende al padre edípico, a aquel por quien permanece viva la llama del deseo.

Ahora podemos pensar que, si el psicoanálisis fuese una mujer, y si el mito por excelencia fuese Antígona, inevitablemente su construcción teórica conduciría a esta complementación entre ley de la naturaleza/ley de la cultura, falo/castrado, femenino/masculino.

Pensar solamente en la *ley de la naturaleza* es pensar sólo en el primitivismo intrínseco de las relaciones entre los individuos, con los cuales la naturaleza humana no podría sustentarse. Pensar solamente en la *ley de la cultura* no daría posibilidad al nacimiento del sujeto psíquico, para quien la función madre es indispensable.

Antígona nace como hija del incesto, o sea, carga en sí misma las marcas de una madre que no puede reconocer a su propio hijo. En este acto se deshacen las diferencias, la reincorporación del hijo, acto prohibido por el tabú del incesto, que impide el nacimiento del sujeto psíquico.

Como afirmamos anteriormente, al defender los derechos del hermano muerto, defiende también los derechos del padre muerto. De la misma manera, interceder por el hermano significa también defender el producto del vientre de donde nació, los derechos de la madre muerta.

Así, encontramos a Antígona atravesada por las representaciones que la remiten al padre y por las representaciones que la identifican con la madre, rompiendo con una dualidad para constituir una triangularidad, el espacio del deseo.

Identificada con la madre simbólica, defiende una ley que está por encima de la ley de los hombres: la *ley del parricidio primitivo*, que marca las prohibiciones fundacionales de la cultura.

Pero ¿por qué no Yocasta? Porque Yocasta no se interpone a la orden de Layo de matar al hijo. Más tarde, no reconoce en Edipo a su propio hijo y, cuando se la confronta con la verdad, la reniega.

Yocasta no es una mujer portadora del deseo, acepta resignada los edictos reales sin establecer la interdicción. Al someterse a la voluntad del otro, impide el surgimiento de lo que llamamos ley de la naturaleza y de la cultura.

Hasta el momento del delito edípico, podríamos pensar que no existía una prohibición formal del incesto. Siendo el *mito edípico* el fundador en la cultura mediante esta prohibición, Yocasta puede ser considerada como preedípica.

Después de la desaparición de Edipo, Antígona carga dentro de sí la figura mítica del padre y la imagen trágica de la madre, como si estuviese predestinada a cargar este *complejo* a lo largo de la historia.

A partir del acto de Antígona, observamos la necesidad de una mujer de defender la ejecución de la Ley de la Naturaleza. Y así, como lo afirma Freud, el mito de la naturaleza se transformó en el mito de la humanidad.

Creemos, entonces, en la existencia de dos Edipos. El primero, originado en la no percepción de la interdicción, por ser heredero de un Layo, a su vez carente de prohibiciones. Víctima de sus pasiones, contempla horrorizado, con el auxilio del ciego Tiresias, la extensión de sus actos. El segundo Edipo, basado en la visualización aún en medio de su ceguera. Y, ¿qué es lo que consigue ver Edipo cuando ya sus ojos no lo pueden hacer? *Lo simbólico.*

Antígona es, por lo tanto, la verdadera heredera de este segundo *Edipo.*

Así, creemos que, incluso partiendo de una figura mitológica femenina, se puede llegar a este concepto fundamental de la teoría psicoanalítica que es el *complejo de Edipo.*

Bibliografía

André, J. (1996): *As origens femininas da sexualidade*, Río de Janeiro, Zahar.
Assoun, P. L. (1993): *Freud y la mujer*, Buenos Aires, Nueva Visión.
Eiguer, A. (1989): *El parentesco fantasmático*, Buenos Aires, Amorrortu.
Freud, S. (1895): "Manuscrito M.", *O. C.*, t. III, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1896): *Proyecto de psicología*, *O. C.*, t. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1897): "Carta 52", *O. C.*, t. III, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*, *O. C.*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1913): *Tótem y tabú*, *O. C.*, t. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo", *O. C.*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1989..
Freud, S. (1915): *Pulsiones y destinos de pulsión*, *O. C.*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1896): *Psicología de las masas y análisis del yo*, *O. C.*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1923a): *El yo y el ello*, *O. C.*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1923b): "La organización genital infantil", *O. C.*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1924): "El sepultamiento del complejo de Edipo", *O. C.*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura*, *O. C.*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1931): *Sobre la sexualidad femenina*, *O. C.*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1933): "Conferencia 33", en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, *O. C.*, t. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Guyomard, P. (1996): *O gozo do trágico. Antígona, Lacan e o desejo do analista*, Río de Janeiro, Zahar.
Hanns, L. (1996): *Dicionário comentado do alemão de Freud*, Río de Janeiro, Imago. (Hay edición castellana: *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Buenos Aires, Lohlé-Lumen.)
Kury, M. da G. (1994): *Sófocles. A trilogia tebana*, Río de Janeiro, Zahar.
Lacan, J. (1988): "El brillo de Antígona", en *El seminario de Jacques Lacan 7: La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
Lévi-Strauss, C. (1969): *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós.
Rosolato, G. (1981): *La relación de desconocido*, Barcelona, Petrel.
Stein, C. (1977): *La muerte de Edipo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Masculino-femenino en el contexto histórico-cultural

*Carlos Kachinovsky**

"¡Decí, por Dios, qué me has dao,
que estoy tan cambiao!
¡No sé más quién soy!"
Malevaje (Enrique Santos Discépolo)

Allá por 1930, Discépolo nos muestra al malevo confundido y avergonzado. La causa es el amor o un sentimiento cercano. Ya no es más feroz, tiene miedo a matar (e ir a la sombra) o a morir. A perder el amor encontrado, pero que, a su vez, lo hace perderse: *"No fue más que verte y perder la fe, el coraje, el ansia de guapear."* ¿Cuál es la imagen que ve? *"Te vi pasar, tangueando, altanera, con un compás tan hondo y sensual."*

Hacia 1930, todo parecía más claro. Dos sexos, la atracción fulminante, que desarma incluso identidades (de género, diríamos hoy). Ser guapo (valiente, viril-virtuoso), tener ganado un lugar en la horda. El malevo del tango ha perdido "el cartel".

La imagen de la hembra desarma al macho humano, cuyo mandato epocal indicaba no tener sentimientos, o controlarlos, y nunca llorar (a lo sumo, se le puede "piantar un lagrimón"). La sensibilidad del poeta muestra conflictos del estereotipo de la masculinidad que la cultura de la época esperaba de cada hombre.

Fragilidades que lo sumergen en una crisis de identidad, cuando descubre que no puede sostener más "el cartel", el blasón. Se ablandó, cuando tenía que ser duro.

Por esas mismas fechas, S. Freud escribía sobre la sexualidad femenina y sobre la femineidad, planteando la importancia de las normas sociales para definir lo que se espera de un sexo u otro, pero sin distinguir género de sexo (Freud, 1931, 1932 y 1933).

Hoy, hace poco, se veía en Nueva York, en Times Square, un enorme cartel, quizás el más grande de esa zona de carteles como edificios, la imagen provocadora del músico de rock Marilyn Manson, que acababa de editar su disco *Máquinas animales*. Era una imagen andrógina. Al igual que las histéricas de Freud, Marilyn Manson deposita la responsabilidad de su ser en un acto de seducción. Su abuelo —cuenta en

* Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica Uruguaya.

entrevistas—, un conservador religioso, se masturbaba en el sótano de su casa con su colección de revistas pornográficas, y él lo espiaba. ¿Nueva versión de la escena primaria? ¿Versión perversa? El nombre de esta figura del rock está formado por un prototipo de mujer, Marilyn Monroe, y el de un asesino serial, Charles Manson. La imagen de su cuerpo, sin pene, pero tampoco agujeros (usa un traje color piel), ¿alude a la castración?, ¿a la no castración?, ¿o a procesos de subjetivación por fuera de la oposición fálico-castrado? ¿Estamos frente a fantasías originarias, particulares de este tiempo? ¿Un mundo posgéneros?, ¿sin diferencia?, ¿sólo diversidad?

En torno de estas dos imágenes, trataremos de desarrollar algunas ideas.

El tango de Discépolo es un segmento de cultura que contiene varios aspectos centrales en la división binaria del género en masculino-femenino. División de opuestos o diferencias que, tal como plantea P. Bourdieu (2000), corresponde a una clasificación del mundo, a la creación del "orden de las cosas", actividad clasificatoria, simbolizadora presente en toda cultura. Aunque no necesariamente conduzca a los mismos resultados.

El malevo del tango es un nuevo Adán que se ve tentado por esa Eva, que lo pierde de los valores espirituales, basados en el honor, la virilidad, el valor... y así le hace perder su identidad. Cae.

En san Agustín, por ejemplo, reencontramos estas polaridades, que se ubican en sistemas de opuestos más amplios: Adán, masculino, razón, abstracción, espíritu, afuera, seco, arriba, virilidad, honor; frente a Eva, sentimientos, cuerpo, intuición, adentro, húmedo, abajo.

El matrimonio está llamado a ordenar la desigualdad, manteniendo una relación de jerarquía tanto en el nivel del microcosmos como en el del macrocosmos. La relación entre el marido y la mujer reproduce las jerarquías celestes y terrestres, la relación entre Dios y Adán. El marido es el jefe de su mujer, como Cristo es el jefe de la Iglesia. Debe ser indulgente con ese ser frágil.

La lucha por liberarse de la carne lleva a pensar a Juan Scoto Erígena que la reproducción podría darse por la unión de los cuerpos, pero de una manera voluntaria, "sin turbación y sin ardor." Sin el fuego del placer. Va más allá que san Agustín cuando afirma "que en la hora de la resurrección el sexo sería abolido y la naturaleza unificada". El fin del mundo anulará la bisexualidad, anulará más exactamente lo femenino; se habrá terminado esta imperfección, esta mancha sobre lo límpido de la creación que es la femineidad. Adán sería el hombre en su perfección inicial y será entonces como lo que hubiera sido de no haber pecado" (Duby, 1987).

También encontramos este modo de articulación de los géneros en

la cultura china varios siglos antes de Cristo. Esta sociedad, también patriarcal, a través del confucionismo, indica que la mujer tiene como deber servir y obedecer al hombre, lo que marca una radical separación de los sexos, que llega a normatizar aspectos muy concretos de la vida diaria, como no poder colgar la ropa en la misma percha. Al mismo tiempo, es considerada incitadora, conocedora e instructora de "todos los arcanos del sexo". También en los primeros cristianos queda evidente el potencial de gozo de la mujer y, por lo tanto, de peligro, que siglos después se transforma en una naturalización en lo contrario: Helen Deutsch y el poco deseo de la "verdadera mujer".

Estas relaciones de poder entre el hombre y la mujer, tan trabajadas en las últimas décadas, se expresan en la dificultad para valorar y narcisizar el ser mujer, ya sea en lo que hace al género como a los aspectos de la sexualidad. Asunto con el cual nos encontramos hoy, en la clínica, todos los días, aun cuando los cambios en la condición de la mujer se consideran entre los más importantes que han sucedido en el siglo que pasó.

Para Occidente, la estabilización de la visión del mundo religiosa, a lo largo del segundo milenio, construyó una mujer caracterizada sin deseos ni demasiado erotismo, y cuando esto no se verificaba se postulaba la masculinización.

La imposición de esta mujer ideal debió imponerse sobre reales que debían ser anulados, pero que, a la vez, permanecían bajo la forma de transgresión. Como resto, nos queda la mujer corruptora, incitadora, bruja, diosa, hechicera, etc.

Masculino-femenino

Hoy se podrían repetir los versos discepolianos antes mencionados. El hombre ya no encuentra esa indicación de la sociedad, de una manera tan nítida, ni tan uniforme.

Quizás siga siendo cierto que, como dice Freud en la "Conferencia 33", la primera diferencia que establecemos cuando nos encontramos con otro humano es la de masculino-femenino, pero no hay duda de que la certidumbre es cada vez menor. Al final de la conferencia, Freud nos advierte que ha descrito a la mujer sólo en la medida en que "su ser está comandado por su función sexual", pero que no hay que perder de vista que "la mujer individual ha de ser además un ser humano".

Femineidad o masculinidad implican un subjetivización que inviste el cuerpo, marca su anatomía, sus funciones, así como el deseo sexual en sus diversas figuras.

A partir del "sexo de la partera", como decía un profesor de endocrinología, para referirse a uno de los sexos, el sexo genital externo, el que hace imagen al nacer (hoy y aun antes) organiza el mundo en opuestos. A partir de esa diferencia, el discurso adulto implanta en acto, gesto y discurso, la fantasía del género. Esos adultos en determinada relación con el grupo social ponen a trabajar, implantan, esa fantasía de género sobre el cuerpo del recién gestado. Esto, en intersubjetividad e interacción. A partir de la hipótesis de la pulsión, con su carácter límite entre soma y psiquis, el cuerpo, como dato material que no es posible reducir a lo anatómico, interactúa con lo implantado o, si se quiere, con el discurso parental, de un forma compleja, nunca aprehensible del todo. Si bien es cierto que muy tempranamente el niño puede responder si es un niño o una niña, mucho le falta para decir si es un hombre o una mujer. Por esto, incluso J. Butler (2001) dice que el "cuerpo" no es sujeto pasivo sobre el que se inscriben los significantes culturales, pero rescata y destaca que el cuerpo es en sí una construcción, ya que a partir de esas marcas comienza a existir psíquicamente.

Cada cultura ordena el universo, clasifica de alguna manera para poder manejarlo o tener la ilusión de que lo maneja. ¿Lo simbólico? El micromundo de la hembra y el macho convertidos en mujeres y hombres es puesto en relación con el macromundo de los mitos, de las religiones o de la ciencia. Estas concepciones determinaban hasta grados muy concretos los comportamientos sexuales asignados a cada género.

Este "orden de las cosas" son cosmovisiones que ordenan, normativizan, entre otras cosas, la sexualidad: los actos sexuales genitales de los géneros hombre y mujer. Luego se naturalizan, a través de garantes como la magia (chinos), la religión, la ciencia, los "estudios culturales", el psicoanálisis.

Si bien el fundador de nuestra disciplina nos insta claramente a no pasar por alto la influencia de las normas sociales, toda incursión en el estudio de la relación de nuestras teorías y prácticas con esas normas sociales o cultura ha corrido el riesgo de ser sancionada como externa al psicoanálisis. Exclusión que cierra discusiones y ejerce poder institucional, en nombre de una defensa de la especificidad: "Esto no es psicoanálisis." De todas formas, el proceso de subjetivización y la estructuración psíquica no pueden independizarse de un discurso social, que interviene en la catectización del hijo por parte de la pareja parental, tal como lo plantea Piera Aulagnier al referirse a lo que llama *contrato narcisista*. La huella de la relación de la pareja con el medio social que la rodea no deja de tener efectos y, en lo referente al género y a la sexualidad, cada formación histórica tiene libretos preparados en forma de ideales y mandatos constituyentes del sujeto.

"Muy poco podría decirse acerca del efecto de la palabra materna y paterna si no se tuviese en cuenta la ley a la que están sometidas y que el discurso impone" (Castoriadis y Aulagnier, 1988).

Otro problema es que el propio psicoanálisis ya es una parte importante de esa cultura, de ese discurso, y ha contribuido a la institucionalización de esas normas sociales, con lo cual también es hoy interpelado por la cultura sobre sus concepciones de lo masculino y lo femenino. Siempre fue ilusorio el lugar de científico imparcial que podía sostener aparentemente Freud a principios de siglo, al interrogar a los hombres y las mujeres de su tiempo acerca de lo masculino y lo femenino. Las nociones de orgasmo vaginal o clitoridiano, masoquismo femenino, anatomía como destino y débil superyó, entre otros, han ubicado al psicoanálisis como reproductor y productor de esos ideales y mandatos epocales acerca de "hábitos sexuados", o sea género. Pero, a la vez, por su propio método y por la concepción del inconsciente, ha sido también habilitador y protagonista del cuestionamiento de estas formas y del sujeto como un todo indiviso.

Nuevamente interpelados

"Muchas de las cosas que ustedes escuchan, me temo, tienen que ver con cambios en la sociedad", nos decía recientemente Gerardo Caetano, historiador y politólogo acostumbrado a dialogar con los psicoanalistas. Esta interpelación no es nueva, pero creo que es necesario volver a dialogar con ella para disminuir la tendencia a encerrarnos en jaulas teóricas autoperpetuantes.

La "normas sociales" que Freud planteaba que no había que pasar por alto han perdido la nitidez en la demarcación entre la ley y la transgresión, lo que ha propiciado también un estallido de la identidades de género, de sexo. Estos cambios surgen y se expanden en o desde las grandes ciudades. R. Sennet (2000 y 2001) subraya, en relación con este aspecto ecológico —el efecto de la gran ciudad—, la importancia de la distancia del otro (la "proximidad del desconocido" que toma de Levinas), para un "desarrollo de una conciencia de sí mismo más compleja y más rica". Ese otro multiplicado puede llevar "una máscara impasible y mostrarse en la calle indiferente a los demás", peroes igualmente "estimulado en privado por esos contactos exteriores". Ese otro/Otro necesario para la estructuración psíquica, para la subjetivización, se multiplica, se *diversifica*, y este autor metaforiza la ciudad moderna con un acordeón capaz de extenderse fácilmente para incorporar nuevas oleadas de inmigrantes y, ¿por qué no?, propuestas identitarias, en la medida en que también el control social se debilita y, entonces, se facilita el despliegue de nuevas identidades, que luchan

por la "visibilidad", por la existencia, por un reconocimiento.

Algunos pensadores en ciencias humanas se refieren al creciente proceso *de individualización* como otra forma de conceptualizar la caída de relatos portadores de mandatos fuertes en diversos aspectos; entre otros, lo que se espera como propio del hombre y de la mujer.

U. Beck (1990) dice que se está desarrollando una nueva forma de sociabilidad ya no deducible de modelos y recetas antiguas por el agotamiento de las reservas de sentido colectivas o grupales (fe, conciencia de clase), lo que obliga a los individuos a "montar, escenificar e improvisar sus propias biografías", biografías artesanales en contraste con las anteriores, fundadas en los mandatos correspondientes a las estratificaciones de la sociedad industrial. *Se convierte en legislador de su propia forma de vida*, nos dice esta sociología de la sociedad del bienestar, desde el primer mundo.

Lo que puede parecer un fracaso individual, mayoritariamente de la mujer, constituye, contemplado históricamente, el fracaso de un modelo de familia que sabe engarzar una biografía del mercado laboral con otra biografía del trabajo doméstico de por vida, pero no lo sabe hacer con dos biografías del mercado laboral que, según su lógica de conducta incorporada, tienen que girar alrededor de sí mismas.

Hay un desacoplamiento y una diferenciación de las formas de vida antes relegadas a la familia y al matrimonio. Multiplicidad creciente de situaciones... cada vez más personas que viven solas.

La tesis fuerte de estos sociológos es que estos conflictos entre hombres y mujeres no son únicamente lo que parecen ser: con ellos se desmorona una estructura social de lo privado. Para estos autores, los roles de género son la base de la sociedad industrializada y no sólo un vestigio tradicional de los que son renunciables fácilmente. Sin la división en roles hombre-mujer, no habrá familia nuclear ni sociedad industrializada.

El sujeto del mercado es, en última consecuencia, el individuo soltero, no entorpecido por relaciones amorosas, matrimoniales ni familiares. La sociedad del mercado llevada a las últimas consecuencias es una sociedad sin niños, a no ser que los hijos crezcan con madres y padres solteros y móviles.

¿Individualización es similar a individualismo? ¿Es lo mismo afirmación de diferencias e individualismo? Frente a esta oposición M. Viñar plantea, como "paralelos que se logran o se degradan simultáneamente", mientras que el individualismo sería una fuga de la abrumadora tarea que comporta asumir la diversidad en un nivel político, étnico, cultural."

¿Cómo escuchamos hoy nosotros, psicoanalistas, estos problemas? Es una de las interpelaciones que recibimos y que, teniendo en cuenta

la dilatación de los motivos de consulta y malestares que atiende un psicoanalista, es difícil dejar de lado. Cómo se encarna en cada uno esta cultura de la que hablamos: he ahí la especificidad del psicoanálisis, el abordaje de lo singular, de acuerdo con los complejos procesos identificatorios primarios y secundarios, los peculiares armados pulsionales y potencialidades de simbolización de esa realidad. Si el artefacto transferencial está operando, si hay instalación del juego analítico, el reconocimiento o no, por el analista, ese otro/Otro, de los ataques al proyecto identificatorio por mandatos contradictorios por parte de tal formación social histórica singular (la circunstancia de cada uno), no dejará de tener consecuencias.

Interpelación al binario de géneros. ¿Nuevas sexualidades? ¿Nuevos géneros? Necesidades de subjetivización

La escena extrafamiliar, el lugar del contrato narcisista, parece haber estallado, al menos para las grandes ciudades, y debilitado los mandatos y los ideales de la sociedad-civilización (AA. VV., 2000): "Los movimientos actuales en relación al sexo no proporcionan el dispositivo socialmente ordenado que permitiría a cada uno situarse en un sexo o en el otro, o aun en otro." ¿Qué alcance tiene esto?

Si un antrópogo de Marte quisiera llevarse una postal de lo masculino y lo femenino lo más nítida posible, podría tomar a los "superhembras" y "los supermachos" performados por dos figuras masculinas del gay: el travesti o la "loca", y el homosexual "supermacho", de bigotes, pero rapado, que "hace fierros" y desarrolla músculos que luce a través de ropa ajustada. El gay, tal como plantea el escritor R. Echavarren, toma una "función nostálgica, restauradora, sosteniendo estos íconos tradicionales, volviéndose él mismo emblema de algo que se disuelve" (1997).

Verdadera paradoja, ya que desde el mismo lugar surge una serie de estudios (*gay and lesbian studies*), con una finalidad explícitamente política: defender el lugar de las "minorías sexuales", a la vez que se realiza una operación psíquica: la narcisización o subjetivación ante la amenaza de no ser considerados, no ser. En algunos casos, el proyecto implica "ampliar la gama de configuraciones posibles de género", como indica J. Butler (2001). Sus trabajos tienen el propósito de "minar todos y cada uno de los esfuerzos por empuñar un discurso de verdad para deslegimitar las prácticas de género y sexuales minoritarias".

La autora cuestiona especialmente la "univocidad del género, la coherencia interna del género y el marco binario para sexo y género".

A mi juicio, estos interrogantes acerca de la identidad de género, que van más allá del binario masculino-femenino, contienen algunas ideas útiles para pensar toda problemática identitaria. A partir del concepto de performatividad, se destaca la función del acto en la conformación, construcción de nuevas identidades de género y de opciones sexuales, a la vez que se cuestiona la búsqueda y el establecimiento de "esencias" que tienden a naturalizarse y, al mismo tiempo, ocultan sus condiciones de producción o construcción.

La performatividad de género es tomada de Derrida, en su análisis de "Ante la ley", de Kafka. Quien se sienta frente a la puerta de la ley le atribuye cierta fuerza a esa ley que uno espera. ¿No sucede lo mismo con el género? La expectativa de que funcione como una esencia interior termina produciendo el fenómeno mismo que anticipa: eso es la performatividad. "La anticipación de género provoca el género como exterior a sí mismo. No es un acto único, sino una repetición, ritualización que logra su efecto mediante su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido hasta cierto punto como una duración temporal sostenida culturalmente" (Butler, 2001).

Estos trabajos, a la vez que interpelan al psicoanálisis como generador y reproductor de políticas de género, lo ubican como interlocutor privilegiado, lo que no sucede en todas las áreas de las ciencias humanas en la actualidad. En particular, esta autora busca en el psicoanálisis alternativas a una visión foucaultiana unilateralmente centrada en la temática del poder, sin desconocer la importancia de sus aportes.

¿Cuál es la relación entre género y sexualidad? ¿Alcanzan estas herramientas conceptuales para abordar estos problemas?

Surgen interrogantes inquietantes y, a la vez, inevitables para el psicoanálisis: ¿Las prácticas sexuales tienen poder de desestabilizar el género? ¿Hay regulación del género por la sexualidad?

La crítica de las minorías sexuales, discusión que ha llegado al seno de nuestras instituciones, ¿implica incluso postular la heterosexualidad como producto naturalizado, en realidad histórico? Volviendo a la imagen de Marilyn Manson, ¿una cultura posgéneros? En ocasiones, se tiene la impresión de que en estos estudios, tan cargados de política, pervive la ilusión de una cultura sin malestar.

De todas formas, se abren espacios de investigación muy grandes para el psicoanálisis, en la medida en que aceptemos pensar la interpelación.

Por otra parte, ¿cómo considerarlas? ¿Minorías que luchan por su reconocimiento social? Aspecto importante, ya que en el nivel de cada sujeto ¿implica ser ubicado por el otro en determinado lugar desde donde ser narcisizado o no? ¿O también indican cambios civilizatorios más profundos, que se procesan con velocidades mayores que en toda la historia humana?

Somos una vez más interpelados. ¿Ha caído la ciencia sexual —erótica, dicen— erigida por el psicoanálisis? ¿Ciencia sexual correspondiente a la familia nuclear de la sociedad industrial, de la familia de la modernidad? Edipo y castración. La incertidumbre gana entonces en nuestra prácticas: ¿cuáles son las permanencias que nos permiten trabajar?

Dentro de la problemática de género, se encuentran la paternidad y la maternidad. A lo largo de nuestra historia, han quedado acopladas a lo masculino y lo femenino, aunque el psicoanálisis ha sido el que ha desanudado este acople, refiriéndose a función paterna y función materna y, al mismo tiempo, dejando constancia de que falo no es necesariamente igual a pene.

Pero, igualmente, nuevas preguntas se abren: ¿qué características tiene la función materna cuando la ejerce un hombre? ¿Cómo variará de acuerdo con los tipos de ser hombres que la cultura actual presenta, en una tendencia a la indiferenciación que se observa? D. Gil, en su trabajo "Lugares y funciones", propone, a partir de los trabajos de un grupo feminista, pensar en "función narcisizante" para lo que se ha llamado función materna, y "función de corte" para lo que se ha llamado función paterna. Este planteo mantiene la necesidad teórica de un simbólico que ordene y que permita la subjetivización, apoyado en una operación o acto psíquico previo que lo constituya como protosujeto, deseado.

Esencias

Ese sujeto, que pretendía ser universal y representar a todos, sobre el que tanto se ha escrito en esta modernidad tardía (o como se la quiera llamar) y al que el psicoanálisis ha contribuido a hacer desaparecer, reaparece bajo la forma de nuevas subjetividades. Nuevos "sujetos" que dan lugar a nuevas políticas, llamadas de identidades, que tienden, por otro lado, a construir nuevas esencias. He aquí una paradoja.

La búsqueda de una femineidad original o genuina, por ejemplo, puede representar un "ideal nostálgico que de esa forma evita la exigencia de formular un análisis del género como una construcción cultural compleja".

De todos modos, asistimos a un enorme esfuerzo e impulso por describir, cartografiar las producciones de acuerdo con diversas identidades: arte, literatura, cine, orgasmo femenino o afroamericano o gay o ...

El riesgo es construir nuevas esencias. Que el psicoanálisis pueda detectar este riesgo y aceptar su ignorancia en áreas en las que creía poder dictar saberes establecidos, le reabre espacios que prometen ser fecundos.

Bibliografía

AA. VV. (2000): "La opacidad de lo sexual", *Litoral*, N.° 27, octubre, Edelp.
Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (1990): *El normal caos del amor*, Barcelona, Paidós.
Bourdieu, P. (2000): *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
Butler, J. (2001): *El género en disputa*, Barcelona, Paidós.
Castoriadis, C. y Aulagnier, P. (1988): *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu.
Duby, G. (1987): *El caballero, la mujer y el cura*, Madrid, Taurus.
Echavarren, R. (1997): *Arte andrógino: estilo versus moda en un siglo corto*, Montevideo, Brecha.
Freud, S. (1931): *Sobre la sexualidad femenina*, O. C., t. XXI, Buenos Aires.
Freud, S. (1933): "La femineidad", en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, O. C., t. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
Freud, S. (1933): "Conferencia 33", en *Nuevas conferencias de introducci;on al psicoanálisis*, O. C., t. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
H. S.: *La sexualidad en la China antigua*, Madrid, Taurus.
Sennet, R. (2000): *La corrosión del carácter*, Madrid, Anagrama.
Sennet, R. (2001): "La nueva sociedad urbana", *Le Monde Diplomatique* (edición en español), febrero.
Viñar, M.: "Individualismo o afirmación de diferencias", trabajo presentado en el Coloquio de Montevideo.

Parejas típicas y atípicas, familias típicas y atípicas

*María Eliana Barbosa Mello Helsinger**

He de considerar en este trabajo la crisis del lugar del padre y sus funciones atributivas.

Sabemos que en las sociedades patriarcales reinaba la jerarquía entre marido y mujer, entre el padre y sus hijos. El casamiento era un acuerdo entre dos padres: uno entregaba a su hija, el otro la recibía para su hijo. Vale decir que dos padres decidían el futuro del hijo o de la hija. El amor entre la pareja no era importante; podía acontecer tarde o temprano, aunque como algo extra. Lo que importaba era el futuro del patrimonio. La modernidad, que presenció la declinación de esa imagen social del padre, introdujo modificaciones en las motivaciones de elección de parejas. Tuvo lugar una ruptura: si antes las familias se constituían por la semejanza de identidad de las parejas —misma educación, creencia religiosa, etc.—, ahora la sexualidad revelaba un más allá de las identificaciones sociales, una transgresión de las fronteras culturales, un mestizaje étnico, una subversión en el linaje. La alteridad se convirtió en un nuevo paradigma. El amor pasó a ocupar un lugar central, así como también la inestabilidad inevitable que existe en todo amor entre un hombre y una mujer. El amor, como aprendimos con Freud, se basa en el narcisismo y, por lo tanto, está constituido por imágenes que se derrumban en´una pareja y renacen en otra. Pienso que, debido a ello, muchas veces sentimos nostalgia de la época en que la familia no se fundaba en el amor y era, por lo tanto, más sólida y más estable.

Considero que los parámetros básicos para pensar en este tema residen en la oposición entre tradición, modernidad y posmodernidad.

La familia contemporánea se constituye sobre los cimientos de discursos elaborados por una lógica de intersección, donde las parejas que traen hijos de antiguas relaciones matrimoniales promueven nuevas formas de parentesco. Como resultado de estos nuevos arreglos, la rivalidad entre hermanos, las relaciones incestuosas y el complejo de Edipo adquieren nuevos ropajes y producen efectos en la formación de la subjetividad del niño y del adolescente.

El mito edípico típico traduce el complejo de relaciones en juego en

* Miembro didacta de la Sociedad Psicoanalítica de Río de Janeiro.

la familia típica nuclear, en la que el padre tenía el papel de transmitir la interdicción del incesto. Hoy los hijos ya no le atribuyen al padre el saber y la autoridad. La sociedad cambió tanto y tan rápidamente, la tecnología y la ciencia se impusieron de tal forma (bebés gestados en vientres de alquiler, bancos de esperma, etc.), que los hijos, más permeables a lo nuevo, saben más que los padres, mandan más que los padres. El padre pierde la fuerza coercitiva y ofrece permisividad, pierde la eficacia simbólica y se funde en la homogenización.

Si la modernidad está formada por la búsqueda del amor, la posmodernidad está marcada por la búsqueda del placer inmediato. Las consecuencias de los encuentros sexuales importan menos que el goce. De esa manera, la declinación de la tradición representa una carencia de *lo típico*, y el vector se orienta cada vez más hacia *lo atípico*. Se observa también un cambio en lo que respecta a la responsabilidad.

Antaño, un saber externo al sujeto (los dioses, el destino) era el responsable de limitarlo. El avance de la ciencia condujo a la valorización del riesgo, a una sociedad en la que no tenemos amarras, en la que potencialmente podemos todo, donde la tradición ya no es más una barrera. Por un lado, están las parejas homosexuales, luchando para obtener amparo legal en la adopción de niños. Por ejemplo: en EE. UU., el presidente Bush declaró que la adopción sólo debería ser permitida a las parejas heterosexuales y, en respuesta, la presentadora de *Talk show*, Rosie O'Donnell, declaró: "*Los norteamericanos no saben qué es la paternidad gay. Yo soy una madre gay, y si el presidente Bush pasara un fin de semana conmigo y mis hijos, cambiaría de idea.*" En contrapartida, surgió en Canadá un movimiento de parejas heterosexuales, *No kidding*, constituida por parejas que no quieren tener hijos.

También aprendimos con el psicoanálisis que la homosexualidad femenina no es simétrica con la homosexualidad masculina. La homosexualidad femenina se inserta en la estructura neurótica y no en la perversión. En otras palabras, por su anatomía, la mujer no tiene cómo acceder a la desmentida de la castración, mecanismo muy común en las parejas homosexuales masculinas.

Lacan decía que toda persona a la que le gustan las mujeres es siempre heterosexual, porque una mujer siempre es "otro sexo", incluso para otra mujer. Es interesante constatar cómo el imaginario social acepta actualmente, sin grandes dificultades, la relación entre dos mujeres.

Un ejemplo reciente sucedió en Brasil, cuando una famosa cantante, madre de un niño de 6 años y casada hace 10 años con otra mujer, a causa de las peleas con su propio padre que le reclamaba quedarse con el nieto, recibió una solicitada de apoyo firmada por los padres de los compañeritos de colegio al cual concurría el niño, en donde pedía

que éste continuara con la cantante y su compañera. Todos insistieron en que ella era una excelente madre para el niño.

La familia típica tradicional, en los moldes en que la conocemos, fue abriendo espacios para nuevas formas de organización.

Sin embargo, dado que hay un inconsciente y que somos seres sometidos al lenguaje, podemos concluir en que existe en esas nuevas formas (atípicas) algo que se repite, que permanece y que no cambia.

Nuestra práctica clínica diaria nos muestra el fracaso inevitable de la familia, de cualquier familia. Fracaso en el sentido de falla, falta, desfasaje entre la demanda y la satisfacción.

Mientras exista el lenguaje, mientras haya inconsciente, el psicoanálisis sólo se puede dirigir a todas las parejas y las familias, con el objetivo de mantenerlas despiertas entre el deseo y la castración.

Leticia Glocer Fiorini

Parentalidades y géneros

Género y famil. Mabel Burin Irene Meler

Generación y género. Desarrollos y conflictos

*Elsa Rappaport de Aisemberg**

Para transmitir mis ideas acerca del título de esta convocatoria, voy a partir de los desenlaces edípicos, entendiendo el Edipo como esa encrucijada tan especial donde se resignifican las experiencias tempranas que es, a la vez, el marco que va a posibilitar organizar el futuro de ese ser humano.

Los desenlaces edípicos implican, en el mejor de los casos, la resignación de los deseos incestuosos tanto libidinales como agresivos, a la vez que un proyecto futuro donde estén aceptadas *las diferencias de género y de generación*.

Si bien *género* viene de otro campo, la riqueza que nos ha aportado su conocimiento nos permite reformular algunos modelos psicoanalíticos, especialmente relacionados con el par masculino-femenino y la construcción temprana tanto de la feminidad como de la masculinidad en el encuentro con el otro, como ya lo he descripto en trabajos anteriores.

Para ello, hoy iniciaré el desarrollo de mis ideas con la descripción freudiana del par masculino-femenino.

Partiendo de Freud, en ambos sexos, el par antitético masculino-femenino recién aparece como tal en la pubertad, y es precedido por otras oposiciones: sujeto-objeto en la fase oral, activo-pasivo en la anal y luego fálico-castrado en la fase fálica.

Esta oposición masculino-femenino, expresión de la diferencia de los sexos, ha llevado a ligar masculino con un fin activo de la pulsión y femenino con su meta pasiva.

Pero en la dimensión fálico-castrado se inicia el enfrentamiento con la diferencia de los sexos, que tendrá distintos avatares en el varón y en la niña, tanto en la configuración edípica de cada uno de ellos como en los tres desenlaces posibles que describe Freud para cada uno de los sexos: 1) la inhibición neurótica; 2) la desmentida de la diferencia de los sexos, origen de la homosexualidad, y 3) el acceso a una masculinidad o feminidad definidas.

Esta confrontación fálico-castrado, en el varón, dramatiza la amenaza de castración que contribuirá al final del Edipo, y en la niña, crea el complejo de castración, la envidia del pene, que conducirá al despliegue de su Edipo positivo en el mejor de los casos. No obstante, en 1926 Freud agrega el temor a la pérdida del amor del objeto como la causa que contribuirá al final del Edipo femenino.

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina (eaisemberg@netizen.com.ar).

Si bien Freud reconoce en 1925 que tanto el niño como la niña ya distinguen la diferencia de géneros en una etapa anterior, precastratoria, que precede a la diferencia de los sexos, para Laplanche aún no tiene valor pulsional ni es generadora de conflictos.

Pero pienso que hoy en día podemos enriquecer este modelo masculino-femenino, si hacemos trabajar las ideas freudianas de bisexualidad psíquica, originada en las influencias de Fliess en su dimensión biológica, como así también las investigaciones del creador del psicoanálisis acerca de la larga fase preedípica de la niña, luego extendida a la relación temprana con la madre, en ambos sexos; incluyendo las conceptualizaciones acerca de la organización del psiquismo temprano, enunciadas tanto con la introducción del narcisismo como con las identificaciones estructurantes descriptas en los trabajos de 1921 y 1923.

La *bisexualidad psíquica* implica la convivencia de lo masculino y lo femenino en ambos sexos. Si bien Freud remarca su origen biológico, al igual que la pulsión, pronto adquiere también una dimensión psíquica en la teoría. Al respecto pienso en dos trabajos centrales: *El yo y el ello*, donde a partir de la bisexualidad y de las identificaciones primarias se pone en juego la dialéctica edípica, en sus dimensiones positivas y negativas, heterosexuales u homosexuales; y "Análisis terminable e interminable" donde, al referirse a los obstáculos en la cura, plantea el rechazo de lo femenino como la roca de base del tratamiento analítico, como una pieza del enigma de la sexualidad.

Esta explicación freudiana del rechazo de la feminidad está basada en las conceptualizaciones acerca de la angustia de castración en el varón y la envidia del pene en la mujer. Es decir, en la revuelta del varón contra el padre o figura sustituta, en el temor a pagar con la castración sus deseos eróticos femeninos hacia el padre, en la escena edípica homosexual. En cambio, la envidia del pene en la mujer remite al deseo masculino de ella de poseer un pene como el varón.

Pero la encrucijada edípica es tanto homosexual como heterosexual, tanto masculina como femenina: es la bisexualidad psíquica, a mi entender originada más tempranamente la que se va a desplegar y resignificar en el Edipo.

Pienso con otros autores que *el rechazo de la feminidad en ambos sexos* remite a algo que viene de la mujer y que "pasiviza", lo que suscita un rechazo activo en ambos sexos. Se trata de una situación más temprana, más inaugural de la sexualidad, de la relación primaria con la ma-

dre o con el pecho, del deseo de fusión y, a la vez, el temor de quedar atrapado en el objeto o de una dependencia completa de él y, especialmente, el temor de una "pasivización" total respecto de él. Rechazo de lo femenino sería para ambos sexos, aunque con sus diferencias, rechazo del deseo de fusión con el objeto madre primitivo, tan anhelado y tan temido.

La importancia de esta relación es magníficamente descripta por Freud en el capítulo VII del "Esquema del psicoanálisis". En ese texto, el autor nos recuerda que el primer objeto erótico del niño es el pecho materno nutricio, y que el amor se origina por apuntalamiento en la experiencia de satisfacción. Este primer objeto se completa con la persona de la madre, quien también cuida y provoca en el niño otras sensaciones corporales, tanto placenteras como displacenteras. En estas dos relaciones, arraiga la significatividad única de la madre, como el primer objeto de amor y como el modelo de todos los vínculos posteriores de amor en ambos sexos.

Todo ello implica una dependencia total del objeto, una fusión con él y, sobre todo, una "pasivización" total a su respecto. De ahí se infiere que el rechazo de la feminidad en ambos sexos es el rechazo del deseo de reencontrar ese objeto único. Es el rechazo del influjo materno, del pecho, de la indiferenciación primitiva con dicho objeto.

Asimismo, el rechazo de la feminidad es también una defensa contra "la locura materna", contra los deseos de fusión de la madre respecto del hijo. De esta madre todopoderosa, fálica, se sale o se trata de salir a través de la terceridad, de la valoración del pene o de la búsqueda del padre. Así, el varón y la niña sobrevalorarán el pene para luchar contra el retorno a la invasión "pasivizante" de la madre.

Como ya señalé, las vicisitudes de esta sexualidad temprana se organizarán en la encrucijada edípica, tanto en sus dimensiones homosexuales como heterosexuales, que son diferentes para el varón y para la mujer.

Esta relación temprana con la madre, campo narcisista que deviene en identificación primaria y origen de la feminidad primaria en ambos sexos, deberá ser acotada por el padre en su función interdictora, con su presencia en la realidad y/o en la mente de la madre, y muy especialmente en el varón, para dar lugar al desarrollo de su masculinidad inscripta en la identificación primaria.

Denise Braunschweig y Michel Fain describen la censura de la amante, en la relación madre-hijo. Se trata del conflicto que se crea en la madre, cuando es solicitada de noche por el bebé, entre su deseo de ocuparse de él y un movimiento contrario que tendería a desinvestir al niño para reinvestir al padre, para tener otra intimidad corporal en el lecho conyugal.

Entre nosotros, Arnaldo y Matilde Rascovsky, desde otro modelo teórico, describieron los "Acontecimientos de la sexta semana de vida y el comienzo de la posición depresiva", cuando la madre comienza a salir de la fusión simbiótica con el bebé y empieza a darles lugar a los deseos con el padre. Todo ello introduce el tercero en escena.

Más adelante, con el pasaje a la dimensión fálico-castrado, al Edipo, la angustia de castración y la envidia del pene, se despliega la masculinidad en ambos sexos.

Recién con los desenlaces edípicos devienen las identificaciones secundarias y, entre ellas, las identificaciones de género o ideal del yo masculino o femenino, como lo denomina Lacan. Ideal que contiene un proyecto subjetivo y de género a desarrollar en la pubertad.

En cuanto a la importancia de la envidia del pene en la economía psíquica de la mujer, entiendo que como formulación concreta tiene un carácter bizarro, es típica de la homosexualidad manifiesta y de la psicosis. En cambio, en las mujeres neuróticas, la envidia del pene es más simbólica, es una envidia fálica secundaria a la frustración, es el deseo del pene paterno, del padre interdictor, que la confirma en su identidad de género, necesario para separarse de la madre si remite al Edipo positivo. Esto lo he descripto como la identificación con el pene paterno. Pero, si se trata del Edipo negativo, es el deseo de seducir o aplacar a la madre.

Aquí quisiera recordar mis propias conceptualizaciones, tanto acerca de los dos funcionamientos psíquicos, el pulsional y el narcisista, como sobre la confirmación narcisista y las identificaciones sexuales que contribuyen a la construcción de la identidad tanto subjetiva como de género.

Así, considero que el funcionamiento de la pulsión a partir de la necesidad y del encuentro con el otro llevará a la experiencia de satisfacción, fundante de la sexualidad y el placer, experiencia que se inscribirá como huella mnémica. Ésta será investida nuevamente por la pulsión parcial, pero ahora en el campo del deseo, deseo de reencontrar el objeto que produzca el placer de órgano, que es la aspiración de la pulsión sexual.

En cambio, el narcisismo es el nuevo acto psíquico que va a organizar las pulsiones parciales en una imagen unitaria de sí mismo, y devenir en identificación.

La importancia del narcisismo en la estructuración del sujeto da lugar a la aparición del objeto de identificación. Pienso que narcisismo e identificación son las dos caras de un mismo proceso. Narcisismo es la libido, el movimiento que inviste al yo y al objeto, y crea un balance que llamamos equilibrio narcisista, y el proceso de identificación es la estructura que deviene de esa investidura.

La *elección de objeto* puede ser con predominio narcisista o con predominio anaclítico. El predominio narcisista está ligado con la feminidad y con la problemática del amor y del odio; el predominio anaclítico se articula con la masculinidad, con la pulsión y con el deseo. Ambas opciones se dan en uno u otro sexo.

Basada en B. Grumberger, he formulado la idea de la *confirmación narcisista* en el *infans* como el revestimiento libidinoso de la imagen corporal que se construye, al ser aceptado, amado y deseado por la madre, en primer término, y *a posteriori* por el padre, que reconocen a dicho *infans* como un proyecto de sujeto diferenciado y con su sexo biológico. Esta investidura es la que va a contribuir a organizar el sujeto, va a constituir la representación de su imagen corporal y se va a articular con la huella mnémica de la experiencia de satisfacción.

He descripto que el eje de la sexualidad para ambos sexos pasa por la confirmación narcisista y también por las diferencias de sexo, ya que pienso que la madre, si es más o menos neurótica, heterosexual, confirma al hijo varón como objeto de amor y deseo, con el que tiene un nivel de contacto mayor que el padre durante la crianza. En cambio, la relación madre-hija es menos satisfactoria, ya que es un vínculo homosexual donde circula la rivalidad. La hija no es confirmada plenamente por la madre, tiene que llegar al padre, para que éste la haga sentir un objeto de amor y deseo. Esta espera es traumática, es la herida que estimula el narcisismo femenino. Como tuvo que esperar y como habitualmente el contacto con el padre no es tan íntimo como el del bebé con la madre, nunca es suficientemente satisfactorio.

Esta problemática narcisista remite al Edipo positivo, a la histeria tanto en la mujer como en el varón. En cambio, en las situaciones traumáticas tempranas, se producen grandes alteraciones en la estructuración del narcisismo, tanto en la niña como en el varón, debidas al déficit de sostén narcisista de la madre y al déficit de función paterna de interdicción. Esto da lugar a un frágil equilibrio narcisista, una de cuyas soluciones puede ser la homosexualidad manifiesta.

Pienso que es necesario establecer diferencias entre el deseo homosexual y la homosexualidad actuada. El deseo homosexual remite a la bisexualidad y al deseo de posesión y amor hacia el progenitor del mismo sexo, necesario para que tanto el varón con su padre como la niña con su madre se estructuren como sujetos con identidad de género. En la homosexualidad manifiesta, hay otro funcionamiento del aparato psíquico, escisión del yo mediante; hay pasaje al acto con déficit de fantasías. Es una neosexualidad, siguiendo la denominación de Joyce McDougall.

La he descripto, en cambio, como una "restitución" que cubre y compensa el déficit dejado por la desmentida de la diferencia de los sexos, para sostener el frágil equilibrio que deviene de ello. La mujer homosexual se sostiene con una identificación con el objeto perdido, es una identificación patológica (melancólica) con el padre, perdido como objeto de amor y confirmación narcisista.

El varón homosexual —ya Freud lo describió en Leonardo— se identifica con la madre y elige como objeto de amor a personas sustitutas de sí mismo cuando era niño.

Veamos la construcción de las identificaciones sexuales estructurantes, donde se expresan la bisexualidad psíquica, lo masculino y lo femenino devenidos estructuras.

En la mujer he descripto tres identificaciones sexuales:

1. *La identificación con la madre materna* es el desenlace de la larga fase preedípica; por lo tanto, está ligada con la estructuración narcisista del aparato psíquico, con el deseo de tener o criar hijos y con la actividad creativa.

2. *La identificación con la madre erótica*, con la madre rival del complejo de Edipo positivo. En la encrucijada edípica, el desenlace habitual es la identificación con la madre que se ofrece como objeto de deseo al padre.

3. *La identificación con el pene paterno.* Es la identificación con aspectos penetrantes del padre interdictor, que saca a la niña de la fusión con la madre y la introduce en el mundo del afuera, con lo cual es bastante probable que no será ni psicótica ni perversa. Otra identificación con el pene paterno es con el padre que la confirma como mujercita deseable en la encrucijada edípica. La carencia de esta confirmación narcisista es la que promueve la demanda histérica. Estas identificaciones también son necesarias para la exogamia, las sublimaciones, para entrar al mundo del padre. Para poder parir, para desprenderse de ese bebé tan revestido libidinosamente, se necesita de esta identificación con el padre.

Éste sería un desarrollo ideal al que aspiramos; como la realidad es más limitada, lo habitual es que las mujeres podamos ser incluidas en alguna de las siguientes categorías, según el predominio identificatorio:

a) mujeres con predominio maternal,
b) mujeres con predominio erótico,
c) mujeres con predominio masculino.

En el varón, pienso que también podemos encontrar tres tipos de identificaciones sexuales estructurantes:

1. *La identificación con el padre de la prehistoria personal.* Como es identificado por el padre como varón, padre que también lo saca de la fusión narcisista con la madre. Esta identificación es la base de su identidad de género.

2. *La identificación con el padre erótico* de la encrucijada edípica, el padre que toma como objeto de deseo a la madre.

3. *La identificación parcial con aspectos tiernos y creativos de la madre.* Desenlace de la relación temprana madre-hijo, donde el varón es confirmado como objeto deseable por ella. Identificación necesaria para una buena estructuración narcisista, para la capacidad de amar y de creatividad. Para confiar entrar en el cuerpo de una mujer y para tener placer en la crianza de los hijos.

Según el predominio identificatorio, pienso que los hombres pueden ser incluidos en algunas de las siguientes categorías:

a) hombres con predominio masculino o recios,
b) hombres con predominio erótico o seductores,
c) hombres con predominio maternal o tiernos.

He tratado de transmitir mis ideas, construidas a partir de la clínica, intentando dar cuenta de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo.

Específicamente, he apuntado a los desarrollos y los conflictos en la construcción del género y en las diferencias generacionales, entendiendo las vicisitudes del género como las del par masculino-femenino; siendo éste, en la teoría psicoanalítica, el origen de la diferencia de los sexos, un eje organizador del psiquismo, inscripto como identificaciones de género, ideal del yo femenino o masculino, desenlace de la encrucijada edípica, a su vez, marco donde se resignifica la bisexualidad temprana.

Bibliografía

Aisemberg, E. R. (1980): "Notas sobre un caso de homosexualidad femenina", trabajo presentado en el XX Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Aisemberg, E. R. (1984): "Trabajando con un caso de homosexualidad femenina", *Rev.Psicoanálisis*, XLI, 2/3.

Aisemberg, E. R. (1986): "Mesa redonda sobre histeria", *Rev. Psicoanálisis*, XLIII, 5.

Aisemberg, E. R. (1988): "Sobre sexualidad femenina", *Rev. Psicoanálisis*, XLV, 6.

Aisemberg, E. R. (1998): "Narcisismo y/o transferencia en un caso de homosexualidad femenina", trabajo presentado en el Primer Encuentro APA-SPI, Roma.

Aisemberg, E. R. (1999a): "Sexualidad e identidad de género", *Rev. Psicoanálisis*, LV, 3.

Aisemberg, E. R. (1999b): "Sexualidad y género", en *Volviendo a pensar con Willy y Madeleine Baranger*, Buenos Aires, Lumen.

Alizade, A. M. (2000): *Escenarios femeninos*, Buenos Aires, Lumen.

Baranger, M. (1992): "La mente del analista: de la escucha a la interpretación", *Rev. Psicoanálisis*, XLIX, 2.

Baranger, M. (2002): comunicación personal.

Braunschweig, D. y Fain, M. (1971): *Eros et Anteros*, París, Payot.

Chasseguet-Smirgel, J. et al. (1964): *La sexualité féminine*, París, Payot.

Chasseguet-Smirgel, J. (1983): "La feminidad del psicoanalista en el ejercicio de su trabajo", *Rev. Psicoanálisis*, XL, 2.

Cosnier, J. (1987): *Destins de la féminité*, París, Presses Universitaires de France.

Freud, S. (1905a): *Tres ensayos de teoría sexual*, *AE*, VII.

Freud, S. (1905b): "Fragmento de análisis de un caso de histeria", *AE*, VII.

Freud, S. (1908): "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", *AE*, IX.

Freud, S. (1909): "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", *AE*, X.

Freud, S. (1910): "Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci", *AE*, XI.

Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo", *AE*, XIV.

Freud, S. (1915): "Pulsiones y destinos de pulsión", *AE*, XIV.

Freud, S. (1917a): "Duelo y melancolía", *AE*, XIV.

Freud, S. (1917b): "Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal", *AE*, XVII.

Freud, S. (1920): "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", *AE*, XVIII.

Freud, S. (1921): "Psicología de las masas y análisis del yo", *AE*, XVIII.

Freud, S. (1923a): *El yo y el ello*, *AE*, XIX.

Freud, S. (1923b): "La organización genital infantil", *AE*, XIX.

Freud, S. (1924): "El sepultamiento del Complejo de Edipo", *AE*, XIX.

Freud, S. (1925): "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos", *AE*, XIX.

Freud, S. (1926): "Inhibición, síntoma y angustia", *AE*, XX.

Freud, S. (1927): "Fetichismo", *AE*, XXI.

Freud, S. (1931): "Sobre la sexualidad femenina", *AE*, XXI.

Freud, S. (1933): "Conferencia 33.ª: La feminidad", en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, *AE*, XXII.

Freud, S. (1937): "Análisis terminable e interminable", *AE*, XXIII.

Freud, S. (1938): "Esquema del psicoanálisis", *AE*, XXXIII.

Green, A. (1990): *El complejo de castración*, Barcelona, Paidós, 1996.

Green, A. (1995): *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.

Green, A. (1997): *Las cadenas de Eros*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

Green, A. (1999): "Passivité-passivation: jouissance et détresse", *Rev. Française de Psychanalyse*, LXIII, 5.

Grunberger, B. (1975): *El narcisismo*, Buenos Aires, Trieb, 1979.

Laplanche, J. (1969-70): *La sexualidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980.

Laplanche, J. (1980): *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.

Laplanche, J. (1987): *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
McDougall, J. (1985): *Theaters of the Mind*, Nueva York, Basic Books.
McDougall, J. (1995): *The Many Faces of Eros*, Nueva York, Norton.
Person, E. y Ovesey, L. (1983): "Psychoanalytic theories of gender identity", *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 11: 203-226.
Rascovsky, A. y M. (1967): "Acontecimientos de la sexta semana de vida y el comienzo de la posición depresiva", *Rev. Psicoanálisis*, XXIV, 1.
Stoller, R. (1968): *Sex and Gender*, Londres, Karnak, 1984.
Stoller, R (1976): "Primary femininity", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 27: 837-866.
Tyson, P. (1982): "A developmental line of gender identity, gender role and choice of love object", *Journal of American Psychological Association*, 30: 61-86.
Winnicott, D. (1971): *Realidad y juego*, Buenos Aires, Granica, 1972.

Otra historia de mujer: La mariposa que no conocía su color

(conjeturas acerca de la constitución de la sexualidad e identidad femenina en una organización y personalidad *borderline*)

*Ambrozina Amália Coragem Saad**

"Las cosas salvajes están dentro de cada uno de nosotros. Ellas son las cosas 'informes', sin nombre, las cosas no domadas, no procesadas, apasionadas, caóticas, que se agitan en lo profundo, debajo de la superficie civilizada y que irrumpen en los momentos de mayor permeabilidad a través de fragmentos de fantasías oníricas, ira o llanto inexplicables y estados de ánimo sobre los cuales no tenemos control."
Joan Raphael-Leff, *El lugar de las cosas salvajes.*

1. Introducción

"Se muere muchas veces mientras se vive."
Nietzsche, *Ecce homo*

En este texto, pretendo presentar, resumidamente, una historia clínica de mi diván: la historia de una mujer que, en la tentativa de hacer frente a sus angustias, estableció una organización de personalidad *borderline*.

En la trayectoria de la vida y en los caminos recorridos en la constitución de su sexualidad, femineidad e identidad sexual, se destacan las influencias decisivas del trauma sexual (la así llamada *perversión desautorizada*), de la falta de un "cuerpo a cuerpo" con la madre preedípica, y de la ausencia del padre edípico —tan deseado como buscado—, como así también de la interferencia de insuficientes identificaciones en la constitución de su proceso de subjetivación.

* Miembro asociado de la Sociedad de Psicoanálisis de Brasilia.

En primer lugar, mostraré partes de la historia de vida de la analizanda que resolví denominar "la mariposa que no conocía su color"; a continuación, hilvanaré algunas conjeturas teóricas concernientes a los aspectos clínicos que deseo destacar y, finalmente, cerraré el estudio con algunas consideraciones inconclusas que denominaré *conclusiones*.

2. La historia: La mariposa que no conocía su color

"Uno sólo sabe bien
lo que no entiende."
Guimarães Rosa

Ella, la mariposa, llega al análisis después de algunas experiencias de psicoterapia: "Duraron poco, la primera fue con un hombre por quien comencé a sentirme atraída y no quise ir más con él." Las mariposas acostumbran ser asustadizas.

"La segunda fue un análisis con una mujer, que también duró apenas dos o tres meses. En verdad, estoy aquí, pero preferiría estar con un hombre, *un* analista y no *una* analista. Tengo más facilidad para relacionarme con los hombres."

Casada y madre de dos hijos, el marido le insiste para que ella se analice. "Cree que yo lo preciso. Él hace un tiempo que se analiza y le gusta. ¿Sabe? Mi casamiento fue un ascenso para mí. No me siento al mismo nivel para responderle." "¿Promoción?", le pregunto. "Sí, yo era acompañante, salía de programa, y fue así como conocí a mi marido. Noviamos y él se casó conmigo."

Hija de una empleada doméstica y de su patrón, la mariposa fue también empleada doméstica como la madre. Ella, que era una persona simple y humilde, es despreciada por la mariposa sin color. "Mi madre era muy fea, de cabello crespo y piel oscura, y nosotras nunca nos llevamos bien."

El padre las abandonó a ambas, madre e hija, cuando ella era aún muy pequeña. ¡Ah! El padre se fue... dejando tras él un misterio. Y, desde entonces, la mariposa carga en su cotidiano turbulento ese dolor en el corazón y en la carne.

Cuando ella era pequeña, cuando tenía seis o siete años —no lo sabe muy bien—, la madre salía a trabajar por las noches y la dejaba al cuidado de un amigo de confianza. Ella tenía terror de quedarse con él, pues "era obligada a hacer sexo oral con aquel hombre asqueroso". La amenazaba para que no se lo contase a nadie. Y ella nunca lo habló ni con la madre ni con nadie, siempre con mucho miedo de aquel hombre extraño, que podía matarla. Así era como la amenazaba. Es la primera vez que cuenta esa historia a alguien. Nunca antes tuvo el coraje de hacerlo.

La mariposa sin color abriga, dentro de sí misma, la conciencia trágica y desgarrada —pero heroica— del trauma reiterado.

Frecuentemente, se siente indignada con el marido. Ambos tienen la misma profesión —en el mundo de los negocios— pero, cuando llegan a casa, a la noche, "él se acomoda y soy yo la que tengo que servirle una bebida, preparar la comida, traerle las chinelas... ¡ufa! ¿Qué es eso?... Y mire que él protesta y protesta... ¡sobre todo! Dice que hago todo mal, que soy una burra... Y yo me quedo así, sirviéndole... pero nada está bien para él".

Le digo a la paciente, al pasar, que ella fue "ascendida": que vive, entonces, una relación de patrón y empleada doméstica, pensando que no puede perder aquel empleo... ¡Un susto! La mariposa, con asombro en sus ojos, me pregunta: "¿Qué dice? ¿Está diciendo que él es el patrón y yo la empleada doméstica?"

La mariposa duerme poco, siempre se siente muy cansada y le gusta beber, pero nada de néctar de flores: bebe cerveza. Todas las tardes. O las noches. Los fines de semana y los feriados también, pues "¡todos tenemos nuestra debilidad!".

"Mi marido me pelea, dice que soy una borracha. Mi madre también. Él la llama y ella me llama para recriminarme. Me gusta, ¿sabe? Me gusta mucho la cerveza, principalmente, más que las otras bebidas. Pero no me considero alcohólica, no, ¡eso no! ¿Lo seré...? ¡Hago tantas cosas mal!"

La mariposa se queda tan afligida... ¡Tiene que encontrar una compensación!

En esa época, está teniendo una aventura con uno de los trabajadores de la empresa que dirige, un subordinado suyo. Patrona y empleado. ¡Una relación tan delicada! (¿O el mundo está compuesto solamente de patrones y empleados?)

"Él es humilde, simple, es fácil llevarse bien con él. Es muy atento también, ¡tan diferente de mi marido! ¡Pero es feo el desgraciado! Flaquito y desgarbado. ¡Y me hace tanta falta!"

La mariposa no consigue estar sin "aventuras". Dice: "Al final, yo era acompañante, ¿no es así?" Pero ¿entonces...? Tiene que seguir buscando el objeto adecuado a su deseo. Sólo que.... ¿existirá? "No consigo encontrar el tipo correcto, ¡ay!", se lamenta.

La mariposa se queja frecuentemente de su dificultad de tratar a las empleadas que contrata para su casa. No se siente bien de tener que dar órdenes, decirles que las cosas no están bien hechas, explicarles cómo quiere que su casa sea administrada, etc. "¡Cada una hace lo que quiere, como quiere, cuando quiere!" Y ella se lo tiene que aguantar.

"¡Ah! —le digo—, su madre era empleada doméstica." "¡Claro! ¿Sabe que no había pensado en eso? ¿Será que no sé mandar para no mandar a mi madre? Es como si fuera a ofenderla, insultarla..."

La mariposa y sus quejas... su "no saber"... su confusión... "¡Soy tan torpe! ¡No sé nada de mí!", exclama.

Y yo, su analista, la oigo como si me dijera: "¿Qué parte mía, que desconozco, es la que me guía? Además de mi alma, ¿qué otra alma hay en la mía? ¿Hay un destino que está escondido dentro de mí, en mis actos?"

Recuerdo y sueños. Un recuerdo

La paciente relató una historia: "El otro día, ayudando a mi hija con los deberes de la escuela, leímos un cuento divertido; ¡hoy los cuentos son tan diferentes! Era de una mariposita que siempre cambiaba de color. Era azul, rosa, verde, del color que los otros animalitos querían que ella fuera. Entonces, cuando se fue a dormir, pensó: No, yo no puedo hacer eso, tengo que tener el color que me guste! Al día siguiente, era rosa, el color que a ella le gustaba. Entonces, un animalito llegó y le dijo: '¡Quiero que cambies de color!' Y ella respondió: '¡No, no puedo! Tengo que estar del modo que me gusta; si no, ¿cómo les voy a gustar a los otros?' Ése es el cuento. Pienso que tenía mucho que ver conmigo, que siempre estoy queriendo agradarle a mi marido, a mis hijos, a mis amantes, a mi empleada, sin saber cómo comportarme. No sé cuál es mi color..."

Un sueño

Había mandado hacer un nuevo armario para su casa y lo estaba arreglando. ¡Tenía tantas cosas para arreglar! Ella ya había colocado algunas cosas en su lugar, otras no. Separó algunas ropas que precisaban ser cosidas, pero había muchas otras que también debían ser arregladas.

"Es difícil, porque yo no tengo paciencia, quiero terminar enseguida", explicó.

Conversamos, entonces, sobre su "armario interno", arreglado por la mitad. Un arreglo que ella tiene prisa en acabar. Me previene que puede llegar a desistir, para que yo esté avisada de antemano.

La mariposa ríe, divertida.

Un sueño de recuerdos

La paciente relata un sueño: "Estaba viajando, fui a la casa de mi madre, a su departamento. Era un lugar parecido a un departamento donde ella vivió y en el que me quedé cuando me separé de mi marido y él viajó; yo huí, hice las valijas, agarré a mis dos hijos y fui para la casa de mi madre. Estuve diez días encerrada ahí, diez días de lluvia. Un lugar gris, el piso de la parte del servicio estaba roñoso, había una escalera extraña que bajaba para el subsuelo, había ahí gente amontonada... ¡horrible! Como todo el departamento era muy oscuro, resolví derribar una pared. Abrí más espacio, pero lo que vi... no me gustó. Estaba todo muy sucio, feo, había un río que pasaba cerca, lleno de hojas secas, una cosa extraña; no me gustó."

Le digo que aquí, conmigo, en su análisis, ella está abriendo espacios, derribando paredes y consiguiendo ver lo que está oculto por detrás; sin embargo, no le gusta mucho de lo que ve. La mariposa llora bajito, hace un ruido como si agitase sus alas sin color. Un llanto conmovedor.

Un día, el marido llega a su casa y le dice que quiere hablarle. Es un momento muy difícil, pues le cuenta que ha hecho un examen para verificar si tenía sida. Y le sugiere a ella que también lo haga.

Recuerda, en ese momento, el comentario (¡qué maldad!) de un empleado de la empresa, que ella escuchó sin querer, "de pasada", casi susurrado: que el marido había pasado un buen tiempo encerrado en el baño con una empleada doméstica. "¡Qué sinverguenza!", pensó.

Pero... ¿y ella? ¿También no andaba mariposeando por ahí, en ese calorcito agradable, en el verde y florido mundo-jardín en que vivía? Es lo que le viene a la cabeza.

Pero considera prudente seguir el consejo del marido y hacer también el examen. De sida, sí. Mejor que quedarse con las dudas. Y así lo hace. Va a hacérselo. "¡Pucha! ¡Quien tiene suerte...! Esta vez escapó... El marido también. Es preciso tener, de aquí en adelante, más cuidado. Mucho cuidado, porque no resuelve tener solamente un poco." Jura que así lo hará.

Una mariposa puede posar en muchas flores. Cada una de un color. Principalmente, una mariposa desposeída de cualquier color... Hasta puede conseguir su *colorcito* así, de prestado... Las flores son tan seductoras y atrayentes.

Un día llega despavorida a la sesión: "¡Oh! ¡Dios mío! ¡Mis hijos...! ¿Sabe que prendieron fuego a mi casa? La empleada me llamó a la empresa, afligida [y es una afligida empleada-mariposa que entra a mi consultorio, hablando, hablando]. Estaban jugando, mis dos hijos, encendiendo fósforos, encerrados en el cuarto de depósito. Había un col-

chón allí que terminó quemándose y hubo un principio de incendio. Me puse como loca, salí corriendo, llegué a casa y vi los destrozos. Suerte que nadie se quemó y que la empleada consiguió controlar el fuego."

¡Qué fuego...! ¡Esa empleada...!

La mariposa que no conocía su color prueba los efectos de su violencia y destrucción. Sexo de cualquier modo, con uno y otro, mil parejas, sida rondando, incendio dentro de la casa. Sexo y amenaza de muerte. Riesgo de destrucción. Vida y muerte. Muerte y vida. Sin color. Pero prendiendo fuego.

3. Conjeturas teóricas

> "El recuerdo es una forma de encuentro.
> El olvido es una forma de liberación."
> Radouan Nassar

Es preciso destacar que, en la constitución de la sexualidad —femenina o masculina—, la relación preedípica con la madre, el "cuerpo a cuerpo" del bebé con la madre se impone como una experiencia de vital importancia.

Del mismo modo, las relaciones con la madre y el padre edípicos también presentan gran relevancia en este etapa, pues son factores determinantes del proceso de subjetivación.

La falta o el exceso de contacto en esas relaciones determinan fragilidades y desgarros en la trama psíquica, nudos y endurecimientos en su entretejido, direcciones, puntos de fijación y regresión, que caracterizan organizaciones especiales de funcionamiento mental, tanto para el hombre como para la mujer.

En el material presentado como ilustración clínica, quiero frisar y comentar los avatares y las vicisitudes del mencionado proceso de constitución del sujeto, así como algunos aspectos particulares que lo influenciaron. Ellos son:

- la cuestión de las relaciones preedípicas;
- la elaboración del complejo del Edipo;
- la llamada perversión desautorizada o el trauma sexual, y
- la organización de la personalidad borderline.

Entonces, veamos.

Freud, en su texto "La femineidad" (1933), enfatizó la importancia de la relación madre-bebé en la primera fase del desarrollo infantil, destacando la "seducción de los cuidados maternos" como el factor

determinante de la inoculación de la sexualidad en el niño, lo que se denomina *perversión autorizada*.

Posteriormente, Laplanche (1988), retomando ideas freudianas al formular su teoría de la seducción generalizada, llamó *significante enigmático* al equivalente del *cuerpo extraño* descrito por Freud.*

Destácase aquí el papel del trauma sexual como *perversión desautorizada*, que crea e instala, en el psiquismo no preparado, el *cuerpo extraño/significante enigmático* como foco irritante, deflagrante de la repetición.

El *mensaje enigmático* vehicula *significantes enigmáticos* que, según nos dice Laplanche (1988), se encuentran imposibilitados de entrar en la cadena de significación simbólica del sujeto. De esa forma, como *cuerpo extraño*, comienza a solicitar desde adentro, e impulsa sin cesar la repetición.

Así, la mariposa-acompañante permanece en la confusión, en el círculo vicioso de su búsqueda incesante de parejas, para experimentar con ellos relaciones amorosas, en una frustrada tentativa de solucionar la situación traumática que vive.**

De ese modo, entonces, en la dinámica de su funcionamiento mental, ese *cuerpo extraño-significante enigmático*, articulado con la pulsión de la muerte, va ganando expresión con la energía en libre circulación, por medio de la no-representación, de la imposibilidad de simbolización —ausencia de recalcamiento—, actuación, y de la repetición, en un genuino movimiento autodestructivo. Se trata de restos imposibles de circunscribir, pues fueron inoculados por el mensaje intrusivo y permanecen como extranjeros, a la vez que imprimen una marca en la sexualidad de la mariposa-acompañante que no conoce su color.

Primero, la acompañante. Después, la mujer casada y su séquito de amantes. Dentro de ella, se localiza una instancia impersonal de su propio ser, que ella misma desconoce. Al final, ¿cuál es su color? ¿Quién es ella? ¿Dónde está... su ser?

La mariposa que no conocía su color sufrió la falta o la insuficiencia de las relaciones preedípicas con su madre, de la misma forma que sintió la absoluta falta de padre, desde siempre. Así, para ella la elaboración edípica siempre se presentó defectuosa, imposible de realizarse totalmente.

El padre, por haberla abandonado, y también la madre, dejaron vacío un lugar de ocupación destituido de "ley y orden", lo que le impidió a ella rivalizar y competir con la madre y dirigirse al padre. Debe entonces ir en su búsqueda, indefinidamente. Al mismo tiempo, la fal-

* Remito al lector a los trabajos de mi autoría.
** Más adelante veremos, también, otra interpretación de ese hecho que se le acopla.

ta del padre obstaculiza seriamente el control y la fijación de los límites para contener su tempestad pulsional.

Herida narcisista. Esta mujer, en su carencia, experimenta una inquietud desintegradora, que es su modo de estar y permanecer en el mundo.

Volviendo a la madre, esa primitiva falla en las funciones maternas que dificultó la estructuración psíquica, promovió también el incremento de la angustia del aniquilamiento y la confrontación con el desamparo, obligándola al uso de las defensas primitivas (como la cesión y la identificación proyectiva, por ejemplo).

De ahí resultan el odio destructivo y/o la decepción, con la introyección de la presencia de la ausencia de la madre o del vacío, provocador de la baja autoestima, la sensación de fracaso y de futilidad, la sensibilidad excesiva a las críticas y una falla severa en la constitución de la identidad.

Según Zimerman (1998), los pacientes con esas características frecuentemente hacen uso de bebidas alcohólicas, presentan *actings* diversos y son promiscuos. Es lo que se observa en la mariposa. *Borderline*. Ésa es la organización que le fue posible construir para poder sobrevivir.

De acuerdo con Armony (1998), "el *borderline* carga como memoria de su infancia un hambre de identificaciones; hambre semejante a la del niño que necesita identificarse con adultos significativos para fabricar su identidad" (p. 57). Por lo tanto, según nos propone el autor, el *borderline* puede ser pensado en conexión con las identificaciones insuficientemente establecidas, productoras de una inquietud avasalladora y un estado permanente de búsqueda para completar el hueco psíquico.

El registro preedípico o narcisista es el espacio por excelencia para guardar esas marcas. Tales identificaciones insatisfechas con la figura materna, y también con la paterna, abren heridas y disponen al *borderline* a contactos directos, sin mediación y sin medida, con el otro y con el mundo. Existe una permeabilidad absoluta entre el mundo interno y el mundo externo.

"El *bordeline*, carente de identificaciones, adopta como una de sus posibilidades existenciales la búsqueda de objetos de identificación, en la esperanza de adquirir una identidad sólida" (Armony, 1998, p. 61).

Por eso, la mariposa que no conocía su color, ávida de adquirir un colorido propio, vive en la búsqueda de parejas amorosas, en una tentativa sin fin... de encontrarse, descubrirse, constituirse, aproximándose al otro, recostándose en el otro, recibiendo del otro algo que le inyecte vida. O, mejor dicho, que la haga existir.

¡Ser! Ésa es la cuestión...

4. Conclusión

"Yo estaba ausente de mí."
Carlos Drummond de Andrade, *Restos*.

A modo de conclusión, presentaré a continuación algunas consideraciones, no concluyentes, respecto de la más que singular historia de una mujer, que nos muestra las vicisitudes y los avatares de lo femenino. Vicisitudes y avatares de la constitución del proceso de subjetivación, como sendero posible para la travesía de la vida.

Como puede observarse, la mariposa sin color intenta encontrar por los senderos de su historia y escondrijos de la vida... a su madre.

O sea, es preciso recordar que la pasión primera y primaria de todo ser humano es la madre. Niños y niñas precisan haber estado locamente enamorados y apegados a la madre, así como tenerla enamorada y apegada a ellos, viviendo intensamente ésa, su primera y más importante relación amorosa. Y sólo entonces, a partir de ese momento, podrán desenredarse para volverse independientes y convertirse en singulares.

Sin duda, esa fase primordial pregenital y fundante para el sujeto, y su importancia jamás serán suficientemente declaradas.

Por eso, la mariposa-acompañante anda en su remolino, desorientada, intentando encontrar la figura materna, la madre que desearía haber tenido, buscando experimentar el éxtasis de una fusión que no existió, a través de la vivencia de ilusorias historias de amor, en donde lo que busca es ser cuidada por una figura materna sustituta, como le gustaría haber sido cuidada y amada por esa madre.

Al mismo tiempo, sobrepuesta a esa circunstancia, ella también busca al padre. Ese que le faltó completamente, desde siempre. Padre buscado y deseado. Padre amado y odiado. Padre.

¿Dónde... está el falo?

¿Dónde... está la Ley?

Además, como ya vimos, hay otro punto para destacar: el que se refiere al trauma y a la seducción.

Joyce McDougall (1997) inaugura magníficamente su libro *Las múltiples caras de Eros* con una espléndida frase: "La sexualidad humana es inherentemente traumática."

Bien, las pulsiones son traumáticas. Están siempre golpeando (pulsando) y solicitando, desde adentro. "Agua blanda en piedra dura..."

Al referirse a las perversiones, Freud (1905) indicó que hay una disposición a ellas, que es original y universal del instinto sexual humano (pulsiones parciales). El comportamiento sexual se desarrolla apoyado sobre esa base.

Amparada, entonces, en esas pulsiones parciales, la mariposa hace sus actuaciones, perversas polimórficamente. Acompañante. Mujer-amante. Desamada-amante.

Tampoco debemos olvidar la subversión del cuerpo del niño, primero objeto de seducción/perversión autorizada y, en el caso de la mariposa, posteriormente, de la perversión desautorizada, el trauma infringido por el "hombre del sexo oral".

Así, las marcas del enquistamiento de ese cuerpo extraño, extranjero dentro de ella, se evidenciaron en su expresión pulsional. En su sexualidad. En su desenfrenado deseo. Foco irritante interno que causa dificultades en el mundo externo.

Fijación, regresión, detención en el desarrollo y deformación en el proceso de crecimiento constituyen una suerte de mojones protectores y necesarios que instala la mariposa en búsqueda de su color para defenderse de devastadoras angustias. Vivencia de lo innombrable.

Ella, mujer...

Mujer-síntoma.

Mujer-síntoma de sí.

Sin-toma. ¡Sin-thoma! ¡Pues es preciso sin-thomar!

La constitución de sí misma, el proceso de tornarse sujeto, es una cuestión delicada y compleja, que se realiza a lo largo de todo el desarrollo del ser humano, dentro de la familia y en la inserción cultural, y puede rehacerse en el contexto de una travesía analítica.

Insertos en esa circunstancia, nuestra función como analistas es acompañar a nuestros analizandos en los trastornos de sus trayectorias de vida, enredados en los momentos particulares de nuestras propias vidas, en sus avatares... pero con todo cuidado, dedicación y seriedad, en el ejercicio de nuestro imposible oficio. Como caminantes, haciendo camino al andar...

Bibliografía

Armony, Nahman (1998): *Borderline: uma outra normalidade*, Río de Janeiro, Revinter.

Freud, S. (1905): *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*, Buenos Aires, Amorrortu, v. VII, 1978.

Freud, S. (1933): "Conferencia 33: La femineidad", en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras* (1932-1936), Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

Laplanche, J. (1988): *Teoria da sedução generalizada e outros ensaios*, Porto Alegre, Artes Médicas.

McDougall, Joyce (1998): *Las mil y una caras de Eros. La sexualidad humana en busca de soluciones*, Buenos Aires, Paidós.

Saad, A. A. C. (1996): "Laplanche pensando Freud - A teoria da sedução restrita e a teoria da sedução generalizada", *Alter*, GEPB, Brasilia, 14 (1): 91-103, noviembre.

Saad, A. A. C. (1998): "Sexualidade e Psicanálise: O estrangeiro em nós", *Jornal de Psicanálise*, San Pablo, 31 (57): 207-21, septiembre.

Zimerman, David (1998): "Patologias graves: aspectos técnicos", *Revista Brasileira de Psicanálise*, 32 (4): 747-61.

La diferencia de género en el trabajo y en la escucha analítica

*Julia Lauzon**

Hoy me interesa relacionar género y escucha de la analista con el abuso y la violencia, por la elección de la analista mujer, en pacientes con referencia importante en sus relatos o motivos de consulta sobre el poder como dominio, en el acoso moral y/o sexual.

Hoy, supone el reconocimiento del paso del tiempo, la época actual, lo que se dio en llamar posmodernismo y el despliegue del mundo de la imagen. Puede parecer que se está asistiendo al derrumbe del mundo de la palabra y de lo simbólico.

En 1995, Estela Welldon, de la Portman Clinic de Londres, en un esfuerzo de la Asociación Psicoanalítica Chilena con la participación del Servicio Nacional del Menor, el Servicio Nacional de la Mujer y las dependencias de Carabineros de Chile dedicada a la familia, nos alertó sobre técnicas psicoterapéuticas forenses dirigidas a víctimas y victimarios en casos de incesto y perversiones femeninas, desde una perspectiva psicoanalítica.

Teresa Lartigue de Vives, en FEPAL 1999, nos esclareció el panorama sobre las dimensiones de la violencia de género conceptualizada desde la teoría psicoanalítica, como trauma acumulativo o sumativo, como un evento abrumador en sí.

Mirella De Kartzow, analista de niños APCH, desplegó la información cedida por el Centro de Asistencia a Víctimas de Atentados Sexuales (2000) sobre: tipo de delito, sexo de las víctimas, edad, relación entre víctima-victimario, sexo y prevalencia femenina, para apoyar, con la fría realidad de las estadísticas, la oculta y dolorosa realidad de las pequeñas víctimas en la presentación de su difícil tarea.

No en vano, en el I Diálogo Intergeneracional, Alejandra V. de Marucco y Susana Traba, ambas de la APA, entre otros, señalaban que cada vez son más las mujeres en la formación psicoanalítica y más las que colaboran en el establecimiento de relaciones equitativas de género, así como en la prevención de la violencia contra la mujeres.

Sabemos que el género es un concepto polémico y en construcción. Se intenta cambiar lo establecido respecto de la construcción social

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Chilena.

y cultural de los roles sexuales, definidos como expectativas adscriptas.

Se van transmitiendo pautas que son internalizadas profundamente en el proceso de socialización; considerando la transgeneracionalidad, forman parte de la personalidad.

Desde el punto de vista del poder y la jerarquía, a las mujeres se les ha asignado una posición discriminada, subordinada y desigual. El género masculino estaría en una posición superior. No corresponde a cómo una persona "se siente", sino a cómo se comparte el lugar social de la mujer.

Uno de los elementos desvalorizados en nuestro medio es lo *emocional*, en contraste con lo *racional* de asignación masculina.

Una socialización basada en patrones rígidos, según nos informan algunos estudios chilenos, cercena la actualización de ciertas potencialidades. (Hamel, 1994).

En las mujeres, aquellas características que permiten ser más activas, decididas, afirmativas y/o emprendedoras en lo social y público hacen que los hombres, a su vez, puedan conectarse mejor con sus sentimientos y valorar la cercanía y la expresión de afectos y emociones.

La determinación de género con los significantes sociales hace el lugar sexual.

Siendo un organizador psíquico en los primeros años, permanece como un modificador crucial que modela el procesamiento de la percepción, durante toda la vida.

Cuando el niño o la niña se dan cuenta de la diferencia de sexo, resignifican la representación que tengan de sí mismos, tanto en lo corporal como en lo social. La identidad de género que adquieran será clave para determinar el lugar *desde donde* percibirán al otro y al mundo.

La configuración perceptiva que se desarrolle a partir de esta identidad de género tendrá sus efectos sobre el esquema corporal, sobre las estructuras simbólicas, incluidas las lingüísticas, y sobre la realidad psíquica de la vida cotidiana (Lester, 1989).

Investigaciones sobre la mujer analista nos han esclarecido sobre su "aptitud materna" por las identificaciones maternas y el "poder normativo paterno" por las identificaciones paternas en relativo equilibrio, que otorgarán límites duraderos entre el sí mismo y el objeto materno, y una relativa integridad de la individuación, la neutralización de la envidia y la capacidad de aceptar al hijo(a) analítico como un objeto autónomo. Estas identificaciones están presentes también en el analista varón.

Chasseguett-Smirgel agrega que, gracias a la fusión con el feto, la mujer puede recuperar el acceso al cuerpo de la madre de manera más profunda, completa y duradera que el hombre.

Las ansiedades genitales femeninas y sus efectos en la estructuración psíquica y en la formación de las representaciones mentales están relacionados con su cuerpo y con la naturaleza específica de sus genitales.

D. Bernstein plantea estas ansiedades al centrarse en la vagina como inaccesible al tacto y la visión, con sensaciones difusas al tacto. Por ser un orificio natural sobre el que no se tiene control para abrirlo o cerrarlo, por sus características musculares no esfinterianas, provoca en la niña una lucha con factores de *definición y frontera*, con temores a ser dañada por lo que pueda entrar o salir. Señala que esta experiencia genital femenina proporciona el marco psicoanalítico para la contención del objeto.

En acuerdo con la autora, agregaría la representación mental de los pechos y el útero con sus ovarios, claramente identificados en las fantasías tempranas de la niña, certificadas por la menarquia.

He seleccionado unas viñetas clínicas relacionadas con el tema desde la perspectiva del acoso moral o psicológico y sexual, sobre el poder como dominio, con abuso y violencia.

Berta, de 34 años, con buena figura, es una mujer atractiva, morena de ojos verdes con amplia sonrisa, de expresión risueña y conversación espontánea e inteligente. Es culta, habla tres idiomas, es ingeniero comercial con mención en márketing e informática y con un posgrado europeo, vive sola en Santiago por su trabajo.

Al acceder a un cargo gerencial en una importante compañía, dejó un empleo de menor jerarquía hace un año y medio, cuando inició su análisis.

Pensaba que era autoexigente y se sentía sola y angustiada.

Berta detectaba en su jefe, el señor N., características de autoritarismo y omnipotencia a través de sus bromas y chistes subidos de tono, saludos matinales con los cuales "inventariaba (averiguaba) cómo les había ido a las niñas la noche anterior", según el aspecto de cada una, y alardeaba sobre lo bien que él se sentía, se mostraba jovial y potente en su andar hasta su despacho y dejaba una estela de "olorosa colonia masculina" (al decir de Berta). Lo describía como un hombre de unos 38 años, con "presencia", alto, con sobrepeso y convincente.

En ocasión en que acordaba reunirse a comer ostras en su departamento con una colega, en la oficina de ésta, el señor N. ingresó haciéndole señas de silencio a su compañera, para escuchar sin ser visto. Acto seguido, se hizo parte de la invitación jocoso y entretenido. No hubo acuerdo porque su amiga salía fuera de Santiago. Sin embargo, esta invitación se fue transformando en una "deuda que Berta tenía con su jefe a vistas y oídas de quien quisiera enterarse".

Le costaba aceptar que le interesaba. Era excitante, dada cierta mo-

notonía en su vida. Después de un noviazgo de ocho años mientras cursaba la universidad, hacía otros tantos que no tenía pareja.

Berta, halagada en parte, desconfiaba porque, a pesar de ser muy eficiente en su desempeño con alto rendimiento profesional, el señor N. nunca lo mencionaba, si bien requería sus informes, opiniones y proyectos.

La citaba a su oficina para aconsejarle que tenía que ser más simpática y abierta. Ella aceptaba haber perdido espontaneidad y le extrañaba que su jefe no supervisara sus entregas.

Me sentía muy alerta y con ciertas sospechas sobre el señor N. y pensaba que se apropiaba de esos proyectos, en parte, porque no se elaboraban en equipo e, intuitivamente, por sensaciones contratransferenciales.

Por lo demás, Berta, comenzó a encontrar al señor N. acompañado por un hombre joven, en el gimnasio, los días sábados en la mañana, quien finalmente resultó ser un pariente.

Berta comenzó a cambiar su estilo en el vestir. Lo asoció con sus sentimientos de vergüenza por las miradas y los gestos del señor N. en el gimnasio, que se repetían en la oficina. Allí se sentía como si estuviera con la malla ajustada que usaba en el gimnasio, mientras sus compañeras, quienes habían ingresado a la empresa en la misma época que ella, encontraban que Berta se complicaba demasiado. Suponían que el señor N. la invitaría a salir y eso solucionaría su malestar; "siempre que no fuera casado", acotó una de ellas.

Este ambiente cotidiano se prolongó por varios meses.

Yo estaba preocupada por la seguridad de Berta y por su soledad, que se aliviaba los fines de semana cuando partía a ver a su familia.

Se resintió mucho en una reunión de trabajo en la que el señor N. propuso "punto por punto" un proyecto de ella como propio. Ni siquiera se molestó en mostrar otro material y se retiró rápidamente sin otorgar opción a que el grupo opinara. Gerentes de otras áreas comentaron la capacidad creativa del señor N. (¡!).

Berta, perpleja, contuvo sus lágrimas. Se sentía indignada, despojada. En la sesión, pudo expresar todas estas emociones dando detalles de su esfuerzo en una tarea muy compleja que insumió muchas horas de trabajo y entusiasmo. Realmente, se gratificaba en su tarea.

Cuando quiso hablar con su jefe, él soslayó el tema y se dedicó a recomendarle que no podía ser tan transparente o poner "caritas", que no era momento (en la reunión) para ser individualistas y que el esfuerzo era de todos... que un día de éstos irían a almorzar juntos o bien él pasaría a tomar un café y conversar. Estaba seguro de que ella iba a cambiar su actitud. Berta no tenía claro a qué se refería. Pensaba que se le notaba mucho que estaba resentida, irritada y con gran incertidumbre.

Habitualmente, salían a fumar al descanso de la escalera. En una ocasión en que estaba sola, el señor N. apareció de repente, con el antebrazo derecho la inmovilizó contra la pared y con la mano izquierda le quitó el cigarrillo y, sonriendo, escapó por la primera salida, en silencio, muy rápido. Berta quedó paralizada.

Al finalizar uno de los eventos propios de márketing, se retiró algo aburrida, porque había quedado alejada de su grupo, y cruzó un *hall* donde otras personas se despedían. Allí fue interceptada por señor N., quien le salió al paso, la tomó del brazo y, con el modo ambiguo de costumbre, la invitó a quedarse y compartir.

Le pareció que había bebido de más y le dijo que era tarde, que sería en otra ocasión. Mientras él apretaba con fuerza su brazo, se acercó una secretaria para avisar que iban a ir a otro lugar. El señor N., con voz baja, imperativa y mirada firme, le dijo: "Tú vienes conmigo." Ella se desprendió con brusquedad y salió. Aterrada, en el estacionamiento buscó al cuidador, quien la acompañó hasta su auto.

El dolor en el brazo le dificultaba la conducción. Equivocó una variante del camino y se encontró frente a mi consulta. En la sesión siguiente, me mostró tres marcas recientes en la cara interna de su antebrazo.

Yo sentí que no había trabajado bien, que era un buen continente para su ansiedad, pero que no la había alertado suficientemente. Creía que se exponía demasiado porque no detectaba la violencia de su jefe que, en algún sentido, yo había percibido.

Al poco tiempo, Berta se enteró de que el señor N. era casado y vivía una situación difícil.

Cuando tuve conocimiento de que el señor N. tenía un hijo pequeño con una enfermedad incurable, comenzó a resultarme muy incómodo quedarme pensando en él: como tratando de comprenderlo dentro de Berta, que se debatía inmovilizada, con incapacidad de pensar, inerte frente a sus actuaciones. Fue difícil elaborar en la transferencia cómo Berta tendía a justificar al señor N., pensando "en su esposa frígida portadora de una madre sufriente que lo convertía en un hombre frustrado". Me permitió pensar en un hombre haciendo uso de fantasías omnipotentes con vivencias maníacas para sentirse potente y, tal vez, así evitar el horror y la desesperación que resulta del sentimiento de aniquilación.

Yo temía por Berta. Sobre todo, cuando el señor N. ingresaba en el espacio de la sesión, alteraba con cambios de horarios el encuadre, y estimulaba los temores y las sensaciones de impotencia.

La posibilidad de sufrir pérdidas y el ataque al vínculo era manifiesto.

Me ayudó definir la potencia-calidez como el estado de la mente

que une para construir y constituye, así, la base para la relación con el otro, para el goce y la capacidad de crear, en contraposición a impotencia-frigidez, análogos a la omnipotencia que dificulta el desarrollo de la genitalidad, la creatividad y las relaciones con otros que invalidan la contratransferencia (Da Costa y Tucherman, 2000).

Al poco tiempo, se produjeron traslados de oficinas a otro piso. Berta quedó alejada de sus compañeros. Posteriormente, asignaron a sus colegas otras funciones dentro del plan general de reorganización. Ella fue a un nuevo departamento, con el mismo cargo y con distinta función, que la colocaba al nivel de una subgerencia. Al regresar de sus vacaciones, dejó la compañía.

Este tipo de acoso puede llevar a que la víctima reaccione y se exponga a violencias físicas, como en el material. En algunos estados norteamericanos, han tomado con seriedad el "acoso" *(stalking)* y han previsto órdenes de protección civil.

En el ámbito empresarial, el acoso y la violencia nacen del encuentro entre el ansia de poder y la perversidad. Las acciones *perversas destructivas* son menos frecuentes, y las *pequeñas perversiones cotidianas* son consideradas triviales.

De los casos clínicos, es posible deducir que la relación de acoso se desarrolla en dos fases: *seducción perversa* y *violencia manifiesta*.

La primera puede durar mucho tiempo. Se desestabiliza a la víctima, que pierde confianza en sí misma. El seductor falsea la realidad y opera por sorpresa y en secreto. Ataca indirectamente, capta el deseo de quien lo admira y le devuelve una buena imagen de sí mismo. Es una seducción narcisista: busca un único objeto de fascinación, la imagen amable y alegre que tiene del seductor. Confunde y borra los límites de lo propio y lo ajeno, pertenece al orden de los signos rituales y a un uso destructivo.

Si Berta creyó por momentos encontrarse en la idealización amorosa por la que, para mantener la pasión, se negaba a ver los defectos o las debilidades del señor N., prontamente comprendió: se sentía forzada, influenciada en diálogos que podían ser originalmente espontáneos por parte de ella, "como el de las ostras" y, a continuación, se sentía manipulada y amenazada.

"Ejercer una influencia sobre alguien supone conducirlo, sin argumentación a que se decida o se comporte de modo diferente a como lo haría espontáneamente" (Hirigoyen, 1998).

Como en toda manipulación, lo primero es hacer creer al interlocutor que es libre, aun cuando se trate de un accionar insidioso que priva de libertad y que somete.

La influencia y el control, cuando hay dominio, se refieren a lo intelectual o lo moral. El poder del seductor mantiene a la víctima en

consentimiento y adhesión aparentes. Veladas amenazas o intimidaciones permiten coaccionar a la víctima, demostrarle que no es una igual y apropiarse de su mente, como en las descripciones de las maniobras de persecución, el encauzamiento ideológico o el adoctrinamiento en cautiverio. Si la víctima es muy dócil, el juego no resulta excitante; tiene que ofrecer alguna resistencia que sea controlable.

Los pacientes siempre mencionaron su dificultad para concentrarse cuando su "perseguidor" estaba cerca. En cambio, éste siempre aparecía al observador con "aire de inocencia", con voz intimista en público o activo y alegre como el señor N.

Las víctimas aisladas, en posición defensiva, se conducen de modo que irrita. Se tornan aburridas, quejosas u obsesivas, con sentimientos de humillación y vergüenza.

Suele aparecer en el grupo de pertenencia un modo particular de comunicación que se basa en actitudes paradójicas, mentiras, sarcasmos, burla y desprecio.

Respecto de la *escucha*, en algún momento me pregunté qué ocurría en la "realidad psíquica" de estos pacientes con la cotidianidad de su realidad externa de acoso, abuso y violencia. Se define una realidad intermedia, la *intersubjetiva*.

La realidad psíquica es el organizador de todos los elementos del mundo interno: fantasías, impulsos, relaciones de objeto y símbolos. Si simbolizar es el resultado de una vivencia de pérdida, y es una tarea creativa que involucra el dolor y el trabajo de duelo, la reparación auténtica y la aceptación de la realidad psíquica implican la renuncia a la omnipotencia y al pensamiento mágico, y la capacidad de una elaboración exitosa.

En este caso, el proceso analítico progresaba y no mejoraba la relación laboral con su jefe. A Berta la entristecía comprender que se "había subido por el chorro" (entusiasmado demasiado) con el señor N., quien no era merecedor de tantos desvelos. Decía que se compensaba con las gratificaciones de confiar un poco más en su madre y acompañar a su padre, de quien estaba alejada, a los exámenes médicos.

Pensar cómo son procesados los estímulos provenientes del mundo externo e interno a través de nuestras fantasías inconscientes formadas por deseos, temores y expectativas, a veces, es una realidad tan lejana como la realidad psíquica del paciente, nos es *desconocida*. Nos acercamos a ella en un proceso de exploración cognitiva asociado al estado mental de curiosidad.

Realidad psíquica es un concepto clave, expresado por los hechos clínicos con los que tratamos en el proceso analítico, en el ámbito del eje transferencia-contratarnsferencia, y puede ser enfocado también desde el vértice no sensorial de la *intuición*.

Además de la atención flotante que permite orientar la escucha, en el cultivo de la sensibilidad para captar emociones del paciente, el analista recibe noticias de su propia interioridad, comunicada a través de sus intuiciones, sentimientos y fantasías (Grinberg, 1995).

La intuición como resultado súbito de una experiencia acumulada previamente y la *contratrasferencia sublimada* constituyen los instrumentos más valiosos para acercarnos a la comprensión de los contenidos verbales y no verbales de la comunicación del paciente.

Si se trabaja sólo con la intuición y en aislamiento —Bion nos advierte—, la intuición es ciega, y si se trabaja sólo con los conceptos, éstos permanecerán vacíos.

Bibliografía

Alizade, Alcira M. (2000): *Escenarios femeninos. Diálogos y controversias*, Buenos Aires, Lumen.

De Kartzow, Myrella (2001): *Abuso sexual en niños. Viñetas clínicas. Estudio de prevalencia nacional*, Santiago, APCH.

Gonzalez Enloe, Máxime (1991): "Contratransferencia y género del analista", en M. Lemlij (ed.); *Psicoanális en America latina*, Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, 1993.

Grinberg, L. (1996): "Realidad psíquica y el rol de la intuición en la práctica psicoanalítica", en *El psicoanálisis es cosa de dos*, 1995.

Hamel, Patricia (1994): *La perspectiva psicosocial y de género. Realidades y desafíos. Reflexiones de mujeres que trabajan en salud reproductiva*, Santiago, ICMER (Instituto Chileno de Medicina Reproductiva).

Hirigoyen, M. F. (1998): *El maltrato psicológico en la vida cotidiana. El acoso moral*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Lartigue de Vives, T. (1998): "Edipo y violencia contra la mujer. La internalización de las asimetrías y desigualdades", *Rev. Latinoamericana de Psicoanálisis*, vol. II, N.° 1.

Lauzon, J. (1995): "Mesa redonda", en *Simposio sobre Violencia Familiar*, Santiago, APCH.

Lester, Eva (1990): "Problemas de género e identidad en el proceso analítico", *Libro Anual de Psicoanálisis*, 6:203-213.

Osorio, Luis C. (1994): *La mente del analista: de la escucha a la interpretación*, Londres, API.

Welldon, E. (1995): *Simposio sobre violencia familiar*, Santiago, APCH.

Acerca de las transmisiones

*Ana Delia Levín de Said**

"Será necesario que el deseo de muerte, reprimido en el padre, sea reemplazado por el anhelo consciente de que su hijo llegue a ser no aquel que lo arranque de su lugar, sino aquel a quien se le da... el derecho a ejercer una misma función en un tiempo futuro" (Castoriadis y Aulagnier, 1975).

Agradezco la invitación a los organizadores de este encuentro, como así también la posibilidad de dialogar a través de una propuesta tan convocante como "Parejas, familias típicas y atípicas".

En principio, en todas las épocas hubo familias típicas y atípicas, y ello nos conduce a reflexionar acerca de lo típico y lo atípico "en" nuestro tiempo, más que "de" nuestro tiempo. Pero sí hay una característica que singularizó todas las épocas respecto de una de las funciones de la organización familiar. Ésta es la de proveer, brindar la continuidad generacional. Esta característica que privilegio está indisolublemente ligada al contexto de este encuentro, "Diálogo Latinoamericano Intergeneracional". Es por ello por lo que subrayo lo generacional y, en ese sentido, lo intergeneracional, como una de las tareas más relevantes de la organización familiar. Asimismo, el diálogo-marco "latinoamericano" nos ofrece la posibilidad para ver el destino corrido por los conceptos psicoanalíticos, a la luz de las características culturales de los contextos propios.

El espacio familiar al que adviene el nuevo ser es un microambiente que representa el espacio social. Dicho espacio está organizado por el discurso y el deseo de la pareja paterna. A su vez, dicha organización familiar debe tener referentes: necesidades, requerimientos, tareas incesantes, permanentes, consensuadas, como así también requerimientos específicos que singularizarán determinada organización familiar. Esos referentes están regulados por el principio de permanencia y cambio. El objetivo es tratar de lograr cierta continuidad, cierta envoltura al grupo familiar, que le dé cierta coherencia, pertenencia e identidad. Ya en el devenir de una familia, acontecen problematicidades, cambios, rupturas, crisis. Pero de lo que no cabe duda es de la necesidad de cierto grado de permanencia de algo estable, para la puesta en juego de lo plurigeneracional. Lo que permanece requiere cierto grado de transformación de lo constante, ya que lo plurigeneracional es una exigencia de lo constante, en tanto lo constante pide diversidad.

* Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina (anadelialsaid@sinectis.com.ar).

La identidad generacional* es intransferible, pero la demanda de identidad es transgeneracional.

Me referiré a la cuestión de lo generacional, pues éste es un eje que, sumado a otros, permite entender la complejidad. Winnicott nos dice que lo que hace que la vida "valga la pena de vivirse" y encontrarle un sentido es el sentimiento de la continuidad del ser y del existir. Esta continuidad está sostenida en la continuidad de las generaciones.

Centraré esta presentación, desde el interior de mi experiencia clínica, en torno a una "invariante transcultural", esto es: la transmisión de sujeto a sujeto de algo reprimido. Se trata de que, en el psiquismo de los padres, tenga eficacia el espacio-tiempo de lo reprimido. Dicho de otra manera: de la represión de representaciones pulsionales relativas al incesto y al parricidio. Trataré de ilustrar, a través de una viñeta clínica, los efectos psíquicos que padecen los jóvenes respecto de las fallas o de las alteraciones de la represión en el psiquismo parental. Por motivos de espacio y tiempo, me limitaré a subrayar del material clínico exclusivamente lo pertinente a los fines de esta presentación.

Juan, de 19 años, estudiante, consultó porque sentía angustia, soledad y vacío, así como también enormes temores a la droga y a la homosexualidad. Tuvo varios y fallidos intentos de suicidio. En su vida afectiva, política y estudiantil, lo atrapaba un sentimiento de "decepción". Decía que no encontraba ningún ideal que lo organizara. Repetía: "No se logra nada", "No encuentro nada", "Nada tiene sentido", "No tengo amigos ni afectos".

Al principio, relacionó su decepción con el período de sus 13 años, cuando su madre enfermó y atravesó crisis depresivas e intentos de suicidio y homicidio. Su padre la cuidó con exclusividad, no así a él, lo que lo dejó solo aún más. Dice que esto lo marcó mucho y creyó que, al ser el mejor alumno, como asimismo líder, encontraría lo que le "faltaba en la casa": "afectos y amigos".

Relata que siempre sus padres se han peleado e insultado, y han llegado a severas agresiones físicas. Su madre le hacía a su padre intensos reproches y recriminaciones sobre relaciones tanto incestuosas como extramatrimoniales. Dos meses antes del nacimiento de Juan, falleció su abuelo paterno. Lo describía como "brillante y exitoso". Juan dice: "Es una figura idílica que me hubiese querido." "Soy el único nieto varón y, por lo tanto, el único que conservará su apellido."** Reiteraba con certeza que todo lo que emprendía terminaba decepcionándolo.

* Acerca de esta cuestión, Bollas (1994) trabaja el concepto de objeto generacional.

** Es elocuente, en relación con este relato, el concepto de objeto transgeneracional trabajado por Eiguer (1997).

Si bien Juan relacionaba su sentimiento de vacío y decepción con la enfermedad de su madre y la ausencia del padre, situación altamente traumática, esto debía de sostenerse en un material histórico-vivencial de su tierna infancia.

Durante el proceso analítico, se devela que, cuando él tenía 3 años, la madre lo instó a preservar el siguiente secreto: le dijo que antes de casarse con el padre de Juan ella había tenido otros hijos con otro hombre del que se había separado. Además, le aportó otros datos de la historia de ella en relación con su religión y nacionalidad, que tampoco el padre de Juan debía conocer. La madre lo obligó a pactar la preservación de este secreto y le advirtió que si lo contaba mataría a todos: "Si hablás, te mato." Es de observar el pacto acompañado con una amenaza de muerte. Lo traumático, esto es las agresiones, los reproches y el pacto con la madre, fue lo improcesable de lo escuchado, en donde Juan entreveía las amenazas recíprocas de muerte, aspiraciones pulsionales, placeres incestuosos. Juan trató de escapar del clima familiar sumergiéndose en la actividad estudiantil y política como urgencia identificatoria, sobre el fondo de vacío y soledad, pero le resultó, sin embargo, decepcionante, pues "no logro nada".

Estamos ante la presencia de una encrucijada: poseer el secreto lo ubicaba en héroe y, a su vez, también poseer el secreto equivale a incesto y parricidio. Ambas posiciones, solidarias entre sí, tuvieron como efecto quedar de por fuera del sistema de parentesco y del derecho a la paternidad y... del sinsentido del propio vivir.

Es elocuente recordar acá que Freud (1910) afirmaba que las madres insatisfechas toman al hijo como sustituto de su marido, pero por la "maduración temprana de su erotismo le arrebatan al hijo" una parte de su "virilidad" y, asimismo, el derecho al parentesco. En el paciente, era evidente en su medio familiar la falla en el apuntalamiento indispensable para la continuidad de las transformaciones psíquicas. Ellas proveerían los mínimos referentes identificatorios para organizar su yo. Su entorno resultó decepcionante, no creíble y esta carencia de credibilidad en su propia experiencia era lo que constituía lo propiamente traumático en su ser: "No logro nada" "No encuentro amigos ni afectos." Dicho de otra forma, el no encontrar un lugar para habitarse.

Los pactos, los secretos en los grupos familiares, las revelaciones de prácticas incestuosas las violencias configuran acontecimientos no procesables, no reprimibles, desmesurados, que penetran en el psiquismo. Habitan en él como estados de no metabolización, no digeribles, sin posibilidad de simbolizar ni olvidar; vale decir, irrumpen como actos. A partir de estas premisas del medio psíquico ambiente de Juan, representado por la pareja paterna, es necesario destacar que, si bien ellas son en alto grado determinantes, no lo son lo suficiente. Las vivencias de Juan también son de enorme peso, por encontrarse él en momentos psíquicos excepcionales: florecimiento edípico (pacto temprano) y pubertad (enfermedad de la madre). Este efecto traumático en Juan contribuyó a organizar su mundo de representaciones, su realidad psíquica, a partir de una construcción altamente condensada, a la manera de una "convicción" (Levín de Said, 1995b). Esto es lo que implica su creencia, su convicción: "No tengo amigos ni afectos", "No se logra nada"; que encubre: "No soy hijo", "No tengo padres"... "No tengo proyecto".

En los pacientes que han padecido tempranamente situaciones traumáticas, es decir que dejaron en ellos cicatrices psíquicas perdurables y el modo en que su medio lo favorece, constituyen un factor crucial por las consecuencias patológicas futuras. Efecto de ello: el vacío psíquico, el desierto afectivo, la falla en la función del "darse cuerpo" (Alizade, 1999) dan lugar a "súbitos deseos de desaparecer", dado que la desinvestidura arrasa la posibilidad de la propia vida de fantasía, de los proyectos identificatorios y del contrato narcisista (Castoriadis-Aulagnier, 1975). Asistimos al modo en que ese no lugar en el sistema de parentesco remite centralmente al no sentirse hijo de esa madre y ese padre y, a su vez, no poder proyectarse en padre de sus propios hijos. "Si todo va bien", el ocupar un lugar en la cadena generacional posibilitaría el diálogo intrageneracional e intergeneracional.

Retomando la idea de Winnicott acerca de que la vida vale la pena de vivirse, nos preguntamos: ¿por qué la pena? El vivir implica un padecimiento, y la pena tiene que ver con lo reprimido. De ser así, estimula el deseo. Se trata de que lo reprimido debe ser reprimido con eficacia para que el efecto de la represión sea estimulante para la subjetividad. La pena de vivir triunfa sobre la pena de muerte: "No se logra nada."

Consideraciones

"No hay creación nueva sin tradición que la preceda."
C. Fuentes, 2001

En las últimas décadas, presenciamos una estimulante y renovada reflexión respecto de los efectos de las transmisiones. En la clínica, nos confrontamos con la necesidad de conceptualizar ciertas problemáticas que no sólo corresponden a una tópica o dimensión subjetiva, sino también intersubjetiva, transubjetiva, transgeneracional, intergenera-

cional, como así también intrageneracional. Sólo es posible pensar la constitución del psiquismo desde la intersubjetividad, ya que desde el origen están los otros. Desde su entrada a la vida, cada sujeto humano, con su incipiente peculiaridad y potencialidad, accede a un mundo preinvestido que lo preexiste. Pero, para constituir su ser en un marco intersubjetivo, deberá no sólo registrar, sino procesar, transformar, metabolizar, es decir, representar y asimismo apropiarse del conjunto de los materiales que se le ofrecen, con los cuales conformará su vida psíquica singular. A través de los cuidados parentales, se atiende a las funciones de autoconservación y se realizan acciones específicas: sostén, voz, mirada y deseo. La codificación de los estados somáticos, autoconservativos y libidinales, constituye las bases que edifican la identificación primaria, aquellos primeros enlaces afectivos entre uno y el otro. Ese otro, conceptualizado como "función materna", "objeto de la acción específica", "individuo experimentado" (Freud, 1950 [1895]), advierte el desvalimiento inicial del ser humano. En este sentido, Piera Castoriadis-Aulagnier (1975) aporta los conceptos de portavoz, sombra hablada y violencia primaria.

Por el inicial desvalimiento, entonces, el bebé necesita del otro humano, los progenitores. Éstos son los primeros representantes del mundo externo, a su vez, también ellos marcados por transmisiones generacionales. C. Bollas (1991) nos habla de la "madre-proceso-transformacional", y es ella la que "le *transmite* por el idioma del cuidado materno una estética del existir" (la cursiva es mía). Es así como son los que enuncian y transmiten la instancia superyoica, los ideales, lo que se reprime y lo que no se reprime, lo lícito y lo prohibido. Portan deseos y portan prohibiciones.

Parte de los enunciados identificantes del discurso parental brindan lo que Freud llama el aporte narcisista necesario para la vida de "Su Majestad, el *infans*" (1914). Enunciados que transmiten demandas parentales a un yo en constitución. Demandas, anhelos, sueños irrealizables e "irrealizados deseos de los padres" (Freud, 1914). Tales sueños, como los deseos, no son siempre transmitidos por medio de enunciados conscientes, sino que también hay vías abusivas, violentas, que bordean el límite de lo posible, de lo representable, que no permiten acceder a una historia, a duelos y a una temporalidad acorde con las necesidades del psiquismo del otro.

Cuando en el psiquismo de los padres está fallado el espacio-tiempo de lo reprimido, sus aspiraciones pulsionales no están transformadas y son incompatibles con la vida psíquica y los códigos culturales. Decíamos que ejemplos de ello son el incesto y el parricidio. Se trata de anhelos y deseos a los que no se ha renunciado. Éstos penetran en el hijo y, en algunas circunstancias, producen un efecto específico,

al quedar en estado potencial disponible para concretarse o transformarse en experiencias centrales en su vida. De ser así, se entiende el efecto que la transmisión de lo no reprimido por los padres tiene en el psiquismo infantil.

No obstante, es necesario destacar cómo todo enunciado tiene significado, en este caso, en Juan, no sólo por la fuerza con que llega, sino por la trascendencia que alcanza en virtud de la capacidad receptiva. Es por eso por lo que, en relación con él, cabe subrayar que, por encontrarse en momentos psíquicos excepcionales, sostenidos por sus vivencias emocionales singulares, relativas al complejo de Edipo y a su pubertad, en el encuentro con los planteos y las expresiones de sus padres y, en especial, de su madre, se produjo en él un efecto de interpenetración, potenciamiento, *télescopage* (Castoriadis-Aulagnier, 1975), telescopaje (Faimberg, 1993). Nuevamente, por razones de espacio y tiempo, no puedo detenerme en el trabajo del mecanismo de interpenetración.

Acerca de las transmisiones

"Cronos es el dios que devoraba a sus hijos,
no permitía la secuencia generacional porque lo reducía
todo a las dimensiones del sí mismo."
S. Kovadloff, 2001

A partir de ciertos relatos de pacientes, advertimos que,en el origen de algunas de sus alteraciones, actuaciones, padecimientos o conflictos psíquicos, cobra particular relevancia la temática generacional. Así, por ejemplo, lo "desmentido" (Marucco, 1996), lo desestimado, lo no reprimido de una generación anterior o de la misma generación, aparece sin mediatización en el paciente a través de una teoría sexual infantil (Levín de Said, 1995a), en una novela familiar, en certezas o convicciones, en un delirio o en los así llamados "mandatos" (Levín de Said, 1998). Detectamos los efectos y los desenlaces de ciertas transmisiones, como así también particularísimas formas de presentarse en la transferencia. Visualizamos algunas de ellas como repeticiones y otras como transformaciones; algunas son estructurantes y organizadoras del psiquismo, constitutivas, y otras desorganizadoras.

En suma, ciertas creencias, expresiones, valores y tradiciones facilitan la continuidad generacional, o bien promueven rupturas en esa continuidad. Dicho de otro modo, las transmisiones pueden no sólo generar patología o potencialidad, sino también mayor nivel de simbolización, de complejidad psíquica y sublimación, como asimismo

potencialidad en el vivir creador, con lo cual hay transmisiones que están con predominio de Eros o de Tánatos. Nos referimos a aquellas que determinan patologías.

Desde nuestra tarea como psicoanalistas, si nos centramos en el proceso y el efecto de los lazos entre diferentes psiquismos y las combinaciones de las que son objeto estas ligazones, es necesario dilucidar *lo transmitido de lo que es recepcionado*, procesado y metabolizado en el largo camino de la historia del sujeto en una temporalidad que le permita el advenimiento y la apropiación de su subjetividad.

Dado que en términos genéricos se habla de transmisiones y sus efectos, de traumas transgeneracionales, y dado el límite de esta presentación, surge un conjunto de preguntas: ¿Qué es lo que se transmite? ¿El trauma, los modos de su procesamiento y/o sus efectos? ¿Qué condiciones se deben dar para que ciertas transmisiones sean eficaces? ¿Qué condiciones debe tener una transmisión para generar patología? Hay ciertas transmisiones que producen rupturas en los enlaces afectivos de la identificación primaria; ¿qué valor tiene el hijo en el deseo y en el narcisismo parental? ¿Qué transmisiones permiten la creación de un espacio-tiempo-relación entre generaciones que posibiliten la creación de los objetos generacionales (Bollas, 1994)? ¿Cuál es el aporte a la metapsicología? ¿Qué transmisiones son las que originan mayores influjos (Freud, 1940 [1938]), influencias? ¿Cuáles son las vías de la transmisión de lo no dicho? ¿Cómo lo negado de un antepasado irrumpe en el presente de un familiar y conserva vigencia?

Para concluir: la teoría intersubjetiva posibilita advertir que, sin el otro como sujeto, no hay uno mismo. Si el narcisismo no encuentra su límite en un sentimiento de pérdida (pena), no hay continuidad generacional. Es por ello por lo que desde aquí se impone desarrollar una teoría de la responsabilidad y del compromiso, de la alteridad, de la heterogeneidad y del auténtico amor.

El diálogo intergeneracional crea un espacio donde el tiempo juega un papel protagónico como expresión decisiva de la diferencia entre los participantes del encuentro. El diálogo es posible, entonces, porque la experiencia subjetiva puede transformar la pena de vivir en posibilidad de convivir.

Bibliografía

Alizade, A. M. (1999): "El sustrato sensual-afectivo y la estructuración psíquica", *Rev. de Psicoanálisis*, t. 56, N.° 3, APA.
Bollas, C. (1991): *La sombra del objeto*, Buenos Aires, Amorrortu.

Bollas, C. (1994): *Ser un personaje*, Buenos Aires, Paidós.
Castoriadis-Aulagnier, P. (1975): *La violence de l'interprétation*, París, Presses Universitaires de France, 1975. (Hay edición castellana: *La violencia en la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.)
Eiguer, A. y otros (1997): *Lo generacional*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
Faimberg, H. y otros (1993): *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.
Freud, S. (1910): "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci", *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo", *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. XIV, 1979.
Freud, S. (1940 [1938])? "Esquema del psicoanálisis", *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. XXIII, 1980.
Freud, S. (1950 [1895]): "Proyecto de psicología", *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. I, 1986.
Fuentes, C. (2001): entrevista en *Canal a*, Buenos Aires, Argentina.
Green, (1980): "La madre muerta", en *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
Hacking, I. (1996): *Representar e intervenir*, Buenos Aires, Paidós.
Kovadloff, S. (2001): comunicación personal.
Levín de Said, A. (1993): *Clínica del vacío y la creencia*, trabajo presentado en APA, 1994.
Levín de Said, A. (1995a): *Amurallamiento narcisista en una teoría sexual infantil*, trabajo presentado en el XXIII Congreso interno APA.
Levín de Said, A. (1995b): "Las convicciones: otra construcción de la realidad psíquica", *Rev. de Psicoanálisis*, t. LII, N.° 3.
Levín de Said, A. (1995c): *Trauma transgeneracional: su efecto en el psiquismo*, Córdoba, FEPAL.
Levín de Said, A. (1997): *Teoría y clínica de las transmisiones. Télescopage-Interpenetración. Trauma-Duelo-Cuerpo*, APA, 2000.
Levín de Said, A. (1998): *Estima, autoestima, desestima*, presentado en APA, 1999.
Marucco, N. (1996): "La violencia y su impacto en el psiquismo: las patologías graves", en *Cura analítica y transferencia*, Amorrortu, 1999.
Winiccott, D. W. (1971): *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa.

Priapismo *versus* falicismo (aproximaciones y diferencias)

*Leonardo Adalberto Francischelli**

"Los hombres debemos desarrollar al máximo nuestra condición de machos 'cónchicos' a los efectos de disminuir los daños a los que estamos expuestos por esta epidemia corrosiva para la masculinidad. A la mujer fálica, le oponemos el hombre 'cónchico'."
Piterbarg, *El hombre cónchico*, 1997.

"El fantasma del priapismo habita en el hombre occidental desde todos los tiempos y, tal vez, hoy más que ayer." Francischelli, *La práctica teórica actual: inconsciente y sexualidad*, 2001.

I

La sexualidad, en Freud, comienza en "Signorelli" y termina en "Análisis terminable e interminable", es decir, atraviesa toda su obra. Dejó algunas marcas y cuestiones para la posteridad. Entre las marcas, localizamos una que es básica: el inconsciente es sexual. Respecto de los temas, señalaremos dos: a) en "Análisis terminable e interminable", Freud (1937, p. 25) explica que tanto el hombre como la mujer se enfrentan con la "roca de base". Traduciendo: la envidia del pene en la mujer y la rebelión contra la pasividad en el hombre.

Como sabemos, esa "roca de base" se traduce en el trabajo clínico como una fuerte resistencia a progresar en el análisis. Tanto es así que postulamos que "la 'roca de base' va a actuar como un núcleo aglutinante de todas las resistencias, transformándolas en una sola forma resistencial que opera con la misma lógica interna, tanto para la mujer como para el hombre" (Francischelli, 2000, p. 328).

Esa lógica interna es regulada por la idea psicoanalítica de falo, donde las resistencias se hacen presentes, frente al pensamiento de que la femineidad representaría el fantasma de la incompletud, en la medida en que tanto la mujer como el hombre luchan contra esa amenaza.

---

* Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica Brasileña de Porto Alegre.

b) ¿Qué quiere la mujer?, se cuestiona Freud (1925, p. 262), interrogante lanzado el mundo como una botella tirada al mar, que contiene los secretos y los deseos de alguien que nunca los revelará. La Mujer, ese "continente negro" (Freud, 1926), enigmático y tentador, atraviesa el psicoanálisis hasta nuestros días.

Hoy nos gustaría proponer la misma indagación, sólo que en forma inversa: ¿qué quiere un hombre? ¿No tener miedo en su primer encuentro con una mujer? ¿O sentirlo, sin confesarlo, como en esa historia de que el hombre no llora? ¿Nunca angustiarse frente a su erección? Éstos son algunos senderos para ingresar en la sexualidad masculina, un poco marginada por el psicoanálisis o dada por agotada, como si no tuviéramos ningún interrogante más para responder.

II

Entendemos el priapismo como una fantasía universal del hombre y, tal vez, de la mujer, ¿por qué no? En ese fantasma reina una erección sin límites. Sería la forma en la que el hombre puede superar su diferencia con la mujer, pues ella está siempre disponible para el coito, mientras que él depende de la erección. En ese sentido, la sexualidad femenina con respecto a la cópula es continua, mientras que en el hombre es discontinua.

Ese fantasma priápico apartaría al hombre del hombre psicoanalítico, ya que este último debería pasar por el complejo de Edipo y de castración, donde su sexo anatómico se transformaría en su sexualidad inconsciente y estaría marcado por la incompletud, marca ausente en la fantasmagórica priápica.

Fantasmagoría representante de lo fálico, donde el falicismo se igualaría con el priapismo. O, en el lenguaje del vocabulario psicoanalítico, hablaríamos de narcisismo primario, en la medida en que no registraría marcas ni del Edipo ni del complejo de castración.

Según la tesis de Piterbarg (1997, p. 67), el "hombre cónchico" no sólo sería aquel que atravesó los desfiladeros de Edipo y de la castración, sino también, por eso mismo, aquel que es capaz de luchar contra lo que él clasifica como "la mujer fálica", lo que nos da la oportunidad de diferenciar la "mujer fálica" de la "madre fálica".

"Madre fálica" es la mujer que vivió la transformación de hija a madre y que mantiene con el hijo una relación de puro amor, sin ambivalencias, como nos enseñó Freud. En términos de Lacan (1958, p. 165), es la madre quien no reconoce la "metáfora paterna", es decir, forma un binomio sin dar lugar a que ingrese un tercero. Son aquellas mujeres que se transformaron, por ejemplo, en madres de esquizofrénicos,

que día tras día se presentan en los hospitales psiquiátricos para llevar alguna cosa a su amado hijo, como si nada en el mundo hubiese acontecido. Realizan siempre las mismas acciones, aunque ya no sea invierno y sí primavera. Nada existe fuera de esa unidad madre-hijo sin fisuras, o sea, completa.

"Mujer fálica" implica hablar de alguien que esconde su incompletud de forma inteligente y actúa para el hombre como alguien que puede conquistarlo, ya que está próxima de lo femenino. En términos de "roca de base", sería aquella que mejor transitó por ese camino, tránsito obligatorio para la femineidad, como decíamos anteriormente.

"La femineidad es una forma crucial de ser sujeto, ya que, sin el ancla en las fantasías ilusorias de la completud fálica y de la omnipotencia narcisista, la fragilidad y la incompletud humanas son las formas primordiales de ser del sujeto" (Bartucci, 2001).

Entenderíamos, entonces, que "esas fantasías en la completud fálica" son las que mueven y encauzan, en la mujer, al ser femenino, y que permiten que el hombre ofrrezca su masculinidad, siempre y cuando él mismo haya superado los efectos de la "roca de base" sin mayores avatares y soportado, por consiguiente, la travesía de la pasividad sin sentirse atrapado en la femineidad. Entonces sí, frente a una mujer fálica, que vela por su incompletud con sabiduría, el hombre se dejará seducir y ejercerá su masculinidad marcada por la castración.

Vemos que la castración permite el ejercicio de la sexualidad y no lo impide, como mal se entiende en algunas conversaciones entre analistas. Es más, sólo la castración permite que la mujer sea femenina y el hombre masculino.

III

Aunque nunca le haya resultado fácil el ejercicio de la sexualidad, el hombre de hoy se encuentra desorientado, desarticulado y, ¿por qué no decirlo?, perplejo ante los avances profesionales, sociales y políticos de la mujer en la sociedad de nuestros días. Ese movimiento lo habría descolocado del lugar habitual de "señor de la casa" y ubicado en el lugar de "señor de la nada" (Francischelli, 2000, p. 328).

Es una forma sintética de plantear la vieja cuestión del hombre frente a la mujer. Como si siempre fuese su primera vez, lleno de miedo, pero, por efecto de la cultura machista, tuviese que mostrar coraje, valor y vigor, aunque su corazón latiera fuera de ritmo.

Queremos invitar a una reflexión sobre otras consecuencias, en este caso, sobre las ocasionadas por las diferencias fisiológicas existentes entre hombres y mujeres. El hombre, para "ser", tiene que renunciar a su identidad primaria y "hacer" alguna cosa: la erección. La mujer ya "es", y lo es, tal como lo señalamos, desde la identificación prehistórica con la madre. La masculinidad debe revalorizarse constantemente... y no solamente en el nivel genital (Piterbarg, 1997).

Además de considerar otros efectos diferentes en el hombre en relación con la mujer, el autor explica que sólo en un segundo tiempo acontecen los efectos del complejo de Edipo y de castración, como fueron teorizados por Freud en el campo psicoanalítico. Dice "entendemos como 'nueva' la estructura sexual de la masculinidad, por su condición de secundaria con referencia a la femineidad" (ibídem).

Señalaremos también de ese texto las siguientes frases: "El hombre hace su 'identidad'. Crece defendiéndola con temor de mostrar cualquier rasgo femenino, incluyendo la ternura y la pasividad. Pensamos que la masculinidad o el hombre, por qué no, como construcción secundaria, exige o es llamado a sustentar su identidad" (ibídem).

"Las diferencias fisiológicas a las que nos referimos tienen importancia crucial para diferenciar en el psiquismo los temores femeninos de los masculinos. Pensamos que, aun sin evidencias en la conciencia, el temor al fracaso de la erección es universal, y se manifiesta en el sujeto masculino por su incesante búsqueda de revalidar conquistas, éxitos, emprendimientos y, también, por sus hazañas genitales" (ibídem).

Esas ideas son como las aguas de los ríos que corren hacia el mar, en la medida en que ellas se confunden con las fantasías ilusorias de un priapismo en el psiquismo del hombre, para alejarlo de toda pasividad o, en líneas generales, de una eventual crisis durante la erección.

Sería un fantasma fundamental, tal vez utilizado como medida protectora, para lidiar con aquello que Piterbarg llama el "temor del fracaso universal", por más que ocurra en las mejores familias. Un poco de humor para enfrentar las dificultades, como lo hizo Freud cuando dijo, ante la quema de sus libros por parte de la inteligencia nazista: "*Suerte que ahora nos queman los libros, en otras épocas quemaban a los autores.*" De todos modos, eso no deja de colocar en la mesa de discusión las vicisitudes de la sexualidad masculina.

A su vez, en la mujer, no por ser más simple, todo se acciona con la pregunta hecha por Freud, "*¿qué desea una mujer?*", lo que aún hoy es una pregunta sin respuesta definitiva. En relación con el hombre, quedaría la imagen de su lucha diaria para mantener una imagen masculina. En cada escenario, privado o público, el hombre se está, permanentemente, autocuestionando sobre sus valores masculinos. De ahí a la construcción de una "teoría" del machismo restaría sólo un paso, que serviría para distanciarse de esa idea que acosa al ser masculino de sus eventuales fallas, particularmente en el campo de la erección. Al

final de cuentas, el hombre es un niño que creció, según la versión de un paciente.

Hoy, tal vez más que nunca, esa batalla ocupa un lugar importante en el campo laboral, donde el desempleo es una amenaza tan importante. Tal vez, tan importante como los pensamientos sobre su erección. "El hombre, injuriada su potencia ubicada en el lugar del 'señor', siente peligrar su sexualidad" (Wernick, 2001, p. 387), destino de quienes fracasan en las atribuciones masculinas que la cultura determina y exige.

IV

La teoría clásica de Freud, respetando las explicaciones de Piterbarg, parecería apuntar a resultados muy afines. La castración, como decíamos antes, es la operación que permite al hombre el ejercicio efectivo de su sexualidad. Al ver prohibido el incesto y el parricidio, lo libera para las otras mujeres, fuera de la endogamia. Sin embargo y, al mismo tiempo, el complejo de castración, comanda una operación, con una determinada lógica, donde la psicosexualidad no puede todo, en el sentido que le atribuimos, por ejemplo, al priapismo.

"El complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibiciones y limitaciones de la masculinidad" (Freud, 1925, p. 275). Destacamos esas "limitaciones de la masculinidad", donde esa masculinidad no puede ser plena. Si así fuera el caso, caeríamos en esa corriente de priapismo que estamos utilizando como un nuevo ángulo de mirada del narcisismo primario de la masculinidad. Pero, en ese túnel, no se establecería la sexualidad humana. Ésta sólo acontece, como lo defiende el psicoanálisis, con las marcas de la castración, que deja agujeros representados por los fantasmas de la impotencia. Son las marcas de la sexualidad castrada, la única posible.

"Lo que los otros varones precisan y deben empeñarse en conseguir no exige del fetichista trabajo alguno" (Freud, 1927, p. 149).

Esa carencia de trabajo para el fetichista ocurre porque, a través del fetiche, él le da un rodeo a la "amenaza" de castración. Ésta no presenta tanta fuerza como la que el hombre común va a tener que enfrentar y a la cual tendrá que "ponerle el cuerpo".* El fetichista, a través del fetiche y a pesar de que en cierto sentido quede preso de ese objeto, va a realizar una economía psíquica frente al complejo de castración, economía que no lleva a cabo el llamado neurótico común. Éste, por el contrario, necesita del trabajo psíquico para vivir los avatares de las amenazas que nacen del complejo de castración.

* En el original, "soportar no osso do peito", expresión que significa enfrentar un problema "poniendo el cuerpo, a lo macho, con valor y coraje".

El fetichismo nos parece un bello testimonio de los efectos en el hombre común, en el neurótico de nuestro tiempo, si es que aún existe, de las vicisitudes de la castración, que tanto el hombre como la mujer encuentran a su paso en el proceso de crecimiento psíquico. A través del fetichismo, encontramos un particular camino como forma de caracterizar e inferir los efectos del complejo de castración, aunque sea indirectamente. "La angustia frente al padre es lo que vuelve inadmisible el odio a él; la castración es terrorífica, tanto en su condición de castigo como en la del precio por el amor", dice Freud (1928, p. 181) en sus comentarios sobre Dostoiesvski.

Aquí queremos marcar ese "como en la del precio por el amor", que constituiría la posición femenina del niño frente al padre, que se ofrece femeninamente, por el sentimiento de culpa nacido del odio al padre, surgido en el complejo de Edipo positivo.

Freud, en la misma página, advierte que ese "noviazgo" del hijo con el padre nace como un sentimiento que surge desde el interior de la vida psíquica y, por eso mismo, explica que el superyó se transformó en sádico, o sea, en femeninamente pasivo.

Parecería, entonces, que para el hombre es siempre más fácil trabajar con la agresión que con la ternura, ya que ésta siempre lo lleva a encontrarse con los componentes pasivos, vale decir, con los elementos femeninos de su alma que, en la mayoría de las ocasiones, le causan terror.

Destacamos estos fragmentos freudianos y de otros autores para mostrar las dificultades que el niño encuentra en el ejercicio de su masculinidad atravesada por el cuerpo anatómico. Representa todo un trabajo psíquico que debe realizar desde niño para transformar su masculinidad anatómica en una masculinidad psíquica y para alcanzar una psicosexualidad decididamente masculina.

"El deseo sexual es, en efecto, lo que sirve al hombre para historizarse, mientras es en ese nivel donde por primera vez se introduce la ley", dice Lacan (1956, p. 225). La ley de la castración quiebra y rompe el priapismo, marca del narcisismo primario. En otras palabras, la ley de la castración será la salida del yo ideal para ingresar en el ideal del yo/superyó, lo que daría lugar a la historización en el marco del juego generacional.

Bibliografía

Bartucci, G. (2001): *Zero Hora* (Suplemento Cultura), 22 de diciembre.

Francischelli, L. A (2000): *Análisis terminable e interminable y el año 2000. La clínica*, trabajo presentado en el XXVIII Congreso Interno y XXXVIII Symposium, APA.

Francischelli, L. A. (2001): *La práctica teórica actual: inconsciente y sexualidad*, trabajo presentado en el XXIX Congreso Interno y XXXIX Symposium. APA.

Freud, S. (1925): *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, Buenos Aires, AE, XIX.

Freud, S. (1926): *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, Buenos Aires, AE, XX.

Freud, S. (1927): "Fetichismo", Buenos Aires, AE, XXI.

Freud, S. (1928): "Dostoiesvsky y el parricidio", Buenos Aires, AE, XXI.

Freud, S. (1937): "Análisis terminable e interminable", Buenos Aires, AE, XXIII.

Lacan, J. (1956): *Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. (1958): *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós.

Piterbarg, J. S. (1997): *El hombre cónchico*, Buenos Aires, Héctor Dinsmann Editor.

Piterbarg, J. S. (2001): *La práctica teórica actual: inconsciente y sexualidad*, trabajo presentado en el XXIX Congreso Interno y el XXXIX Symposium, APA.

Wernick, L. P. R. (2001): *Desocupación, una crisis conyugal y psicosomática*, trabajo presentado en el XXIX Congreso Interno y el XXXIX Symposium. APA.

Creencias religiosas atípicas (Configuraciones umbandas en un proceso analítico*)

Carmen Médici de Steiner

Algunos meses después de haber comenzado el proceso analítico, Alicia, con cierto temor y desconfianza, comenta que su madre es médium y que tiene una función importante dentro de la religión umbanda. Algunas personas la consultan diariamente para la toma de decisiones en lo afectivo, laboral, profesional, económico y académico, y le solicitan sus *"pases"*. Entre los consultantes, se encuentra la paciente, que acude a su madre hasta el presente para tener informaciones acerca de tales asuntos. Los pases, aclara la paciente, implican un "estado de trance" durante el cual la madre toma contacto con los espíritus.**

* Material correspondiente a una supervisión curricular, siendo el psicoanalista en formación Nelson Gottlieb y la supervisora Carmen Médici de Steiner. Fecha de comienzo: febrero de 1997.

** *Umbanda:* religión con raíces afroumbandistas y bases altruistas, morales y espirituales. A través de las décadas, ha buscado las formas de la religión católica, lo que resultó en un sincretismo entre ambas corrientes, aunque los africanos jamás abandonaron sus creencias y dogmas. Sus seguidores no la consideran magia ni hechicería sino una religión. Se trata de un modelo transcultural, que contiene un poco de varias etnias y religiones. En Uruguay, es la unión o mezcla de tres diferentes religiones, la del africano (cultura yoruba), el espiritismo y el hinduismo, a las que se suman costumbres religiosas de los indios americanos. Su verdadero fin es solucionar los problemas cotidianos. En el hoy y el ahora, con palabras simples y directas, transmite fraternidad, paciencia y consuelo, sin recriminaciones ni cuestionamientos. En su mundo espiritual, no existe el diablo o el demonio. Su Dios creador y supremo es Olorum pero, como está distante de los problemas terrenales, aparecen los dioses de los elementos (Hierro, Trueno, Tierra, Montes, etc.), llamados orixás. Son siete, y en nuestro medio la más conocida es Iemanjá, diosa de las Aguas (Ayala, 1994, 1995, 1998). *Médium, psíquico o chamán* es un mediador o medio entre el mundo de los espíritus y el mundo material. Gracias a su *sentido psíquico o sexto sentido*, pueden prevenir y ayudar a las personas a superar las dificultades. Tienen sentimientos elevados y aspiran a mejorar la vida humana. En el Movimiento Umbanda, son muy importantes. Como fundamentos tienen el principio de honestidad y el conocimiento de enfrentarse a fuerzas que pueden absorber su capacidad intelectual y motriz. Existen distintos tipos de médiums, conforme con el desarrollo de la facultad de intermediar: el médium existe si existe la facultad. Tal facultad es la que se conoce como sentido psíquico o sexto sentido. No se considera un poder sobrenatural, sino un sentido natural con grados distintos. En Europa y Estados Unidos, existen los detectives psíquicos, que ayudan a localizar culpables de crímenes, violaciones y secuestros. En la cristiandad, en los tiempos bíblicos, se denominaba Espíritu Santo: la esencia

Además de los pases, la madre utilizaba cartas de tarot, y Alicia había presenciado cómo diagnosticaba enfermedades cardiovasculares y alteraciones en la presión, que luego eran confirmadas durante el peritaje médico. Desde su infancia había vivido rodeada de tales creencias y en alguna oportunidad, cuando los espíritus se "comunicaban" en portugués, oficiaba de traductora de las palabras emitidas por la madre en tal lengua.

El psicoanalista en formación expresa que Alicia fue transmitiendo tales experiencias con cierta reticencia, ya que suponía que "mi pensamiento científico" rechazaba toda esas creencias y que la iba a "condenar" por desconocimiento e incomprensión de todo lo que contaba. "Debo decir que me producía una profunda curiosidad todo el sistema por el cual la madre ayudaba a los que la consultaban. Me hizo acordar a un artículo de C. Lévi-Strauss, "La eficacia simbólica" (1958), donde describe el papel que tenían los brujos en otras civilizaciones. Allí se destaca el papel de la palabra en la cura y se ubica a los hechiceros como precursores de los psicoanalistas. Hechicera o bruja eran otras definiciones que designaban, según Alicia, los quehaceres de su madre. En una primera instancia, me abstuve de darles sentido a los relatos que la paciente realizaba tanto sobre los trances de su madre como de su habilidad para la lectura de las cartas."

En el ámbito universitario, Alicia ha vivenciado tales prácticas como contradictorias con su formación académica, y no ha sabido cómo integrarlas ni cómo transmitirlas a sus compañeros de estudio en medicina. Su religiosidad hacía que, en algunas circunstancias, se aislara de sus compañeros de facultad y, en otras, imaginara que estaba viviendo en dos mundos. Dos mundos sin contacto entre sí: el espiritista, que lo compartía con su madre y sus hermanos, y el científico, el de

que da poder a la Santísima Trinidad. En la Historia Sagrada, María, la madre de Jesús, es considerada una médium vidente y auditiva, pues ante ella apareció el Espíritu Santo, y solamente ella pudo verlo y oírlo. Los médiums se dividen en dos grupos: contacto (olfato, gusto, tacto) y distancia (oído, vista). Tales sentidos son los que le permiten al médium llegar al *estado de trance* o *incorporación*, durante el cual incorpora espíritus. Son los espíritus de personas que han fallecido recientemente y que vuelven más evolucionados para continuar su vida en la Tierra. Conforme con el predominio de los sentidos perceptivos, existen los médiums sensitivo, auditivo, parlante, vidente, sonámbulo, curandero y escribiente o neumatógrafo. La madre de Alicia sería una médium parlante: el espíritu utiliza sus órganos de la palabra para decir algo. El espíritu toma del médium su órgano más sensible y, cómo el médium está en estado inconsciente y no oye, se utilizan guías para hablar por ellos: conforme con sus relatos, Alicia ha actuado *como guía* de la madre cuando los espíritus hablaban en portugués y ella traducía sus palabras. *Pases o imposición de manos:* las manos actúan como una mediación entre lo somático y lo psíquico, para retirar malas influencias o energizar al consultante (magnetismo o bioenergía).

la Facultad de Medicina. Razones que la hacían reflexionar en que tenía dos modos de pensar incompatibles y vivir con gran angustia su religión frente a los compañeros de facultad. Regularmente, temía que, cuando lo supieran, la rechazaran por tales creencias.

Actualmente, tiene 33 años. Es una mujer atractiva, inteligente, sensible, con gran expresividad verbal, escasamente coqueta, y divertida. Consultó unos años atrás por dificultades en sus estudios y sus imposibilidades en establecer una pareja. Entre sus planteos iniciales había expresado que deseaba ser médico porque "mi don es hacer medicina." Sin embargo, ante sus fracasos en el ámbito universitario, había comenzado a darse cuenta de que ella misma creaba situaciones que la "trababan" y la paralizaban mentalmente. Durante una sesión comenta: "Una cosa es tener enemigos externos y otra es tener enemigos internos."

Una y otra vez ha reconocido sus temores a las relaciones sexuales y su estado de alerta ante un posible acercamiento sexual. Y, si bien durante el tratamiento ha logrado terminar su carrera y recibirse de médica, en lo sexual continúa aún sin haber alcanzado una experiencia. Oculta tras la dificultad de acercarse a los hombres estaba la estrecha relación con su madre. Los acercamientos a los hombres tenían un lado de amenaza para la relación con su madre. Tenía mucho miedo de perderla y sentía que acercarse a un hombre era alejarse de su madre.

"Obviamente —comenta su psicoanalista—, transferencialmente esto me abarcaba porque, unido a su capacidad para escuchar las interpretaciones e intervenciones, mantenía una peculiar distancia con respecto a ellas. En general, luego de alguna intervención mía, ocurría que quedaba callada o retomaba otro tema anterior." En algunas oportunidades, se habían analizado sus fantasías y sensaciones sexuales hacia algunas compañeras de facultad.

Alicia había nacido en un departamento fronterizo con Brasil, en el cual vivió hasta su adolescencia (16 años), y en distintas oportunidades expresó su gran rechazo hacia su ciudad natal; rechazo ligado a sus experiencias infantiles y adolescentes adentro y afuera del ámbito familiar. Uno de sus malos recuerdos estaba basado en la impresión de que "todos sabían de todos". Todos parecían saber lo que el otro guardaba en su mente. Y, entre tales personas, incluía a su madre.

Sus padres habían nacido en el mismo lugar y, mientras la madre provenía de un hogar humilde, su padre era hijo de estancieros. Su padre murió cuando ella tenía 12 años, y en algunas situaciones analíticas había evocado cómo el padre había comprado un equipo de música cuando no tenían dinero para la ropa y el material escolar que ella y sus hermanos estaban necesitando con urgencia para iniciar el ciclo escolar. Tiene un hermano mellizo y otro mayor que ellos. Recuerda

que, durante los paseos con su padre, él manifestaba ideas que la desconcertaban acerca de las mujeres, al hacer comentarios sexuales en los que aludía a su descontento con su madre y sus anhelos y fantasías hacia otras mujeres: "¿Cómo puede haber mujeres insatisfechas estando yo?"

Alega tener una relación estrecha con la madre. Cuando ella tenía 18 años, su madre vino a vivir a Montevideo y la paciente comenta que, así como su abuelo materno era un jugador compulsivo, la madre también lo era. En la adolescencia de Alicia, la madre había apostado y perdido la casa familiar en un juego de ruleta. Después de la muerte del padre, su madre sólo ha tenido relaciones sexuales con hombres casados y en una oportunidad, con un amigo de su hijo, de la misma edad. Tanto las conductas hacia los hombres como hacia el casino estaban cargadas de descontrol.

Configuraciones umbandas en un proceso analítico

Trataremos de transmitir algunas disyuntivas y conjeturas que, durante el proceso psicoanalítico y el proceso de supervisión, se hilvanaron acerca de las fantasías, los pensamientos y las emociones de Alicia hacia su sexualidad y sus figuras parentales, en las cuales se infería la presencia de representaciones y significaciones umbandas. Y, así como la religión umbanda había introducido, desde períodos tempranos, contenidos y rituales en su psiquismo, desde que la paciente había hablado de su creencia en la situación analítica, ellos se fueron introduciendo en la mente de ambos psicoanalistas, más allá de las posturas teológicas de cada uno y de sus posibles resonancias. Coincidimos en considerarla una temática inquietante al estar sostenida en un sistema religioso poseedor de valores increíbles y creíbles. Incompartibles y compartibles. Conocidos y desconocidos.

Ahora, ¿cómo entender la abstención en la búsqueda de sentidos que por un momento ocurrió en la mente del psicoanalista, cuando la paciente le hablaba de los estado de trance y la habilidad para la lectura de las cartas de su madre? ¿Acaso por la presencia de preconceptos, descreimientos o desvalorizaciones atribuibles a nuestro pensamiento científico? ¿O se trataba del impacto de la ajenidad y de la novedad de una doctrina atípica dentro de la situación analítica, en nuestro medio, que si bien se viene albergando en nuestra cultura desde la aparición de esclavos africanos, raramente es abordada en el espacio analítico?

Si bien, como analistas, habitualmente tenemos una predisposición para recibir el impacto de la ajenidad y de la novedad que proviene de lo inconsciente, de lo transferencial y de la cultura, tal impacto está,

mayoritariamente, ausente cuando escuchamos creencias y rituales de las doctrinas religiosas tradicionales: catolicismo, judaísmo, evangelismo protestante; otras o ninguna. Se trata de materiales que no suscitan tambaleos en la abstinencia y la neutralidad. De este modo, se tornaba imperioso sostener el impacto acontecido ante la temática que nos ocupa, dentro una laica abstinencia y neutralidad que contuviera y organizara el impacto de la ajenidad y de la novedad que implica incursionar en tal sistema religioso *dentro del marco analítico*.*

El psicoanalista de Alicia expresa: "Tal vez el impacto de lo diferente, de lo no compartido, del desconocimiento del mundo religioso de la paciente, nos hace sentirnos excluidos, y genera hacia sus ideas sentimientos de desvalorización y de alejamiento que ponen en riesgo la abstinencia y la neutralidad. La imprescindible laica abstinencia y neutralidad que disminuyera el impacto de la ajenidad y de la novedad y diera lugar a la aparición de lo diferente [...]. Seguramente, cuando la escuché por primera vez hablar de su creencia, me sentí una vez más excluido. Excluido por lo diferente de la religión y por haber traído el tema unos meses después de comenzado el tratamiento, marcando un lugar en lo transferencial, donde tuvo que dejar afuera una parte de su vida. Esta exclusión generó una cierta molestia y fastidio que, una vez pensados en la supervisión, dejó libre mi curiosidad analítica. Y pude conectarme con esa parte de la paciente que aparecía vedada. Aspecto que, durante un tiempo, lo habíamos comprendido como favorecedor de la relación tan estrecha con la madre, del alejamiento hacia mí y de sus manifestaciones y fantasías histéricas."

Como un modo de encontrar una forma de explorar la realidad psíquica y la realidad material de la paciente, y abiertos a lo nuevo, comenzamos, por un lado, a aceptar las palabras de Alicia acerca del desconocimiento y la incomprensión que sospecha que existe en la mente de su psicoanalista (y de muchos psicoanalistas) hacia el movimiento umbanda y, por otro, que era necesario quebrar tal desconocimiento y lanzarnos hacia el conocimiento de su marco religioso a través de múltiples lecturas. Probablemente, a través de tal proceso, el espectro de las representaciones y los significados de su creencia, ligados a la sexualidad y a las relaciones objetales, albergados en su realidad psíquica y en su realidad material, alcanzarían un lugar distinto en su mente y en las nuestras. Y, además, teníamos que aproximarnos a otro de sus dolorosos conflictos psíquicos: la contradicción de su doble per-

* Conforme con las últimas estadísticas realizadas en Uruguay, la religión umbanda, incluyendo los cultos africanos, está en segundo lugar. En primer lugar, se encuentra el catolicismo, y en tercer lugar, el judaísmo. El evangelismo protestante está en cuarto lugar.

tenencia en lo científico y en el espiritismo que, según sus expresiones, no tienen *contacto* entre sí.

Trataremos de acercar una visión absolutamente parcial del vasto panorama de simbolizaciones y sentidos en el cual los tres nos introdujimos.

Desde los "pases". Entre las manifestaciones de la paciente, está aún su permanente demanda de *pases*. Si bien, desde la perspectiva de su creencia, la madre estaría "retirando las malas influencias y energizando su cuerpo", desde la perspectiva psicoanalítica pudimos descubrir que expresaba sus deseos de ser tocada. Cotidiana y regularmente atendida y mirada en lo afectivo y erógeno. Reconocida en su dimensión psíquica y corporal. Se trataba de una demanda que encerraba un doloroso conflicto: ser reconocida como niña, como mujer y como creyente. Conflicto que se desplegaba en lo sexual y relacional.

Casi a fines del año pasado, durante una sesión, relata: "En estas últimas semanas está todo el día machacando en mi mente el tema sexual. Yo me doy cuenta por ejemplo... No sé por qué me cuesta contarle esta parte. Yo estaba en casa y tomé un pase con mi madre. Hay dos cosas que me cuesta manejar y compartir: las cosas que siento por los hombres con mi madre. Es muy metida. Me da línea y eso me molesta horrible. A veces, me pasan cosas y no las comparto con ella... En este período... muchas cosas que me pasan puedo identificarlas, pero cuando me pasa esto... Es como una parálisis. Tengo la sensación de estar frente a una pared. Es una recurrencia a los pensamientos sexuales. Me estoy pegando contra una pared porque no puedo encontrar qué más desenredar." En unas sesiones posteriores, el psicoanalista le pregunta cómo está relacionando sus problemas sexuales con la dependencia que siente hacia su madre. "Me da la impresión de que deposito mis cosas en ella y la veo como responsable que no pueda con las cosas afectivas y sexuales. Ella nunca fue feliz sexualmente. Me paso luchando contra las consignas y los dichos de mi madre. Siempre tuvo experiencias nefastas... ¡Es tan difícil tirarse las cartas con alguien conocido, y más si es tu madre! Ella toma partido en todo. Le pregunté sobre la posibilidad de dar un concurso para cambiar de grado o empezar una especialidad. ¿Cómo ves esto en tus cartas? Y mi madre me responde: 'Te veo con mucho trabajo, pero si tienes un compañero... bueno... no sé.' Con un marcado tono de objeción. Parece que tengo que elegir entre el trabajo y un compañero. Eso no lo puedo aceptar. Como si fuera una opción religiosa. Si tengo un compañero, entonces no puedo hacer nada más."

En otra sesión: "Llamamos a una Pomba Gira que me dijo que Daniel no había encontrado a la mujer de su vida. Una cosa que es un defecto que tengo es que, cuando me dicen algo, me dedico sólo a eso...

Me enojo y me siento una inválida sexual."

Si bien la paciente actualmente puede expresar sus cuestionamientos y enojo hacia la madre, y vivenciarse como una "inválida sexual", continúa expresando que, por un lado, tiene temor de ser tocada por un hombre y, por otro, si se relaciona con un hombre, tiene temor de dejar de ser tocada por la madre. De alejarse y perderla en el sostenimiento que en lo subjetivo y objetivo experimenta cuando siente que es tocada por ella. Una de las dudas: ¿la demanda de sostén es hacia la mamá médium o hacia la mamá no médium?

Desde lo narcisístico. A través de sus palabras, nos acercamos a distintas y patológicas identificaciones narcisistas con la figura materna, donde lo espiritista y la sexualidad quedan nuevamente vinculados. Así como la madre, durante los estados de trance, incorpora espíritus, objetos intangibles, Alicia incorpora objetos intangibles a través de la madre. Una y otra incorporan objetos descarnados y tienen dificultad o imposibilidad en incorporar objetos carnales, tal como acontece en la vida sexual de ambas. Consideremos una de las frases de la paciente, en las cuales alude a que su madre le comenta que tiene que elegir entre la carrera y un hombre: mientras una aparece destacándose en lo científico y otra en el espiritismo, ninguna ha logrado destacarse, metafóricamente hablando, en lo sexual. Y, así como la madre posee una particular facultad para la función de médium, Alicia, desde las sesiones iniciales, ha comentado que tiene un "don" para la medicina. Las dos quedan amalgamadas tanto en sus dificultades sexuales como en sus dones y facultades.

Desde la fantasmática edípica. Ésta ha sido pensada desde distintos enfoques. Por un lado, nos introducimos en la estructura edípica de un padre altamente desvalorizado, de una madre altamente valorizada y temida, y de una Alicia que alterna entre fantasías heterosexuales y homosexuales en los laberintos de un incesto positivo y negativo. Dentro de esa fantasmática, aparece su hermano mayor, también médium, hacia el cual expresa su angustia ante la posibilidad de ser tocada por él.

Por otro lado, el triángulo transferencial configurado por ella, la madre y el psicoanalista, donde hay dos que son "psíquicos". Y ambos son generadores de una sensación: estar atrapada en una permanente dinámica de acercamientos y distanciamientos hacia ellos. Aún hoy la paciente mantiene un estado de alerta en la búsqueda de "no ser tocada o penetrada" por los objetos-palabras de su analista como, en determinadas circunstancias, no quiere ser tocada o penetrada, o incorporada por las "manos" y las palabras de su madre: "Es muy metida. Me da línea y eso me molesta horrible." Expresión que queda unida a otra de sus manifestaciones: "Una cosa es tener enemigos externos y otra es tener enemigos internos."

Por último, ¿es posible descuidar una posible estructura edípica omnipotente y grandiosa, impregnada con elementos de la religión umbanda que estaría configurada por ella, la madre y un orixá? Los únicos dioses que están más próximos a los hombres y a lo terrenal.

A modo de ilustración, la paciente es melliza de un varón y, en la leyenda umbanda, la diosa y orixá Iemanjá tiene, entre los miembros de su familia, una niña y un varón que son sus nietos mellizos enfáticamente preferidos, tanto que, en un momento del mito, piensa en matar a su propio hijo (padre de los mellizos), ante la eventualidad de perderlos por una decisión paterna.

Bibliografía

Ayala, A. (1994): *Iemanjá*, Montevideo, Arca.

Ayala, A. (1995): *Exú. El demonio africano*, Montivedeo, Arca.

Ayala, A. (1998): *Umbanda*, Montevideo, Arca.

Lévi-Strauss, C. (1958): "El hechicero y la magia: La eficacia simbólica", en *Antropología estructural*, Buenos Aires, EUDEBA, 1977.

Armando Ayala Angeamdo

¿La cuestión del género del analista establece acaso diferencia en la escucha y en el trabajo psicoanalítico?

*Maria Cristina Reis Amendoeira**

He elegido presentar y comentar las opiniones de algunos de los psicoanalistas de mi sociedad para participar de este foro sobre el género en la escucha y en el trabajo psicoanalítico.

Incluyendo a los miembros efectivos, invitados, asociados y alumnos, totalizamos 380 personas (67 % de mujeres y 33 % de hombres) de los cuales 38 (el 10 %), respondieron a la consulta que les dirigió el Consejo Científico a través de un enunciado: "El género establece diferencia en la escucha y en el trabajo psicoanalítico: ¿sí o no? Comente en no más de cinco líneas." El psicoanalista era identificado solamente por su edad y por su sexo.

Estos 38 psicoanalistas mantuvieron la misma proporción según el sexo, siendo 27 (70 %) mujeres de entre 35 y 70 años y 11 (30 %) hombres entre 44 y 69 años. El grupo masculino más grande era el que oscilaba entre 46 y 60 años, y el más grande de las mujeres, entre 46 y 53 años.

De la muestra, 26 (68 %) psicoanalistas (17 mujeres y 9 hombres) contestaron la pregunta positivamente, mientras que 9 (24 %) psicoanalistas (7 mujeres y 2 hombres) respondieron negativamente. En la muestra, 3 (8 %) psicoanalistas, todas mujeres (de 42, 43 y 50 años), dijeron tener dificultades para responder, positiva o negativamente.

¿El género establece diferencia?

Las respuestas afirmativas sobre la influencia del género coincidieron, básicamente, en que el género es uno de los elementos subjetivos de todas las personas y, desde luego, del analista. Consideraron que la construcción de la identidad de cada uno de nosotros a través de las identificaciones, las diferentes respuestas atribuidas al género, las fan-

* Miembro de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Río de Janeiro.

tasías inconscientes en relación con la escena primaria (que Freud analizó) serían distintas en hombres y en mujeres.

En el entrecruzamiento entre las subjetividades del paciente y las del analista, lo que pesa es la relación bipersonal, cuyas vicisitudes en la tranferencia y en la contratransferencia podrían ser transformadoras, en el caso de ser consideradas, valoradas y comprendidas. Este intercambio de identificaciones estaría, en parte, según una de las respuestas, "anclado" en la sexualidad, en las identidades de género de la pareja. Otro psicoanalista consideró que las elaboraciones personales del analista en relación con su propio género serían elementos muy importantes, pues el trabajo con los aspectos y las representaciones estaría siempre relacionado con las cuestiones de género. El género del analista favorecería, o no, la aparición y el predominio de determinadas fantasías y proyecciones.

La bisexualidad, los aspectos femeninos en los terapeutas masculinos y los aspectos masculinos en las terapeutas femeninas podrían interferir, e incluso ayudar, en determinadas circunstancias. Otra opinión recibida fue que "en el proceso transferencial, la femineidad o la masculinidad del analista pueden ser percibidas por el paciente. El analista debe tener una identidad capaz de soportar las diferencias y de simbolizar las similitudes sin confundirse, lo que dependería de la salud mental del analista".

El *establecer diferencias* ha sido subrayado por algunos como algo que no tiene un valor absoluto, que no es mejor ni peor, ni tampoco un obstáculo (si el analista no toma en consideración estos aspectos), y constituye una diferencia como tantas otras que intervienen en la relación analista-paciente: características del analista tales como su edad, experiencia, apariencia, cultura, ideología, creencias, etc. El analista está inserto en una referencia sociocultural de los géneros que se distingue en la formación de toda identidad y cuya trayectoria personal está marcada por la diferencia de género en nuestra cultura. Los factores culturales interfieren en la visión que un hombre tiene de las situaciones vivenciales de una mujer, pues el género determina el modo de mirar y aprehender el mundo.

La pareja analítica estaría influenciada por la herencia filogenética, biológica, cultural que interviene en la identidad. Las diferentes experiencias de vida, las diferencias biológicas generan vivencias emocionales distintas en cada sexo: la maternidad, la menopausia, la impotencia sexual, etc.

Según muchas opiniones, en su mayoría de mujeres, el género femenino tendría una capacidad mayor de escucha; la propia experiencia de la maternidad fue considerada como un factor que favorecería el trabajo psicoanalítico en la mujer. El sexo femenino facilitaría la transferencia materna, especialmente en las patologías graves que evidencian conflictos desde los primeros años de vida. Se subraya la mayor capacidad empática en la mujer.

La mujer también tendría mayor facilidad para mantener la posición receptiva del analista "por el modo de colocarse delante del deseo del otro". Surge una cita de Lacan, quien destaca la diferente trayectoria en relación con el falo y la castración; la mujer tendría una sensibilidad mayor ante el deseo del otro, que se traduce en la escucha: "Las mujeres pueden ser las mejores analistas, cuando no son las peores."

Una interesante investigación plantea la alta frecuencia con que las analistas de sexo femenino son requeridas por antiguos pacientes después del final del análisis, para contarles acerca de sus vidas, lo que no acontece con los colegas de sexo masculino; la investigación resalta este aspecto como una característica diferencial entre los géneros (Schachter y Brauer, 2002).

La función "analista" se independiza de su propio género pero, al mismo tiempo, existe una diferencia que surge a partir de ese mismo género.

Se plantea una pregunta provocativa: ¿el género produce diferencia en cualquier relación humana? Y, ¿en qué consiste la relación fuera del ámbito de la diferencia? ¿Qué diferencia es más importante que la del género? ¿El género establece diferencia en la crianza de los hijos?, ¿en la relación sexual? Sin duda alguna, uno de los factores que consolida la identidad de género es la percepción de la anatomía, de la fisiología de los órganos genitales y de una fuerza biológica además del estímulo de la actitud de padres, hermanos y otras personas relacionadas con el niño (Alizade, 2001).

¿El género no establece diferencia?

Para responder negativamente a la pregunta acerca de la incidencia del género en la relación analista-paciente, una colega se basó en su experiencia de análisis, en la que le fue posible, siendo mujer, abordar cuestiones relativas a la femineidad, a la sexualidad y a la identidad femenina con su psicoanalista, un hombre, en un nivel jamás alcanzado en análisis anteriores con psicoanalistas de su mismo sexo.

Otras cuestiones, además de la realidad del género, están relacionadas con el nivel simbólico. Pese a que las manifestaciones transferenciales puedan apoyarse en la figura real del analista, en el curso del proceso, las fantasías desencadenadas por la naturaleza regresiva de la situación analítica están basadas en primitivas relaciones de objeto. Si el trabajo analítico se realiza a través del inconsciente, el género no ha-

ce diferencia, puesto que se trabaja con la transferencia, la contratransferencia y las identificaciones proyectivas, se trate o no de fantasías edípicas. Aunque aceptemos esta argumentación, debemos preguntarnos: si el género marcase una diferencia para la escucha psicoanalítica, ¿dónde quedaría la fantasía del inconsciente? Podemos citar a Susan Isaacs cuando, discurriendo sobre la situación de transferencia, afirma:

"La personalidad, las actitudes e intervenciones, inclusive las características externas y el sexo del analista, *vistos y sentidos en la mente del paciente*, cambian de un día para el otro (o hasta de un momento a otro), de acuerdo con las transformaciones en la vida interior del paciente (sean provocadas por los comentarios del analista o por los sucesos externos). Resumiendo, *la relación del paciente con su analista es, prácticamente, una completa fantasía inconsciente*" (Isaacs, 1983).

La función continente puede y debe ser ofrecida por el analista, con sus cualidades de receptividad, independientemente del género. Los géneros están, según esta óptica, entrecruzados en todo momento en el campo analítico, y la escucha no es ni masculina ni femenina. Las identificaciones y las proyecciones no están determinadas por la anatomía.

Otro psicoanalista, fundamentando su respuesta, consideró que lo más importante en el trabajo analítico es la posibilidad de identificación con el sufrimiento ajeno, libertad para pensar, lo que implica el desarrollo de la función alfa, que determina la capacidad de cada persona de comunicarse consigo misma y con los demás.

El trabajo del análisis estaría marcado por la abstinencia del analista, y poco importaría si es hombre o mujer. Aunque consideremos la influencia de las cuestiones culturales, éstas no serían determinantes del hombre y de su identidad.

Se hace hincapié en la importancia de la personalidad del analista, en su capacidad de ejercer las distintas funciones demandadas por el paciente en los más diferentes momentos, así como en la importancia de la capacidad empática, de la que no todos los analistas harían uso para captar el mundo interno del paciente. La capacidad empática depende del mayor o menor grado de profundidad y transformación que el analista haya conseguido en su análisis personal. Antes que una cuestión de género, se trata de la persona del analista.

Sin concluir...

Las tres mujeres analistas que mostraron dificultades en responder acerca de la generalización entre uno y otro extremo, opinaron que se debía estudiar cada caso en su singularidad. La experiencia en tanto

seres humanos y el manojo de identificaciones y proyecciones son múltiples. Cada pareja, analista-analizado, es única.

El género puede o no facilitar la construcción de vínculos transferenciales, pero en ningún caso determina la calidad del análisis. Una buena escucha no depende del género.

La expresión "identidad de género" es representativa de la combinación de los factores biológicos, psicológicos, fisiológicos y genéticos. Juntos, contribuyen a la adquisición de la identidad, masculina o femenina. La dimensión cultural se manifiesta en el campo psicoanalítico.

Las respuestas (68 % afirmativas y 24 % negativas) sobre si el género hace diferencia en la escucha y en el trabajo psicoanalítico nos obligan a reflexionar acerca de estas cuestiones y, además, sobre el hecho de que en la mayoría de las respuestas no se consideró la conceptualización de la idea de género, lo que merecería un trabajo específicamente destinado al estudio de este tópico. Encontramos las mismas cuestiones: relativismo, subjetividad, heterogeneidad...

Bibliografía

Alizade, A. (2001): "Sexo y género en el proceso analitico", *http:fepal.grupodigital.com.uy*, 2 de diciembre.

Isaacs, S. (1983): "Naturaleza y función de la fantasía", en Melanie Klein y otros, *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.

Schachter, J. y Brauer, L. (2002): "The effect of the analyst's gender and other factors on post-termination patiente-analyst contact", *Int. J. Psychoanal.*, 82, 1123-1132.

Las organizaciones familiares en el contexto sociocultural actual

*Celia Katz de Eskenazi**

Entre todos los grupos humanos, la familia juega un rol primordial en la transmisión de la cultura, establece una continuidad psíquica, además de la biológica, entre las generaciones y, a su vez, está sujeta a cambios condicionados por los factores socioculturales de cada época.

La forma de la familia se amolda a las condiciones de vida que dominan en un lugar y en un tiempo dados. En el contexto sociocultural actual, en los países desarrollados, la familia tradicional está cambiando sus pautas, en función de los nuevos significantes sociales, con la misma velocidad que caracteriza los cambios vertiginosos que se suceden, en otros órdenes de la vida en este periodo histórico.

¿Qué entendemos por familia tradicional? Según Macklin, es aquella que postula un matrimonio legal permanente, sexualmente exclusivo entre un hombre y una mujer, con hijos, donde el hombre es el principal proveedor económico y la autoridad fundamental.

Los últimos estudios sobre hogares y familias en diferentes contextos sociales coinciden en señalar el incremento de familias "no tradicionales". Las separaciones, los divorcios, la formación de familias "reconstituidas" con hijos de matrimonios anteriores y también propios, la cohabitación previa o alternativa a la unión legal, el aumento de hogares donde la mujer es el principal sostén económico y la libertad sexual en ambos miembros de la pareja han modificado el modelo de familia nuclear.

No podemos perder de vista las significaciones imaginarias sociales, a partir de las cuales muchos hechos son socialmente representados y reflejados, y producen también transformaciones o reacciones en los individuos componentes de una sociedad determinada y en sus vínculos. Es por eso por lo que los procesos psíquicos internos no pueden ser aislados del contexto sociocultural en el que se producen y es necesario revaluar los factores sociales en las relaciones humanas, en general, y familiares, en particular.

Dice Elliot: "Las transformaciones de carácter social a las que asistimos en este fin de milenio penetran hasta el núcleo mismo de la experiencia psíquica y reestructuran las transacciones inconscientes entre los seres humanos de maneras nuevas y a menudo dramáticas."

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

A diferencia de los años de oro del racionalismo, que brindaban la euforia de imaginar un futuro gobernado por la razón y el conocimiento, en la sociedad contemporánea hay una disociación marcada entre el universo instrumental y el universo simbólico de la economía y la cultura. Hay un vacío social y político que dificulta que el hombre contemporáneo se construya como sujeto y, a su vez, se debilita también el rol esencial que juega la familia en cuanto a la constitución de la subjetividad.

Así como los modos racionales de pensamiento de la modernidad prometían la liberación con respecto a la irracionalidad de los mitos, supersticiones y religión, al abuso arbitrario del poder y a lo desconocido de la naturaleza humana, la posmodernidad nos arroja en la ambigüedad, la fragmentación y la incertidumbre. Los sueños utópicos de certeza y transparencia y los proyectos revolucionarios y románticos han dado paso a la fragmentación psicológica y al relativismo en cuanto a las verdades absolutas.

Lyotard define la condición posmoderna como la incredulidad con respecto a las metanarraciones. Quedan atrás los grandes relatos de la filosofía y las ciencias tradicionales; el acento no está puesto en las formas de pensamiento que promueven la universalidad y la uniformidad, sino en la acentuación de lo individual, lo diferente, lo personalizado (Lipovetsky).

¿Cómo se compatibiliza, entonces, este cambio de paradigmas, con la experiencia compartida que es la vida en familia, organizada según los ideales de la modernidad de disciplina y autoridad, donde lo que predomina es la endogamia y se adviene a la subjetividad con dogmas incuestionables e ideales absolutos?

Dice Freud, en "Introducción del narcisismo", que "el ideal del yo tiene, además de su parte individual, su parte social, es también el ideal común de una familia, de una clase, de una nación". Piera Aulagnier postula que "el individuo es asimismo su propio fin y, al mismo tiempo, miembro de una cadena a la cual debe sujetarse"; y agrega que "los padres constituyen al niño como portador de sus sueños, de sus deseos no realizados, y el narcisismo propio de aquél se apuntala sobre el de los padres". El ideal del yo es una formación común a la psique singular y a los conjuntos sociales.

¿Cuáles son los ideales comunes de los hijos, de los padres y de la sociedad actual? Se ha operado un cambio profundo en el imaginario social colectivo de nuestra época, que ha modificado la noción de qué es lo que constituye una familia, y por lo cual, al parecer, perdieron vigencia todos los viejos modelos.

En la actualidad, los ideales de esfuerzo y disciplina de fin de siglo, aplicados al estudio y al trabajo, son desmentidos por la profunda crisis que aqueja a la sociedad en su conjunto y a los grupos humanos, como la familia, en particular.

La familia actual tiene una mayor tendencia a la exogamia, lo que, unido a la fragmentación típica de la cultura posmoderna, condiciona una menor necesidad de compartir; y, como consecuencia, el conjunto se diluye en una suma de individualidades. La posmodernidad propone como ideal un sujeto tempranamente desligado de la familia nuclear y aun, a veces, de todo núcleo estable.

Un gran número de efectos psicológicos parece provenir de una declinación de la imagen paterna, declinación a la que no son ajenos tampoco los cambios socioeconómicos que aquejan actualmente a nuestra sociedad: entre ellos, la desocupación o la subocupación creciente, en grandes sectores, incluyendo la clase media, que generan sentimientos de impotencia y vergüenza, cuando no verdaderas depresiones o, por el contrario, actitudes violentas y reivindicatorias en el que hasta no hace mucho tiempo ostentaba el rol de jefe de la familia.

La denigración que supone para un hombre con valores tradicionales no poder cumplir con lo que socialmente se espera de él, a lo que se agrega, en algunos casos, verse obligado a desempeñar roles femeninos, ya que la mujer es la proveedora del hogar, refuerza sus sentimientos de desvalorización, y abdica de otros roles masculinos, como el ejercicio de la autoridad paterna, el control sobre los hijos y sobre la educación. En nuestra cultura, el dinero está asociado a la potencia. El hombre basa parte de su identidad en el hecho de ganar dinero y mantener a su familia, lo que genera un lugar de poder que pierde cuando esto no sucede. En la mujer, esto, a su vez, despierta respuestas contradictorias pues, no obstante aumentar su autoestima como consecuencia de su inserción en el mercado laboral y en "el mundo de los hombres", también conserva sentimientos fundados en la permanencia de los valores tradicionales acerca de la familia y la división de roles. La insatisfacción de ambos miembros de la pareja por este cambio de roles (que, muchas veces, no fue elegido, sino producto de las condiciones económicas adversas) trae como consecuencia violencia familiar, alcoholismo, infidelidades y separación conjugal.

Sin embargo, las familias no son necesariamente inestables ni disfuncionales por no adherir a los modelos tradicionales, y muchas veces estos cambios en los roles de género, aceptados por ambos cónyuges, generan familias atípicas, pero continentes y armónicas.

Por otra parte, no son sólo los factores económicos los que condicionan estas familias no tradicionales. También, los valores actuales, como priorizar el goce, el hedonismo, la inmediatez, la sexualidad *light*

con roles sexuales poco definidos, la permisibilidad, los lazos afectivos poco comprometidos, y los logros fundamentales que se han operado en cuanto al lugar que ocupa la mujer en la sociedad, han ido vaciando de significado el modelo de familia tipo nuclear.

Un fenómeno interesante es que muchos hombres han asumido por propia elección funciones antes delegadas a las mujeres e intervienen mucho más que antes en la crianza y la educación de los hijos. Esto es novedoso, pues aparece el padre no sólo como interdictor de la relación simbiótica del hijo con la madre (función paterna), sino también ejerciendo una función materna como aquélla de la madre con sus hijos. Al mismo tiempo, la mujer, más requerida por sus logros laborales y sociales, inviste cada vez más al mundo extrafamiliar, el hijo no es el proyecto vital por excelencia, hay un deseo de ser propio más allá del goce de la maternidad, sin menoscabo de ésta, pero sin resignar su propia realización.

Ya no hay oposición entre roles masculinos y femeninos, sino que éstos pueden ser asumidos por unos y otros, y compartidos. Los hombres asumen la crianza de los hijos voluntariamente y con placer. Los nuevos padres no se avergüenzan de ser tiernos y sensibles, valores atribuidos desde siempre a las mujeres, y éstas, a su vez, "gozan" sin culpa con la posibilidad de ocupar nuevos lugares fuera del hogar.

Hay un proceso de consolidación de los roles de género. Al mismo tiempo. las funciones materna y paterna no son tan polarizadas, se comparten e intercambian, y se reafirman las subjetividades femenina y masculina. Todo esto requiere una revisión de la representación cultural de la diferencia sexual y la búsqueda de nuevos significados para las organizaciones familiares "atípicas" que incorporan los nuevos valores.

También el derecho a la separación de los cónyuges y a la formación de nuevas parejas con nuevos hijos ("familias reconstituidas"), el derecho a la contracepción, los avances en la fertilidad asistida, el derecho a la maternidad fuera del matrimonio son monedas corrientes en la constitución de las familias actuales. El único matrimonio aceptado es aquel que da felicidad sin menoscabar la autonomía individual y el desarrollo personal.

Los conceptos de maternidad, paternidad y filiación han cambiado acorde con los métodos de procreación artificial; la maternidad y la paternidad sin relación sexual se han hecho posibles. Hay cada vez mayor derecho al hijo fuera de los lazos conyugales y de los roles preestablecidos. Como dije antes, ya no es necesario casarse para procrear ni tener una pareja heterosexual para tener hijos. Hay un debilitamiento de las normas codificadas. Louis Russel habla de familias "inciertas".

La laxitud en los roles paterno y materno, antes tan definidos y ads-

criptos a la diferencia sexual anatómica, puede dificultar a veces las identificaciones, y esto puede acompañarse de una crisis de identidad en los hijos que, al carecer de modelos identificatorios claros para organizar su propia sexualidad, buscan en lo real estos modelos. Por otra parte, los medios de comunicación, las modas y el hiperconsumo que se observa en la sociedad actual favorecen una negación de la frustración, una desmentida de la castración y un incremento de la demanda en detrimento del deseo, con el consiguiente perfil que vemos en algunos pacientes actuales, con tendencia a la actuación y a las adicciones consumistas de todo tipo.

Muchas familias actuales son subsidiarias de estas patologías.

Como contrapartida, puede aparecer en los padres una sensación de impotencia, de inutilidad que, a veces, es reemplazada por el autoritarismo o la violencia en un intento de recuperar la autoridad y el lugar de la ley.

Paradójicamente, los jóvenes cohabitan cada vez más tiempo con sus padres, los adolescentes postergan su entrada al mundo de los adultos y de las responsabilidades. Se trata de prolongar en lo posible la modalidad *light*, poco comprometida y cómoda, sin obligaciones típicas de la época.

¿Pensaríamos en el ocaso de la familia o, en todo caso, de la familia tradicional? ¿O estaríamos ante nuevos ropajes, nuevas formas de presentación coincidentes con nuevos imaginarios sociales?

¿Ha habido una disolución de la ética familiar? ¿O se trata de la aparición de otra ética, que debemos considerar más separada de la moral burguesa y religiosa?

La estructura familiar, no obstante, debe mantener una cierta invariabilidad que garantice la adquisición de subjetividad e identidad sexual, en cuanto es el primer lugar de encuentro con el otro, ese otro que también es el otro de la cultura y, por lo tanto, está marcado por los condicionamientos y los avatares histórico-sociales. El proceso de subjetivacion se vincula con el semejante, sin el cual el acceso al yo es imposible.

¿Estaría dificultada la subjetivación en las familias actuales? ¿Se producirían nuevas subjetividades?

El tabú del incesto y el parricidio, sobre el cual se instala la cultura, no puede ser transmitido sin una ley que marque lo permitido y lo prohibido y de la cual la familia, a través de la instancia paterna, es la única transmisora generacional posible. Sin embargo, recordando aquella frase que Freud toma de Goethe, "aquello que has heredado, tuyo has de hacerlo", creo que este sostén simbólico parental es retomado en cada generación, en cada familia y en cada contexto sociocultural, con ideales y deseos propios, donde la castración es asumida

(¿desmentida?) con ropajes diferentes, y la subjetividad se articula con la intersubjetividad y la trama social. Lo cierto es que la familia actual es una estructura más abierta, redefinida continuamente en relación con el medio, menos predecible y donde el adentro y el afuera familiar son menos rígidamente pautados.

¿Cómo encaramos los psicoanalistas estos cambios? ¿Cómo asumen los terapeutas de familia estos nuevos encuadres familiares y cómo el psicoanálisis puede indagar y operar terapéuticamente en ellos? Por lo pronto, creo que hay que revisar nuestros criterios de verdad y certeza, y nuestra propia ideología, teñidos de creencias y mitos, y aceptar la incertidumbre y el relativismo propios de la época actual.

La cultura contemporánea, con las nuevas tecnologías de la informática, la globalización, el consumismo exagerado, los cambios veloces y hasta cataclísmicos, y con la creciente sensación de fragmentación y pluralidad, nos lleva a repensar muchos aspectos de la teoría de la cura y de la técnica psicoanalítica, tanto en la práctica individual como en las terapias familiares. Ya no podemos seguir funcionando con un imaginario profesional acorde con los fundamentos racionales y absolutos de la modernidad. El pluralismo, la contingencia, la ambigüedad, la ambivalencia deben ser incluidos hoy como variables para tener en cuenta en el campo intersubjetivo y en la instalación de las relaciones transferenciales, y ayudarnos a entender y a tolerar un mayor grado de heterogeneidad e incertidumbre del que estábamos acostumbrados.

Estamos confrontados con una sociedad globalizada donde la sensación de ser parte de un todo tiñe la realidad y dificulta el proceso de reconocimiento de la alteridad, indispensable para adquirir la propia identidad.

Todo lo que sucede se debe siempre a la decisión de otro, a algo que pasa lejos de sí mismo y de su entorno. Como dice Alain Touraine, "somos a la vez de aquí y de todas partes, es decir de ninguna", y eso nos aliena.

Parecería que la construcción del sujeto estaría marcada por la lucha entre la globalización, que genera un falso sentimiento de pertenencia, y la verdadera identidad, que proporciona autonomía y el reconocimiento de sí mismo, y que sólo la familia, aun con sus características y adecuaciones actuales, puede garantizar y transmitir.

Bibliografía

Aulagnier, P. (1979): *Los destinos del placer*, Barcelona, Petrel.
Carlisky, N.; Katz de Eskenazi, C., y Kijak, M. (1998): *Vivir sin proyecto. Psicoanálisis y sociedad posmoderna*, Buenos Aires, Lumen.
Carlisky, N. y Katz de Eskenazi, C. (2000): *Resignación o desafío*, Buenos Aires, Lumen.
Castoriadis, C. (1993): *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets.
Elliot, A. y Spezzano, C. (1998): "El psicoanálisis en sus limites", *Rev. de Psicoanálisis*, APA, tomo LIV, N.° 2.
Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo", AE, t. XIV .
Geldstein, R. (1994): *Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, CENEP (informe de investigación).
Lipovetsky, G. (1986): *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
Lyotard, J. F. (1991): *La condición posmoderna*, Buenos Aires, REI.
Macklin, E. (1987): "Nontraditional family forms", en Sussman, Marvin B. y Suzanne K. Steinmetz (eds.).
Touraine, A. (1997): *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica Argentina.

De esclavo a heredero: camino de identificación y transmisión entre generaciones

*Ana Rosa C. Trachtenberg**
*Cynara Cezar Kopittke****
*Denise Z. Pereira****
*Maria Isabel Perez de Mattos*****
*Vera M. Chem***
*Vera Maria H. Pereira de Mello****

"El retrato no me responde,
me mira
y se contempla
en mis ojos polvorientos,
y en el cristal se multiplican
los parientes muertos y vivos,
ya no distingo los que se fueron,
de los que quedaron,
percibo solamente
la extraña idea de familia
viajando a través de la carne."

Carlos Drummond de Andrade

Este trabajo surgió como una tentativa de buscar, en la teoría clásica y contemporánea, elementos que pudiesen aclarar las dudas y las inquietudes que nos provocó el estudio de la transgeneracionalidad. La investigación, que se volvió imperiosa para nosotros, se refiere a la forma en que son transferidos los contenidos de un psiquismo al otro, atravesando generaciones y estructurando patologías.

Parafraseando a Freud, en su conocida afirmación sobre los sueños, podríamos decir que es la identificación, en sus más variadas formas,

* *Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre.*
** *Miembro asociado de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre.*
*** *Candidata egresada del Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre.*
**** *Profesora de la Universidad de Caxias do Sul (UCS).*

la "vía regia" (o prínceps) de transmisión de la vida psíquica entre los individuos y entre las generaciones.

Apoyándonos en esta afirmación, el estudio nos llevó a las ramificaciones que sufrió el concepto de identificación, tanto en Freud, Klein y Ferenczi, como en autores que centraron sus investigaciones en los problemas de la transmisión psíquica, como Abraham y Torok, René Kaës y Faimberg.

Los contenidos psíquicos pasibles de ser transferidos son, según Kaës (1997), las configuraciones de objetos (afectos, representaciones, fantasías), o sea, objetos provistos de sus enlaces, que incluyen sistemas de relación de objeto. Este autor distingue dos formas de transmisión: la *intersubjetiva*, orientada a contenidos que pueden ser transportados de un individuo a otro o de generación en generación; es un tipo de transmisión que transita en un espacio subjetivo, donde se respetan los espacios individuales y se enuncian las prohibiciones fundamentales, lo que posibilita a cada miembro del grupo familiar la actividad de representación. En cambio, la segunda, la transmisión *transpsíquica*, no respeta los límites y los espacios subjetivos; en ella predominan las exigencias narcisísticas.

La cuestión de la transmisión fue tratada por Freud en *Tótem y tabú* (1913), donde consideró que el poder de transmisión del tabú, considerado el código de leyes no escritas más antiguo de la humanidad, tiene, al mismo tiempo, el carácter de algo sagrado y de algo impuro, de donde proviene la prohibición de su violación. La idea del poder de transmisión por contagio queda explícita en las consecuencias que recibirán quienes violen las prohibiciones, como si toda la carga peligrosa del tabú se transfiriese para el transgresor. La fuerza grupal es, en ese caso, el vector estructurante de esas interdicciones necesarias para que la sociedad sobreviva, y el sujeto individual es considerado de manera precaria. Ese hombre primitivo queda totalmente sometido al grupo, dado que ciertas violaciones son castigadas con el desamparo (la exclusión del grupo) y la muerte.

El "maná" (poder atribuido al tabú) se relaciona con los poderes de la mente, o sea, con los poderes de los propios deseos prohibidos que son capaces de inducir a transgredir la prohibición. Esto es un ejemplo claro de *transmisión transpsíquica*, pues el poder del contagio y de destrucción atribuido al tótem, capaz de enfermar a quien lo toque, indica un tipo de transmisión donde los límites y los espacios psíquicos quedan abolidos.

En "Sobre el narcisismo: Una introducción", Freud (1914) ya había articulado el concepto de identificación, pero sin nombrarlo. Están allí, ya elaborados, los conceptos de identificación primaria y secundaria, y destacado el papel del psiquismo de los padres al transferir al bebé su narcisismo infantil, y reclamar que realice, en nombre de ellos, los deseos a los que tuvieron que renunciar.

La identificación narcisística elaborada en "Duelo y melancolía" (1917) ha sido uno de los ejes en los que se apoyan los trabajos sobre transmisión psíquica. La identificación que ocurre en la melancolía tiene su origen en una pérdida del objeto, elegido narcisísticamente y ambivalentemente amado. La libido que se invirtió en los objetos es retirada sobre el propio ego, y da origen a las autoacusaciones y al sentimiento de menosprecio presentes en lo melancólico. De ahí proviene la clásica afirmación: "La sombra del objeto cayó sobre el ego" (ib., p. 281). En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), Freud amplía el concepto de identificación y nos propone considerar la psicología de los grupos antes de detenernos en la psicología individual. El amor y la hipnosis resultarán de la idealización del objeto, cuando la libido narcisista desborda al objeto, y éste se convierte en el sucedáneo de algún ideal no alcanzado, lo cual provoca la humilde sujeción al objeto amado. En el amor hay una identificación con el objeto de cuyas propiedades el yo puede enriquecerse, al introyectarlas. En cambio, en la fascinación o servidumbre, el yo se empobreció y sustituyó su constituyente más importante por el objeto. La hipnosis cuenta con un elemento fundamental para su éxito: la parálisis, derivada de la relación entre alguien con poderes y alguien que está sin poder y *desamparado*. Así, el vínculo emocional y el desamparo del niño frente a sus progenitores parecen constituir, para Freud, los fundamentos más primitivos de los procesos de identificación, de donde emanan las transmisiones inconscientes, de un individuo a otro y de generación en generación, que forman la base del funcionamiento intrapsíquico.

Entre los discípulos de Freud, Ferenczi (1909, 1912, 1933) fue uno de los autores que más se dedicó a los estudios que conciernen a la identificación. La introyección, concepto creado por él, sería el camino hacia la identificación, que opera en un *ir y venir* entre lo narcisista y lo objetal, lo que implica una expansión del yo. Ferenczi describe la posición infantil de sumisión del niño al adulto, y la justifica por el hecho del niño como ser altamente sugestionable. El niño no puede dejar a un lado la ternura y, por eso mismo, se identifica con el adulto incluso en situaciones de agresión. Frente a vivencias traumáticas, el niño no se defiende; su personalidad débilmente desarrollada lo lleva a identificarse y tomar la realidad exterior haciéndola formar parte de su intrapsíquico. Este tipo de vivencia genera sentimientos, tan bien expresados en los versos de Pessoa:

"Vivo estéticamente en otro.
Esculpí mi vida como una estatua de materia ajena a mi ser.
A veces no me reconozco, tan exterior me ubiqué a mí mismo.

¿Quién soy, detrás de esta irrealidad?
No sé, debo ser alguien..."

En la actualidad, al pensar sobre los caminos de identificación y transmisión entre las generaciones, podemos encontrar continuidad con las ideas de Ferenczi. Lo que se transmite y es equivalente a un desplacer será absorbido por la generación siguiente, y se creará el encadenamiento transgeneracional de identificaciones descripto por los autores contemporáneos, especialmente por Abraham y Torok, precursores de los estudios sobre transgeneracionalidad, en la década del setenta, en Francia. Ellos buscaron una mayor distinción entre los fenómenos de identificación, introyección e incorporación.

La psicopatología nos enfrenta con una especie de legado transgeneracional en el que impera un funcionamiento narcisista que no respeta las diferencias ni los espacios subjetivos. Las herencias arcaicas pueden tornarse poderosas, en forma de fantasmas que habitan en uno o más miembros del grupo, predominantemente el familiar, debido a la imposibilidad de un duelo o por fallas en las reglas de filiación.

Partiendo de dos puntos diferentes, del duelo patológico, por un lado (Abraham y Torok), y de los trastornos del narcisismo, por otro (Faimberg), podemos acompañar a estos autores en una original y creativa descripción de conceptos que creemos complementarios. Naturalmente, duelo patológico y narcisismo están perfectamente entrelazados. Nosotros preferimos separarlos aquí, únicamente para resaltar lo que parece predominar en los referidos autores.

Para los primeros, el concepto de identificación tiene un papel secundario, mientras que el de introyección ocupa un lugar destacado. Consideran que "el resultado de la introyección es una relación con el objeto interno, mientras que la identificación es la designación de un lugar elegido momentáneamente por el sujeto, como domicilio" (Abraham y Torok, en Landa, 1999, p. 130).

Fernando Pessoa, en uno de sus poemas, lo confirma:

"Viven en nosotros innúmeros;
si pienso o siento ignoro
quién es el que piensa o siente.
Soy solamente el lugar
donde se siente o piensa.
Tengo más almas que una.
Hay más 'yos' que yo mismo.
Existo, sin embargo,
indiferente a todos.
Hazlos callar: yo hablo."

La identificación "es un proceso por el cual el sujeto puede trasladarse y ocupar diferentes posiciones" (Landa, 1999, p. 26), diferentemente de la introyección, que indica un terreno de conflictos entre el sujeto y el objeto, la problemática entre lo de adentro y lo de fuera, entre lo extranjero y lo propio.

El eje de las reflexiones y de los artículos de esos autores se refiere al duelo patológico y a la distinción entre introyección e incorporación.

Ellos consideran la introyección como "del orden del crecimiento", pues expande al yo y lo enriquece, introduciendo la libido inconsciente, anónima e intensa. Lo que es introyectado no es el objeto en sí, sino el conjunto de las pulsiones y de sus vicisitudes, de las que el yo es pretexto y mediador. La incorporación, afirman, tiene otro destino. Es la consecuencia de la pérdida del objeto "antes que los deseos a los que se refiere sean liberados" (Abraham y Torok, en Landa, 1999, p. 209), substituyendo a la introyección que no ocurrió. Es un proceso mágico, que obedece al principio del placer y se produce en un estado próximo al de la realización alucinante, con los autores.

Explican diciendo que las pérdidas narcisísticas que tienen la incorporación como destino son las que no pudieron ser confesadas como pérdidas. En esos casos, no se produjo la introyección del objeto perdido, y surgió la incorporación como una negación radical, pues el sujeto finge que nada fue perdido. Las palabras no dichas, las lágrimas no derramadas, las escenas no recordadas, son "tragadas y puestas en conserva". Ese duelo indecible instala en el interior del sujeto una sepultura secreta, que da origen a una urna, donde reposa, de una forma viva, el correlato objetal de la pérdida, como persona completa que volvió inviable la introyección. Se crea un mundo de fantasías, inconsciente, que posee una vida separada y oculta.

A partir de estas ideas, Abraham y Torok (apud Landa, 1999) formularon la metapsicología de la cripta, mostrándonos un sistema intratópico (entre PCS-CS) ocupado por lo que, a través de un mecanismo de incorporación, decantó en el sujeto a partir de un duelo mal elaborado. Descriptivamente, sería un espacio mental que posee algo potencial y probablemente pasible de ser diferenciado por el sujeto, separado de la restante vida psíquica.

Estos conceptos están expresados en los versos de Drummond en forma poética:

"Hay que renunciar a la búsqueda de todos.
No los encontraríamos, al encontrarlos.
Tener y no tener en nosotros un vaso sagrado,
un depósito, una presencia continua,
ésta es nuestra condición, mientras,
sin condiciones, transitamos

y juzgamos amar
y nos callamos.
O tal vez existamos solamente en ellos, que son prescindentes,
y nuestra existencia solamente es una forma impura de silencio,
que prefirieron."

Continuando con nuestro estudio del concepto de identificación, encontramos en Melanie Klein (1946) el concepto de identificación proyectiva, que consistiría en un mecanismo bastante primitivo, utilizado en su intensidad máxima en los primeros instantes de la vida, que se reactiva en los momentos regresivos. Estas relaciones presentan un carácter narcisista y serían precursoras de la identificación y no una identificación verdadera.

Pensamos que este movimiento puede ser percibido en los versos del poema "Convivencia", de Carlos Drummond de Andrade:

"Cada día que paso incorporo más esta verdad, de que ellos no viven sino en nosotros y por eso viven tan poco: con tantos intervalos, tan débilmente.

Fuera de nosotros tal vez dejaron de vivir, para lo que se llama tiempo.

Y esa eternidad negativa no nos devasta.
Por poco y mal que vivan, dentro de nosotros es vida sin embargo.
Y allá nos enfrentamos a la muerte, siempre con nosotros.

¡Pero cómo están lejos, al mismo tiempo que nuestros actuales habitantes
y nuestros huéspedes y nuestros tejidos y la circulación nuestra!
La más tenue forma exterior nos alcanza.
Lo próximo existe. El pájaro existe.
Y ellos también existen ¡pero qué oblicuos! E incluso sonriendo, como disfrazados..."

En los versos "¡Pero cómo están lejos, al mismo tiempo que nuestros actuales habitantes y nuestros huéspedes y nuestros tejidos y la circulación nuestra!", podemos observar el carácter de indiscriminación que el proceso de identificación proyectiva propone. Esa identificación tendría como resorte propulsor la tentativa del sujeto de liberarse de las partes de su *self*, frecuentemente sentidas como obstáculos, y de depositarlas en el objeto, de modo de poder controlarlo, poseyéndolo. A este movimiento de eyección de las partes del *self* en el objeto, que hace que no haya una delimitación clara entre el sujeto y el objeto, le podríamos atribuir la dimensión identificatoria del proceso (de identificación proyectiva), que tendría como característica ser de tipo

confusional, como bien la describe Drummond en el verso "fuera de nosotros tal vez dejaron de vivir, para lo que se llama tiempo". La cuestión de la ausencia del paso del tiempo está sugerida en este verso, y esto nos remite tanto al aspecto narcisista de la identificación proyectiva, como al aspecto de la identificación alienante, concepto de Haydée Faimberg (Kaës, Faimberg, 1996). En ambos conceptos observamos un movimiento que tiene como función evitar la separación, el paso del tiempo y la negación de la muerte.

Nuevamente Drummond nos inspira, a través de su poema "Preguntas":

"En una incierta hora fría
pregunté al fantasma
qué fuerza nos prendía,
él a mí, presumo
estar libre de todo,

yo a él, gaseoso,
sin embargo palpable
en la sombra que proyecta sobre mi ser entero:
uno a otro, cautivos
de ese mismo principio
o de ese enigma
que distrae o concentra
y renueva y matiza,
prolongándolo en el espacio,
una angustia en el tiempo."

Ahora reflexionaremos acerca de las elaboraciones teóricas de Faimberg (Kaës, Faimberg, 1996) sobre la identificación narcisista inconsciente alienante, mecanismo promotor del fenómeno descripto por la autora como el "télescopage de las generaciones". Teniendo como modelo las muñecas rusas —matryoscas—, que se van encajando una en la otra, vemos colocar el acento en la regulación narcisista (apropiación e intrusión) de los progenitores sobre sus descendientes, donde todo lo que merece ser amado es yo, y todo lo que no es aceptado en sí es no-yo. El paciente está identificado con la lucha intrapsíquica de sus padres, con su forma de solucionar los conflictos.

Pensando en una línea generacional, observamos que, a través de la transmisión tranpsíquica de un secreto, de una situación no vivenciada afectivamente (no representada, ni representable por el sujeto), que puede haber sido verbalizada o no, ocurre ese movimiento de una generación a la otra (involucrando tres), cuando el progenitor invade la mente de su hijo, parasitándolo activamente, con su propia dolorosa y diferen-

ciada historia, tornándolo cautivo de una historia que, por lo menos en parte, no es la suya. Estamos hablando de un cautiverio (separación, alienación y organización psíquica en torno a lo no-propio) que produce una pobreza y un vaciamiento psíquico, y en el que hay, paradójicamente, un "demasiado lleno", un objeto que jamás se ausenta.

El representante de esa generación-receptora de un acto psíquico que no es suyo termina por alienarse de su propio psiquismo; de receptor pasivo, sin embargo, se identifica solidariamente con esa parte de la historia de sus antepasados para cumplir con una finalidad narcisística propia. Nos referimos aquí al uso resistencial (en la vida y en la clínica) de este tipo de identificación, para negar la diferencia de generaciones y así negar la herida narcisista que esa diferencia representa en el conflicto edípico. Identificarse con un abuelo, y ser padre de su padre, y no hijo, por ejemplo, es la negación de la dolorosa exclusión de la escena primaria, así como de las ansiedades de castración.

A partir del fenómeno del encriptamiento, consecuencia de una relación narcisística entre sujeto y objeto, nos acercamos a la identificación proyectiva (uno de los mecanismos de defensa utilizados) y vemos que la cripta, al cabalgar, atraviesa generaciones y generaciones, e invade nuevas mentes cuidadosamente seleccionadas por el sujeto, tornándolas cautivas de la supuesta liberación del dolor mental de un antepasado.

De esa manera, nuestro prisionero perpetúa su condición de esclavo, en un tiempo circular, y establece vínculos que se oponen a toda representación, crea un vacío de relaciones de intersubjetividad. Estas identificaciones, inaudibles en la clínica por largos períodos, podrán oírse a través de la escucha de la escucha, de la escucha de la sorpresa, y de la clínica del malentendido. Así, al elaborar reconstrucciones interpretativas y auxiliar a nuestro esclavo para que encuentre el camino de su verdadero legado, de la elaboración de la diferencia de las generaciones y del paso del tiempo, le ofrecemos los instrumentos necesarios para que se libere, promueva nuevos movimientos identificatorios y, de ese modo, se transforme en un legítimo y creativo heredero.

Y, para concluir, un poco más de Drummond:

"En el vuelo que despliega,
saliente y melancólico,
rumbo a la eternidad,
él solamente responde
(si acaso es responder
a misterios, sumarles
un misterio, sumarles
un misterio más alto):

Amar, después de perder."

Bibliografía

Abraham, N. y Torok, M. (2003): *La cáscara y el carozo*, Buenos Aires, Amorrortu.

Drummond de Andrade, C. (2001): *Antologia poética*, Río de Janeiro, Record.

Etchegoyen, Horacio (1985): "Las vicisitudes de la identificación", *Publicaciones previas* al 34.° Congreso de API, Hamburgo, tomo XLII, n.° 1; *Revista de Psicoanálisis*, vol. 42, N.° 1, Buenos Aires, APA.

Faimberg, H. (1981): "El télescopage [encaje] de las generaciones", en Kaës, R.; Faimberg, H.; Henriquez, M., y Barones, J. J., *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

Faimberg, H. (1988): "A la escucha del télescopage de las generaciones: pertinencia psicoanalítica del concepto", en Kaës, R.; Faimberg, H.; Henriquez, M., y Barones, J. J.: *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

Faimberg, H. (2000): "Entrevista", *Psicanálise, Revista da Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre*, vol. 2, N.° 1.

Faimberg, H. (2001): *Gerações: mal-entendido e verdades históricas*, Porto Alegre, Criação Humana.

Ferenczi, S. (1909): "Transferencia e introyección", en *Psicoanálisis/Sándor Ferenczi*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981 *(Obras completas. Monografías de psicología normal y patológica; 17)*.

Ferenczi, S. (1912): "El concepto de introyección", en *Psicoanálisis/Sándor Ferenczi*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981 *(Obras completas. Monografías de psicología normal y patológica; 17)*.

Ferenczi, S. (1933): "Confusión de lengua entre los adultos y el niño", en *Psicoanálisis/Sándor Ferenczi*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981 *(Obras completas. Monografías de psicología normal y patológica; 17)*.

Freud, S. (1913): *Totem y tabú y otras obras* (1913-1914), Buenos Aires, Amorrortu, vol. 13, 1980.

Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo". en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (1914-1916), Buenos Aires, Amorrortu, vol. 14, 1979.

Freud, S. (1917): "Duelo y melancolía", en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (1914-1916), Buenos Aires, Amorrortu, vol. 14, 1979.

Freud, S. (1921): "Más allá del principio del placer", *Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras* (1920-1922), Buenos Aires, Amorrortu, vol. 18, 1979.

Kaës, R. (1996): "Introducción al concepto de transmisión psíquica en el pensamiento de Freud", en Kaës, R.; Faimberg, H.; Henriquez, M., y Barones, J. J., *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu.

Kaës, R. (1997): "Dispositivos psicoanalíticos y emergencias de lo generacional", en *Lo generacional*, Buenos Aires, Amorrortu.

Klein, M. (1935): "Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-

depresivos", en *Contribuciones al psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
Klein, M. (1940): "El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos", en *Contribuciones al psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1975.
Klein, M. (1946): "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides", en M. Klein; P. Heimann; S., Isaacs, y J. Rivière, *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1983.
Klein, M. (1955): "Sobre la identificación", en *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1976.
Landa, F. (1999): *Ensaio sobre a criação teórica em psicanálise*, San Pablo, UNES.
Pessoa, F. (1999): *Poesias*, L. & PM. Pocket.

Disturbios de la sexualidad

*Cecilia Sinay Millonschik**

Hablar de disturbios, alteraciones o perturbaciones de la sexualidad implica la idea de que hay una sexualidad normal. Recta, digamos. Y me pregunto quién y desde dónde puede establecer cuándo se produce el desvío. Como yo no soy ese quién, me gustaría, más vale, hablar de los distintos puntos de vista desde los cuales se puede pensar el asunto, o si existe alguna forma de establecer pautas en relación con el modo en que funciona, o los sentimientos que acompañan a la sexualidad humana. Es así como quiero compartir con ustedes distintas procupaciones o pensamientos que están conmigo cuando rondo alrededor de este tema.

La sexualidad puede abordarse, por ejemplo, desde la reproducción. Suponiendo que éste sea el objeto y el fin de la sexualidad, creo que es claro que hay dos sexos, dos gametas, una meiosis, una unión, una cría, una vida. Por lo tanto, aquí la cuestión es clara: disturbio es todo lo que no lleva allí. Lo normal es el coito heterosexual sin intermediación de anticonceptivos. Todo lo que se salga de allí puede ser anatematizado de uno u otro modo. El onanismo (originalmente, el masculino) está condenado por las Sagradas Escrituras desde tiempo inmemorial. Lo particularmente censurado era su aspecto anticonceptivo (derramarse en tierra), asunto que sigue siendo problemático para la ley y para la religión en la actualidad. Las idas y venidas éticas en torno del aborto, las fecundaciones artificiales y demás yerbas son hoy día objeto de una controversia que, de última, se refiere a la autoridad de cada uno de nosotros para decidir acerca de su progenie. He notado que lo que se censura especialmente es la actividad al respecto; por ejemplo, se nota una gran preocupación acerca de lo que tiene que ver con las decisiones activas en torno de la anticoncepción, pero no con las pasivas (al menos, en nuestra cultura). Es así como las leyes morales o religiosas condenan toda forma de anticoncepción, pero aceptan, y aun alientan, la abstinencia sexual que, de última, evita que los óvulos sean fecundados y que los espermatozoides los fecunden. Como despilfarro, me parece análogo, pero no sufre la misma condena moral. Esto nos habla, creo, de que ningún asunto de sexualidad humana puede pensarse fuera de la cultura; es decir: de las leyes, de los mandatos, de las cosmovisiones y de los prejuicios. Es por ello por lo que

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

haré el esfuerzo (que resultará parcial, con seguridad) de encarar el tema sin adherirme a lo que ya está pensado y sabido acerca de normalidad (aun por parte de nuestra teoría psicoanalítica), que también es (como lo señaló Freud con su habitual lucidez) ni más ni menos que una cosmovisión.

Me parece que, a esta altura, ya podemos empezar a hablar del placer y de la autodeterminación.

En lo que se refiere al placer, me pregunto con qué parámetros podemos, ahora, estipular cómo, quién y de qué manera puede o debe obtener placer. ¿Hay un fin o un objeto más normal que otro? ¿Tenemos derecho a establecer qué gusto, qué parte del cuerpo, qué tipo de contacto, qué persona, qué animal, qué planta, qué textura, qué color, qué sabor y qué sonido son normales?

Quizás, para pensarlo, apelaría a Eros y Tánatos. Sería normal lo que está a favor de la vida; es decir: lo que no daña. Todo bien, pero, entonces, entiendo aún menos. Me cuesta comprender por qué se hace tanto escándalo con la sexualidad y tan poco con la muerte. A qué viene tanta consideración acerca de si una pareja que se ama, placentera y benéficamente, sin hijos como resultado (porque los evita, porque es del mismo sexo, porque lo hace por un canal no coital o por lo que diablos fuere), y tanta distracción con la tala de un árbol, la guerra, el hambre o la extinción de las especies... Decididamente, estamos mirando para otro lado.

Si nos apartamos de los mandatos procreativos biológicos, ¿es el predominio de una u otra zona erógena lo que le da su cualidad de normal? ¿Es más normal un coito que un beso, una *fellatio* o una masturbación? ¿Por qué sí, por qué no? ¿Podemos establecerlo si no partimos de lo ya sabido, de lo ya indicado o descripto y dictaminado desde la teoría o desde los usos y costumbres?

Entrando en la dimensión humana del asunto, quiero decir que a mí la sexualidad me parece tanto más humana cuanto más se aleja de la procreación y más se acerca a la desesperación. Desesperación vinculada con la finitud, la falibilidad, la intemperie. Quiero decir que los humanos tenemos sexo como cualquier animal, por instinto y por contacto; pero también tenemos sexo en el orden de lo estrictamente humano; o sea, en el orden del deseo, de lo simbólico, de la pulsión, de como queramos llamar a ese plus, a ese *quantum* que no es sexo en el sexo. O que es sexo, pero entonces el sexo humano es también aferramiento al saber de que estamos vivos, que estamos sanos, que somos deseantes, que somos deseables, que no estamos solos, que aún no nos llegó la hora.

Más interesante que pensar en la sexualidad me resulta pensar por qué le damos tanta importancia a la sexualidad, al punto de haberla hecho pivote de nuestra teoría, en lugar de atender a otros aspectos: la muerte, la identidad, la capacidad de abstracción.

Y aquí entramos en un terreno que se va alejando del placer y se acerca al de la autodeterminación.

Yo creo que la tragedia del hombre es que es tiempo y lo sabe. Es tiempo y, por lo tanto, es finitud, es antes y después, es misterio. La sexualidad, como el comer, el oler un perfume, es uno de los placeres del transcurso, pero no su quid. Así es que lo que para una pareja heterosexual puede, en ocasiones, estar depositado en los hijos (vividos como continuidad de la propia existencia), en una pareja homosexual puede, en ocasiones, estar depositado en la no diferencia. Me parecen, en suma, dos modos de soslayar el límite: no hay algo que me impida ser lo que yo quiero ser cuando lo quiera ser, inmortal, totipotencial, infinito, sin dolor ni diferencia, sin soledad ni pérdida.

Creo que, en el terreno del sexo, pertenecemos a una generación que padece la liberación de una moral pacata y, por lo tanto, arrastra todos los entorpecimientos de la moral y de la liberación para comprender de manera mínimamente racional y sensible un asunto. Bueno, al menos intentarlo.

Toda ternura de un humano con un animal es bien vista, y aun alentada. No toda sexualidad. ¿Alguien me podría explicar cuál es la diferencia?

A veces creo que son esfuerzos desesperados por alcanzar certezas. Saber qué sí y qué no. Cuáles son los caminos para pertenecer. Por qué y porque. Esto y aquello.

Ahora necesito hablar de otros aspectos: el trasvestismo, por ejemplo. La moda, los disfraces, los uniformes, los hábitos son otras tantas formas de pertenecer o de quedar excluido de un grupo, de una época o de una cofradía. Una vez más diría: ¿cuál es la diferencia?

Algo que francamente me eriza es la transexualidad. Allí sí se entra, para mí, en el terreno de la destrucción, de la mutilación. Debo aclarar que pienso lo mismo de las cirugías estéticas, los *liftings*, las siliconas. Ustedes me disculparán, quizás, pero los considero una forma de mutilación de nuestra verdad. Uno puede decretar que no tiene el sexo que tiene, que no tiene la nariz que tiene o que no tiene la edad que tiene. Hoy el desarrollo desmesurado de la técnica nos permite eso y mucho más. Y mucho peor. ¿Dónde, una vez más, está el límite?

En ocasiones, me perturba o me irrita que alguien se autodefina: "Yo soy homosexual." Pero no por el sexo, por la certeza. Es como si enunciarse algo garantizara el dominio de la propia vida y de la propia identidad. Creo que todos somos más o menos homosexuales, heterosexuales, asexuales, hipersexuales; según momentos, circunstancias o altibajos de nuestra existencia.

Así de grande es el afán de ser sujetos y no objetos de la propia vida. No somos dueños de nacer, de morir, de elegir en qué lugar y en qué momento lo haremos; ¿a qué viene tanta soberbia a la hora de definirnos en materia de sexo que, en definitiva, es materia de gustos? Cada quien con lo que le plazca o con lo que le tocó en suerte. ¿Es mejor o peor la frutilla que el verde?, ¿un ciego que el chocolate?, ¿el violeta que un ganador del decatlón?

Me parece que ya estamos en edad de razón. De modestia. De prudencia. Y no lo digo por los años que hemos cumplido cada uno de nosotros. Lo digo por los años que ha cumplido el psicoanálisis. Hace tiempo que creo que nos reclaman asuntos importantes. Hace tiempo que siento que ocuparnos tanto de la sexualidad, que, en definitiva, es un asunto privado, nos distrae de situaciones públicas que están poniendo en juego nuestro destino como humanos y que, entiendo yo, reclaman nuestra atención. En vez de andar por allí nombrando y catalogando, como si fuéramos el rey de la creación; siempre más fácil que no saber por qué nos pasa lo que nos pasa.

El sadismo y el masoquismo son sitios de duda. El daño que se genera parece casi evidente. El punto en el que me detengo, perpleja, es el del dolor que produce placer. Me resulta francamente inaceptable. Salvo que haya otro dolor evitado. Y éste es el punto. Mi concepción acerca de la necesidad de reformular los términos en los que nos planteamos la pulsión de muerte me hace descartar la búsqueda de dolor como placentera en sí misma. El dolor es la consecuencia de una búsqueda diferente que resulta buena por algún vericueto de esos de los que sólo los humanos somos capaces. Considero que todas las formas de auto o heteroagresión son el resultado de un intento desesperado de convertirse en amo y no en esclavo; en sujeto y no en objeto; en Dios, en suma. Sólo que los humanos ignoramos y sabemos que no podemos dar vida unívoca, sin muerte incluida, no hay unicidad inmortal posible para nosotros; somos incapaces de dar vida a un hijo sin darle junto con ella todos los dolores y la muerte incluidos. Quien no puede tolerar lo inexorable de este destino, puede caer en la tentación de dar la muerte; y eso sí podemos darlo completo en un alarido triunfal de omnipotencia. Apenas un escalón por debajo, la tortura, el daño del que podemos adueñarnos. Otra vez la omnipotencia. Otra vez la desesperación.

Todo intento de dar una explicación acabada y unívoca de la sexualidad soslaya el aspecto poético imprescindible para cualquier intento de comprender lo humano. Sea esa explicación del orden que sea. Todo puede explicarse en términos de supervivencia de las especies. Por esa vía podemos entender aspectos encarnados en el macho o en la hembra humanos. La posibilidad de la hembra humana de aceptar sexualmente al macho en cualquier momento del ciclo sin respetar la periodicidad fértil es uno de ellos. La promiscuidad de los machos para sacar ventaja de la cantidad y la competitividad de los espermatozoides y de la selectividad de los óvulos es otro. No es éste el lugar para abundar en este tema, pero podríamos dar cuenta de todas las conductas sexuales humanas apelando exclusivamente a la etología para explicarnos cómo todo se subsume al interés de la supervivencia de la cría, de los genes y de las especies. No lo haremos, no es el objeto de esta ponencia. Sólo quiero decir que puede hacerse.

Todo puede también explicarse desde la teoría de las zonas erógenas, de la series complementarias, de las identificaciones, del trato que se haga de los objetos, de las vicisitudes del narcisismo o de la autoestima, del recorrido por lo real, imaginario o simbólico. No lo haremos acá. Es de sobra conocido por todos vosotros. Sólo quiero mencionar que puede hacerse.

Quiero ahora hablar del amor poéticamente.

Rima XXI
"—¿Qué es poesía? —dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
¡Poesía... eres tú!"

Gustavo Adolfo Bécquer

"Igual a los dioses se me aparece
ese hombre que, sentado
frente a ti, de cerca escucha
tu dulce voz

y tu risa adorable; ello me ha dado un vuelco
al corazón dentro del pecho;
pues apenas te miro, ya hablar
no me es posible,

sino que mi lengua se quiebra, un leve
fuego al punto me corre bajo la piel,
nada pueden ver mis ojos, me zumban
los oídos

me cubre el sudor, un temblor me posee toda,
me siento más pálida que la hierba
y a mí misma me parece que cerca estoy
de morir.

Más todo se puede soportar, pues...

Quisiera estar muerta, y no miento;
ella me abandonó entre sollozos

y entre otras cosas me dijo:
'Ay, qué terrible es lo que nos pasa,
Safo, créeme que te dejo contra mi deseo.

Y yo le respondí: 'Ve con bien
y acuérdate de mí,
pues sabes cómo te queríamos;

y si tú no, yo en cambio sí
quiero recordarte...
cuántos bellos momentos disfrutamos;

pues muchas coronas de violetas,
de rosas y también de azafranes
... junto a mí te ceñiste...'

Safo

"Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido,
salí tras ti clamando, y eras ido.

¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?"

San Juan de la Cruz

¿Por qué insisto con la poesía? Porque tiene que ver con lo que no se puede decir, con lo que —por no poder decirse— le da su cualidad particularmente humana. Porque hace al *quantum* de desesperación, de muerte, de misterio, de ausencia. Porque hace al erotismo. Porque no sé qué relación establece el psicoanálisis entre el erotismo y la sexualidad humana. Porque, explicada la sexualidad en términos de normalidad, pierde, para mí, lo que tiene de humana, de simbólica, de abstracta, de desesperante, de imposible de agotar y de encasillar. Porque, tal como lo notó Freud, es extraño que muchos homosexuales o perversos tengan tal capacidad de sublimación. Porque las poesías de las que he tomado fragmentos son, para mí, fuertemente eróticas. Porque algunos de los poetas eróticos para mí más logrados tenían una sexualidad particular (Federico García Lorca, san Juan de la Cruz, Safo). Porque queda por saber qué une y qué separa sexualidad, erotismo, pornografía, sensualidad, obscenidad, animalidad, humanidad, sujeto y objeto. Porque lo que también quiero decir es que el amor humano es tanto más "normal" cuanto más armónica es la proporción de sujeto y objeto que se despliega por parte de cada uno de los que participa.

No sé si he sido suficientemente clara. Sospecho que no; pero tampoco es mi intención. Creo que todo discurso humano es subjetivo y, por lo tanto, prefiero que lo parezca. No quiero dar visos de certeza y objetividad a algo que, en última instancia, es mi manera de ver las cosas.

Tabú: el foso del castillo, ¿necesario para la vida en la cultura?[1]

María de Lourdes Foster
Rosaura Lembert
Claudia Breda
Fabiana Álvarez
Juliana Laydner
Marcia Fonseca
Paulo Daisson
Rodrigo Boettcher
Simone Rolim

Introducción

Presentaremos en este trabajo nuestro recorrido de estudio sobre el concepto de tabú y su rol en la cultura, así como nuestras reflexiones e hipótesis sobre la sexualidad humana en la actualidad.

Estudiamos artículos de Sigmund Freud, principalmente *Tótem y tabú* (1920), y otros autores que complementaron nuestro estudio sobre la sexualidad humana.

Como representación lúdica simbólica, utilizamos la imagen del *foso del castillo*, para invitar al lector a pensar sobre la relación *psique/cultura*, en su organización a partir de un *tabú*.

Nuestra intención es reflexionar acerca de los elementos que nos mantienen *hominizados*, es decir, que nos permiten transitar entre el *castillo* —nuestro mundo interno placentero y absoluto— y *el lado externo del foso* —nuestra realidad—, y cuestionarlos. Poder salir del castillo y aventurarse en lo desconocido posibilita el mantenimiento del nivel social y fortalece nuestras expectativas culturales.

Objetivo

Nuestro objetivo es cuestionar, a través de estudios psicoanalíticos, el rol y la validez del *tabú del incesto* en el mantenimiento de las culturas mediante su funcionamiento como protector y mantenedor del orden en el proceso de *hominización*.

* Trabajo realizado por el grupo "Estudios sobre sexualidad humana" en el Centro de Estudios Psicoanalíticos de Porto Alegre (CEP-PA).

Desarrollo

¿Qué es el tabú?

La palabra "tabú" es un término polinesio que significa "prohibición impuesta por las costumbres sociales o como medida protectora" (Houaiss, 2001, p. 2654); "sagrado e invulnerable" (Aurélio, 1986, p. 1638). Para Freud (1920, p. 38), el significado de la palabra "tabú" es "sagrado, consagrado, misterioso, peligroso, prohibido, impuro, algo no alcanzable, que se expresa fundamentalmente en prohibiciones y restricciones. Las restricciones del tabú son distintas de las prohibiciones religiosas o morales. Las prohibiciones de los tabúes son de origen desconocido, y aunque sean inteligibles para nosotros son aceptadas como algo natural por quienes son dominados por ellas".

Tabú posee un doble sentido desde el inicio de los tiempos y fue utilizado para designar un tipo específico de ambivalencia y todo lo que de esa ambivalencia pudiera surgir. *Tabú*, en sí mismo, es una palabra ambivalente y, al observar el término retrospectivamente, se puede percibir que fue la sólida fundamentación de esa palabra lo que permitió inferir que las prohibiciones eran consecuencia de una ambivalencia emocional (Freud, 1920).

De entre todos los tabúes, tomaremos el *tabú del incesto*, "interdicto que pesa sobre las relaciones sexuales entre parientes próximos especialmente entre individuos del mismo grupo familiar" (Houaiss, 2001, p. 2654), para señalar la relación entre el desarrollo de la civilización y la represión de los instintos.

¿En dónde se ubica el tabú del incesto?

El *tabú del incesto*, como referencia a la sexualidad, estructura al psiquismo y también a la sociedad. El *tabú* proporciona el poder de decir no a nuestros deseos. Pensamos que el *tabú* está en todo lo que nos objetiva como individuos sociales.

Guiados por el pensamiento freudiano, nos aproximamos a la hipótesis de que la prohibición del incesto funciona como un organizador mental y social, al proponer límites a las pulsiones inherentes a todo ser humano, lo que permite que se relacione de otro modo con el mundo, para dejar de ser un individuo dominado por sus impulsos y pasar a ser un sujeto organizador de sus propias acciones.

El "foso del castillo" como metáfora

Foso significa "excavación alrededor del fuerte, castillo, trinchera, etc., destinada a dificultar o impedir ataques" (Houaiss, 2001, p. 1380).

Al utilizar la metáfora de la imagen del *foso del castillo* para comprender el *tabú del incesto*, pensamos en esa imagen para dar cuenta del psiquismo en sus movimientos de estructuración y demarcación de lugares, lo que permite a la sexualidad expresarse dentro de una *cultura-castillo* bien delimitada.

Es ahí, en el *foso* o en el *tabú del incesto*, donde se produce esa tentativa de demarcación. Ahí, en el peligroso mundo salvaje sumergido, donde existe la tensión entre el impedimento y la erupción del peligro. Pensar en la sexualidad como un acto humano, y pensar lo humano como una realidad social, nos posibilitó realizar aproximaciones entre la sexualidad y la sociedad. Ambos están ligados en el tabú del incesto, con la finalidad de formar grupos sociales y de desarrollar nuestro aparato pensante, nuestro psiquismo.

Conclusiones

Estamos seguros de que nuestros estudios y pensamientos psicoanalíticos continuarán presentando desafíos.

Recorrer el camino de pensar la sexualidad dentro de la humanidad implica recorrer un camino poco homogéneo, con lagunas y saltos. Encontrar lo prehistórico, lo mítico, el desarrollo, lo perdido y lo futuro es tarea estimulante. Es en el ámbito de lo incomprendido donde surgen las posibilidades. Comprender a Freud nos lanza a nuevos pensamientos.

Cuanto más estudiamos y nos volcamos al delicado sentido del acto individual o del significado subjetivo, más nos acercamos a algo que nos observa, algo desconocido y compartido: el *tabú*. Este compartir —que nos *hizo y hace*— nos mantiene humanos.

Estas reflexiones sobre ciertos conceptos, y las reflexiones referidas a la sexualidad en la humanidad, nos ponen en contacto directo con una sexualidad que, por un lado, es una necesidad vital ligada a lo orgánico y a la preservación de la vida como especie; y, por otro lado, es sexualidad individual humana, por lo tanto enlazada a lo simbólico, que presenta una sutil y complicada relación de separación/unión con lo real y lo imaginario.

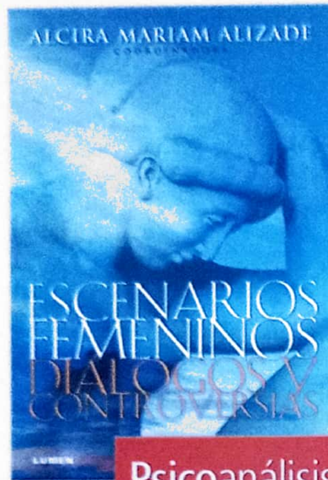
Bibliografía

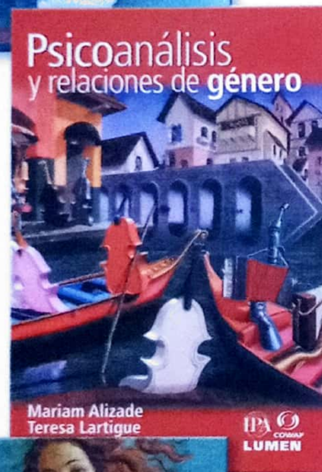
Ferreira, Aurélio B. H. (1986): *Diccionario de la Lengua Portuguesa*, Río de Janeiro, Nova Fronteira.

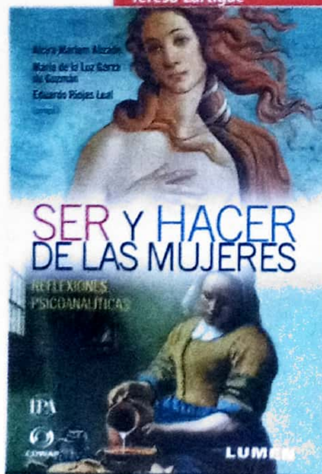
Freud, S. (1920): *Tótem y tabú*, en *Obras completas*, t. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

Houaiss (2001): *Diccionario de la Lengua Portuguesa*, Río de Janeiro, Objetiva.

LOS LIBROS DE **LOS DIÁLOGOS**









En este atractivo y sólido texto, desfilan numerosos escenarios psicoanalíticos. Están fundamentalmente centrados en las problemáticas contemporáneas que aquejan a varones y mujeres.
El contexto social e histórico-cultural de lo masculino y de lo femenino es examinado al pie de los grandes temas de la sexualidad y del género.

Familias y parejas típicas y atípicas constituyen otros tantos capítulos donde los autores exploran las nuevas formas de convivencia y sus consecuencias psíquicas.

Se examina la construcción social de la masculinidad. El macho, los disturbios de la sexualidad masculina, la virilidad, el priapismo, el falicismo son objeto de interesantes consideraciones.

No menos importantes son los aportes acerca de la escucha del efecto de género en el trabajo clínico y los modelos culturales en el conflicto intrapsíquico.
Una y otra vez, reaparece el lugar fundamental otorgado a la dimensión sociocultural, lo cual abre interesantes y novedosas perspectivas psicoanalíticas de amplia repercusión en la clínica.

ISBN 987-00-0421-0

